



EL CICLÓN LIZA

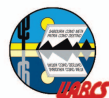
Tres siglos en la Historia de un pueblo
marcado por tormentas y desastres

Elinó Villanueva González

Con 45 años en el Periodismo, Elinó Villanueva González inició jovencito su carrera empírica mientras cursaba el bachillerato en la Preparatoria 9, en Chilpancingo, antes de ser corresponsal del periódico El Universal y la agencia Notimex en La Paz. Mediante *El Croniquero*, un personaje ideado para enderezar sus críticas mordaces e irónicas hacia una sociedad dominada por la hipocresía en las relaciones sociales, sus relatos están publicados sobre todo en Guerrero y Baja California Sur, bases de su ser suriano y norteño. Doctor en Historia Ambiental, con un posdoctorado en Estudios Políticos y Sociales, escritor, defensor de Derechos Humanos y de la Naturaleza y promotor de la Cultura de Paz, imparte clases en la Facultad de Comunicación y Mercadotecnia de la Universidad Autónoma de Guerrero (UAGro), y cursos y talleres en la Universidad Internacional de La Paz (Unipaz), donde incursionó en la Docencia, luego de terminar su formación como literato e historiador en la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS), las tres universidades de su vida.

El ciclón *Liza*

Tres siglos en la Historia de un pueblo
marcado por tormentas y desastres



El ciclón *Liza*

Elinó Villanueva González

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUERRERO

DR. JAVIER SALDAÑA ALMAZÁN

Rector

DRA. MARÍA XÓCHITL ASTUDILLO MILLER

Secretaria General

DRA. LETICIA JIMÉNEZ ZAMORA

Tesorera General

DR. RAYMUNDO ALEJANDRO JIMÉNEZ ORTEGA

Director General de Extensión

DR. OFELIO VÁZQUEZ VILLANUEVA

Director de Editorial

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR

DR. DANTE ARTURO SALGADO GONZÁLEZ

Rector

DRA. ALBA ERITREA GÁMEZ VÁZQUEZ

Secretaria General

C.P. MAURICIO LUNA RODRÍGUEZ

Secretario de Administración y Finanzas

LIC. JORGE R. FUENTES MALDONADO

Director de Difusión Cultural y

Extensión Universitario

LIC. LUIZ CHIHUAHUA LUJÁN

Jefe del Departamento Editorial

El Ciclón Liza

Tres siglos en la historia de un pueblo
marcado por tormentas y desastres

La publicación de este libro se financió con recursos de la Universidad Autónoma de Guerrero / Libro de investigación arbitrado por pares ciegos.

Elino Villanueva González

Diseño de portada: Everardo Reyes Ríos

Revisión, corrección de estilo y diseño de interiores: David Martínez Téllez

Primera coedición, noviembre 2025.

D.R. © Universidad Autónoma de Guerrero.

Av. Javier Méndez Aponte Núm. 1, Fracc. Servidor Agrario. C. P. 39070, Chilpancingo, Guerrero.

D.R. © Universidad Autónoma de Baja California Sur.

Boulevard Forjadores s/n entre Av. Universidad y Félix Agramount Cota, Col. Universitaria.

La Paz, Baja California Sur, México.

ISBN UAGro 978 607 8755 93-6 impreso 978 607 8755 97-4 digital

ISBN UABCS 978 607 8925 61-2 impreso 978 607 8925 63-6 digital

ISBN Instituto Sudcaliforniano de Cultura 978 607 69607-8-3

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin la autorización escrita del autor.

Impreso y hecho en México.

Print and made in México

Consejo General Editorial de la UAGro:

Dra. Mariela Díaz Sandoval. Secretaria Ejecutiva

Dr. Alejandro Martínez Espinosa. Secretario Técnico

*A Guerrero y a Baja California Sur,
dos identidades tan honrosas como místicas,
de norte a sur, unidas por elementos en común, entre
ellas su Cultura y su Historia, asociadas con la presencia
invariable de fenómenos tan respetuosamente temidos
como prodigiosamente esperados: los ciclones tropicales.*

ÍNDICE

Prólogo	11
A manera de introducción	17
<i>El mar más grande del mundo</i>	17
<i>El sendero</i>	25
<i>Un milagro</i>	35
I. ENTRE MARES	41
<i>La frontera azul</i>	41
<i>El tiempo</i>	43
<i>Los chubascos</i>	48
II. DESTRUCTIVOS BENEFACTORES	57
<i>Los temporales</i>	57
<i>El Siglo XIX</i>	66
<i>El Siglo XX</i>	75
<i>Los nombres</i>	92
III. EL CICLÓN LIZA	119
La ciudad	119
<i>Los molinos</i>	119
<i>Los nuevos vecinos</i>	126
<i>Los arroyos</i>	139
El ciclón	149
<i>Las señales</i>	149
<i>La lluvia</i>	136
<i>El estruendo</i>	162
<i>El amanecer</i>	168

IV. LA EMERGENCIA	177
<i>Los muertos ajenos</i>	177
<i>La ayuda</i>	185
<i>Alertas</i>	197
<i>Advertencias</i>	204
<i>Desastres</i>	213
A manera de conclusiones	235
<i>Los recuerdos</i>	235
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES	243

Prólogo

La condición compleja del ser humano en sus hábitos y comportamientos, desde lo individual a lo colectivo, ha colocado a nuestro planeta en la situación más complicada de su devenir, con procesos tan amenazantes y lesivos para la propia Humanidad como el calentamiento global, el deshielo de los polos, la pérdida de Biodiversidad, el avance de la deforestación, la extinción de especies, y en general los efectos negativos de una interacción inapropiada de las actividades antrópicas con la Naturaleza, en detrimento de los ciclos y entornos medioambientales, lo que los especialistas llaman el Cambio Climático.

Uno de los factores más desafiantes para la convivencia de nuestras poblaciones es el notorio aumento en la frecuencia del surgimiento y evolución de fenómenos naturales, en este caso de origen hidrometeorológico, con el agravante de una cada vez mayor fuerza e intensidad de los huracanes, tal como vimos en el puerto de Acapulco, y en general en el estado de Guerrero, en los años 2023 y 2024, con Otis y John, saldo evidente de las alteraciones provocadas por la acción del ser humano en su propósito continuo de buscar mejores condiciones de vida para las poblaciones sin considerar el necesario equilibrio con el entorno ecológico.

Esa realidad inocultable obliga a las Instituciones de Educación Superior a reforzar el papel que tenemos en investigación y difusión de la ciencia y la academia, al igual que su vinculación directa con los problemas sociales y la necesidad de proponer las mejores soluciones, incluso por encima de otras urgencias de orden sociológico, pues no podemos perder de vista que el planeta es nuestra casa común, y que cada una de las acciones en su contra, por minúscula que parezca, tendrá un resultado descomunal si sumamos la aportación de cada uno de nosotros a un contexto adverso en demérito de nuestra propia sobrevivencia.

No hay duda de que uno de los aspectos más determinantes para enfrentar la amenaza de los desastres, la vulnerabilidad de las sociedades ante ellos, los riesgos de daños en vidas y bienes de las personas, las deficiencias en la gestión

e intervención ante las propias emergencias y la falta de medidas suficientes de resiliencia ante las crisis, es atender la ausencia de memoria histórica, esa inercia arraigada en nuestra cultura de olvidar hechos disruptivos tan pronto se ha vuelto a la normalidad, documentar las tragedias en una narrativa común para no cometer los errores del pasado.

En el propósito de empezar por recuperar testimonios de experiencias disruptivas, por aquello de que los pueblos que no valoran su pasado están condenados a repetirlo, la Universidad Autónoma de Guerrero publica ahora el libro *El ciclón Liza*. Tres siglos en la Historia de un pueblo marcado por tormentas y desastres, editado y publicado originalmente en 2004 por la Universidad Autónoma de Baja California Sur, resultado de una investigación multidisciplinaria desde la Historia Regional que recrea la noche amarga del 30 de septiembre de 1976 en la ciudad de La Paz.

La publicación del libro, acompañada también por el sello editorial de la Universidad Internacional de La Paz (UNI-PAZ), la primera institución privada de Educación Superior en Baja California Sur, uno de los estados con más altos registros de embate de huracanes en las costas del océano Pacífico, junto con Guerrero, es una invitación a reflexionar desde las comunidades especializadas en la recuperación del desastre asociado con el ciclón Liza como el primer evento de alto impacto en la era moderna de México, sobre todo por el número de víctimas y el perfil de las mismas, y las distintas líneas analíticas expuestas en el contenido del documento.

Se trata del primer producto que resulta del convenio de intercambio y colaboración firmado recientemente entre nuestras universidades, particularmente en el renglón de la Prevención de Desastres y Protección Civil, y qué mejor que hacerlo con un libro editado y publicado en principio por la UABCS, por tratarse prácticamente del único testimonio formal con que se cuenta acerca de la tragedia, tomando en cuenta que mientras más pasa el tiempo aumenta el riesgo del olvido de los temas trascendentes.

Más constructivo aún, es importante presentar esta reedición como una de las actividades académicas que enmarcan

las acciones implementadas por la Red de Investigación para el fortalecimiento de la Resiliencia en la Gestión de Riesgo de Desastres (REDSiliencia), liderada por la UAGro en colaboración con otras instituciones de educación superior a nivel nacional. La REDSiliencia es constituida como mecanismo científico-académico que articula investigación aplicada con incidencia social, orientada en fortalecer las capacidades adaptativas frente a fenómenos naturales y el cambio climático, destacando en este caso, la preservación de la memoria histórica.

Es también, por supuesto, una oportunidad de promover el abordaje del desastre como línea de seguimiento diacrónico en la Historia de los pueblos, sus triunfos y sus malandanzas, en calidad de vía para recuperar el devenir de las localidades y del país, desde la Gestión Integral del Riesgo de Desastres (GIRD), pero ante todo crear conciencia por la configuración de señaléticas del riesgo comunitarias que permitan activar las alertas de prevención tan pronto sea necesario en todas las poblaciones ante la eventualidad de una nueva emergencia, a fin de estar preparados colectivamente y atenuar daños en vidas y bienes de los vecinos, todos.

Hacerlo, además, desde el estilo narrativo del historiador y escritor Elinó Villanueva González, formado en las tres universidades que emprenden este proyecto, en su calidad de integrante de la REDSiliencia-UAGro, es aún más atractivo, por la seguridad de que a pesar de tratarse de la recreación de una situación dolorosa los lectores serán conducidos con amenidad y soltura por los pasajes de la conmoción y del dolor, hacia la reflexión edificante a fin de asumir una mayor responsabilidad colectiva hacia el entorno, con la convicción de que la Palabra y el Lenguaje son los activos más bellos para conocernos a nosotros mismos en nuestras realidades y retos.

Dr. Javier Saldaña Almazán

Rector de la Universidad Autónoma de Guerrero

*Vale más escribir con fiel franqueza
lo que nace del alma bien formado,
que en las reglas quebrarse la cabeza
olvidando el camino ya trazado.
Yo no ignoro que es bello y trascendente
la cadencia y el ritmo en la Poesía,
pero es necio el que entierra lo que siente
por buscar el adorno con porfía.*

Enrique Moreno Uruchurtu¹

¹ *Enrique Moreno Uruchurtu*, Poema citado por Gilberto Ibarra Rivera, en **Escritos y escritores de temas sudcalifornianos**. Gobierno del estado de Baja California Sur, 1998. p. 157.

A manera de introducción

El mar más grande del mundo

La investigación especializada en materia de desastres relacionados con fenómenos naturales en nuestro país es bastante reciente. Si bien existen estudios sobre la afectación de plagas, sequías y enfermedades, en general los daños a las sociedades en esta línea no han sido objeto de análisis a profundidad. Mucho menos el aspecto de la vulnerabilidad social por efecto de los fenómenos naturales, en este caso los huracanes. Suena raro esto, si tomamos en cuenta que el territorio nacional es uno de los más afectados por las emergencias en que derivan, cada año, los ciclones tropicales.

Curiosamente, es en los últimos tres lustros del Siglo XX que se registra un *Boom* en los estudios sobre desastres asociados con fenómenos naturales en México, particularmente a raíz de los sismos traumáticos de 1985, que afectaron el centro de la República, en especial la Ciudad de México. Otro aliciente, de carácter formal, fue la declaratoria de los años noventa como el Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales, por parte de la Organización de Naciones Unidas, y las resoluciones conjuntas que a ese respecto se emitieron llamando la atención de los gobiernos del mundo sobre los cataclismos, sus peligros y la vulnerabilidad social.²

Con todo y eso, en nuestro país no se ha tomado en cuenta la cuestión de las tragedias relacionadas con los ciclones tropicales que se presentan en las costas de sus océanos y mares interiores: en el Pacífico (el mar de Cortés)

² **Desastres y sociedad.** Revista Semestral de la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina. Enero Julio de 1994, Número 2, Año 2. En marzo de 1994 se realizó en Cartagena, Colombia, la Conferencia Interamericana sobre la Reducción de los Desastres Naturales, foro preparatorio de la Conferencia Mundial que tendría lugar del 23 al 27 de mayo de ese mismo año en Yokohama, Japón.

y en el Atlántico (el Golfo de México y el Caribe), a pesar de que son áreas potencialmente generadoras de tormentas y que sus efectos llenan de tinta cada año las planas de los periódicos y son parte invariable en los noticieros. “El estudio sistemático de los fenómenos naturales, así como los efectos que provocan en las sociedades en las cuales se presentan, provocando un “desastre natural”, ha estado casi ausente entre los estudiosos de las ciencias sociales. Este es un hecho inexplicable frente a la frecuente incidencia de estos fenómenos y ante sus consecuencias devastadoras”.³

En un plano más próximo, el estado de Baja California Sur no podía ser la excepción, a pesar de estar considerado entre los de mayor riesgo por efectos de los temporales, y de que estos han estado relacionados fuertemente con la Historia regional, con la vida cotidiana de los sudcalifornianos. Ese panorama nacional y local reforzó nuestra idea de aportar un poco a la reflexión sobre la presencia de los huracanes y sus consecuencias en esta bella y mítica parte de México.

Seguramente no está por demás explicar que nuestro primer contacto con el asunto de los chubascos, en particular el desastre en relación con el ciclón *Liza*, ocurrió bastante lejos de La Paz, en la sierra norte del estado de Guerrero, en una *tierruca* que ni siquiera aparece en los mapas oficiales: se llama, a mucho orgullo, Tianquizolco. Cursábamos entonces, en el año de 1976, el cuarto grado de primaria en la Escuela Rural Federal “Luz y Vida”. Los primeros días de octubre de ese año nos llegaron noticias de una tragedia de gran magnitud ocurrida en algún lugar de México. Los conocimos mediante el riguroso blanco y negro de los únicamente dos aparatos de televisión que había en el pueblo, cuyos propietarios no sólo se vanagloriaban de ser los pioneros en hacer llegar a ese huidizo y pintoresco pueblito el portento tecnológico de la transmisión de

³ *Virginia García Acosta y Antonio Escobar Ohmstede. Estudios históricos sobre desastres naturales en México.* CIESAS, México, DF, 2000. Introducción. p. 9.

imágenes, sino que imponían a los chamacos una cuota de veinte centavos, de aquellos, por ir a ver las extraordinarias series de *Disneylandia*, *El hombre nuclear*, *La mujer maravilla* o *La carabina de Ambrosio*. Las escenas que se pudieron ver en los noticieros eran a tal grado impactantes que ocuparon los comentarios de la comunidad en los sitios en que todo *terruño* tiene para esos menesteres: el molino de nixtamal, la cancha de básquetbol, la cantina del pueblo, la casa ejidal y, faltaba más, la escuela primaria, el máximo sitio de análisis académico de un asunto serio como el aludido. Fue ahí donde las discusiones alcanzaron su mayor estatura. Los chicos del cuarto grado entablaron un debate acerca de la magnitud de la tragedia, pero sobre todo del lugar exacto en que había ocurrido, algo en lo que pocos habían reparado. El niño sabelotodo que nunca falta en un ambiente así emitió, hierático, su veredicto: el desastre fue en Acapulco. Hubo un cierto silencio cómplice de una duda general, el cual fue roto por la única pregunta que surgió, impertinente, ante una conclusión tan determinante: “¿Y por qué en Acapulco?”, se le preguntó al inteligente. “Fácil —contestó él, sin perder su altivez inicial—: “¡Porque el de Acapulco es *el mar más grande del mundo!*” Y quedó conjurada cualquier otra interrogante.

Es casi seguro que este incidente se quedó grabado en la mente de varios de los presentes. En lo personal, pasado el tiempo, estudiando el bachillerato en la Universidad Autónoma de Guerrero, en Chilpancingo, la capital del estado, conocimos al primer paceño nativo que por azares del destino andaba por aquellas latitudes. Él nos dio algunos pormenores acerca del huracán que azotó La Paz el 30 de septiembre de 1976 y cuya presencia derivó en la tragedia. Como parte del trabajo periodístico que hemos desempeñado, siempre nos han llamado la atención los ciclones y, en general, los fenómenos meteorológicos. Años después, en la misma labor reporteril, nos dieron a

escoger entre tres plazas a las que podíamos ser asignados: Lázaro Cárdenas y Zamora, Michoacán, o La Paz, Baja California Sur. Obvio es decir por cuál de las opciones nos inclinamos. A lo mejor fue ese el momento en el que podríamos ubicar la decisión de *montarnos en nuestra mula*, cuando adquirimos las primeas *tijeras* para empezar a *armar* nuestro modestísimo *taller* y encontramos la parte más a modo de la larga *tela de dónde cortar* el material para iniciar la confección de nuestra primera *novela verídica*,⁴ que ahora está en sus manos. Más tarde, en un trabajo académico en la Universidad Autónoma de Baja California Sur hicimos un primer intento de investigación sobre el ciclón Liza. Y finalmente, en la edición 1999-2001 de la Maestría en Historia Regional, tuvimos la oportunidad de concretar este proyecto. Por lo expuesto al principio, consideramos que la temática que aquí se ventila es *original y valiosa*. La forma de presentarla seguramente nos merezca algunos *coscorrones*. De ser así, los aceptamos gustosos porque nos consideramos aspirantes a lo que don Luis González postula: “historiadores inmaduros, bisoños, en vías de despeque, en vísperas de hacer tesis (...) y con ganas de recibir consejos de viejos”.⁵ Como quiera que sea, fue un trabajo apasionante en el que imprimimos todo nuestro afán, la mayoría de las veces contagiados apasionadamente por la elocuencia de nuestros entrevistados, compartiendo el entendido de que “un libro de historia debía ser una novela con protagonistas y hechos ciertos, una novela verdadera”.⁶ Todo esto no habría sido posible sin las valiosas, generosas y de seguro que bien intencionadas opiniones e ideas aportadas por docentes y alumnos del Seminario de Investigación en

4 *Luis González, El oficio de historiar*, El Colegio de Michoacán. pp. 11-15. En general, las alusiones a la forma de abordar un tema histórico, anotadas en cursivas, retoman conceptos y líneas autoría del maestro mexicano de la Microhistoria, fuente central del planteamiento teórico y metodológico de este trabajo.

5 *Ibidem*.

6 *Ibidem*.

Historia Regional, las cuales agradecemos en todo lo que valen. Es necesario, además, dar gracias a las autoridades del Ejército Mexicano, en particular a la Comandancia de la Tercera Zona Militar, por permitirnos acceder a la revisión de los archivos correspondientes a la catástrofe de 1976. Desde luego, expresamos un agradecimiento sentido al Archivo Histórico Pablo L. Martínez, sin cuya aportación este trabajo no habría culminado con éxito.

*Poeta no soy, bien lo comprendo.
Produzco por afición
y mis defectos entiendo,
no me ciega la ambición.
Lo que en cuartetos escribo,
sin sentido ni ilación,
en mi cerebro concibo,
sin ninguna pretensión.*

Fortunato Moreno⁷

⁷ Fragmento de un poema, citado por Gilberto Ibarra Rivera, Op Cit. pp. 168-169.

El sendero

Hay que decir, por principio, que compartimos plenamente la idea de Ignacio del Río, en el sentido de que los textos de Historia no deben quedarse en una “balumba de conceptos y nociones (reducidos a...) una serie de galimatías que sorprenden y confunden al lector, incluso a aquel más despierto y mejor intencionado”.⁸ Leales a esa preocupación, intentamos reproducirla en el trabajo redactándolo de la manera más amena posible, sin que ello sacrificara la rigurosidad de las fuentes documentales y testimoniales. Sin embargo, tenemos que reconocer nuestras limitaciones, las cuales seguramente se verán a lo largo del texto. Por cierto, los epígrafes de esta especie de introducción fueron incorporados a propósito. No es ninguna justificación, pero en realidad no pensamos establecer paradigma metodológico alguno con la forma en que desarrollamos el trabajo, sino sencillamente contribuir al estudio de los fenómenos naturales, en este caso de origen hidrometeorológico, y abordarlos como sociedad vulnerable ante ellos, para mitigar sus efectos en el plano civil. Nosotros también creemos que es el momento de comenzar a desarrollar investigaciones en las que los fenómenos naturales y sus saldos no sean referencias colaterales, sino el objetivo central”.⁹

Casi siempre nos ponemos el huarache antes de espinarnos, y esta oportunidad no podía ser la excepción. Hay que comenzar por reconocer que la parte introductoria es la más difícil del trabajo. Los tutores ya nos habían advertido que eso pasaría. Sin embargo, intentaremos explicar brevemente la forma en que nos planteamos el asunto y cómo le *hincamos el diente*.¹⁰ Debemos subrayar

8 Ignacio del Río, *A la diestra mano de las Indias*, Gobierno del estado de BCS. La Paz, 1985. p. 13.

9 Virginia García Acosta y Antonio Escobar Ohmstede, Op. Cit. p. 10.

10 Luis González, Op. Cit. p. 67.

que existe un “gran vacío teórico para la interpretación histórica y social de los desastres naturales”,¹¹ debido a que en nuestro país las ciencias sociales y la historiografía han dedicado poco espacio al estudio de los mismos. El objetivo, pues, es contribuir para que existan más elementos de análisis en torno de la mitigación de los daños por este tipo de emergencias. Coincidimos en que “el conocimiento histórico es también imprescindible en la medida en que alimenta el aparato conceptual y también porque ofrece muchas utilidades respecto de la prevención de desastres”.¹² El hecho es que hasta ahora, como se verá en el trabajo, la experiencia acerca de los perjuicios que han provocado los chubascos en Baja California Sur no ha sido factor suficiente para evitar que se repitan consecuencias desastrosas. De ahí la necesidad de plasmar en un documento la forma en que los sudcalifornianos de las distintas épocas han reaccionado frente a los ciclones tropicales que afectan a la región, y cómo estos han influido en sus costumbres y tradiciones. También interesa saber si esas cuestiones culturales se mantienen o han cambiado con la modernidad.

Una circunstancia que salta a la vista es la cada vez mayor complejidad de la sociedad sudcaliforniana, como consecuencia de su composición plural por la influencia del fenómeno de la migración procedente de otras regiones del país. Y es que, en ese sentido, el estado no podía escapar a los desajustes que causa el proceso de urbanización de la República, consistente en la expulsión de personas de las zonas rurales o de entidades más pobres hacia los centros de población con mayores expectativas. Como nación en vías de desarrollo, México enfrenta esos problemas debido a las condiciones de miseria en muchas de sus comunidades. Subsisten asentamientos sin servicios en los que una gran cantidad de ciudadanos carecen de oportunidades para

¹¹ *Virginia García Acosta*, Op.Cit, p. 26.

¹² *Jesús Manuel Macías*, *Perspectivas de los estudios sobre desastres en México*, p. 65.

conseguir un empleo con el cual mejorar sus niveles de vida. Esas demarcaciones enfrentan un desordenado crecimiento urbano. Por si fuera poco, ese descontrol las hace más susceptibles a las catástrofes. La situación causa fenómenos de migración. Las corrientes de migrantes, por su parte, generan esos trastornos en otros centros de población, los cuales, producto también de políticas mal dirigidas, se convierten en polos de atracción de esa fuerza de trabajo desocupada. Tal es el caso del estado de Baja California Sur, que en la época del desastre sobre cual gira el presente trabajo vivía una incontrolable inmigración de ciudadanos con origen en otras entidades. La llegada de forasteros, de hecho, aún no termina, igual que el riesgo de que cada año, entre agosto y octubre, por lo menos un huracán de cierta intensidad afecte sus costas y ponga en peligro y en serios aprietos a los habitantes del sur peninsular y a sus bienes.

De tal manera que, para empezar, al plantearnos el enfoque del trabajo, nos hicimos una pregunta general: ¿Por qué una de las formas de tener noticias de Baja California Sur, en el ámbito nacional, es aquella que se refiere a los daños que causan cada año los huracanes? Al intentar contestarla fueron surgiendo más y más preguntas, a las que poco a poco y de la manera mejor organizada les fuimos tratando de dar respuesta. Por ejemplo: ¿Porqué el estado es afectado por un *chubasco* casi inevitablemente todos los años?

Así nos fuimos adentrando en el estado de la cuestión. Descubrimos que, en efecto, para Baja California Sur es frecuente la amenaza de que golpee sus costas un ciclón tropical, en muchos casos de gran intensidad por la cantidad de lluvia y la fuerza de los vientos que lo forman. Encontramos que los meses de agosto, septiembre y octubre de cada año son los que registran la mayor presencia de tormentas. Conforme revisamos fuentes de archivos particulares y oficiales, trabajos especializados, escritos

periodísticos de distintas épocas, y reunimos gran cantidad de entrevistas con personas conocedoras, algunas de ellas sobrevivientes de tragedias o emergencias, nos percatamos de la importancia que tienen las lluvias con origen en los ciclones tropicales para el territorio sur de la península. Consultamos testimonios de los misioneros jesuitas que desde 1697 llegaron a estas tierras para realizar la evangelización de los naturales y leímos sobre las enormes dificultades que tuvieron que librar para sostener su labor, superando el obstáculo que significaban los temporales para los barcos que los abastecían de víveres desde la contracosta. Intentamos, de esta forma, “oír con atención a los hombres de otras épocas que nos hablan a través de un documento”.¹³ Fuimos cotejando los incidentes relacionados con las tormentas, incluso naufragios, desde el punto de vista de quienes los han padecido o abordado en las etapas del devenir regional. Al analizar diversos factores, entre ellos la ubicación geográfica de la península, hallamos que la amenaza del embate de los ciclones tropicales ha sido permanente a lo largo de la Historia de la vida cotidiana de los habitantes. Partiendo de esos principios, revisamos los datos disponibles acerca de la presencia de huracanes. Tratamos de hurgar sobre la forma en que los californianos del sur peninsular han reaccionado ante ellos, desde el nivel de los ciudadanos al de las autoridades. Cómo previnieron las emergencias, de qué manera enfrentaron los desastres y el esquema en que trabajaron para restablecer su vida cotidiana después del embate de alguno de estos fenómenos.

Una preocupación central fue presentar el trabajo con una estructura narrativa sencilla y amena, con el objetivo deliberado de que niños y adultos puedan leerlo y no se quede archivado y vulnerable de apollillarse en algún cajón de trebejos. Esa composición incluyó una serie de epígrafes que van dando hilo conductor a la narración. Mediante la recuperación de poemas

¹³ *Luis González*, Op Cit, p. 30.

antiguos y actuales buscamos representar la mentalidad de los sudcalifornianos y su percepción hacia los huracanes o *chubascos*. La organización de esos textos es nuestra, pero su significado real debe, o debieron saberlo, cada uno de los autores. Confiamos en habernos apegado al contexto y coincidido con la intención que ellos tuvieron al crearlos. En cuanto a la parte central del relato, esa la asumimos totalmente por ser nuestra reconstrucción de los hechos, aun y cuando está compuesta por expresiones de sudcalifornianos nativos y avecindados, o de quienes ocuparon algún cargo de autoridad en relación con el estado. La planteamos conscientes de que “la pasión es la que pone la sal, el chile y la pimienta en los libros de Historia”.¹⁴ Esperamos que ese ahínco le haya agregado *brillo y sabor* al producto y no haber causado una mala administración de los ingredientes y el consecuente riesgo de indigestión. Agradecemos a quienes nos dieron sus testimonios y *vividuras*, porque además de la pródiga hospitalidad que brindaron y las amenas charlas de que pudimos disfrutar, hicieron una desinteresada donación de materiales y datos. La tercera parte de la linealidad textual la integran las notas a pie de página, en las que se explican conceptos, se agregan aclaraciones y se acotan referencias que sustentan la investigación, pero que también representan parte de la idiosincrasia de la sociedad regional. Analizar, con todos esos elementos, la reacción de los californianos del sur en torno de los ciclones tropicales, coincide con el postulado de que “estudiar desastres memorables, inolvidables (...) ocurridos a lo largo de la Historia de un determinado grupo o sociedad, enmarcados en una localidad, una región, un país, un espacio jurisdiccional, geográfico o político específicos significa reconstruir historias en las cuales el desastre, como resultado de procesos sociales y económicos, constituye el hilo conductor...”¹⁵

Hay que decir que se dividieron en tres las líneas a

¹⁴ Ibid, p. 33.

¹⁵ Virginia García Acosta (coordinadora), *Historia y desastres en América Latina*. Volumen 1, La Red, CIESAS, 1996. p. 20.

seguir para analizar el embate de los huracanes, dado que su presencia significa, por lo regular, una situación de apremio, y sus consecuencias influyen en el comportamiento de la sociedad. Las divisiones se hicieron más o menos de conformidad con otros modelos que se han propuesto para analizar los desastres relacionados con fenómenos naturales: en primer lugar, el alertamiento, que tiene que ver con las medidas aplicadas con anticipación a la llegada de un ciclón tropical; en segundo, la atención de la emergencia, que se refiere al momento en que ocurre, y un tercero, el restablecimiento de la normalidad, que alude a la forma en que el Gobierno y la sociedad civil se organizan para recuperar las condiciones en que se desarrolla la convivencia cotidiana. Se fue tratando de descubrir la forma en que los californianos del sur, de antaño y de épocas más recientes, modificaron o mantuvieron los esquemas de atención de las emergencias, a partir de esas tres líneas generales, tomando en cuenta los avances tecnológicos y en organización social que se agregan con el paso del tiempo. Nos preguntamos si los sudcalifornianos han alcanzado un grado de preparación frente a los desastres que les permita contar, además, con una normativa para protegerse en comunidad. Una de las interrogantes que nos hicimos fue porqué el número de decesos que provocó el desastre relacionado con el ciclón Liza en 1976 fue tan alto (la cifra mayormente aceptada es de por lo menos dos mil, y la más alta, planteada con seriedad y objetividad es de cinco mil), si en otros tiempos, cuando no había maneras más efectivas de predecir un huracán que el sentido de orientación de los mayores, hubo otros más intensos. También consideramos prudente plantear una reflexión en torno de la catástrofe del 30 de septiembre de 1976: ¿Qué habría pasado si la tragedia, intencionada o no, hubiera ocurrido por la parte *vieja* de la ciudad, la principal, donde viven las familias de más arraigo y se asienta la zona comercial, en la que se

localizan las principales instalaciones públicas, en lugar de haber afectado a las colonias en las que se iban asentando los nuevos vecinos? Desde nuestro punto de vista, había que pensar si, como sociedad, tendríamos un acto luctuoso conmemorativo o algún homenaje cívico, que ahora no existen.

Además de la atención a las tres vertientes señaladas, se analizó la valoración que los sudcalifornianos han prodigado a la presencia de un huracán y sus riesgos. Este aspecto toma en cuenta factores como la población, en particular su composición, por el origen diverso en las corrientes de inmigrantes y el proceso de urbanización que se aceleró pasada la mitad del Siglo XX, con la llegada intempestiva del *progreso* al sur peninsular. También la adopción de distintos valores culturales en ciudadanos nativos y avecindados sobre los fenómenos hidrometeorológicos, y la inevitable vulnerabilidad que ello representa.

Se recogen, igualmente, consideraciones de los propios habitantes respecto del riesgo de que ocurra otra desgracia similar. Esto es, fincar una interrogante sobre la asunción de una conciencia colectiva en torno de la susceptibilidad de esta región ante los ciclones tropicales, destacadamente por parte de las nuevas corrientes de inmigrantes. Se trata, pues, de conocer si se aprendió la lección de 1976 o se está incurriendo en los mismos errores.

Finalmente, nuestra intención es que el presente sea un texto asequible, entendible y placentero. La idea busca que tenga una utilidad práctica y aporte a una cultura de Protección Civil, ayude a la investigación de temas locales que siguen estando olvidados y, al cumplir la función elemental de todo texto, la de ser leído, se compruebe que la objetividad de un trabajo no está reñida con la amenidad. Como Ignacio del Río, también pensamos que “el relato que tiene por objeto la explicación histórica se construye precisamente para lograr ésta (y que) al relatar optamos por

algo qué decir y por un modo de decirlo, tratando en todo caso de que nuestro escrito sea capaz de dar a la vez cuenta y razón de lo “historiado”. (Creemos que) la sencillez extrema de un discurso no tiene porqué ser indicadora de ausencia de reflexión ni porqué suponer elementalidad en los procedimientos seguidos para alcanzarla”.¹⁶

Las hipótesis que nos guiaron fueron varias, pero hubo una principal, y surgió luego de hacernos las interrogantes citadas. La explicación que se presentó más racional fue que conforme la sociedad del sur peninsular fue adoptando formas de vida sedentarias y, después, estableciendo centros de población cada vez más urbanizados y complejos, se fue haciendo, al mismo tiempo, mayormente afectable por los embates de sus destructivos benefactores: los ciclones tropicales. Desde luego que, como suele suceder en estos casos, hubo muchos planteamientos menores o colaterales que se fueron modificando, cambiaron de rumbo o se desecharon, como resultado del avance de la investigación. Quizá se encuentren en el texto rastros del sendero que fueron siguiendo algunos y las modificaciones que hubo necesidad de aplicar. Se cuestionó la capacidad de las autoridades para hacer frente a una emergencia y responder a los reclamos de los inmigrantes, pero también la dificultad de impulsar una cultura de prevención entre una población con diversos orígenes étnicos, incluyendo las corrientes migratorias dentro del propio estado.

Para terminar, queremos dejar constancia de nuestra idea de que socialmente los paceños, en particular, y los sudcalifornianos, en general, asuman una cultura de prevención frente a las emergencias que genera la presencia de huracanes, fenómenos prodigiosamente esperados y respetuosamente temidos desde antaño. Que cada quien sepa qué hacer y por encima de sus diferencias de origen, haga causa común para tratar de mitigar al máximo los efectos negativos que pueden acarrear fenómenos tan benéficos como los ciclones tropicales.

¹⁶ *Ignacio del Río*, Op Cit, pp. 15-16.

*“Hay muchas formas de caer,
pero la forma en que esta lluvia ha caído,
de una nube sin cielo,
de un cielo sin Dios,
de un Dios sin fieles,
me aniquila...”*

Torera de las aguas

Rubén Rivera

Un milagro

Mariano de la Luz debió su nombre a lo que su madre concibió como un milagro dominguero de la Virgen María. La mujer era una de las decenas de personas que asistían a misa, en la Misión de Guadalupe, ese nublado día de noviembre de 1744 en la sierra peninsular. Encinta “en los meses que llaman mayores”,¹⁷ días antes de dar a luz, ella sólo atinó, impávida, a invocar la protección de la madre de Dios cuando vio que una de las paredes del templo, y con ella todo el techo, se venían encima de los creyentes.

Otro que pudo reaccionar ante el derrumbe fue el veneciano Pedro María Nascimben, misionero jesuita de Santa Rosalía de Mulegé, quien oficiaba en lugar de su colega enfermo, el austriaco José Gasteiger, a quien ya se daba por próximo difunto. El religioso alcanzó a brincar, “sin más advertencia ni deliberación”,¹⁸ hacia fuera de la nave principal. El desplome lo sorprendió en el quicio de la puerta de la sacristía. Golpeado por uno de los maderos que sostenían el techo y aturdido por el susto, el padre se repuso y organizó de inmediato el rescate de muertos y contundidos.

A pesar del auxilio, “pasaron de ochenta las personas que quedaron allí muertas”.¹⁹ Otras quince fueron sacadas de entre los escombros “tan lastimosamente estropeadas y heridas, que murieron en aquel o en los días siguientes”,²⁰ eso sí, prevenidos con los Santos Sacramentos. “De suerte que fueron ciento, poco más o menos, las personas de uno y otro sexo que murieron por esta causa”.²¹ Todos ellos se encontraban, como la mujer preñada, adentro de la Misión. Pero a ella, igual que a otras más, los trozos de maderay

¹⁷ *Miguel del Barco, Historia natural y crónica de la Antigua California*, Editorial Porrúa, México, 1988, p. 261.

¹⁸ *Ibid.*, p. 262.

¹⁹ *Ibid.*, p. 261.

²⁰ *Ibidem*

²¹ *Ibidem*

restos del techo no le provocaron ningún rasguño. Eso lo atribuyó a un prodigio de su invocación “a la Madre Santísima de la Luz”²² y, en retribución, después del feliz alumbramiento, adjudicó al varón recién nacido el nombre de Mariano de la Luz.

El relato es, probablemente, el más antiguo del que se tenga un testimonio escrito, en cuanto a su origen: las fuertes lluvias que ocurrieron ese año en las montañas muleginas, en pleno auge del régimen misional jesuita en la antigua California. También por lo que se refiera a las causas que provocaron el elevado número de muertes, alrededor de cien: la deficiencia en la construcción del edificio. La Misión de Guadalupe, según la misma narración del padre Miguel del Barco, había sido erigida en las cercanías de un arroyo. Los trabajadores encontraron demasiado difícil la excavación en una zona rocosa, cubierta apenas por una delgada capa de tierra, “como sucede en todas estas serranías”.²³ Así que prefirieron únicamente aplanar la incipiente zanja y emparejar el lecho para asentar los adobes con que levantaron las paredes. Pero las precipitaciones fueron tan intensas que las corrientes que bajaban de la montaña debilitaron los de por sí frágiles cimientos y eso motivó la tragedia. Añadida a las enfermedades que diezaban la población de naturales, la desgracia debió preocupar sobremanera a los misioneros. Para ese entonces, cualquier pérdida de vidas humanas significaba una aceleración en el proceso de extinción de los californios y, por ende, mayores riesgos en la continuación y bienandanza del proyecto evangelizador.

Las lluvias que causaron la tragedia en la Misión de Guadalupe, en la intrincada sierra de lo que ahora se conoce como el municipio de Mulegé, ocurrieron en el mes de noviembre de 1744, lo cual confirma las conclusiones actuales de especialistas que atribuyen al territorio que ocupa el estado de Baja California Sur características

22 Ibidem.

23 Ibidem.

atmosféricas singulares, con un espectro “bastante variado en espacio y en tiempo”.²⁴

Aunque se desconoce si la experiencia aquí citada fue resultado de la presencia de un huracán, por la fecha en que ocurrió, sí refleja la influencia que tiene la generación, a veces impredecible, de diversos fenómenos hidrometeorológicos en la convivencia humana en el territorio estatal. De hecho, noviembre no es el mes en el cual se producen las escasas lluvias en esta parte de la península, sino septiembre y octubre, en los cuales se registra la mayor precipitación del año, sobre todo por la influencia de los huracanes.

²⁴ *Emigdio Z. Flores. Geosudcalifornia. Geografía, agua y ciclones. La Paz, BCS, UABCS, 1998. p. 180.*

*“El huracán,
con su poder de enloquecer los mares,
de hundir buques,
de desarraigar árboles,
de derribar fuertes muros
y arrojar a los mismos pájaros del aire a tierra...”*
Tifón

Joseph Conrad

*Qué fuerte el viento en la altura
negra nube arremolina,
y sobre el valle la extiende
cubriendo de sombra el día;
y el ruido de la tormenta
imponente se aproxima;
zumba el viento y la arboleda
con furioso impulso agita.
Tras deslumbrante relámpago
que instantáneo y vivo brilla,
rayo atronador retumba
por las montañas vecinas.*
La lluvia

Anónimo²⁵

25 Fragmento del poema **La lluvia**, publicado en *El Correo de La Paz*, citado por *Gilberto Ibarra Rivera*, Op Cit, p. 11.

I

ENTRE MARES

La frontera azul

A la diestra mano de las indias se ubicó a la antigua California en la leyenda novelesca *Las Sergas de Esplandián*, de aquel “florido escritor de la Villa española de Medina del Campo: el virtuoso caballero Garci Ordóñez de Montalvo”.²⁶ Se da por hecho que esta alusión geográfica, la adopción personal de versiones modificadas de la misma y la imaginación y el arrojo de exploradores que se adentraron por estas latitudes en tiempos de la conquista, asignó su carácter mítico a la ahora conocida como Península de Baja California. Ello sin contar las interpretaciones, imaginarias o influenciadas, que le prodigaban lo mismo una insularidad que su pertenencia al llamado macizo continental.

Ubicada en la región que para efectos de la actual división política de México se considera el Noroeste, el estado de Baja California Sur ocupa la parte austral de la península. Su límite más preciso, por lineal, lo constituye el Paralelo 28, el cual le sirve de frontera con Baja California, único estado de la República Mexicana con el que comparte una frontera territorial. El extremo peninsular sudcaliforniano es una especie de brazo alargado en el mapa geográfico del país, su longitud es de 690 kilómetros y “tiene un ancho que fluctúa entre los 43 kilómetros en su parte más ancha (...) en la Península de Vizcaíno”.²⁷

Figura entre los estados mexicanos de mayor extensión

26 *Fernando Jordán, El otro México. Biografía de Baja California.* Patronato del Estudiante Sudcaliforniano, Gobierno del estado de Baja California Sur. La Paz, BCS. p. 20. El ensayista mexicano José Luis Martínez atribuye al autor de *Las Sergas de Esplandián* un apellido distinto. Lo nombra Garci **Rodríguez** de Montalvo, y agrega al título el artículo *Las*, que no aparece en el libro de Jordán.

27 *Emigdio Z. Flores, Op Cit, p. 1.*

geográfica, con 73,677 kilómetros cuadrados, equivalente al 3.79% del territorio nacional, y se localiza “entre los paralelos 22°52’40” y 28° de latitud Norte, y los meridianos 109°25’28” y 115°04’45” de longitud Oeste”.²⁸

Varios factores atribuyen a Sudcalifornia, como se le conoce a esta entidad, características especiales o, por lo menos, diferentes al resto de las regiones en que se divide el país. Ya se mencionó que es el único estado que comparte un solo límite geográfico con otro territorio estatal, en el norte. El resto de su frontera es azul, otra singularidad sudpeninsular: está rodeado por mares igualmente míticos y legendarios: el océano Pacífico, en su costa occidental, y el golfo de California, en su lado oriental, que sobre todo en el sur se conoce como mar Bermejo o de Cortés, los cuales bañan y sacian la sed de sus áridos escenarios.

Merced a su demarcación geográfica, Baja California Sur posee también la más extensa franja costera entre las entidades de la República: “2,200 kilómetros de litoral de los cuales 1,400 kilómetros corresponden a la costa occidental y 800 kilómetros a la costra oriental”.²⁹

Su larga extensión geográfica y su baja densidad de población subrayan otra de sus particularidades: es la entidad menos poblada del país, con apenas 423,516 habitantes, es decir, apenas 1.3 personas por kilómetro cuadrado.³⁰

A estas alturas de la historia del estado ya se tiene una ubicación precisa de sus límites y sus contornos. Se ha definido claramente su configuración en cartas geográficas, y sus medidas y colindancias se describen en variados estudios, reportes y trabajos especializados.

Gracias a ellos sabemos que Baja California Sur se

28 *Gobierno del estado. Baja California Sur. Datos básicos*, 1998. La Paz, BCS. p. 19.

29 *Ibid.*, p. 24.

30 *Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. Datos preliminares del Censo de 2000.*

ubica en una zona que le otorga otra singularidad: “está rodeada por mares y al mismo tiempo tiene un clima primordialmente desértico”.³¹

Su ubicación geográfica le asigna características especiales que la hacen propensa al embate de tormentas hasta cierto punto imprevisibles, y que como estado del país se le catalogue “entre aquellos con altas pérdidas anuales por avenidas y fenómenos meteorológicos”³² como los ciclones tropicales.

De hecho, “las costas que se ven más afectadas por los ciclones del Pacífico son las de Baja California Sur”.³³ Se trata, pues, de una paradoja: mientras que las lluvias son totalmente necesarias para mitigar la sed de sus áridas regiones, las condiciones meteorológicas provocan que la principal forma de disponer de ellas sea mediante los huracanes que cada año llegan a sus costas, con las consecuencias desastrosas para sus habitantes y sus bienes.

El tiempo

“Confiados en que no llovía en California”,³⁴ los misioneros jesuitas que llegaron en 1697 a la península con el objetivo de evangelizar a los naturales, fueron víctimas de las malas jugadas del impredecible tiempo en la región, ya en la etapa colonial de nuestro país. Atacados por los temporales comunes en el golfo de California, sus barcos eran frecuentemente regresados a punto de partida, varados o sometidos a trastornos en altamar, lo cual resultaba grave

31 *Emigdio Z. Flores*. Op Cit. p. 164.

32 Gobierno de Baja California Sur-Secretaría de Gobernación, **Atlas Estatal de Riesgos**, 1997, p. 39.

33 *Sandra Robles Gil Mestre*. **El clima en la ciudad de La Paz, Baja California Sur**. Tesis de Maestría, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1998. p. 71.

34 *Juan María de Salvatierra*. **Carta al padre Juan de Ugarte**, en Miguel León Portilla, Loreto. Capital de las Californias, Fonatur-UABC-CNCA, México, 1997. p. 105.

para el proyecto religioso, pues dependía de los bastimentos que le eran enviados desde las misiones asentadas en los territorios que ahora forman Sonora y Sinaloa.

El personal que hacía las travesías tenía que recurrir, con mucha frecuencia, a invocar los favores de la Virgen de Loreto para poder sortear las dificultades. Eran tales los contratiempos que los marineros llamaban “el viaje de los milagros”³⁵ a los recorridos por el golfo de California. Los barcos destinados al abastecimiento de las misiones, desde el origen hasta la conclusión del régimen jesuítico, “caminaron siempre con fuerza de tempestad y temporales”.³⁶

A pesar del carácter sabio y calculador que se le atribuye, el padre Juan María de Salvatierra fue uno de los primeros sorprendidos por el tiempo imprevisible de la península. De hecho, él y quienes le acompañaban aquel octubre de 1967 en su viaje de Sonora a Loreto, para fundar la primera misión californiana, debieron esperar algunos días para desembarcar, pues la violencia del viento les impidió acercarse a la playa e incluso los llevó a sitios bastante al norte de su punto objetivo: San Bruno. Habían avistado el área de desembarco desde el día 12, pero lograron saltar a tierra hasta el 18 de octubre.

La California recibió a la avanzada de quienes permanecerían en su territorio por más de siete décadas con “un aguacerón tan grande, que nos mojó cuanto teníamos”.³⁷ Eso ocurrió el 23 de octubre, después de completado el desembarco, en el cual habían ocupado varias jornadas. Unos días después, la misma Virgen Santísima que protegía a la gente de mar en las travesías, recién desembarcada, debió sufrir con los religiosos otro nuevo chaparrón “que empapó toda la tierra y empezaba ya a correr el agua”.³⁸ Este último incidente, sobre todo, provocaría malestares en el naciente campamento, pero el padre y sus acompañantes

35 Ibid, p. 95.

36 Ibid, p. 96.

37 Ibid, p. 107.

38 Ibidem

lo tomaron por el lado amable y bromeaban: “con mucho gusto en medio del trabajo, repetían riéndose estas palabras: no llueve en California, no llueve en California. Así en medio de mojados hemos estado alegres”.³⁹

El mal tiempo que sorprendió entonces a la avanzada misional ocurrió en octubre, en los días que van del 12 al 29 de ese mes. Esas fechas marcan la temporada en que los especialistas ubican, más o menos, la transición de las lluvias de verano a las de invierno. Hay que mencionar que, en el régimen pluvial de la península, pero sobre todo en el caso de Baja California Sur, hay varios procesos que pueden provocar la precipitación: a) Los ciclones tropicales que surgen durante el verano y que tienen su origen, básicamente, en la elevación de la temperatura superficial del mar, la existencia de niveles de humedad en el aire y la presencia de una baja presión atmosférica. b) La influencia de los frentes fríos que avanzan desde las masas de aire polar del Pacífico Norte. c) El surgimiento de monzones (entre ellos los que se conocen tradicionalmente como *Toritos*) característicos del Golfo de California. d) Las brisas de mar y las lluvias de sierra y, en general, la actividad que resulta de condiciones estrictamente locales.

Cabe explicar que los fenómenos causantes de las lluvias en nuestro estado se diferencian en algo que los meteorólogos llaman “escalas”, las cuales son procesos distintos entre sí por varias razones, entre ellas el alcance o la magnitud de las condiciones atmosféricas que los provocan. Así, mientras que los ciclones tropicales y los frentes fríos pueden llegar a cubrir una enorme extensión y dejar lluvias en puntos bastante alejados de su centro, en el caso de los mozones tienen una cobertura regional y las precipitaciones de origen local cubren un espacio más reducido.⁴⁰ Un ejemplo que clarifica mejor un fenómeno atmosférico de tipo local es el

³⁹ Ibidem

⁴⁰ *Emigdio Z. Flores*, Op Cit, p. 194. En el caso de los ciclones tropicales, que motivan el presente trabajo, tienen su origen en un fenómeno de “gran escala” que se produce cada verano en la llamada Zona Intertropical de Convergencia, la cual se ubica en latitudes al norte del Ecuador, entre éste y el Trópico de Cáncer.

viento de tierra conocido como *Coromuel*, que tiene su origen en la misma península, y que todo mundo en Baja California Sur, particularmente en La Paz, conoce porque hace las delicias de los lugareños al refrescar las incandescentes tardes veraniegas del desierto.

Por eso es que Baja California Sur y su desierto sediento tienen básicamente dos regímenes de lluvias: el de verano, más fuerte y con riesgos destructivos, por ser resultado de la influencia de los ciclones tropicales, y el de invierno (las llamadas *equipatas*) más benéfico por tratarse de precipitaciones menos intensas, las cuales propician una mejor penetración en el subsuelo hacia las fuentes que abastecen a las zonas urbanas, para sus habitantes y para el sostenimiento de las actividades económicas.

Por cierto, que en la tradición local suele identificarse a la parte final de las lluvias de verano con algo que se conoce como el *Cordonazo de San Francisco*, por la relación que la comunidad encuentra entre las últimas precipitaciones de la temporada con el patrono de las fiestas del 4 de octubre en ciertas localidades del país. Sin embargo, ni la fecha ni el festejo tienen una relación estricta con cuestiones meteorológicas. Se trata simplemente de lluvias que pueden surgir por condiciones locales o regionales o por influencias de fenómenos de mayor escala, como los ciclones tropicales o los frentes fríos del norte, las cuales bien podrían ocurrir antes, durante o después de las conmemoraciones del día de San Francisco.

Una cuestión singular a tomar en cuenta al referirnos a la ubicación geográfica de Baja California Sur es que el estado tiene una pequeñísima porción de su territorio (desde una línea recta que aproximadamente iría de Todos Santos, del lado del océano Pacífico a Santiago, en el Golfo de California o mar de Cortés, hacia el sur) en la parte intertropical o tórrida, y la mayor parte de su enorme extensión se localiza al norte del Trópico de Cáncer. Eso no tendría mayor importancia

en la generación de precipitaciones. Sin embargo, cabe mencionarlo porque se trata precisamente de una zona que pudiéramos llamar limítrofe entre la influencia de los frentes fríos del norte y los ciclones tropicales que *empujan* desde el sur, los cuales, como ya explicamos, son las principales fuentes de lluvias para el territorio.

En ese mismo sentido, hay que hacer notar que para que un huracán avance y tome fuerza, desde su nacimiento y a lo largo de la trayectoria que sigue, debe encontrar condiciones atmosféricas favorables que *lo jalen* hacia una determinada región. Es por eso que, durante el verano, ocurren períodos de bochorno, en una combinación de temperatura y humedad altas, que suelen durar varios días. El imaginario colectivo de los paceños, sobre todo de quienes han nacido aquí o tienen ya varios años de residencia, sabe que en cuanto este fenómeno se presenta es casi seguro que se aproxime un *chubasco*, pues son esas condiciones las que *atraen* a las tormentas y les dan lo mismo una mayor velocidad de desplazamiento que mayor intensidad, lo que aumenta su carácter amenazante por la fuerza de sus rachas y vientos. Este hecho explicaría la costumbre de las llamadas *compras de pánico*, que consisten en las aglomeraciones en expendios de víveres y combustibles, en prevención de un eventual período de escasez.

Otro elemento por considerar en cuanto a la relación de la *provincia sudcaliforniense*⁴¹ con los huracanes es la localización de elevaciones orográficas (montañas, cerros, bosques). Se pudiera pensar que su presencia contribuye a mitigar los posibles efectos perjudiciales de una tormenta en las poblaciones urbanas, al debilitar su avance y su intensidad. Este sería el caso de la sierra de La Laguna,

41 Término con el cual el historiador *Ignacio del Río* aumenta la lista de adjetivos que identifican al actual estado de Baja California Sur. En Ignacio del Río, María Eugenia Altable Fernández, **Breve historia de Baja California Sur**, Fideicomiso de las Américas, el Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México, 2000, p. 19.

ubicada en el extremo sur de la península, con más de dos mil metros sobre el nivel del mar. Sin ella, los ciclones causarían daños más graves en asentamientos como La Paz, que sigue siendo el más densamente poblado de la entidad. Sin embargo, en el caso de nuestro estado esto es relativo, y en realidad las serranías contribuyen a aumentar la precipitación y, con ello, los escurrimientos y los consecuentes riesgos para las localidades de las partes bajas. La estrechez de la península hace que, aun con la existencia de tales cadenas montañosas, las tormentas lleguen a cruzar el territorio al encontrar, en uno o en otro lado, condiciones atmosféricas favorables que las *atraen*, con las consecuencias destructivas lógicas en los asentamientos humanos. Cuando se llega a presentar esta situación, las zonas serranas se convierten ya no en escudos protectores, sino en factores de riesgos para la población.

Es evidente que no podríamos, ni con mucho, hacer una comparación entre las montañas de la península y las que forman la Sierra Madre del Sur o la Sierra Madre Occidental, que son verdaderas fortalezas en las que las tormentas pierden gran cantidad de fuerza, aunque no el volumen de sus precipitaciones. En el caso de la península, las distancias pequeñas que hay entre sus costas orientales y occidentales hacen que, a pesar de las serranías, las comunidades aquí asentadas sean todavía más vulnerables a las inundaciones u otros efectos destructivos que se generan a partir de la presencia de los ciclones tropicales.

Los chubascos

Cuatro naves destruidas y otras cinco inutilizadas, entre 200 mil ducados y 300 mil pesos oro gastados y muertos casi 200 de sus seguidores, incluso algunos de sus mejores capitanes, debió asumir Hernán Cortés como saldo amargo de sus cuatro expediciones a la mar Del

Sur. “Más fue el ruido que las nueces”⁴² su aventura en busca de la mítica California descrita en las caballerescas *Sergas de Esplandián*. El que aparentemente se haya dejado influenciar por la leyenda y su evidente ambición por añadir nuevas hazañas y descubrimientos a su ya largo palmarés le costó al gran conquistador el haber fracasado ante los fragores del mar Bermejo que, a la postre, llevaría con relativa justicia su nombre.

Las turbulencias, las tormentas y tempestades de estos mares hundieron sus barcos con marinos y bastimentos. Eso debió afectarle más que la cizaña del gobernador neogallego Nuño de Guzmán y los posteriores desdenes del virrey De Mendoza. Fueron esas mismas aguas de temperaturas inestables las que, después, harían sucumbir y echar por mar los sueños de arrojados capitanes buscadores de riqueza y fama en la antigua California, al igual que los de aquellos entregados y fieles marinos que siguieron a los misioneros jesuitas en su labor de evangelización. Ese mar que debería su nombre al gran conquistador, merced a su terquedad por conquistar las riquezas de la cautivadora California, forma parte también de los elementos que hacen que en esta región se presenten fenómenos aparentemente impredecibles, de alcance regional, como los monzones o “toritos” ya descritos, y su alargado cuerpo de agua es parte de un conjunto de circunstancias que favorecen la atracción de los huracanes durante el verano.

El hecho es que estos fenómenos no sólo causan peligros en las zonas urbanas de la península, en los habitantes y sus bienes, sino también en las condiciones de la navegación en el área. Es larga la lista de naufragios que debieron enfrentar desde los primeros exploradores hasta los marinos al servicio de las misiones y aun los navegantes de épocas más recientes, por causas relacionadas con los ciclones tropicales. También lo es la lista de muertes que han debido

42 López de Gómara, apreciación, citado en José Luis Martínez, **Hernán Cortés**, FCE, México, 1995. Página 510.

ocurrir en este género de accidentes desde las primeras travesías por sus aguas. A finales del Siglo XIX se dejaba un testimonio que, aunque novelesco, refleja la peligrosidad de las tormentas para la comunicación marítima en la región, al considerar que “los chubascos en el golfo de California son peligrosísimos en cierta estación del año, ya por su fuerza, ya por lo repentino de su aparición (y) el peligro en que (tales fenómenos) ponen a los buques que navegan en las aguas del golfo, cuando son sorprendidos con todo o la mayor parte de su velamen, es tan inminente, que se registran multitud de naufragios”.⁴³ Uno de ellos, del cual no se consigna con claridad el año en que ocurrió (entre 1855 y 1860), fue el del bergantín Santa Ana, y en 1894 el del buque *Carolina*, dedicado al comercio de cabotaje legal e ilegal en puertos del Pacífico. De tal manera que “parece imposible que este mar tan tranquilo y silencioso ahora, cuyas aguas lamen dulcemente las arenas de la ribera, sea el mismo que ruge enfurecido y se levanta en gigantescas masas y espantosos torbellinos cuando la tempestad lo conmueve y el huracán lo agita”.⁴⁴

Los huracanes que afectan a la región son también conocidos como ciclones tropicales, por el área en que tienen su origen. En otras partes del mundo a estos fenómenos se les llama tifones, como es en Asia. En el caso de nuestro estado, la matriz es generalmente la parte del océano Pacífico que se denomina golfo de Tehuantepec, por su cercanía con esa zona del estado de Oaxaca. Ahí suelen

43 *José María Esteva, La campana de la misión*, Jalapa Enríquez, 1894. pp. 131-132. Se trata de una novela que recrea un hecho supuestamente real, consistente en el naufragio del “*Carolina*”, barco dedicado al transporte de carga y pasaje en el Pacífico, a finales del Siglo XIX. Casualmente, la novela fue publicada un año antes de que ocurriera uno de los desastres más devastadores relacionados con huracanes en la Historia del estado, el de 1895, que afectó las zonas que ahora forman parte de los municipios de La Paz y Los Cabos. Un ejemplar de la primera edición de la obra se conserva en el Archivo Histórico Pablo L. Martínez, donado en 1998 por un particular.

44 *Ibid*, pp. 229-230.

producirse la mayor parte de los ciclones tropicales que tocan las costas occidentales de México, en una temporada que, según los registros históricos, va de mayo a noviembre de cada año. Conforme avanza el verano, el área generadora tiene un desplazamiento hacia el oeste, producto de un mayor calentamiento del agua superficial del océano (un promedio de 27 grados centígrados), condición básica para el surgimiento de una depresión que origine un ciclón tropical. El fenómeno tomará fuerza, en caso de encontrar las circunstancias favorables, para convertirse luego en una tormenta y más tarde en un huracán.⁴⁵ Su formación, desarrollo y trayectoria que siga hasta su disipación puede llevar varios días, o bien extinguirse en alguna de sus etapas iniciales, dependiendo siempre de las condiciones atmosféricas. Se trata del que puede considerarse el más intenso de los fenómenos meteorológicos, quizá comparable con los tornados que afectan con frecuencia la parte centro-este de los Estados Unidos, aunque en este caso se trata de meteoros cuyo radio es mucho más reducido, pero, por lo mismo, la intensidad de sus vientos y su potencial destructivo resultan tan peligrosos como las de los ciclones tropicales.

Estos, los huracanes, son una especie de *remolinos* enormes que se forman en el mar como resultado de condiciones atmosféricas que así lo permiten, esto es, la existencia de una baja presión, originada por el aumento de la temperatura del ambiente y del agua superficial en el océano. El movimiento circular de los vientos alrededor

45 *Secretaría de Gobernación*. Sistema Nacional de Protección Civil. **CENAPRED No. 5 Huracanes**, México, D.F., 1995. El fenómeno ocurre al formarse, primero, una inestabilidad atmosférica, enseguida aparece una depresión, la cual da origen al *remolino* que, a su vez, llevará a la formación de la tormenta tropical. Ésta se convertirá, después, en un huracán, cuando la intensidad de sus vientos supere los 118 kilómetros por hora. La escala Saffir-Simpson (ESSH) establece cinco categorías para medir la intensidad de un ciclón, a partir de la fuerza de sus vientos: 1.—De 119 a 153. 2.—De 154 a 177. 3.—De 178 a 209. 4.—De 210 a 249. 5.—Superiores a 250 kilómetros por hora.

de la baja presión levanta el vapor de agua, lo condensa al elevarse a la atmósfera y lo convierte en gigantescas bandas de nubosidad con la imagen de un *embudo*. Además, la fuerte actividad que rodea y forma al *ojo* del ciclón provoca fuertes oleajes y, con ello, graves riesgos en la navegación marítima. Su influencia afecta sobre todo las zonas costeras, como es el caso de Baja California Sur, donde genera peligro por inundaciones y grandes avenidas y escurrimientos de agua por la lluvia en las zonas urbanas.

Un ciclón tropical es una tormenta “de enormes dimensiones, varios cientos de kilómetros, que genera intensas lluvias, hasta mayores del promedio anual, las que a su vez dan lugar a enormes crecientes (y un) incremento en el volumen de agua que transporta una corriente natural, como es el caso de un arroyo, y también produce ráfagas de vientos con velocidades superiores a los 100 kilómetros por hora sobre una determinada región”.⁴⁶ En Baja California Sur “la época de mayor ocurrencia de estas tormentas es septiembre y octubre”,⁴⁷ en la parte final del verano y ya iniciado el otoño. A estas alturas y con las innovaciones tecnológicas propias de la época, se puede llevar el seguimiento de la presencia y trayectoria de un huracán, desde que surge hasta que se disipa. Sin embargo, su sola mención “genera, en la población, no sólo desconcierto sino temor a desgracias personales, en muchos casos basado en experiencias pasadas”.⁴⁸

Conviene aclarar un asunto que en ocasiones suele prestarse a confusiones: el de las velocidades asociadas con un huracán o ciclón tropical. El hecho es que hay dos clases de velocidades en estos fenómenos. Una que se refiere a la *intensidad* de sus vientos, es decir, a la fuerza con que el aire se traslada alrededor de la baja presión y forma el *embudo* al que hemos hecho referencia. Este movimiento,

46 *Emigdio Z. Flores*. Op Cit, p. 211.

47 *Ibidem*

48 *Ibidem*

responsable del traslado de las nubes hacia los cuatro puntos cardinales en la zona de influencia del meteoro, es el más peligroso porque cuando alcanza su mayor rango puede causar destrozos de gran magnitud en instalaciones y asentamientos humanos. Unido a la lluvia, el viento toma mucho mayor capacidad destructiva. La otra velocidad de un ciclón es la de *desplazamiento*, que consiste en el tiempo en el que el fenómeno, como tal, avanza en su trayectoria. Esta es, desde luego, mucho menor, no representa mayor peligro y puede suceder que por momentos desaparezca, porque depende de las condiciones meteorológicas que el *ojo* del huracán encuentra su paso y que favorezcan su avance rápido o lento.

Hay que decir que reunidas todas las condiciones ya descritas, la península y en particular Baja California Sur forman un cuerpo geográfico muy especial, entre otras cosas porque la mayor parte de su territorio se ubica en la zona subtropical y apenas una pequeña porción, Los Cabos, en la zona tórrida (dentro de la franja que se establece entre el Trópico de Cáncer y el Ecuador, es decir, donde se generan los ciclones tropicales, razón por la cual llevan ese nombre), limitado en sus costados por mares con propiedades distintas, y con una larga cordillera cargada hacia el mar de Cortés. Muchos de estos factores hacen que su territorio sea afectado cada verano por al menos un ciclón de cierta intensidad. Quienes conozcan la península se podrán dar cuenta que, además, la parte de la costa hacia el Pacífico presenta una extensión más amplia, con grandes llanos y un relieve menos pronunciado, mientras que del lado del golfo de California son comunes los acantilados y sierras escarpadas, con caídas abruptas y escasos valles, lo que hace diferentes tanto el clima como los fenómenos locales que se presentan en cada una de ambas partes. Esto explica por qué los peores efectos de los ciclones que han afectado al estado se han sentido en poblaciones de la costa

del golfo, si bien es cierto que es en esta parte donde se han asentado las principales poblaciones en la Historia de la entidad. Como sea comprenderá, en este flanco las crecientes y las fuertes corrientes que fluyen hacia el mar deben recorrer espacios mucho más cortos que en la costa del Pacífico, lo cual vuelve los arroyos potencialmente más peligrosos, en especial para las zonas urbanas.

Todas las circunstancias señaladas, en combinación, hacen que el estado se ubique en una especie de zona de *rompiente* tanto de los ciclones tropicales, que ascienden en latitud desde el sur-sureste, como de los frentes fríos que descienden del norte-noroeste. Esto podría ser una ventaja, pero también un riesgo que explicaría porqué los huracanes más intensos los registramos en los meses de septiembre y octubre: se trata de la temporada en que las altas temperaturas de la zona tropical envían sus últimos *coletazos* hacia el norte y con ellos los *chubascos*, pero también cuando los frentes fríos del norte ya empiezan a hacerse presentes, sobre todo después de mediados de octubre, lo que se puede notar en el clima, con días cálidos y noches más frías. El estado queda en una situación que pudiéramos comparar con la de un emparedado, en medio de dos fenómenos de mayor escala, y dependiente de las condiciones atmosféricas que ello genera para tener la lluvia. Si el aire polar no es lo suficientemente fuerte, los huracanes entrarán con fuerza a la península, y en caso contrario la tormenta será desviada hacia mar abierto o hacia la contracosta, esto es, hacia el macizo continental en Sonora, Sinaloa o Nayarit. Ha sucedido que algunos huracanes *se topan* con las masas de aire polar y se desvían hacia mar abierto, pero de pronto, al encontrar condiciones favorables por el debilitamiento de las corrientes frías, recurvan y vuelven a tomar la misma trayectoria de días anteriores, con los consiguientes riesgos para la región.

¡Desde el fondo del abismo,
que es mi hermoso Edén Excelso,
elévense los vapores
como bandadas de cuervos;
fórmense altos nubarrones
oscuros como un lamento,
y dirigiéndose al mar,
que le arranquen de su seno
toda la hiel de sus olas
para mudar este pueblo!

Anónimo⁴⁹

49 Autor anónimo, fragmento de poema referido por Gilberto Ibarra Rivera, Op Cit, pp. 141-142. Se hizo una selección representativa del poema para dar una especie de hilo conductor a los capítulos centrales de este trabajo. La composición se titula *Los dos ángeles* y formó parte de una obra de teatro que se presentó en La Paz y San José del Cabo, en 1907, para reunir fondos y ayudar a las víctimas de un desastre ocurrido en octubre de ese año, relacionado con un ciclón de gran intensidad.

II

DESTRUCTIVOS BENEFACTORES

Los temporales

Las pinturas rupestres son, sin lugar a dudas, los testimonios culturales más antiguos de la presencia del ser humano en la península de Baja California y, por lo tanto, en Baja California Sur. Hay una cantidad ni siquiera definida de sitios con petroglifos a lo largo del territorio peninsular, pero el mayor conjunto de ellos se localiza en la sierra de San Francisco, en el norte. Sus vestigios nos aportan algunas señales acerca de la relación que existía entre los californios de entonces con algunos fenómenos naturales, sobre todo relacionados con el cosmos, ¿de qué manera los concebían?, ¿cómo los observaban?, ¿cómo reaccionaban ante ellos?. Hay igualmente referencias a actividades propias de los antiguos grupos que poblaron la península, como la caza, la pesca y la recolección, además de imágenes de animales, objetos, herramientas, prácticas y otras alusiones de tipo mítico, pero “la existencia de esas pinturas constituye todavía un gran misterio y plantea interesantísimos problemas a los arqueólogos”.⁵⁰ Es por eso, quizá, que no podamos encontrar en ellos datos más precisos o específicos en torno a la reacción de los californios de entonces hacia fenómenos de la naturaleza como los huracanes y otras manifestaciones del tiempo. De hecho, hasta ahora no se ha encontrado alusión alguna a fenómenos meteorológicos, aunque sí hay impresas figuras cósmicas y otro tipo de simbologías que pueden compararse con las encontradas en distintas zonas de pinturas rupestres del mundo.⁵¹

Lamentablemente se desconoce de qué manera se

⁵⁰ Ignacio del Río y María Eugenia Altable Fernández. Op Cit, p. 23.

⁵¹ Luz María Gutiérrez, conversación, quien es investigadora del Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Baja California Sur sobre el arte rupestre en el estado, abril de 2001.

protegían los antiguos californios de la presencia de un ciclón tropical, y las menciones posteriores sobre cómo este tipo de fenómenos ha afectado al territorio peninsular las tenemos en las crónicas de los evangelizadores y exploradores. Más aún, en muchas de ellas sólo se alude a tempestades, fuertes lluvias, temporales o aguaceros, pero no se precisa, por razones evidentes, cuándo se trata de *chubascos* y cuándo de fenómenos regionales o locales como los que pueden generarse en la península, conforme con las condiciones atmosféricas prevalecientes.

En el largo período de tiempo transcurrido entre la llegada del ser humano a la península y el arribo de los jesuitas que en 1697 instauraron en California el régimen misional, los fenómenos meteorológicos no parecen haber afectado de gran manera el desenvolvimiento de los antiguos californios en su entorno natural. Por lo menos no se tienen elementos para afirmar si los ciclones tropicales causaron algún efecto perjudicial en las poblaciones de naturales o si bien estos ya habían aprendido a convivir con la presencia amenazadora de esos fenómenos meteorológicos. Lo cierto es que los habitantes de entonces parecen haber mantenido una relación relativamente más equilibrada con su medio ambiente, sustentados en las actividades cíclicas de la caza, la pesca y la recolección, en dependencia con la disponibilidad de los alimentos de tales orígenes. No se trata de afirmar a pie juntillas que los naturales no tenían problemas con los *chubascos* ni con el abasto de sus alimentos, y puede también ocurrir que el aparente equilibrio con la naturaleza fuera más frágil de lo que se imagina por los relatos de los cronistas. Más bien partimos de las estadísticas arrojadas por los diversos estudios para sostener que la llevaban bien, en general, con su entorno. Al respecto, podemos mencionar las cifras que se han logrado integrar con los datos disponibles sobre la población peninsular, que para la llegada de los misioneros

se estimaba entre 40 mil y 60 mil personas,⁵² las cuales subsistían en condiciones que “reflejan la estrecha simbiosis hombre/espacio características de los indios californios”.⁵³

Todo parece indicar que, en efecto, los naturales de la antigua California lograron una relación de aparente estabilidad con su medio ambiente y frente a los embates de los fenómenos meteorológicos. La falta de información en ese sentido, sin embargo, nos obliga a la mesura para emitir cualquier consideración que implique afirmar que enfrentaron de mejor manera a los huracanes. Lo que sí se puede sostener es la evidencia de que conforme las poblaciones del sur de la península se fueron haciendo más sedentarias y, mucho tiempo después, aumentaron su urbanización, se volvieron cada vez más vulnerables frente a las emergencias causadas por esos fenómenos. En todo caso, habría que valorar y subrayar las condiciones de cazadores-recolectores en que se desarrollaron los antiguos californios, y ponderar la forma en que lograron sobrevivir en las cantidades de población que se citan, lo que ciertamente permite colegir un comportamiento de relativa compatibilidad con las circunstancias naturales.

Por lo contrario, el mismísimo Hernán Cortés, otros arrojados capitanes y no se diga los propios misioneros, fueron víctimas frecuentes de las malas jugadas del tiempo californiano. De pronto, cuando más confiados estaban, los

⁵² Rosa Elba Rodríguez Tomp, **El declive de la población indígena en la Baja California misional** en Ciencias Sociales y Humanidades. Revista de Investigación. Número 6, UABCS, La Paz, 2000. p. 111.

⁵³ Martha Micheline Cariño Olvera, **Historia de las relaciones hombre naturaleza en Baja California Sur 1500-1940**, UABCS, SEP-FOMES, 1996. p. 32. Cariño Olvera divide en tres las etapas de la historia del ser humano en esta región relacionado con su entorno: la de los indios californios, que se extinguieron como resultado del cambio de sus patrones de subsistencia; los rancheros, que a partir de la escasez de recursos crearon su propia forma de vida e identidad, y la fase más reciente, con casos de franca destrucción de los elementos naturales. Sin embargo, salvo alusiones muy breves, su trabajo no aborda la elemental relación de los californianos con fenómenos como los ciclones tropicales, factor ineludible del medio ambiente.

religiosos eran sorprendidos, como ocurrió en Loreto con el padre Salvatierra y su campamento, por una tromba de tres días que los dejó empapados y temerosos de un ataque de los aborígenes. A pesar de todo, los jesuitas habrían de conseguir el funcionamiento del sistema misional durante siete décadas, hasta 1767-68 en que fueron expulsados por órdenes de la Corona española. Los religiosos defendieron su proyecto, junto con los resultados que para entonces presentaba, aunque el tiempo demostraría su desapego a la realidad al haber propiciado la dramática extinción de los grupos autóctonos.

En este contexto, los sucesos con que inicia el presente trabajo narrados por el padre Miguel del Barco acerca de la Misión de Guadalupe, en octubre de 1744, constituyen probablemente el testimonio más importante, por encima de los dejados por otros misioneros cronistas e historiadores, sobre las tormentas en Baja California Sur en aquella época. Su preponderancia estriba en que parece ser la tragedia de mayor magnitud, en su saldo de pérdida de vidas humanas, originada en precipitaciones pluviales. Pero tiene más relevancia porque se trata del primer incidente derivado de la influencia de los fenómenos meteorológicos en el que el alto número de personas muertas fue consecuencia, entre otras cosas, de la intervención humana: los trabajadores habían construido el muro del templo sin la suficiente cimentación y ello provocó su fácil derrumbe tras el humedecimiento causado por las lluvias.

Ciertamente, hay otras relaciones, incluso anteriores a la citada, en las cuales se da cuenta de las peripecias que debieron enfrentar los misioneros y los marinos que los abastecían de víveres desde la contracosta, dada la enorme dependencia de esa vía para el sostenimiento de los centros religiosos. En una de ellas, por ejemplo, se refiere el viaje de los padres Francisco Píccolo, Gerónimo Minutuli y Juan Manuel Basaldúa, quienes en el verano de 1702 salieron del

puerto de Matanchel, en Nayarit, con destino a Loreto, con un cargamento para las incipientes misiones californianas. Lo que seguramente fue un huracán, por la fecha en que tuvo lugar, sacudió de tal manera la embarcación que todos sus ocupantes temieron el naufragio y debieron deshacerse de gran parte de la carga para aligerar la nave y poder llegar a salvo, lo cual ocurrió finalmente el 28 de octubre de ese año. Situaciones de emergencia como la expuesta fueron constantes debido a que la comunicación marítima era la única forma de abastecer de víveres a los evangelizadores de la península, y aunque el padre Clavijero la adjetiva como “una borrasca tan feroz”,⁵⁴ la verdad es que como ese incidente ocurrieron una gran cantidad. En palabra de los propios cronistas, sólo la intervención milagrosa de la Virgen María, “protectora de la California”,⁵⁵ permitió sortear con éxito la mayor parte de las operaciones de suministro.

Los misioneros, por si fuera poco, no sólo tuvieron que enfrentar sus propios problemas en el abastecimiento de alimentos para la buena marcha de su proyecto. Hubo ocasiones en que debieron dar de comer a náufragos sorprendidos por los temporales en el mar de Cortés, con las lógicas mermas en sus reservas y los consiguientes riesgos para la subsistencia de la empresa. En 1703, por ejemplo, tuvieron que dar alojamiento y comida durante cuatro meses a más de ochenta marinos y pescadores que sobrevivieron al naufragio de los tres barcos con los cuales buscaban incursionar en la pesca de perlas y hacer fortuna,⁵⁶ mismos que habían sido azotados por una borrasca.

En 1709 les ocurrió a los jesuitas una nueva mala jugada del tiempo en el golfo de California: una comisión

54 *Francisco Xavier Clavijero*, **Historia de la Antigua o Baja California**, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...” Número 143, México, 1990, p. 115.

55 *Ibidem*

56 *Ibid.* p. 121.

había salido de Loreto y llevaba tres mil pesos para comprar bastimentos en la zona del Yaqui, en Sonora, pero los enviados fueron sorprendidos por una tormenta que los llevó a encallar en terrenos de los Seris, enemigos acérrimos de los españoles, quienes les quitaron el de por sí escaso dinero que los marineros llevaban para mercar. El incidente, sin embargo, tuvo un final feliz: sólo quedó en el susto de los naufragos y derivó en el establecimiento de una sobria relación de amistad entre el padre Juan María de Salvatierra y los indios del área, a quienes bautizó muchos niños e intercedió para que hicieran las paces con los Pimas, vecinos suyos, pero sobre todo consiguió que le regresaran los centavos.⁵⁷

El padre Clemente Guillén igualmente tenía bastante mala suerte para navegar en el golfo de California, y alrededor de 1713 debió enfrentar dos borrascas, en una de las cuales murieron ahogados seis de los 28 ocupantes de uno de los barcos que acarreaban alimentos a la península desde la otra costa. El primero de los temporales traía para un lado y para otro al modesto barco de los religiosos, sin que pudiera tocar tierra en ninguno de los dos litorales del golfo, debido a los fuertes vientos, hasta que fue a parar a “una playa tan estéril” del ahora estado de Sinaloa. Entre las personas que entonces murieron, por cierto, estaba el también misionero Emilio Guisi, quien no pudo concretar su intención de sumarse al proyecto californiano.⁵⁸

El padre Juan de Ugarte tampoco era un consentido de los *chubascos*, aunque sí tenía un poco más de suerte. En el otoño de 1717 debió pasar “veinticuatro horas a campo raso”,⁵⁹ encaramado en una peña y expuesto a la lluvia causada por un “terrible huracán”⁶⁰ que durante tres días

57 Ibid, pp. 131-132.

58 Ibid, pp. 132-133.

59 Ibid, p. 140. Ugarte fue quien tuvo a su cargo la construcción de la balandra “*El Triunfo de la Santa Cruz*”, con madera propia de la península, el cual se botó en Mulegú el 14 de septiembre de 1719.

60 Ibidem

azotó toda la región y provocó severos daños en instalaciones misionales. De no haberse agarrado y abrazado de la piedra salvadora, Ugarte habría perecido durante la inundación que destruyó las acequias y los cultivos de la misión de San Javier, en el que parece ser el más intenso de los ciclones de la época jesuítica. Esa vez también hubo que resentir la muerte de Mateo, un muchacho de Loreto al que los vientos se lo llevaron y “jamás volvió a aparecer ni vivo ni muerto, a pesar de haber sido buscado”.⁶¹ Otros cuatro hombres que pertenecían a una armada perlera también perecieron ahogados a causa del mal tiempo. De hecho, “en los setenta años que los jesuitas permanecieron en (la) península, hubo otros muchos huracanes muy fuertes, pero ninguno comparable con este”.⁶² El mismo padre Ugarte, visionario y emprendedor como era, tuvo que enfrentar otro temporal en el norte del golfo de California, al final de un exitoso viaje de expedición geográfica en la desembocadura del río Colorado, en el cual, de paso, se confirmó que la isla de California no era tal, sino una larga y seductora península. Era el verano de 1721 cuando Ugarte, enfermo y maltrecho por infecciones que contrajo durante la exploración, pudo escapar, con muchos esfuerzos de él y de sus hombres, a la amenaza de un huracán que les seguía los pasos. Fue otro de los peores momentos que debió sufrir en tierras californianas, con “una borrasca acompañada de horribles truenos y relámpagos, de fuertes aguaceros y de tanta oscuridad, que el mediodía parecía de noche”.⁶³ Al final, el grupo pudo llegar a tierra y ser atendido y curados los heridos en la misión de Mulegé.

Otro que debió enfrentar y sobrevivir, junto con sus feligreses, a “un furioso huracán de los que se suelen llevar la desolación a (este) desgraciado país”⁶⁴ fue el

61 Ibidem

62 Ibidem

63 Ibid, p, 154

64 Ibid, p. 158

padre italiano Ignacio María Nápoli, quien en 1723 cambió de lugar la Misión de Santiago, en el sur peninsular. El misionero había tenido dificultades para asentarse en la zona de Las Palmas, se supone que en lo que ahora conocemos como Los Barriles, por la resistencia de los “inconstantes, desidiosos y disolutos”⁶⁵ naturales de la zona. En el nuevo sitio escogido, más alejado de la costa, seguramente donde ahora se ubica el pueblo de Santiago, ya se habían levantado las paredes de la misión y colocado algunas vigas para sostener el techo. Pero un mal día en que el religioso había salido a confesar a un enfermo sobrevino la tormenta con tanta violencia que destruyó la modesta edificación y derrumbó los muros y maderos encima de los feligreses que ahí habían encontrado refugio, quedando “algunos muertos, otros heridos y todos espantados”.⁶⁶ El incidente originó un barrunto de rebelión en su contra, pero se salvó de ser agredido debido a que algunos de los belicosos entraron en razón y convencieron a los demás de que, en realidad, nadie, y mucho menos el predicador, los había obligado a entrar al lugar del desastre. Al final, después de rescatar los cuerpos de los fallecidos y curar a los lastimados, se decidió levantar la misión en otro sitio cercano y asignarle el nombre de Santiago Apóstol.

Después de este relato, hay un largo período en la época misional en que no se describen embates de huracanes, excepto la tempestad que debió significar para la Compañía de Jesús la rebelión de los pericúes de Santiago y San José del Cabo, en 1734, la cual que costó la vida a dos religiosos en manos de los polígamos surianos. Es en el año de 1759 para el cual se menciona que un temporal destruyó un *bastimento*, como se les llamaba a las pequeñas embarcaciones, el cual había sido construido en Nicaragua para ponerlo al servicio de las misiones californianas.⁶⁷

65 Ibidem

66 Ibidem

67 Ibid, pp. 207-208

Luego de este incidente, ocurrido cerca de Cabo San Lucas, hubo el mismo año una “borrasca enorme y espantosa” que acabó con el barco de la misión de Los Dolores y mató a su capitán, un indio originario de Sinaloa. La vela, el cordaje y la carga quedaron esparcidos en el mar y la decena de marinos de su tripulación lograron salvar su vida con muchas dificultades.

En este último incidente cabe hacer una aclaración acerca de un ingrediente desconocido, hasta ahora, sobre los efectos del mal tiempo en el golfo de California: el de los temporales inventados. Sucede que la tormenta que deshizo el mencionado barco de Los Dolores, tan útil para esa comunidad por su aislamiento y por las carencias que pasaba el padre Lamberto Hostell para sostenerla, nunca existió. En realidad, fue una invención de los marineros para ocultar el asesinato del patrón de la nave, ocurrido cuando éste trataba de apaciguarlos en un pleito entre ellos. Quiso poner paz y sacó más, y sus compañeros de viaje, después que lo asesinaron, convinieron en afirmar que durante la tormenta “se había ahogado porque no sabía nadar tan bien como ellos”.⁶⁸ Un proceso posterior haría confesar el crimen a todos y aplicar las sanciones correspondientes para los culpables, mientras que el misionero de Los Dolores decidió no tener más barcos, para evitarse pleitos, aun y cuando le fuera más difícil hacerse llegar alimentos para su feligresía.

La última de las borrascas del golfo de California durante el régimen misional debió asustar al propio Gaspar de Portolá, el agente virreinal designado para ejecutar en California el decreto que a mediados de 1767 ordenaba expulsar de todos los territorios de la Nueva España a los seguidores de la orden fundada por Ignacio de Loyola. Con cincuenta soldados y catorce franciscanos que venían a sustituir a los jesuitas, el recién nombrado gobernador de la Antigua California abordó en Matanchel tres barcos

68 Ibidem

pequeños con destino a la cautivadora península. “Los buques se dispersaron por la borrasca, y el del comisionado, no pudiendo por los vientos contrarios ir en derechura de Loreto como lo había mandado el virrey, (fue a dar) a San Bernabé, en donde saltó a tierra a fines de noviembre del mismo año”.⁶⁹ El final penoso de la presencia de los misioneros jesuitas en la península ya se conoce, igual que el sentimiento que despertó su partida en ellos mismos y en los neófitos que dejaron en las tierras de la mítica nación californiana. La emotividad de la despedida contagió a los mismos soldados que tenían por encargo vigilar la expulsión, quienes en gesto de fraternidad con los echados les besaban los pies inundándolos de lágrimas.

El Siglo XIX

En proceso irreversible de extinción los antiguos californios, expulsados los jesuitas y obtenida la independencia nacional frente a la Corona de España, el territorio sur peninsular siguió siendo azotado cíclicamente por los temporales, trombas y ciclones tropicales. Transcurría, también, el asentamiento de nuevas corrientes de inmigrantes de las más diversas procedencias, del interior de la República y del extranjero. Desde finales del Siglo XVIII y principios del XIX se comenzó a gestar el poblamiento, principalmente en el extremo sur, a partir de cierto auge de la minería y, por lo mismo, de actividades complementarias como la agricultura, la ganadería y el comercio tanto para el abasto interno como para la venta de productos al exterior. “A la salida de los jesuitas, esta circunstancia favoreció a la colonización civil que desde entonces fue protegida y alentada por el Estado, pues representaba la vía para crear un sistema fiscal más amplio del que hasta ese momento existía en la península”.⁷⁰ Al igual que en

⁶⁹ Ibid, p. 239.

⁷⁰ Jorge Luis Amao Manríquez. **Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California**, INAH, Plaza y Valdés Editores, México, 1997, p. 16.

el proceso de colonización del norte de México, la extracción de minerales “en Baja California fue, en efecto, un factor decisivo del poblamiento y concentración de los habitantes en el extremo sur del territorio, pese a su situación inestable y de bajo rendimiento económico”.⁷¹ El asentamiento de grupos de población civil que sucedió al régimen misional, el cual había estado vigente desde la llegada de los jesuitas, en 1697, hasta su expulsión, entre 1767 y 1768, se dio en forma lenta pero continua, y tuvo como uno de sus ingredientes el atractivo de la adquisición de extensiones de tierra y la consecuente generación de intereses sobre la propiedad. En la formación de la base de la nueva sociedad californiana del sur hay que agregar algunos naufragios, escapes o arribos voluntarios de extranjeros, algunos de buena voluntad y uno que otro contrabandista, depredador o pirata arrepentido que decidían sentar cabeza en la legendaria California. Sobre todo “cuando se consumó la independencia de México dio inicio a cierto movimiento de extranjeros que vinieron a establecerse en la península y se quedaron definitivamente en ella. En la punta sur la mayoría de estos inmigrantes fueron desertores de barcos balleneros que se fugaban, huyendo del rigor de la vida a bordo”.⁷² Una parte importante de la raíz de la sociedad peninsular, por lo menos la que con mayor éxito logró aferrarse al entorno local y a sus condiciones precarias, tuvo su ascendente en el personal que hizo funcionar el extinto régimen jesuítico. “Nominalmente soldados, los primeros pobladores hispánicos de ambas californias eran en realidad gente campirana con la habilidad para abastecer las múltiples necesidades de su vida con materiales nativos de la región”.⁷³ Se desconoce, a decir verdad, la forma en que los californianos de esa época enfrentaban los efectos

71 *Dení Trejo Barajas, Espacio y economía en la Península de California 1785-1860*, UABCS, La Paz, BCS, 1999, p. 47.

72 *Pablo L. Martínez, Guía familiar de Baja California 1700-1900*, Editorial Baja California, México, 1965. p. 21.

73 *Harry Crosby, Los últimos californios*, Gobierno del Estado de Baja California Sur, La Paz, 1992, Serie Cronistas No. 8, p. 16.

de los temporales, y tampoco parecen estar documentadas tragedias relacionadas con tales fenómenos. Sin embargo, se dispone de ciertas evidencias que ubican a esta etapa del desarrollo poblacional de la península como la que más supo aprovechar las experiencias anteriores para adaptarse a su medio sedentario, en particular al embate de los chubascos en sus bienes y comunidades. Es destacable la forma en que los habitantes peninsulares que descendían de los antiguos trabajadores misionales sobrevivieron a la presencia “intermitente de los chubascos, las ciclónicas tormentas de verano que azotan a la región”,⁷⁴ construyendo sus chozas en sitios cuidadosamente elegidos: próximos y, al mismo tiempo, alejados del cauce natural de los arroyos, y con enormes rocas edificando diques que les permitían abrir pequeñas parcelas para el cultivo de sus alimentos entre los cañones de la serranía. Esa técnica tuvo sus antecedentes en la “capitalización de experiencias”⁷⁵ sobre la labor de los jesuitas, pero también en conocimientos que los religiosos habían adquirido de los antiguos californios, y que los rancheros supieron aplicar “para resolver uno de los más grandes desafíos que la naturaleza bajacaliforniana planteó a los hombres que decidieron arraigarse en ella: la sequía”⁷⁶ y su correspondencia cíclica con las lluvias de invierno y las de verano, estas últimas provocadas por los ciclones tropicales.

Es ya entrado el Siglo XIX, en los años 1827 y 1828, sobre todo éste último, cuando se tiene registrado el azote más importante de los temporales, no sólo porque tenemos los primeros testimonios directos, consultados en los archivos, sino porque agregó un elemento nuevo en el tratamiento de estos fenómenos: el político. México vivía en ese tiempo sus primeros años como nación independiente del imperio español y, desde luego, iniciaba una nueva relación con sus provincias, lo cual implicaba una recomposición

74 *Ibid.* p. 4

75 *Martha Micheline Cariño Olvera*, Op Cit, p. 101.

76 *Ibidem*

en los equilibrios del ejercicio del poder a nivel local. Ocurrió en esa época en Loreto un “cataclismo”⁷⁷ que tendría su consecuencia mayor en el cambio de sede de la capital territorial de esa comunidad a La Paz. Aunque Loreto era entonces “un villorrio insignificante (...) el año de 1828 hubo un temporal y aguaceros tan grandes, que formando arroyo por el frente de la Misión, se llevó treinta y tantas casas, con los intereses que sus habitantes tenían, con lo que quedó la población reducida a un estado miserable”.⁷⁸ Por ese tiempo, el desarrollo económico de zonas del extremo sur de la península como San Antonio y San José del Cabo habían creado intereses que pugnaban por el cambio de la sede del gobierno territorial, que se encontraba en Loreto. Así que la destrucción de la primera capital de las californias por el temporal fue una magnífica circunstancia aprovechada por esos incipientes grupos de presión económica y política para insistir en el traslado, de común acuerdo con el Gobierno central, lo que a la postre se concretaría en beneficio de la región de La Paz. En ese sitio habría de fundarse el puerto que más tarde le daría a la pequeña población su categoría de capital del todo el territorio peninsular, cabeza del futuro Distrito Sur y, en sí misma, centro de atracción de oleadas de inmigrantes que le vinieron a asignar la dinámica característica de una ciudad.

Los perjuicios causados por el huracán durante los días 26 y 27 de septiembre de 1828 en Loreto fueron estimados en “la cantidad de doscientos cincuenta y cuatro pesos seis reales, sin contar el deterioro de los edificios”,⁷⁹ y obligaron

77 Pablo L. Martínez, **Historia de Baja California**, Patronato del Estudiante Sudcaliforniano-Gobierno del estado de Baja California Sur, La Paz, BCS, 1991. p. 344. El historiador se refiere con ese adjetivo a la descripción de la tragedia en un reporte oficial sobre sus consecuencias en la comunidad.

78 Ibidem

79 Reporte de la inspección realizada por el Comandante de Armas y Alcalde Constitucional, Manuel Pozo, fechada el 9 de octubre de 1828. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, documento número 2077, Legajo 21.

a cambiar a Puerto Escondido, un poco más al sur, el “Arsenal”⁸⁰ en el cual se guardaban los víveres, armas y enseres de la tropa que tenía a su cargo la vigilancia de las instalaciones de la Aduana. A pesar de todo, las pérdidas no sólo fueron en las menudencias, arrierías, enseres de los frailes, herramientas y hasta la panocha que “se hizo lodo en la troje chiquita”,⁸¹ sino en la consecuencia mayor de que Loreto dejara de ser, desde aquel tiempo, el centro del control político peninsular.

Los registros de ciclones tropicales ocurridos durante el Siglo XIX son muy escasos, y curiosamente sólo los podemos encontrar en algunos documentos que no los ventilan en sí mismos, sino que los citan como referencias en justificaciones o explicaciones para otros asuntos principales. No se sabe cuál habrá sido la causa de que en gran parte del Siglo XIX no haya registros sobre la presencia de fenómenos de esta naturaleza, aunque suene lógico pensar que sí los hubo. Podría ser que los vaivenes ocurridos durante la época, a nivel local y nacional, hicieron que las preocupaciones principales fueran de tipo militar o político, más que en el orden de la defensa civil frente a los desastres relacionados con huracanes. Sería difícil creer que la *quietud vitalicia*⁸² de los sudcalifornianos no fue interrumpida por este tipo de cataclismos. De ser así, parecería que, a los californianos del sur, en lugar de las tormentas, los ocuparon más las invasiones filibusteras, las intervenciones extranjeras, los enredos del padre Gabriel González o la epidemia de viruela⁸³ que el gobernador de 1844, de apellido Maldonado, quiso curar él mismo con un remedio infame, causando más muertos que los que buscó

80 Ibidem, Así está descrito en la relación de daños enviada por el Comandante de Armas y Alcalde Constitucional. De hecho, en el original está escrito “Arcenal”.

81 Ibidem

82 *Eligio Moisés Coronado, Los apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California*, La Paz, BCS, 1996. p. 68.

83 Ibid, p. 101.

evitar. De cualquier manera, los datos que hay sirven para indicarnos la singularidad del tiempo peninsular, que lo mismo genera lapsos de gran precipitación que períodos de una sequía total. Un ejemplo pudiera ser lo que ha dado en llamarse *años verdes*, uno de los cuales ocurrió un lustro después de la tragedia de Loreto. El año de 1833 “llovió tanto que perduró en la memoria colectiva durante mucho tiempo. (De tal manera que) cuando el cielo ha sido generoso, se forman lagunas y vastos charcos en las depresiones y crecen pastizales por doquier”.⁸⁴

Otra vertiente de los perjuicios causados por huracanes en la región es la cantidad de naufragios que tuvieron lugar a causa de los ciclones en el transcurso del Siglo XIX, sobre todo en la segunda mitad, cuando la navegación constituyó un importante factor de desarrollo económico para la región sur de la península y enlace con el macizo continental y otros puertos del mundo. Dos de los que se tienen referencias habrían acontecido el primero seguramente en la década de los años 60, al hundirse el bergantín “*Santa Ana*”, y en 1894 parece haber ocurrido el del buque “*Carolina*”. La tragedia de éste último habría sucedido en un viaje entre Mazatlán y San Francisco, California, Estados Unidos, con carga legal y de contrabando, y fue recreada por José María Esteva en su novela histórica *La campana de la Misión*.⁸⁵ Por cierto que, con la intención de darle un carácter más verídico al tema abordado en su narración, Esteva aclara que las versiones sobre la trama de amor que relaciona el naufragio fueron investigadas por una comisión especial enviada, en ese tiempo, desde Guaymas, sonora, a lo que quedaba de la misión de San Borja, donde se supone que ocurrió la parte principal. Bastante extrañados, los comisionados no encontraron causas que explicaran cómo era posible que, desde lejos, se escucharan los tañidos de la campana. Al llegar al paraje abandonado no se veían rastros

84 *Martha Micheline Cariño Olvera*, Op Cit, p. 191.

85 *José María Esteva*, Op Cit.

de que alguien hubiese estado en el sitio, lo cual aumenta el velo de misterio al relato.

Agregados, pues los puntos de vista político, y en este caso, literario, al tratamiento de los efectos de los chubascos, los sudcalifornianos de finales del Siglo XIX debieron afrontar los graves perjuicios relacionados con el ciclón de 1895. El día 30 de septiembre, mes que presenta la mayor incidencia de huracanes que afectan el sur de la península, un temporal dejó por lo menos cuatro personas muertas en las comunidades del área austral. Los daños principales se registraron en varias comunidades desde San José del Cabo hasta las cercanías de Loreto, sobre la costa del golfo de California. Tan sólo en La Paz, “el monto de las pérdidas sufridas (...) se calcula en más de 15 mil pesos, sin contar con las embarcaciones destruidas y los desastres ocurridos en las fincas rústicas”,⁸⁶ según el reporte inicial enviado al mismísimo presidente Porfirio Díaz, por el jefe político y militar del Distrito Sur, Rafael García Martínez. En esa tragedia murieron varias personas: en Santiago falleció el señor Ramón Márquez, de 80 años de edad, a quien fue imposible rescatar de la corriente del arroyo, y sin que su cuerpo pudiera ser localizado de inmediato.⁸⁷ En El Triunfo únicamente pereció ahogado el señor Gil Morales, pero los daños materiales fueron cuantiosos, al derrumbarse un centenar de jacales y dos casas de terrado, en tanto que en San Bartolo todas las huertas fueron arrasadas por el arroyo del lugar.⁸⁸ Otra víctima del desastre fue una niña de ocho años y resultaron heridas una hermana suya, de 14, y la

86 *Rafael García Martínez*, coronel y jefe político y militar del Distrito Sur, carta enviada al presidente Porfirio Díaz en la cual se refiere a los estragos que dejaron las lluvias del 30 de septiembre y 1 de octubre. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Legajo X, Documento 146, Volumen 257, Año 1895.

87 Reporte del presidente municipal de Santiago, al día siguiente de la tragedia. En el texto sólo aparece la firma y no se lee el nombre.

88 Reporte del presidente municipal de El Triunfo, de apellido Moyrón, cinco días después de la tragedia.

madre de ambas, debido a que a consecuencia de las fuertes lluvias se vino abajo la casa de la familia de Encarnación Romero, en el rancho San Juan, en las cercanías de la población de Loreto.⁸⁹

A pesar de todo, los daños materiales resultaron de mayor magnitud que los reportados al principio ante Porfirio Díaz por parte de la Jefatura Política del Distrito. En su primer mensaje al presidente, el 4 de octubre, García Martínez atribuyó a La Paz un estado deplorable: “difícil me será, señor, juntar a usted el cuadro de desolación que presentaba esta ciudad al siguiente día de la catástrofe (...) Usted con su clara imaginación y su elevado criterio, sabrá formarse idea cabal de las múltiples desgracias ocurridas, así como de las innumerables necesidades de estos habitantes que reclaman inmediato remedio”.⁹⁰ Más de dos semanas después, el 22 de octubre, la autoridad de El Triunfo, representada por un señor de apellido Moyrón, describía una realidad todavía más lamentable: además del centenar de casas destruidas que había incluido en su reporte inicial, estableció que las pérdidas suman la cantidad de 70 mil pesos, sin considerar el ganado que se llevaron los arroyos y los desperfectos que sufrieron las comunidades vecinales que aún no se pueden apreciar”.⁹¹ Hay que mencionar que esa región vivía, por esa época, el auge de la minería y “de ser una congregación sin bullicio e insignificante que no alcanzaba los 200 vecinos, El Triunfo pasó a ser un pueblo que en 1890 tenía cerca de 4,000 habitantes”,⁹² lo que nos da una

89 *Ernesto Ferrer*, reporte del subdelegado de Loreto en Comondú. La nota tiene fecha 31 de octubre, lo que da una idea del tiempo que transcurrió, un mes, para conocerse los hechos.

90 Carta del jefe político y militar del Distrito al presidente Porfirio Díaz, fechada el 4 de octubre. Los documentos aquí referidos todavía no están dados de alta en el acervo.

91 Documento dirigido al coronel Rafael García Martínez por el señor Moyrón, autoridad de El Triunfo, con fecha 22 de octubre. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Legajo X, Volumen 257, Año 1895.

92 *Ignacio Rivas Hernández*. “El Progreso Mining Company. Su impacto social en El Triunfo, Baja California 1878-1905”, en **Sociedad y Gobierno en el sur de Baja California. Cinco aproximaciones históricas**. La Paz, UABCS, 1991. Página 112.

idea del impacto que debió tener el embate del huracán en la zona minera. Con todo y eso, la actividad extractiva en el área no se interrumpió y, por el contrario, aumentó su dinamismo todavía en la siguiente década.

La Jefatura del Distrito Sur estableció una Junta Central de Socorro, integrada por los señores Antonio Ruffo, Miguel González y José H. Hidalgo, la cual se avocó a gestionar apoyo económico en favor de quienes resultaron afectados por la tempestad. La magnitud de los daños debió ser tal que se pidió el auxilio de la Federación y de los gobiernos de todos los estados de la República. Las muestras de solidaridad no se hicieron esperar: el general Díaz autorizó 5,000 pesos de ayuda, los cuales fueron remitidos desde la Jefatura de Hacienda de Mazatlán, Sinaloa. Algunos estados, como Nayarit y Sonora, fueron pródigos y enviaron importantes cantidades de dinero. Otros, como el de Chiapas, manifestaron sus condolencias por los daños, pero no ofrecieron muchas esperanzas de enviar dinero. Como quiera que sea, el Fondo de Socorro tenía reunidos a diciembre de ese mismo año 11,506.79 pesos de remesas de las autoridades de varias entidades y otras aportaciones, y las cuentas alegres del jefe político le hacían albergar esperanzas en el sentido de que tendría reunidos entre 30 mil y 32 mil pesos en los días siguientes.

La de 1895 probablemente ha sido la mayor tragedia en la Historia del estado durante el siglo XIX, por la cantidad de comunidades que se vieron afectadas, aun cuando el número de víctimas fatales reportado sólo haya sido de tres. Sin embargo, para cuando ocurrió era notorio que ya había una mayor comunicación, aunque deficiente, y los gobiernos podían entablar relaciones y solicitar auxilios mediante el invaluable apoyo del servicio telegráfico y el correo. Como se puede observar, el territorio sur de la península ya comenzaba a tener un proceso de urbanización, si bien incipiente, con el surgimiento de nuevas localidades. De

tal manera que pareciera natural pensar que en cuanto más población se sumaba, más alto era el grado de vulnerabilidad que fue adquiriendo frente a la presencia de los ciclones tropicales. Ello agregado a que para esa época la llegada de la tecnología en materia de detección y seguimiento de dichos meteoros todavía estaba lejos de pensarse siquiera.

El Siglo XX

Con el agua hasta los hombros, sostenida con las manos de la rama de un pequeño guamúchil, jalada por la fuerte corriente del arroyo y con una víbora enredada en el cuello, Romalda también se salvó de morir por lo que ella asumió como un milagro de la Virgen María. Aunque el historiador Pablo L. Martínez lo atribuyó a una obra del destino, la suerte y el azar, más que a la supuesta influencia divina, la mujer pudo seguir respirando y esperar, seguramente con bastante paciencia, a que bajara la fuerza de la corriente y sus pies pudieran sostenerse con cierta firmeza en el suelo arenoso. Lo más probable es que el tiempo transcurrido haya sido lo suficiente para que la serpiente hubiera tomado confianza en su incidental aposento, de tal manera que ella la tomara con la mano y la arrojara lejos de sí sin que el animal la mordiera. El problema entre ambas había sido el mismo: asirse de cualquier cosa con tal de salvarse de morir ahogadas en el arroyo, entre árboles, animales y rocas que arrastraba “la fatídica ola desprendida de la sierra”⁹³ a causa de las fuertes lluvias. Romalda tuvo la oportunidad de detenerse en el árbol, y la culebra en el cuello de ella, desnudado por el agua y las ramas de otros árboles arrastrados por la corriente.

La noche del 14 de septiembre de 1907 fue “de terror, de desolación y de ruina” para las regiones de San José del Cabo y Santiago. En esa zona ocurrieron “tres días de ciclónica y pavorosa tormenta que hacía más impresionante el rugir furioso

⁹³ Pablo L. Martínez, *La tromba*, referido por Gilberto Ibarra Rivera, Op Cit, p. 188.

y retumbante del mar y el silbar quejumbroso del viento, una violenta e inesperada avalancha de agua, como si proviniera de las cataratas del cielo desatadas horrorosamente en un instante, invadió como un relámpago el valle, arrastrando gente, bosques, huertas, animales, tierras, todo lo que encontró a su paso”.⁹⁴ El desastre es el primero de consecuencias devastadoras para el sur de la península al iniciar el Siglo XX.

Parece que la todavía escasa población que para esa época tenía la península evitó que la tragedia alcanzara peores consecuencias, pero por lo pronto murieron ahogadas casi 20 personas, entre 10 y 12 de ellas en San José del Cabo y siete más en La Ribera. No sólo eso: dos semanas después, el uno de noviembre, cuando la población apenas intentaba volver a la normalidad reconstruyendo cercos y casas, tratando de recuperar sus sembradíos y asumiendo las pérdidas, una tromba volvería a azotar la región provocando la muerte de Juan M. Romero, vecino de San José del Cabo, además de nuevos daños en acequias, plantaciones y corrales.

La lluvia comenzó a caer con calma, como *chispitando*,⁹⁵ la mañana del día 14, pero para las 19:00 horas ya se había convertido en una fuerte tormenta que desencadenaría el “horroroso desastre”.⁹⁶ Los rancheros de la región andaban *lurios*⁹⁷ porque se habían registrado algunas precipitaciones en el área desde días atrás, luego de una prolongada sequía, lo que abría grandes perspectivas para sus cultivos y la crianza del ganado. No se imaginaron los efectos que les

94 Ibidem

95 Con ese término, que también puede ser *chispando* o *llover menudo*, se identifica en la región sur de la península a la presencia de una lluvia que, aunque pertinaz, no alcanza la consistencia de gotas de agua, sino apenas delgados hilos. Sin embargo, mojan la superficie, reblandecen la tierra y penetran en ella. En otras regiones del país se le llama *pingar* o caer *pelo de gato*.

96 Ignacio Ochoa, subprefecto político para los municipios de San José del Cabo y Santiago, reporte del día 15 de octubre de 1907. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Ramo Gobernación, Volumen 450, Expediente 44.

97 En el vocabulario regional, andar *lurio* es sinónimo de estar entusiasmado, animado. Contento, pues.

deparaba el “formidable ciclón (con una) terrible tromba y horrorosa inundación. Grandes pérdidas de vidas e intereses”.⁹⁸ Las primeras cifras hablaban de “diez o doce personas ahogadas; pero como no se tienen comunicaciones con los lugares inmediatos, la expectación es intensa: se teme que el número de víctimas es mucho mayor”.⁹⁹ Entre quienes fallecieron ahogados se destacó la “pérdida de un vecino prominente: el honrado y bien estimado señor Don Daniel Moreno, activo y laborioso vecino de este lugar, (quien) sacrificóse en aras de sus deberes filantrópicos, como se sacrifican los héroes”.¹⁰⁰ Moreno había descubierto el peligro en que se encontraba la familia de su vecino, Antonio Amador, en su choza al final de una huerta. Acudió en auxilio del rancharo, su esposa e hijos, además de otros parientes que buscaban refugio. Todos iban cruzando el arroyo, mientras la corriente crecía. La mayor parte del grupo logró salir con vida a la otra orilla, pero el noble caballero no corrió con la misma suerte y fue arrastrado por el agua junto con unos niños que cargaba tratando de ponerlos a salvo. Otro buen hombre del que se lamentó su desaparición en esa tragedia fue Simón Roseli, habitante de la comunidad de Eureka, quien fue arrastrado por el arroyo junto con su esposa, sus cuatro hijos y una dama que los acompañaba, María de Cañedo.¹⁰¹ Todos murieron y no fue posible encontrar sus cuerpos, a pesar de la intensa búsqueda por parte de los lugareños, excepto los restos del jefe del clan, que aparecieron en una de las playas cercanas.

98 Boletín Oficial del Gobierno del Distrito, Tomo XV, Número 39, 15 de octubre de 1907. Archivo Histórico Pablo L. Martínez. Mismo expediente anterior.

99 Boletín Oficial del Gobierno del Distrito, Número 39, Tomo XV, del 15 de octubre de 1907, Primera Plana. El medio informativo dedica su nota principal a informar sobre el desastre.

100 Boletín Oficial del Gobierno del Distrito, Número 39, Página 2. Mismo expediente anterior.

101 Oficio del presidente municipal de Santiago, del 18 de octubre de ese año. La comunidad de Eureka se conoce ahora como La Ribera y se ubica en la costa.

En lo material y económico, la lluvia, los fuertes vientos y los posteriores escurrimientos de lodo y arena hicieron que “las pérdidas sufridas en junto se estiman en cientos de miles de pesos”.¹⁰²

Del huracán de 1907 cabe destacar un dato singular: según la noticia del desastre, hubo un “espectáculo” consistente en que “en los momentos angustiosos del ciclón, se observó un raro fenómeno: el cielo se puso en su totalidad de un rojo vivísimo que hacía ver amarillos todos los objetos, tornándose en verde esmeralda poco después”.¹⁰³ A este respecto, debe mencionarse que en ciertas ocasiones en que existe mal tiempo llega a presentarse lo que se conoce como Fuego de San Telmo. Su aparición frente a la proa de los barcos era el terror de los marineros porque auguraba un naufragio seguro. Se trata de un fenómeno semejante a la aparición de manchas de luz, como pequeños relámpagos, que surgen de la descarga de la electricidad ganada por las partículas del aire en fricción. En algunos de los huracanes más fuertes que han afectado a Baja California Sur se menciona este acontecimiento, aunque no en la proporción de luminosidad que cita la crónica periodística y que la adjudica al nivel del cielo.

Más preocupado por conseguir dinero para tratar de restaurar la normalidad en las comunidades que por investigar las coloraciones y tonalidades del firmamento en momentos de tormenta, el gobernador Agustín Sanginés formalizó la petición de auxilio al Gobierno

102 *Trinidad Cárdenas*, presidente de la Junta de Caridad, carta, al jefe político y militar del Distrito Sur, Agustín Sanginés, el 15 de octubre de 1907. Archivo Histórico Pablo L. Martínez. Mismo expediente anterior.

103 Boletín Oficial del Gobierno del Distrito. Número 39, Tomo XV, 15 de octubre de 1907, p. 2. Según la tradición, cuando un huracán es demasiado intenso se generan esferas de luz que circulan en torno de su *ojo*. Cuando el *Fuego de San Telmo* se observaba en la proa de una nave, el naufragio era inminente. Félix Ortega, cuyo padre también fue marino, explica que “para que (un huracán) tenga tales dimensiones necesita soplar a los cuatro vientos, es decir, pos los cuatro puntos cardinales. Un ciclón semejante fue el de 1943, en La Paz, en el que se pudieron observar tales *bolas de lumbre*.”

del presidente Porfirio Díaz, con un escrito dirigido a Ramón Corral, secretario de Estado y ministro de Gobernación. Copias de un documento enviado por el subprefecto político del sur, pidiendo ayuda, fueron remitidas también a los demás municipios del estado y a autoridades de otras entidades de la República, tal como se hizo en 1895 e igual que se haría en el ciclón de 1918, en demanda de socorro.

Los gestos de ayuda no se hicieron esperar. Las autoridades y los vecinos de El Triunfo y San Antonio, región minera que por ese tiempo todavía disfrutaba en jauja la minería, fueron los primeros en organizar actividades para recaudar fondos que enviaron cuanto antes a las juntas de caridad integradas en los municipios afectados. Los integrantes del Club Patriótico Miguel Hidalgo y Costilla del Real de San Antonio organizaron, presurosos, una función teatral en la cual recaudaron 50.00 pesos de ayuda. Los paisanos de Ensenada, en el Distrito Norte, que a cada embate de un huracán habrían de manifestar sus sentimientos de solidaridad con sus hermanos californianos del sur, enviaron con prontitud 500.00 pesos. A la vuelta de dos semanas enviarían otra remesa con más de 600.00 para totalizar 1,109.41 pesos¹⁰⁴ en apoyo de San José y Santiago, quizá la cantidad más grande de dinero proveniente de fuera de la entidad. Muy por debajo, claro está, de los 20 mil pesos que esta vez aprobó el presidente Porfirio Díaz.¹⁰⁵ El general determinó la cantidad y la aprobó el Congreso, pero solicitaba, por medio de su ministro, “distribuir equitativamente entre las víctimas del ciclón, tromba e inundaciones (...) la suma de \$20,000.00 con que fue

104 *Celso Vega*, coronel, jefe político del Distrito Norte, telegramas y oficios enviados, Archivo Histórico Pablo L. Martínez.

105 *Ramón Corral*, Secretario de Gobernación, oficio 20 de noviembre de 1907, en el cual comunica al gobernador y jefe militar del Territorio Sur la autorización de la partida.

adicionado el Presupuesto de Egresos vigente”.¹⁰⁶ Al general Díaz le había tocado asignar 5,000.00 pesos de apoyo en el desastre de 1895, y en esta ocasión otorgó también su respaldo, pero bajo la sugerencia de que se constituyera una comisión en la que designó a dos de sus tres principales integrantes en la persona de funcionarios federales en la entidad: el jefe de la Aduana Marítima y el administrador de Rentas y del Timbre en la capital territorial. En realidad, las aportaciones fueron generalizadas. Los trabajadores del campamento La Providencia de El Boleo, compañía minera de capital francés en Santa Rosalía, organizaron actividades para recaudar fondos que turnaron a la Junta de Socorro. En otros asentamientos mineros de la empresa, en Santa Rosalía, se llevaron a cabo colectas y una *kermess*, con el mismo objetivo. El presidente municipal de La Paz, Gastón J. Vives, pedía la solidaridad de los vecinos y su cooperación, como una forma de responder a la voluntad de apoyo mostrada por los surianos en el desastre que afectó a la ciudad en 1895.¹⁰⁷ La logia masónica de La Paz y la de Nogales, Sonora, también recolectaron recursos para enviarlos a los afectados. La segunda envió el dinero por medio del gobernador sonorense Luis E. Torres. En Todos Santos ocurrió igual: grupos de voluntarios se dieron a la tarea de recabar fondos para ayudar en la emergencia. En este lugar la cooperación alcanzó niveles importantes, pues una de las remesas fue de 412.37 pesos. Es más: una instancia identificada como Beneficencia Española en Monterrey, Nuevo León, se puso a mano con 482.24 pesos, y un amigo del gobernador Sanginés radicado en Ciudad

106 La autorización de Díaz parece haber estado claramente condicionada a la integración de una Junta que distribuyera los recursos, en la cual designó directamente a dos de sus integrantes: el administrador de la Aduana marítima de La Paz, Francisco González Rubio, y el administrador de la Renta y del Timbre, Alfredo Talamantes.

107 Publicación del alcalde en la prensa de la época, el 21 de octubre de 1907, invitando a los vecinos a sumarse a la cooperación. Archivo Histórico Pablo L. Martínez.

Juárez, Chihuahua, de nombre Espiridión Provencio, organizó una función de teatro con la compañía de los Hermanos Areu, que destinó el 50% de lo recaudado en lunetas, plateas y galería para socorrer a las víctimas del fatídico desastre en San José y Santiago. Debíó tratarse de un amigo entrañable del coronel y gobernador del Distrito, porque la carta de agradecimiento del jefe militar se redactó en los mejores términos. Hubo otros casos notables, como el de Loreto y la pequeña localidad de Santa Águeda, que literalmente pasaron la charola a sus escasos habitantes y pudieron reunir 69.04 y 141.00 pesos, respectivamente, para contribuir a aliviar la zozobra de los vapuleados josefinos y santiagueños. La Junta de Caridad de San José del Cabo se allegó lo suficiente para darse el lujo de fletar el barco “*J. I. Limantour*” y enviar un paquete de ayuda desde Mazatlán, Sinaloa, con un cargamento de frijol, arroz, maíz, café, manteca, cobertores, mantas, mezclilla, agujas, carretes de hilo y hasta camisas de percal y sombreros mixtecos.

El de 1907 fue un huracán al que se agregó un factor nuevo al tratamiento de estos fenómenos y sus consecuencias, además del político, que ya se había incorporado en el de Loreto de 1828: el de la duda en el manejo de la ayuda para las familias afectadas. Por principio de cuentas, el presidente Porfirio Díaz no sólo instruyó la formación de una “Junta Distribuidora del Donativo del Gobierno Federal” por 20,000.00 pesos, sino que designó a dos importantes miembros de la misma, de los tres que deberían formar su directiva.¹⁰⁸ El otro integrante de la comisión era el propio Sanginés. El hecho es que la Junta Distribuidora se instaló el día uno de enero de 1908, es decir, dos meses y medio después de ocurrida la tragedia, pero el gobernador del Distrito informó de su confirmación hasta el 24 de ese mes. La explicación se funda en que, desde el momento de su instalación, la Junta debió enfrentar

108 *Ramón Corral*, secretario de Gobernación, oficio dirigido al gobernador y jefe militar del Distrito. Archivo Histórico Pablo L. Martínez.

problemas para repartir equitativamente la ayuda. Según algunas de las consideraciones, hubo quienes alteraron los precios y las valuaciones de los bienes perdidos para tratar de impresionar a los revisores y conseguir la mayor cantidad de dinero posible. Así transcurrieron varios días, hasta que el 4 de enero Sanginés sometió a votación que se dieran tres días más de límite para que quienes estuvieran interesados en obtener el apoyo de la Federación llevaran sus “manifestaciones” ante la Junta. Así fue, pero como continuaban los problemas, dicha instancia tuvo que recurrir a la honorabilidad de sus integrantes y al conocimiento que tenían el resto de los vocales sobre los solicitantes para determinar las cantidades con que se apoyaría a quienes resultaron perjudicados. Para esa fecha, la suma de las aportaciones del Gobierno federal, particulares, instituciones, vecinos de comunidades, y autoridades de dentro y fuera del estado y demás solidarios sumaban 23,803.02 pesos. Al final, la Junta distribuyó 18,706.69 pesos en indemnizaciones que iban desde los 5.00 pesos a los 661.74 pesos, la mayor, y dejó para cuatro ciudadanos las más grandes asignaciones. Hubo 275 “libramientos” de dinero para los afectados, cifra que parece ser la definitiva. Sin embargo, los últimos cuatro beneficiarios recibieron, en orden ascendente, las siguientes cantidades: Alejandro Moreno 790.14 pesos, Ramón Castro y Salgado 806.36, Modesto Aragón 1,421.80 y Alejandro Mendoza 2,275.01 pesos. El hecho es que las sumas entregadas a los afectados totalizaron exactamente 24,000.00 pesos: 20,000.00 del gobierno de Díaz y el resto en diversas colaboraciones.¹⁰⁹ Falta por destacar, en este sentido, una duda sobre el criterio para hacer las asignaciones, pues los interesados proponían una cantidad, se les “calificaba” otra por parte de la Junta y, finalmente, hay que suponer que, de acuerdo con la disponibilidad de dinero, se les otorgaba otra que

¹⁰⁹ *Agustín Sanginés*, gobernador y jefe militar, reporte dirigido al secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, Ramón Corral.

no tenía proporción ni con la primera ni con la segunda estimaciones. Otra cuestión por mencionar es que en el caso de las últimas cuatro asignaciones mencionadas se trata de familias acomodadas de la zona sur de Los Cabos, que hicieron su riqueza con las actividades ganadera y agrícola al decaer la minería,¹¹⁰ lo que dejaría abierta la posibilidad del nacimiento de ciertas élites que influían en el manejo en su favor de los fondos en apoyo a damnificados.

Hay otro elemento por agregar a esta tragedia: ocurrió al concluir la primera mitad del mes de octubre, es decir, casi a punto de terminar la temporada “normal” de ciclones en la costa del océano Pacífico, en la época de transición de las lluvias de verano a las de invierno. Esto explica el carácter a tal manera riesgoso de las precipitaciones que se abaten en el estado cuanto *entran* a la región los frentes fríos del norte y, por lo contrario, el nivel de insolación y de humedad que *desciende* a las regiones más australes del planeta.

Para el registro nacional de desastres, el incidente que hemos detallado se refiere, sin pormenores, a “una tromba que destruye la población de San José del Cabo en Baja California, en 1907”,¹¹¹ es decir, lo cataloga como un fenómeno local. Pero para los josefinos de entonces debió significar no sólo una catástrofe en los términos descritos, sino un golpe severo a su orgullo en plena época de bonanza, pues la violencia de los vientos y la lluvia también “echó abajo la monumental torre inalámbrica, símbolo de progreso del pueblo josefino”.¹¹²

110 *Rosa María Mendoza Salgado*, **Huellas ancestrales**, UABCS, 2001. Los datos recabados por la autora en archivos particulares, trabajos de Historia y testimonios de sus familiares ubican a las familias con los apellidos mencionados (excepto Moreno, que parece ser más reciente), entre los forjadores de lo que llama la “estirpe ranchera” que era “la clásica figura representativa de los sureños”.

111 *Centro Nacional de Prevención de Desastres*. Secretaría de Gobernación, **Prontuario 2000**. Los datos se encuentran en la página de Internet que el Cenapred tiene a disposición de la comunidad, en el cual se describen los principales cataclismos presentados en México durante el Siglo XX.

112 *Rosa María Mendoza Salgado*, Op Cit, p. 108.

Se trataba de la primera estación telegráfica sin hilos instalada en la península, en San José, la cual no sólo había puesto a la comunidad a la vanguardia de las comunicaciones, sino que causaba el alborozo de los vecinos, al grado de merecer un homenaje cívico con poemas y todo.

Un nuevo huracán se presentaría en la siguiente década, en 1914, aunque aparentemente sin mayores consecuencias, según los mismos registros de tragedias del gobierno federal. De hecho, en el Archivo Histórico Pablo L. Martínez, en el catálogo correspondiente a ese año no se encontró alguna referencia en torno a emergencias de tal naturaleza en la entidad.

Unas veces incumplida y otras cumplida con creces, la amenaza sobre la presencia de *chubascos* cada verano ha acompañado a las poblaciones de la California del Sur en forma casi permanente, igual que lo han hecho las sequías: “este par de fenómenos norman, constituyen y forman parte invívita e inseparable de la manera de ser del peninsular, causantes ambos de su recia personalidad”.¹¹³ Acerca de los distintos ciclones tropicales que han afectado a la entidad hay dificultades para reunir la información. Lo mismo puede haber referencias en archivos personales que en testimonios dejados a sus descendientes por paceños de antaño. Es el caso de un temporal ocurrido en 1917, cuando hubo una inundación resultado de la creciente de los arroyos que cruzaban francos por la zona en que se asienta La Paz. Los datos que se han podido recabar de esas fuertes lluvias se refieren a daños en diversas instalaciones, entre ellas una escuela donde se guardaba con fervor una réplica de la

113 *Félix Alberto Ortega Romero, Pervivencias*, Gobierno del estado de Baja California Sur, Serie Cronistas, La Paz, BCS, 1990. p. 171. Ortega es un personaje de prestigio a nivel local y fue un gran conocedor de las tradiciones de los rancheros. Se trata de un homónimo de su abuelo, el general Félix Ortega Aguilar, líder de una singular revolución en el desierto en favor del Constitucionalismo, y de su padre, Félix Justino Ortega Núñez, promotor del civilista Frente de Unificación Sudcaliforniano, en favor de la autodeterminación.

Bandera Nacional. El manto fue encontrado, con destrozos, arroyo abajo, y el reconocido maestro Arturo Oropeza, quien ese año había llegado a la entidad, pudo plantear el caso en la Ciudad de México al presidente Venustiano Carranza, quien, a cambio, le entregó personalmente una nueva Bandera. En su largo viaje de retorno a La Paz, Oropeza habría entablado conversación con un ciudadano que resultó ser Manuel Mezta, quien, a su vez, venía a hacerse cargo del Gobierno territorial.¹¹⁴

Para la segunda década del Siglo XX La paz seguía siendo el lugar de atraque de buques y armadas procedentes de la contracosta y de otras naciones, que participaban lo mismo en el transporte de cabotaje que en el de altura o en la explotación de los todavía abundantes bancos perleros. Su presencia como puerto competía con Santa Rosalía, más al norte sobre el golfo de California, centro minero que, desde el siglo anterior, merced al impulso que el Gobierno de Porfirio Díaz había dado a la inversión de capitales extranjeros, se mantenía como uno de los más importantes centros productores de cobre del país bajo los auspicios de la compañía francesa El Boleo. Pero a pesar de la actividad que desplegaban sus habitantes seguía conservando su ambiente de pequeño pueblo que servía de centro de intercambio comercial con otros poblados mucho más pequeños, igualmente relacionados en una comarca.

A esa sociedad comarcana la sorprendió, los días 16 y 17 del fatídico mes de septiembre de 1918, otro gran ciclón del Siglo XX, por la magnitud de los daños en que resultó. “No menos de treinta horas de lluvias”¹¹⁵ se abatieron sobre el sur del territorio, dejando una estela de muerte y

114 Aportación del maestro Gilberto Ibarra Rivera, tomada de las memorias de Arturo Oropeza, destacado mentor que llegó al Territorio en 1917. La anécdota subraya un huracán de una intensidad importante, aunque en los archivos no se pudo localizar información al respecto.

115 Reporte del presidente municipal de El Triunfo, seguramente Francisco G. Cota, sobre el estado de cosas luego del embate del *chubasco*. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Expediente 98, volumen 699, Año 1918.

destrucción en la misma zona afectada por la tormenta de 1895. Como resultado inmediato del temporal murieron 16 personas, 14 de ellas en San José del Cabo, una más en la jurisdicción de Todos Santos y otra en la municipalidad de El Triunfo, aunque después habría de resentir la muerte de por lo menos otros ocho ciudadanos en La Ribera, municipio de Santiago, a consecuencia del paludismo. Esta vez en El Triunfo las lluvias causaron daños en gran parte del poblado, y una ama de casa “murió aplastada por el derrumbamiento de una casa”.¹¹⁶ Hubo también daños muy graves en regiones como Santiago, donde el alcalde, Elías Canseco, reportó, lacónico: “la desgracia que lamentamos fue general”.¹¹⁷ Y no era para menos: si bien en su escrito del día 18, pasada la tragedia, ya describía un panorama desolador, para el 28 de septiembre cerraba sus cifras más aproximadas en 350,000.00 pesos en pérdidas económicas para sus representados. En esa zona fueron dramáticos los efectos posteriores: más de dos meses después del cataclismo, habitantes de La Ribera, perteneciente a la misma demarcación, clamaban auxilio urgente para la comunidad. Según los vecinos, para el 26 de noviembre habían muerto ocho individuos afectados de paludismo “y pasan de ciento treinta las personas afligidas por la enfermedad. Hay familias enteras que están en cama”.¹¹⁸

La mayor cantidad de desgracias personales con motivo de esa tempestad, sin embargo, ocurrió en San José del Cabo. En varias de las pequeñas localidades que forman la región josefina murieron 14 personas “conocidas”,¹¹⁹ pero hubo algunas más que desaparecieron y de las que “no podemos

116 *Ibidem*

117 *Elías Canseco*, presidente municipal de Santiago, reporte a las autoridades distritales, con un panorama de la tragedia.

118 Carta dirigida por los vecinos a la Junta General de Socorro establecida por las autoridades. Al final del texto aparece una lista de nombres y firmas que encabeza Francisco Cordero.

119 *R. M. Castro*, presidente municipal de San José del Cabo, reporte.

precisar cuántas ni quiénes fueron”.¹²⁰ En esa zona la lluvia había iniciado temprano, el 16, y conforme avanzó la tarde fue arreciando y así se mantuvo entre las 9:30 de la noche y las 4:00 horas del día siguiente. La avalancha de agua, arena y lodo que bajó de la sierra anegó huertas, sembradíos y casas y mató a cinco personas en Santa Catarina, tres en San José Viejo, dos en la cabecera municipal, dos en La Salina, cerca de la costa, una más en Las Ánimas y otra en Los Encinitos.¹²¹ Los josefinos debieron enfrentar otro duro golpe más al orgullo regional, pues de nuevo los violentos vientos y la llana lluvia afectaron una de sus más simbólicas edificaciones: la Misión. “La iglesia quedó sin techo a causa del huracán de 1918 y así perduró hasta después de la rebelión cristera”.¹²²

Muchas instalaciones públicas y privadas del extremo sur se vieron dañadas por las precipitaciones torrenciales y las rachas de aire, entre ellas la hacienda Miramar, de la familia Mendoza Mouet, cuyos integrantes sobrevivieron encerrados junto con la servidumbre en la cocina, construida de ladrillo. El techo de palma no voló gracias a las cargas de piloncillo que le fueron colgadas para anclarlo. Los parientes y sus conocidos dedicaron varios días a buscar en los alrededores los restos de los muebles, adornos, vajillas y demás objetos arrebatados a la hacienda por el vendaval. De lo que lograron recuperar entre el lodo y las ramas de los árboles de sus huertas figuraron las cubiertas de algunos libros y parte de la cola del elegantísimo vestido de novia que la guapa jefa de la familia, Prisciliana Mouet Ceseña, había utilizado en su pomposa boda, dieciocho años atrás, confeccionado a mano por su propia hermana, de nombre parecido: Priscila.¹²³

En el caso de la capital territorial, La Paz, los daños fueron estimados en 283,650.00 pesos, de los cuales

120 Ibidem

121 Ibidem

122 *Rosa María Mendoza Salgado*. Op Cit. p. 119.

123 Ibid, p. 49.

solamente 80,000.00 correspondían a *pailebotes* y embarcaciones menores que estaban en la bahía.¹²⁴ El resto de los perjuicios y desperfectos se resintieron en casas, molinos, pozos, cocinas, cercos, torres y hasta una vaca que se llevó uno de los arroyos. Por cierto, que en este puerto sólo se tiene el registro de una víctima fatal, y es que se ahogó “de una manera tonta” el marinero César Olachea, del barco “*Daw*”, fondeado frente al Mogote.¹²⁵ Asustado porque descubrió entre los nubarrones, el viento y la lluvia al terrorífico *Fuego de San Telmo* se arrojó al agua a pesar de que no sabía nadar. Su cuerpo fue encontrado ocho días después por el rumbo de El Esterito. Las lluvias duraron tres días, que iniciaron durante la tradicional fiesta del 15 de septiembre, conmemorativa de la Independencia Nacional, y fueron a tal grado intensas que el buque mencionado terminó arrumbado cuarenta metros fuera del mar, inundada y echado a perder con su carga de garbanzo, maíz, frijol y calabaza.¹²⁶

Llama la atención un incidente ocurrido durante la mañana anterior a la llegada del ciclón: dos enormes *culebras de agua* se formaron en la bahía y ascendieron al cielo jalando grandes cantidades de agua de mar. El hecho provocó el susto del párroco, quien de inmediato hizo tañer las campanas y llamar a los feligreses a congregarse. Los habitantes se reunieron en el malecón, sin medir el peligro, para observar el desenvolvimiento de las dos trombas. Una de ellas se desintegró en las proximidades

124 Miguel Moreno y Jorge L. Carrillo, informe de la **Comisión Local Agraria** del 5 de octubre de 1918. Según parece, a dicha instancia se le encargó hacer una evaluación general de los daños causados por el meteoro. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Expediente 98, Volumen 699, Año 1918.

125 El Mogote es una pequeña península o lengüeta de tierra que separa a la bahía de la ensenada, lo que sirve de protección natural a La Paz, propicia la quietud de las aguas y aumenta la belleza de la ciudad.

126 *Celestino Orantes*, testimonio, quien fuera marino y carpintero del barco “*Daw*”, citado por Manuela Lizárraga Alcaraz, en su trabajo **Tradiciones y costumbres...**, escrito para las Jornadas de Literatura Regional de la UABCS.

del Mogote, pero la otra siguió avanzando y en medio de una gran expectación de los lugareños descargó toda su fuerza en la zona que ahora se conoce como Colina del Sol, formando un pequeño arroyo que antes no existía. El volumen de lluvia que cayó en la zona fue inmenso, y con él descendió también una gran cantidad de peces que habían sido succionados del mar por el fenómeno, lo cual causó el regocijo de los ciudadanos que, en carretillas, llevaron a su casa el producto fresco y gratuito.¹²⁷

En el entonces municipio de Todos Santos sucedió algo curioso: en un primer reporte, el presidente, Luis M. González, comunicó al jefe político del territorio la muerte de una persona en la comunidad de El Pescadero y estimó los daños totales en 50 mil pesos, sobre todo por la destrucción de los típicos cañaverales del “pueblo” y en averías que se presentaron en los “cuarteles”.¹²⁸ La situación era dramática y hacía prever una crisis, porque si bien los daños en fincas sumaban 20,000.00 pesos y 10,000.00 más en diversos cultivos, las plantaciones de caña eran las más afectadas. Se pensó que las pérdidas económicas sumarían al menos 20,000.00 por tratarse del principal producto de exportación de los todosanteños, pues “la merma que habrá en la próxima zafra será de 4 a 500 cargas de panocha”.¹²⁹ Sin embargo, el responsable de la oficina recaudadora de Rentas, de apellido Maldonado, envió un reporte paralelo

127 *Lorenzo Verdugo*, testimonio, citado por Manuela Lizárraga Alcaraz, en su trabajo *Tradiciones y costumbres...* Misma referencia anterior. Sobre este incidente hay datos confusos. Otra versión afirma que los “pargos, botetes y sardinas” cayeron, incluso, en el Jardín Velasco, y aunque modifica los sitios en que se supone que se disiparon las trombas (en la sierra de Cacachilas y en El Coyote) cita el nombre del padre *Juvencio Ramírez* como el autor del “exorcismo” que alejó el peligro de la ciudad. Ver Rogelio Olachea Arriola, *La Paz de antaño*, La Paz, BCS, edición del autor, 1990. p. 9.

128 El munícipe utiliza los términos “pueblo” para la cabecera municipal y “cuarteles” para las delegaciones o comunidades menores que pertenecían a la demarcación.

129 *Luis M. González*, presidente municipal de Todos Santos Informe del 25 de septiembre de 1918. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Expediente 98, Volumen 699, Año 1918.

en el que no mencionaba el fallecimiento en El Pescadero y si bien coincidía en la estimación de los daños con la autoridad local, exhibía al presidente municipal como un auténtico mitotero. En su texto del 23 de septiembre, el recaudador planteaba que “solamente la fantasía popular presenta estos perjuicios como grandiosos y bajo un aspecto siniestro y aterrador, pero sólo existe y se incuba en la imaginación de los espíritus pesimistas, amantes de sembrar el pánico entre las clases sociales”.¹³⁰

La autoridad del Distrito instaló, otra vez, como en las tragedias de 1895 y de 1907, una Junta General de Socorros que, también de nueva cuenta, estuvo integrada, entre otras personas, por Antonio Ruffo. Figuraban igualmente otros distinguidos paceños como Miguel y Carlos Cornejo, Matías Estrada y Agustín Arriola. Y se siguió la misma estrategia del desastre de 23 años atrás, repetida en 1907: se solicitó el apoyo de los comerciantes locales y la cooperación de los ciudadanos que no habían resentido daños, pero ante todo se pidió la intervención del Gobierno central y de las administraciones de los estados. Igual que en aquellas ocasiones, hubo autoridades estatales y municipales de varias partes del país que reaccionaron con presteza y genuina fraternidad, y de nuevo aquellos que lamentaban la tragedia y se condolían de los damnificados, pero ofrecían muy pocas perspectivas de éxito a la solicitud de envío de ayuda. Entre los primeros destacó la región de Mexicali, en el Distrito Norte, que despachó un barco con víveres y alimentos, además de dinero, merced a que “todas clases sociales han acudido noblemente a ayudar a nuestros compatriotas”.¹³¹ La reacción tenía su origen en que “Distrito Sur y Norte hállanse noble y fuertemente unidos en

130 Reporte del funcionario de la oficina de Rentas. El escrito de Maldonado, que tenía como destinatario al director general de Contribuciones del Distrito, fue a su vez enviado al gobernador interino, Manuel Mezta.

131 Telegrama enviado por el Gobierno del Distrito Norte a su contraparte del sur.

sentimiento (de) solidaridad”.¹³² Autoridades y habitantes de Hermosillo, Sonora, también se desprendieron de 8,000.00 pesos como aporte ante tan lamentable situación. Pero hubo otros casos, como el de San Luis Potosí, que ni siquiera ofrecieron esperanza alguna para contribuir en la ayuda destinada a aminorar el drama. El gobernador interino de aquella entidad, de apellido Martínez, se disculpaba por no poder cooperar, pues carecía de presupuesto y su comunidad estaba bastante diezmada por la presencia de la enfermedad conocida como “influenza española”.¹³³

Por lo que se refiera al Gobierno central, el presidente Venustiano Carranza tampoco fue lo suficientemente espléndido con los californianos del sur y sólo decretó el envío de 30,000.00 pesos de apoyo para restablecer la normalidad tras el desastre, a pesar de que la magnitud de los daños ya expuesta requería de una inversión mucho mayor. Incluso, la determinación del fondeo por parte del jefe de la República se hizo oficial el 24 de octubre, es decir, más de un mes después de ocurrida la catástrofe. De hecho, la campaña para la captación de fondos tuvo resultados pírricos, pues el corte de caja del tesorero de la Junta de Caridad, Luis R. Alarcón, arrojaba “del 23 de octubre anterior al 27 del actual (noviembre) \$3,239.28”¹³⁴ pesos como saldo de las colectas.

Las anteriores relaciones reflejan cómo La Paz, y con ella los centros de población que forman la zona del extremo sur de la península, han sido históricamente los más afectados por el embate de los ciclones, en una franja que va de Cabo San Lucas hasta Loreto. Otros puntos del

132 Ibidem

133 Comunicado del gobernador potosino a las autoridades del Territorio Sur de Baja California y a la Junta General de Socorro.

134 Corte de caja del tesorero de la Junta de Caridad. Existe confusión en el manejo de las cantidades reportadas, pues mientras la ayuda decretada por el presidente Carranza fue de 30,000.00 y los daños suman, tomando en cuenta las cifras ofrecidas por los alcaldes, más de 683,000.00, el corte de caja del tesorero apenas se aproxima a los 3,240.00 pesos, cifra irrisoria frente a la magnitud de los perjuicios.

estado, sin embargo, no han escapado a la acción de los fenómenos meteorológicos, a veces imprevisibles, como ya hemos visto. El de 1918 fue el último de los huracanes de los que se tienen referencia casi únicamente por los testimonios dejados en los archivos. Después de ese, los avances tecnológicos en materia de registros de perturbaciones atmosféricas y la proximidad en el tiempo nos permiten tener datos relativamente más precisos sobre su presencia, los efectos que han tenido sobre la comunidad y cómo ésta ha reaccionado ante las emergencias que provocan. De los siguientes ciclones tropicales que afectaron a la entidad y los incidentes con los cuales se relacionan ha sido posible recrearlos, además, con algunos datos recuperados de testimonios orales, lo cual fue posible por los detalles que resultan de las entrevistas sobre el ambiente que reinaba en La Paz y sus alrededores.

Los nombres

La dimensión gigantesca que llega a alcanzar un ciclón, con centenares de kilómetros de radio desde el centro de su vórtice hasta la última de sus bandas de nubosidad, le han prodigado a este fenómeno un carácter mítico que, en términos prácticos, representa el temor que el ser humano le tiene a sus posibles efectos. A lo largo de su Historia, el hombre buscó explicarse la enorme fuerza de un meteoro, porque no tenía idea de las causas que le daban origen, igual que ocurrió con otros fenómenos naturales. Algunos pueblos de la antigüedad lo tomaron como una de sus deidades, con el propósito de atribuirles una explicación que, para la perspectiva de entonces, tuviera un sentido lógico. Conforme avanzaba el tiempo se fueron introduciendo mecanismos para seguir la trayectoria de una tormenta, desde su nacimiento, y al haber una mayor difusión de sus efectos perjudiciales, se le asignaron formas de control y registro tan curiosas e inverosímiles como prácticas

seguramente habrán sido en su momento. De esta manera, un *chubasco* pudo haber adoptado el nombre del santoral del día en que surgió o de aquel en que derivó en alguna tragedia de alcances notables en cualquier parte del mundo. No es casual que no tuviera nombre el gigantesco huracán que golpeó Galveston, Texas, Estados Unidos, en el año de 1900, de lo cual resultaron alrededor de ocho mil muertos y, con ello, la que se considera la peor tragedia en su género en el plano mundial o por lo menos en el continente americano en el inicio del Siglo XX.¹³⁵ En virtud de que su registro era la base primaria para prevenir emergencias relacionadas con embates futuros, se le llegó a dar a los ciclones cualquier nombre, incluso el de algún político desagradable.¹³⁶ Así, es a partir de la década de los años 20 que se les otorga un sistema de control y seguimiento que permitiera conocer las causas de su aparición, las trayectorias de su avance y, ante todo, la posibilidad de prevenir los riesgos de sus efectos desastrosos. Al principio con fines casi estrictamente militares y reservados a su uso por las naciones con mayor capacidad económica y, por lo tanto, tecnológica, los huracanes empezaron a quedar registrados y es por eso que podemos conocer datos acerca de aquellos que han afectado al territorio nacional y en particular a Baja California Sur. Las formas de control mediante nombres, iniciada después de mediados del Siglo XX y perfeccionada a finales del mismo, tuvieron su origen en una medida preventiva que buscaba

135 *National Geographic Society, Grandes desastres: la fuerza de la naturaleza*, Washington, DC, 1998. El estudio realizado por especialistas de Estados Unidos, Canadá y México, describe los 13 ciclones relacionados con los desastres más impactantes de la Historia en la región. Diez de ellos ocurrieron en el Atlántico y tres en el Pacífico. En esta área se ubica el segundo más devastador: uno sin nombre que en 1959 habría causado mil muertos en Colima y Jalisco (el Cenapred maneja la cifra de mil 500 decesos). Los otros dos del área son el Liza, que afectó La Paz en 1976, y el Paulina, que azotó Acapulco en 1997. El primero causó 600 muertes y el segundo 200, según el trabajo.

136 *Christopher W. Landson*. Centro Nacional de Huracanes, Miami, Estados Unidos, “*FAQ: Hurricanes, typhoons, and tropical cyclons*”, Part B: Tropical Cyclone Names. AOML/Hurricane Research Division. Consulta en Internet 2001.

evitar confusiones por el surgimiento de tormentas en fechas más o menos similares o en regiones próximas. Como ha quedado claro, las denominaciones que anteriormente se les atribuían a los temporales eran totalmente arbitrarias, derivadas de su comportamiento errático y dubitativo. A la fecha, hay convenciones internacionales que establecen una lista de nombres, ahora en equidad de masculinos y femeninos, para cada temporada anual de ciclones en las distintas regiones generadoras del mundo.

Mientras avanzaba la tecnología para la detección de los huracanes desde su aparición hasta su desarrollo y disipación, los sudcalifornianos tenían que echar mano de las experiencias anteriores y protegerse como pudieran ante el embate de los tifones, como también se les conoce. En la década de los años veinte fueron “17 ciclones de diversas magnitudes los que azotaron las cosas del país”,¹³⁷ pero todo parece indicar que los sudcalifornianos de entonces no sufrieron mayores consecuencias que las del ciclón de 1918 y en los años siguientes llevaron la fiesta en relativa paz con estos fenómenos meteorológicos. Los datos existentes acerca de la fecha en que probablemente ocurrieron algunos de cierta intensidad corresponde a 1929 y no hacen sino tomar en cuenta lo confusas y lentas que resultaban las formas de registrar los fenómenos, aun y cuando para ese entonces existieran adelantos tecnológicos notables. Los reportes sobre el estado del tiempo en el país se daban a conocer por la vía telegráfica, con el consabido prurito de ahorrar tiempo y espacio reduciendo el número de palabras en los mensajes. Por ejemplo, un reporte del Servicio Meteorológico Nacional fechado en septiembre de 1929 dirigido al gobernador de Distrito, al “cap” de puerto y al jefe del “obs met” (observatorio meteorológico, claro está) detalla que “hay indicios de perturbación ciclónica en el Golfo de Tehuantepec (y) probable mal tiempo hasta

137 Centro Nacional de Prevención de Desastres, Secretaría de Gobernación, Op Cit.

Acapulco”.¹³⁸ Enseguida aportaba algunos datos sobre la intensidad de los vientos prevista para cada región, pero en la práctica no aclaraba ni la trayectoria ni la fuerza de la formación. Como quiera, la década posterior al trágico ciclón de 1918 resultó, en general, de relativa calma para los californianos del sur.

No fue así en los años treinta, cuando otra vez hubo graves perjuicios por las lluvias a causa de los ciclones, aunque en realidad los peores efectos ocurrieron en los litorales del golfo de México y el Caribe, como saldo de los 31 fenómenos de gran intensidad que se presentaron durante ese lapso en las costas nacionales. También se resintieron estragos en la costa del Pacífico, en el macizo continental, pues hay que recordar que en esa década hubo un temblor que destruyó importantes áreas de Jalisco y Colima, las cuales fueron afectadas por las inundaciones asociadas con los huracanes.

En el caso de nuestro estado, en 1931 dejó algunos daños de consideración uno de los meteoros en la zona de Santa Rosalía y parte del Territorio Norte. Al igual que en la gran mayoría de los casos de los ciclones tropicales que han afectado a la entidad, en el de 1931 no existen datos clasificados específicamente y sólo se sabe que “entró por Cabo San Lucas y salió al golfo de California al norte de Loreto”.¹³⁹ Hay, no obstante, un reporte del entonces diputado del Territorio Sur de la Baja California, un médico nacido en Chihuahua de nombre Adán Velarde y Oaxaca, en el cual se afirma que Santa Rosalía, municipio de Mulegé, registró severos daños como resultado del temporal habido en la época. Según la escueta referencia de Velarde, “en 1931, casi

138 El documento es del 24 de septiembre de 1929 y está dirigido, en primer lugar, al gobernador del Distrito, Amado Aguirre. Generalmente estos telegramas-reportes del clima no dejaban en claro ni siquiera quién los enviaba, y salvo algunas claves propias del lenguaje telegráfico no se encuentran más datos. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Pronósticos del Tiempo, 1929.

139 *Sandra Robles Gil*. Op Cit, p. 213.

quedó destruido el puerto de Santa Rosalía, núcleo principal del territorio, donde habitan más de doce mil personas”.¹⁴⁰

Tres años después, en 1934, un “formidable ciclón”¹⁴¹ se abatió sobre la región del Pacífico. “Hay daños en la Península de California. el huracán ha recurvado en la punta de San Lucas y azota a Sonora. Lluvia tenaz”.¹⁴² Como consecuencia del mismo, “hay veinte mil personas sin comer en Baja California. Pérdidas materiales por varios millones. Los mayores daños fueron en Santiago, San Bartolo, San José y Todos Santos”.¹⁴³ Ese es el escueto reporte del Centro Nacional de Prevención de Desastres, pero en realidad los daños dejados por el ciclón de ese año afectaron desde el sur hasta la zona de La Purísima, en el norte de Comondú, donde las presas El Pueblo y El Zacatal que suministraban agua para los habitantes del área resultaron parcialmente destruidas. Sin embargo, los mayores efectos se resintieron en San José del Cabo, Santiago, San Bartolo, Elías Calles, Todos Santos y, como siempre, la gran cantidad de comunidades asentadas en cada comarca. La tragedia causada por las lluvias y las consecuentes inundaciones dejó “incalculables perjuicios” y un panorama dramático en el que los “habitantes hambrientos piden qué comer”.¹⁴⁴ Las plantaciones agrícolas de la región sur presentaban una “total destrucción (...) causando (la) ruina (de los

140 Diario de los Debates del Congreso de la Unión. Diario 15, Año Legislativo I, XXXIX Legislatura, 8 de octubre de 1943. Se trata de una solicitud presentada a la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, en 1943, para que decretara el envío de recursos en apoyo de los afectados por un huracán en el Territorio Sur, la cual se basa en los antecedentes de los ciclones de 1931 y 1939.

141 Centro Nacional de Prevención de Desastres, Secretaría de Gobernación, Op Cit.

142 Ibidem

143 Ibidem

144 *Pedro Sandoval*, reporte telegráfico y corresponsal del periódico Demócrata Sinaloense, de Mazatlán, Sinaloa. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Legajo Número 1, Volumen 920, Documento 005, Año 1934.

pequeños agricultores”,¹⁴⁵ según el reporte inicial del secretario de Gobierno, Rafael Rangel, hecha llegar a la Secretaría de Gobernación, en vista de que el gobernador, Juan Domínguez, andaba recorriendo la zona afectada para auxiliar a los vecinos. El ciclón de aquel entonces azotó los días 20, 21 y 22 del fatídico septiembre, y el desastre en que resultó fue tal que el jefe político clamaba el socorro de las autoridades federales y de otros estados.¹⁴⁶ “Pobreza erario territorio, oblígame solicitar pronto auxilios para damnificados”,¹⁴⁷ decía su solicitud. La atención del Gobierno federal al desastre en tierras sudcalifornianas fue más oportuna que la prestada a estas emergencias en administraciones anteriores. Pasados apenas dos días del azote del huracán, el secretario particular del presidente sustituto, Abelardo L. Rodríguez, telegrafió al general Domínguez: “ya trátase conducto Secretaría de Gobernación asunto alude solicitud telegráfica ayer dirigida Primer Magistrado”.¹⁴⁸ Cabe destacar la gran movilidad y capacidad de gestión desplegada por el diputado federal territorial de ese tiempo, Luis Ignacio Rodríguez, quien de inmediato consiguió 5,000.00 pesos de la Secretaría de Hacienda para ayudar a los damnificados, mediante una orden dictada el 25 de septiembre, es decir, tres días después del desastre.¹⁴⁹

145 *Rafael Rangel*, Secretario de Gobierno, telegrama al ministro de Gobernación y al diputado del territorio, Luis Ignacio Rodríguez.

146 La fecha que más se aproxima a la citada por el diputado territorial ubica a un ciclón entre el 12 y el 23 de septiembre, el cual “entró cerca de San José del Cabo, salió por Puerto Mejía. Pasó a 16 kilómetros de La Paz”. Sandra Robles Gil, Op Cit, p. 213.

147 *Juan Domínguez*, gobernador del Territorio, telegrama al presidente sustituto, Abelardo L. Rodríguez, y a su secretario de Gobernación, dando fe de los acontecimientos. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Legajo Número 1, Volumen 920.

148 *Javier Gaxiola*, secretario particular del presidente, telegrama enviado al general Domínguez, clasificado con el número 17213.

149 *Juan G. Cabral*, subsecretario de Hacienda encargado del Despacho, telegrama del 25 de septiembre de 1934 dirigido al Comité de Auxilios Pro Damnificados.

Este detalle, y otros que se presentarán a continuación, nos lleva a incorporar un factor que no se había suscitado hasta ahora en el tratamiento de los desastres relacionados con huracanes en la entidad: el político partidista. En plena ascendencia del Partido Nacional Revolucionario, fundado cinco años antes por Plutarco Elías Calles, el Comité Ejecutivo Nacional de dicha organización, también a petición del legislador, envió una aportación de 5,000.00 pesos en apoyo de los afectados.¹⁵⁰ El mismísimo presidente electo, Lázaro Cárdenas del Río, informado por sus allegados acerca de la tragedia y ante las gestiones insistentes del diputado Rodríguez para obtener ayuda, envió un telegrama de condolencias al general Domínguez, fechado el día 25 desde Torreón, Coahuila, el telegrama de Cárdenas manifestaba al gobernador territorial su pesar “por temporal se me ha dirigido esta vía presidente partido solicitándole ayuda a favor afectados”.¹⁵¹ La tozudez del representante ante el Congreso de la Unión permitió que para el 29 de septiembre ya tuviera conseguidos, según sus cuentas, “cuarenta mil ochocientos cincuenta pesos favor damnificados”.¹⁵² De hecho, su insistencia se reflejó en que la Secretaría de Gobernación aportara directamente 5,000.00 pesos adicionales a los 5,000.00 de Hacienda y a los 5,000.00 donador por el PNR, y que el Congreso autorizara al presidente Rodríguez enviar 15,000.00 pesos en apoyo de los sudcalifornianos.¹⁵³ A veces su optimismo

150 *Enrique Romero Courtade*, secretario de Organización y Estadística del PNR, oficio número 09620 dirigido al Secretario de Acción Económica y Tesorería del mismo partido, en el cual le comunicaba que ya había informado de ello al gobernador del territorio y pedía concluir el trámite.

151 Telegrama del presidente electo al gobernador del Distrito. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Documento 27, Legajo número 1.

152 Oficio dirigido el 29 de septiembre al secretario de Gobernación, Rafael Rangel, con quien parece que el diputado tenía excelentes relaciones, por la frecuencia de sus intercambios de mensajes. Documento 97.

153 Decreto 2282 de la Cámara de Diputados, en el cual se autoriza al presidente Rodríguez ampliar en 15,000.00 pesos la partida 1720225 para enviar la ayuda a los afectados por el ciclón.

por conseguir ayuda le llevó a cometer errores, como cuando aseguró: “estoy gestionando activamente donativo Gobierno federal cien mil pesos para damnificados”,¹⁵⁴ dinero sobre el cual no hay referencia de que se haya conseguido en tal cantidad, pero, en general, su actuación fue encomiable porque sí obtuvo importantes recursos.

La cooperación de ciudadanos de dentro y fuera del estado con ayuda para los afectados por el ciclón tampoco se hizo esperar, como había ocurrido en desastres anteriores, aunque en esta ocasión algunos ya llevaban claramente asignado el ingrediente político partidista. El presidente de la empresa “Vapores Correos Mexicanos”, Jaime Irvine, ofreció el transporte gratuito de víveres desde cualquier puerto en sus buques. Empleados de dependencias de gobierno locales, estatales y federales en la entidad aportaron diversas cantidades, igual que lo habían hecho en anteriores emergencias. Los trabajadores del Territorio con base en el municipio de Comondú, por ejemplo, donaron un día de su salario. Solidarios, como casi siempre, los habitantes del Territorio Norte enviaron 1,000.00 pesos. Desde Melchor Múzquiz, Coahuila, se enviaron 40.00 pesos recaudados en favor de los afectados por las inundaciones, y habitantes de Toluca, Estado de México, también aportaron los 781.30 pesos obtenidos de una *kermess* organizada con el mismo propósito. En estos dos últimos casos, la realización de las actividades estuvo a cargo de los comités municipales del PNR y los trámites de envío corrieron por cuenta de la dirigencia nacional del partido.

Parece que, en esta ocasión, ni el presidente saliente, Abelardo Rodríguez, ni el entrante, Lázaro Cárdenas, se preocuparon mucho por el control de los recursos enviados para socorrer a quienes sufrieron pérdidas. El hecho es que para el día 28 de septiembre ya se había constituido el Comité Central Pro Damnificados del Territorio, con el

154 Ibidem, telegrama del 25 de septiembre al general Domínguez.

general Domínguez Cota como presidente.¹⁵⁵ En este caso se presentó otro incidente curioso: en el acta inicial sobre la integración se incluye como secretario a Jesús de la Garza, en ese momento oficial mayor del Gobierno Territorial; como tesorero a Pedro Maesse, jefe de la Oficina Federal de Hacienda, y como vocales a José Juan Islas León, Francisco C. Domínguez y Juan Moya. Sin embargo, en la carta en la que al siguiente día el secretario de Gobierno, Rafael Rangel, les comunica a los integrantes sus responsabilidades inmediatas, ya no toma en cuenta a Moya, el tercer vocal, sino al empresario Antonio Ruffo, quien ya había figurado en las juntas de auxilio de desastres pasados. El caso es que, igual que lo hizo en precedentes situaciones de emergencia, el Gobierno canalizó gran parte de la ayuda por medio de la casa comercial Hermanos Ruffo, que en ese entonces operaba en calidad de corresponsal del Banco Nacional de México. De hecho, en el caso de los 5,000.00 pesos enviados por la dirigencia nacional del PNR, el propio secretario de Gobierno del Territorio pidió expresamente a los donantes que el trámite se hiciera “por conducto Casa Ruffo Hermanos”.¹⁵⁶ Hubo otros comerciantes locales que aprovecharon la oportunidad para obligar a pagar saldos pendientes a sus clientes rezagados, y donaron el dinero de las cuentas por cobrar a beneficio de los afectados. Tal fue el caso de Elvira Campos, de la panadería La Colimense, quien puso a disposición del Comité Pro Damnificados una lista de sus deudores mala paga, con el señalamiento de que los recursos se utilizaran para aliviar el desastre. Unos más, en cambio, ofrecieron su apoyo incondicional. Entre ellos está el ejemplo de Manuel Gómez Jiménez, gerente de la empresa “California” que rentaba el Teatro Juárez, quien con más voluntad que buena ortografía

155 Acta constitutiva del Comité del 28 de septiembre de 1934. Documento 43 del mismo expediente.

156 *Enrique Romero Courtade*, oficio ya mencionado del secretario de Organización y Estadística del PNR.

ofreció la “pantaya” del local para transmitir mensajes en demanda de ayuda o bien presentar una función que fuera “patrocinada, dirigida y debidamente administrada” por una comisión. Con todo y lo cuantioso de los daños resultado de la presencia del huracán de 1934, no hubo víctimas, según los reportes hechos llegar por los delegados municipales a las autoridades territoriales desde el mismo día de la tragedia. Sin embargo, en la conciencia de familias acomodadas, sobre todo en San José del Cabo, deben haber quedado grabadas las imágenes impactantes de cómo el huracán destruía instalaciones levantadas con años de trabajo y sacrificios. Tal fue el caso de los Mendoza Mouet. El jefe del clan, José María Mendoza Wilkes, contempló compungido con sus hijos la forma en que el ciclón “azotó fuertemente esta región (y) de (su hacienda) Agua Verde sólo quedó la casa en la loma sin parte de su techo. Desde allí, con gran tristeza, don José María, su esposa y sus hijos vieron correr las aguas brancas que se llevaron las huertas, el ganado y los molinos”.¹⁵⁷

En 1938 habría otro ciclón, a finales de agosto, el cual “entró por (San Juan de) Los Planes, cruzó la bahía de La Paz y (volvió a entrar) por San Juan de la Costa”, sin que se tengan disponibles mayores referencias sobre sus efectos.¹⁵⁸ Otro *chubasco* se presentaría un año después, en 1939, el cual derivó en destrozos en Cabo San Lucas. “Día trece (de septiembre) noche iniciáronse fuertes lluvias arreciando constantemente. Diez horas día catorce tres grandes arroyos invadieron el poblado destruyendo en dos horas casi la totalidad casas y sembrados, perdiéndose vidas, un hombre, dos mujeres, y dos niños, rescatándose dos cadáveres (...) Sobrevivientes encuéntranse desastrosas

¹⁵⁷ Rosa María Mendoza Salgado. Op Cit, p. 48. La autora no precisa el huracán a que se refiere, pues sólo menciona que fue a mediados de la década de los años 30. Es obvio que el que más se le aproxima en su cálculo es el de 1934, pues los otros fueron en 1931 y 1939, años más alejados a la estimación de sus testimonios.

¹⁵⁸ Sandra Robles Gil. Op Cit, p. 213.

condiciones, faltándoles alimento, ropa y habitación, haciéndose urgentes auxilios”,¹⁵⁹ según el comunicado del secretario de la Delegación de Gobierno y encargado del despacho en la comunidad, Arnulfo Canchola, hijo, quien clamaba socorro inmediato para los lugareños. Por enésima ocasión, la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión decretó el envío de ayuda rápida para los afectados, en este caso 15,000.00 pesos del presupuesto del Gobierno de la República. La medida fue aprobada por unanimidad de la asamblea del día 22 de septiembre, a iniciativa del diputado por el Territorio Sur, Adán Velarde y Oaxaca.

La década de los años 40 tampoco parece haber sido de calma para los californianos del sur en su relación con los ciclones. Hubo 29 fenómenos de “cierta intensidad”¹⁶⁰ entre el limitado registro de catástrofes a nivel nacional. Seguramente entre ellos está incluido el de 1941, con el cual se relacionan perjuicios de consideración en La Paz y área aledañas.¹⁶¹ En esa ocasión ocurrió algo que es común en la presencia de precipitaciones pluviales en el estado, lo cual tiene que ver con las características propias del territorio peninsular, mismas que cabe destacar ahora: en zonas de Baja California Sur pueden llegar a presentarse sequías prolongadas, de varios años, lo que hace que en la vegetación y en el suelo prácticamente desaparezcan los rastros de la última tormenta y, con ello, las *señales* del cauce natural. Sin embargo, en cuanto hay lluvias de gran intensidad, estos antiguos arroyos pueden tornarse bastante peligrosos por

159 *Adán Velarde y Oaxaca*, diputado federal, telegrama enviado al diputado territorial, en demanda de apoyo. Diario de los Debates del Congreso de la Unión. Legislatura XXXVII, 22 de septiembre de 1939.

160 *Centro Nacional de Prevención de Desastres*, Op Cit.

161 *Sandra Robles Gil*, Op Cit, p. 213. En septiembre de ese año hubo dos huracanes que afectaron al territorio. Uno ocurrió entre el 17 y el 23, entró por Puerto Cortés y cruzó al golfo de California por el norte de Los Dolores. Otro “entró por San José del Cabo, pasó por Todos Santos y salió al golfo por Loreto”. Lo más seguro es que la lista de daños se refiera a éste último, porque ha sido uno de los más intensos, pues dejó 227 milímetros de lluvia en La Paz.

la confianza que genera el que durante un largo período no hubiese tenido escurrimientos. Aun cuando la descarga de una tormenta haya ocurrido muy lejos, las avenidas pueden causar destrozos en las áreas de desfogue, pues el agua siempre seguirá, por gravedad, su camino al mar. Lo mismo pasó en el ciclón del año 41: los habitantes de la zona central de La Paz sólo tenían el antecedente de que habría lluvia segura por grandes nubes observadas del lado Este, y haberse presentado algunas lloviznas. Pero de pronto escucharon “un ruido muy extraño”¹⁶² semejante al que hacen muchas ramas de árboles al quebrarse juntas, y en segundos apareció entre los lomboyos, vinoramas y paloadanes un torrente que arrastraba todo lo que encontraba a su paso.¹⁶³ Del ciclón de 1941 se recuerda que los integrantes de una familia de apellido Álvarez se salvaron encaramados en las ramas de unos enormes mezquites, en la zona que ahora se conoce como Pueblo Nuevo, y que quedó destrozado el camino a la glorieta del Coromuel,¹⁶⁴ como se le conocía al área alrededor del que ha sido el balneario de playa más socorrido de paseantes y residentes, hacia el puerto de Pichilingue. Los habitantes de antaño recuerdan que “se hizo un solo mar todo el arroyo de la (calle) 16 (de septiembre y) parecía que el mar se estaba metiendo en La Paz, (pues) todas las embarcaciones perleras (fueron a parar) allí donde es (la zapatería) Canadá ahora (y) quedaron *arrebalsadas*”.¹⁶⁵ El segundo arroyo importante que cruzaba el casco urbano de la ciudad en aquel entonces, el de la calle Antonio Rosales, también conocido como de *Don Zacarías*, arrasó con las instalaciones de la cooperativa pesquera de la familia Calderón, en la esquina con Francisco I. Madero. De la empresa empacadora de aceite de tiburón

162 *Francisca Villegas Agramont*, entrevista, junio de 2001. Se refiere al arroyo de la avenida Antonio Rosales, que se conocía como de Don Zacarías y que cruzaba el barrio de La Pedrada.

163 *Ibidem*

164 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001.

165 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, entrevista, julio de 2001.

“no quedaron ni las ruinas”¹⁶⁶ y sólo persistió durante algún tiempo la pestilencia por los restos de la captura y las latas destruidas que no pudieron llegar hasta la costa. Ese escurrimiento natural que atravesaba amplias zonas de flora desértica, despobladas, y que al paso del tiempo cedería su lugar al pavimento y a la construcción de instalaciones varias, cruzaba por el antiguo barrio de *La Pedrada*, conocido así a mediados del Siglo XX porque era la zona a la que llegaban los proyectiles arrojados por los bandos rivales en pugna eterna de El Esterito y El Manglito. El caudal también azolvó el pozo de agua dulce del que se surtían muchas familias de La Paz, al final de la calle, donde actualmente es el hotel Los Arcos., al que apreciaban por el líquido que de él manaba y que, según la leyenda, saboreó el mismísimo extremeño Hernán Cortés durante su estancia en la bahía, en 1535. De las víctimas fatales en aquella emergencia sólo se recuerda, como seguro, el caso de una niña de 12 años que no alcanzó a cruzar el arroyo *Del Palo* y fue arrastrada por las aguas pereciendo ahogada.¹⁶⁷ Hubo versiones en el sentido de que en uno de los ranchos vecinos a La paz una familia completa desapareció en una de las fuertes avenidas, pero parece que todo quedó en rumores.

El territorio sudcaliforniano fue afectado dos años después por el huracán del 19 de septiembre de 1943. Se trata del meteoro que ha dejado la mayor cantidad de lluvia durante su presencia en la región de La Paz, con una lámina de 321 milímetros, la más alta entre todos los ciclones.¹⁶⁸ Lamentablemente, los datos del Centro Nacional de Prevención de Desastres

166 La captura de tiburón para la producción de aceite comenzaba a tomar auge luego de la caída de la producción perlera en la región.

167 Ibidem

168 *Sandra Robles Gil*, Op Cit, p. 207. El ciclón hizo un movimiento irregular porque “entró por Todos Santos (en el Pacífico) y salió por La Ribera”, en el golfo de California, lugares prácticamente paralelos en latitud. En esa ocasión también hubo dos ciclones, pero la referencia debe ser al segundo, por la coincidencia en las fechas de los archivos. El otro, ocurrido días antes, dejó lluvias casi inapreciables y entró a tierra al sur de Sinaloa.

correspondientes a ese año sólo se refieren a un “catastrófico ciclón en el Pacífico (que en ese año dejó) pueblos enteros destruidos, cerros desgajados y embarcaciones hundidas (y) cerca de cien muertos y miles de heridos”,¹⁶⁹ pero no hacen referencia específica hacia el territorio sur peninsular ni aportan mayores datos sobre sus consecuencias. Ciertamente, por la cantidad de víctimas de que se hace mención probablemente haya sucedido en alguna otra costa del Pacífico afectada por el meteoro, porque en el caso del estado, por lo menos en La Paz, únicamente hubo una persona noqueada por el desplome de un muro. En el barrio del “Estadio”, el señor Antonio Silva resultó con un golpe en la cabeza porque se le cayó una pared poco consistente.¹⁷⁰ En cambio, los daños materiales sí fueron importantes: por ejemplo, se derrumbó el puente que unía a la ciudad con la carretera a Punta Prieta, al balneario del *Coromuel* y al Rastro Municipal. Las lluvias que se dejaron sentir en La Paz desde el sábado 18 al martes 21 de septiembre provocaron inundaciones en los barrios de El Esterito y el Manglito, además de la carretera al Norte,¹⁷¹ donde varios de los terrenos cercanos se anegaron de lodo.

En esta ocasión cabe mencionar un nuevo factor que aparece en relación con los huracanes: la afectación de importantes obras civiles y la emisión de opiniones de un profesionista respecto de las posibles causas reales de los daños. Además, en los efectos del temporal de ese año hay que citar a una persona que, pasado el tiempo, resultaría clave en el desastre del ciclón Liza, en 1976, como lo veremos más adelante: el ingeniero Sebastián Díaz

169 *Cenapred*, Op Cit, curiosamente el registro oficial de esta instancia de la Secretaría de Gobernación sobre desastres en el país no registra el ciclón de 1943 en Baja California Sur, que fue el que mayor volumen de precipitaciones ha dejado en la historia local, con 321 milímetros.

170 *Manuel Gómez Jiménez*, Delegado de Gobierno de La Paz, oficio número 2802 del 21 de septiembre de 1943, parte de novedades sobre el ciclón de ese año, Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Documento 001, Expediente 51, Volumen 930, Ramo Gobernación.

171 En aquel entonces se le denominaba Carretera La Paz-Bahía Magdalena.

Encinas, quien en ese entonces se desempeñaba como jefe del Departamento de Comunicaciones y Obras Públicas en el Gobierno de Francisco J. Múgica. El experimentado funcionario hizo un peritaje acerca de dos de las obras que resultaron más afectadas por las fuertes lluvias y encontró irregularidades diversas. En el caso del puente hacia Punta Prieta, que con esta eran ya dos veces que se venía abajo, el ingeniero encontró que hubo fallas a causa de una mala construcción de la obra, básicamente por deficiencias en la cimentación. Según su dictamen, el nuevo derrumbe “se debió a la falta de conocimientos por parte del que proyectó la obra”,¹⁷² en caso de que ésta hubiese sido levantada donde él lo planteó. De lo contrario, decía, “el constructor será el responsable por haber construido ese puente en el lugar no indicado”.¹⁷³ Claridoso como era, Díaz Encinas también se refirió a las inundaciones en la zona de *Las Garzas* de la carretera a Bahía Magdalena, y dijo que el problema radicaba en que las obras en ese camino se hicieron “en una forma desordenada”.¹⁷⁴ La realidad era que se habían realizado “canalizaciones mal dispuestas”,¹⁷⁵ lo que derivó en las inundaciones de los terrenos próximos a la nueva avenida, pues las obras destinadas a desfogar el agua “fueron muy mal ejecutadas”.¹⁷⁶

Igual que en ocasiones anteriores, el Gobierno de la República de nuevo entró en auxilio de la comunidad sudcaliforniana afectada por el ciclón, y esta vez envió 70,000.00 en ayuda económica. Conforme con el reporte hecho llegar por las autoridades locales al diputado federal,

172 Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Expediente 51, Volumen 930, Ramo Gobernación. Oficio número 117 dirigido por el funcionario al secretario general de Gobierno y encargado de Despacho, Senén García, expediente 3 de Comunicaciones y Obras Públicas.

173 Ibidem

174 Oficio 116, también del Departamento citado anteriormente, enviado al mismo funcionario territorial.

175 Ibidem

176 Ibidem

Adán Velarde y Oaxaca, para sustentar la solicitud de apoyo por parte del Congreso de la Unión, las torrenciales lluvias destruyeron tomas y canales de riego, parcelas y caminos. “Todos Santos, uno de los pueblos más bellos del Territorio, es el que más ha tenido que lamentar”,¹⁷⁷ sostenía el representante. A pesar de alguna observación de los diputados por Sinaloa para que se dejara en manos de la Presidencia de la República la cantidad por asignar, en virtud de que en aquella entidad también había graves daños, incluso algunas pérdidas humanas, la Cámara de Diputados autorizó la canalización de los 70,000.00 pesos para ayudar a los sudcalifornianos, bajo la condición de que “su manejo y destino, se confíe a una comisión integrada por cinco vecinos de las regiones afectadas, de honorabilidad y competencia reconocidas, designada por el propio Gobierno, quien tendrá la facultad de vigilar el empleo conveniente de esa cantidad”.¹⁷⁸ La iniciativa de Velarde fue aprobada por unanimidad con 78 votos de los diputados asistentes, y la comisión propuesta para vigilar la asignación de la ayuda estuvo integrada por personajes como Francisco Gibert, Domingo Carballo, Raúl Carrillo, Benito Beltrán (representante del propio Velarde y Oaxaca) y Eduardo Garay Brigs, por parte del Gobierno. Bajo la labor de coordinación de este grupo se llevó a cabo la reparación de los daños causados por el temporal. Una tormenta tropical y un huracán se presentarían en 1948, sin mayores consecuencias. Del segundo se tiene la referencia de que “entró por El Conejo y salió al norte de la bahía de

177 *Adán Velarde y Oaxaca*, intervención del diputado del Territorio ante la Cámara de Diputados, pidiendo ayuda para los afectados. Diario de los Debates, 8 de octubre de 1943, Diario 15, Legislatura XXXIX.

178 El diputado Adán Velarde y Oaxaca era originario del estado de Chihuahua y se destacó por su tenaz insistencia para ayudar a los afectados por las lluvias de los ciclones en la entidad, al igual que lo hizo en la década anterior Luis Ignacio Rodríguez, en el mismo cargo. Velarde era, por cierto, un personaje de prestigio a nivel nacional, al grado de haber encabezado importantes debates en el renglón de la Medicina. Además, fue impulsor del restablecimiento de la vida municipal en los territorios federales.

La Paz”,¹⁷⁹ pero no hay más datos ni parece haber dejado perjuicios de consideración.

Once años después del fuerte huracán de 1943, el *Estrella Costera* surcaba las aguas del golfo de California, procedente de Mazatlán, con 200 pasajeros a bordo y en su cubierta cerros de piñas, manzanas, plátanos, papas, naranjas y repollos, en caja o *en greña*. “Era de los barcos mercantes de aquí de más importancia. Era de los más grandes que había”,¹⁸⁰ y en un día del bochornoso agosto de 1954 realizaba uno más de sus viajes entre el puerto sinaloense y La Paz, capitaneado por Salomón Flores Díaz. Junto con su larga lista de motonaves como el *Arturo*, *Providencia*, *Viosca*, *Corrigan*, *Spruce*, *Santa Teresa*, *Araguán*, *Blanco* y *Raúl*, el *Estrella Costera* formaba parte de la flotilla de embarcaciones que durante mucho tiempo enlazaron a la península con el macizo continental.¹⁸¹ Los fuertes vientos, la lluvia y el imponente oleaje de un ciclón comenzaron a zarandear el barco al pasar cerca de la isla Cerralvo y amenazaban con hundirlo irremediamente. Todo el casco desaparecía por momentos de la superficie del mar, para quedar aprisionado en medio de las olas y luego emerger empujado por la misma fuerza de las aguas. Los pasajeros aterrados no sólo veían por las claraboyas de los camarotes el volar de las piñas, los repollos y las cajas de ates y alfajores que caían sobre las crestas espumosas, sino el riesgo inminente del naufragio. El temple de los marineros, su arrojo y la costumbre de saber enfrentar con éxito las borrascas del mar de Cortés permitieron llevar sanos a La Paz a sus pasajeros, aunque el barco “perdió toda la carga”¹⁸² y, con ello, las ganancias del

179 Sandra Robles Gil, Op Cit, p. 213.

180 Manuela Lizárraga Alcaraz, entrevista, julio de 2001.

181 Ibidem, ese año hubo tres tormentas y un huracán y sólo éste último tocó tierra, en Punta Abrejos, por lo que quizá haya alguna variación en el año y las fechas citadas por la entrevistada.

182 Ibidem, ella sobrevivió al incidente encerrada en uno de los camarotes, con la orden estricta de su padre, el comerciante dueño de la carga de frutas y alimentos, de ni siquiera asomarse a ver los efectos del temporal. En ese entonces apenas tenía diez años, pero le gustaban los viajes en barco y admiraba el arrojo de los marineros.

comerciante mayorista Bernardo Lizárraga. No se puede decir que haya llegado a buen puerto porque al entrar al canal de San Lorenzo observaron una ciudad maltrecha, con los techos de muchas de sus casas levantados, y los rastros de zanjones abiertos en las calles por los arroyos. El anochecer de ese día en La Paz fue triste, con un panorama semejante a una ciudad sacudida por un bombardeo, con palmas y árboles caídos, casas devastadas y comercios inundados.

Y es que la década de los 50 dejó tristes recuerdos para el país en cuestión de daños por los ciclones tanto en la costa del golfo de México como en el Pacífico. Si bien en los primeros años de la década no hubo mayores problemas, para 1957 dos tormentas tropicales amenazaron el territorio peninsular. Una de ellas se abrió al Pacífico y una más entró al golfo de California y se dispersó cerca de La Paz. Un huracán, en cambio, “entró por Santo Domingo y cruzó (la península, para salir) al norte de Loreto”.¹⁸³ Un año más tarde, en 1958, dos tormentas tropicales y dos huracanes causaron lluvias de cierta consideración. Una de ellas entró por Los Cabos y siguió cruzando por La Paz su trayectoria hacia el norte de la península, en tanto que uno de los huracanes entró en San José del Cabo y salió por la zona de Las Cruces. De entre todos, especialmente se recuerda el de 1959 que azotó Jalisco y Colima, donde causó el hundimiento de 150 barcos, la muerte de mil 500 personas y daños por más de mil millones de pesos.¹⁸⁴ Sin embargo, Baja California Sur no figuró en los reportes sobre desastres relacionados con fenómenos hidrometeorológicos correspondientes a esa década, por lo menos para el Cenapred. Pero los paceños recuerdan una

183 *Sandra Robles Gil*, Op Cit, p. 214.

184 Reporte del Centro Nacional de Prevención de Desastres (Cenapred). National Geographic cataloga a este ciclón como el más destructivo en el océano Pacífico, y el segundo en número de víctimas después del de 1900 en Galveston, Texas, Estados Unidos. Hay que recordar que en 1957 ocurrió un fuerte sismo que en la Ciudad de México causó daños importantes, entre ellos la caída del Ángel de la Independencia.

realidad diferente, pues en ese año ocurrió un ciclón que provocó también daños severos, aunque no se sabe con certeza si fue el mismo que se cita anteriormente u otro distinto.¹⁸⁵ El hecho es que en La Paz las precipitaciones debieron ser lo suficientemente intensas como para haber provocado la crecida de los varios arroyos que cruzaban el casco de la ciudad, incluso el de Las Chivas, en ese entonces el más alejado del centro y al que se le atribuía ser “muy bravo”,¹⁸⁶ quizás el más destructivo de todos en el área que hasta entonces ocupaba la zona urbana. Las lluvias, su escurrimiento por los arroyos y las inundaciones causaron daños tales que la empresa Inalapa, dedicada a procesar y empacar algodón, “se acabó... (y sus instalaciones quedaron) como más del metro (de alto) de puro lodo”.¹⁸⁷ La producción de ese año que estaba acumulada en los patios de la empresa fue arrastrada por la corriente y gran parte de las pacas de algodón se vieron esparcidas en el lecho del cauce o atoradas en los cercos. Por cierto que a la zona se pudo llegar hasta dos días después de la tormenta, en tractores, porque los zanjones que dejaron los arroyos impedían el tránsito de cualquier vehículo.¹⁸⁸ En el centro de la capital los daños también fueron considerables. En el tradicional parque Cuauhtémoc, por ejemplo, se derrumbó el monumento al emperador azteca que le da su nombre.¹⁸⁹ Quienes en la recta final de la era bucólica de La Paz se habían refrescado con la sombra de los enormes árboles del malecón se debieron quedar sólo con las imágenes

185 *Sandra Robles Gil*, Op Cit, p. 214, en el caso del que afectó al estado ocurrió del 4 al 11 de octubre, “entró por Los Cabos, pasó por La paz y llegó casi a Ensenada”, Baja California.

186 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001.

187 *Ibidem*, doña Consuelo trabajaba en la empresa Inalapa, cuyas ruinas todavía pueden observarse en el cruce de las calzadas de Constituyentes de 1975 y Luis Donald Colosio. Recuerda que su escritorio secretarial estaba exactamente donde ahora pasa una de las calles laterales de la segunda avenida.

188 *Ibidem*

189 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, entrevista, julio de 2001.

nostálgicas de sus frondas, pues el ciclón arrancó de cuajo varios de ellos. Es más, los ocho álamos que había en la esquina del paseo costero y la calle Manuel Márquez de León también fueron extraídos con todo y sus troncos gruesos, desde la raíz, por la fuerza de los vientos y el reblandecimiento de la tierra. A esos árboles se les recuerda con especial cariño porque constituían un símbolo de la época previa a la inmigración masiva, pues servían como punto de referencia para mucha gente, como señales de ruta o sitio de reunión, además de que marcaban la línea que dividía a la ciudad del barrio tradicional de El Manglito. El de 1959, cuyos ventarrones tumbaron varias casas y afectaron gran cantidad de instalaciones, se recuerda, pues, como “el último ciclón fuerte”¹⁹⁰ de la época anterior a la avalancha de inmigrantes.

Para la siguiente década, la de los años 60, el registro oficial de desastres relacionados con ciclones tropicales presenta 12 sucesos importantes, entre los cuales el *Tara* destruyó la comunidad de Nuxco, en el estado de Guerrero; el *Kristen* se abatió sobre Sinaloa, y el *Katherine* afectó en 1966 San Felipe, Baja California, pero al todavía Territorio Sur de la península parecen haberlo dejado relativamente tranquilo sus destructivos benefactores. Como se ve, ya para esta década los huracanes tienen asignado un nombre, “ya los habían bautizado, ya tenían padrinos”,¹⁹¹ como una forma de disponer de un mayor control estadístico sobre su intensidad y la capacidad que alcanzaron. De entre los principales que dejaron ciertas precipitaciones en el sur peninsular figuran el *Helga* y la tormenta *Kristen*, en 1966, así como el *Katrina* en 1967 y el *Pauline* en 1968.¹⁹²

Vendría, no obstante, la década de los 70. En el registro

190 Ibidem

191 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001.

192 *Sandra Robles Gil*. Op Cit, p. 214. En el caso de *Kristen*, suponemos que es el mismo que anteriormente se cita por el Cenapred, aunque existe una diferencia de ortografía entre ambas referencias. Además, Robles Gil la ubica como tormenta y no como huracán.

de desastres de la Secretaría de Gobernación para ese período destacan los asociados con ciclones que destruyeron áreas importantes de Quintana Roo, Chihuahua y Veracruz. Del lado del Pacífico dos ciclones fueron relevantes, por la magnitud de los daños con los cuales se les relaciona: el *Lilly*, que “azotó las costas de Colima en 1971, originando 5,000 damnificados y, especialmente, el *Liza*, que entró en La Paz en 1976, causando 600 muertos, 14,000 heridos y 100,000 personas sin hogar”.¹⁹³ En la referencia específica sobre el desastre del 30 de septiembre de 1976, la estadística de Gobernación menciona, para el 2 de octubre, un “dramático saldo del ciclón “Liza” en La Paz: más de 250 muertos y 145 desaparecidos”. Al día siguiente reportaba “otros 12 fallecidos en Sonora. Cifra oficial: 397 muertos hasta ahora”.¹⁹⁴ Antes de que ocurriera esta emergencia, en 1971 el *Olivia* había afectado el norte del Territorio, en la zona de Mulegé, y en 1973 el *Irah* afectó Todos Santos y La Paz. En el caso del *Liza*, éste se ubicó entre los cinco que han causado la mayor cantidad de lluvia en la región, con 137 milímetros.¹⁹⁵

De la década siguiente, la de los años 80, se tienen registrados una mayor cantidad de ciclones tropicales, quizá por las innovaciones tecnológicas que se fueron incorporando a los observatorios meteorológicos, pero se recuerda especialmente el año de 1982, cuando el *Paul*, otro de los más intensos que han azotado a la entidad, con el cual se asocian severos daños en la región sur, casualmente la misma que ha sido afectada por los fenómenos más devastadores.

193 *Cenapred*, Op Cit, las cifras oficiales del Cenapred son bastante exageradas, pues, por ejemplo, para entonces la ciudad ni siquiera tenía cien mil habitantes, esto es, la cantidad que se menciona de personas sin alojamiento. Cabe hacer, además, una aclaración: el mismo Cenapred confunde el manejo de los nombres del ciclón, unas veces escribiéndolo con “Z” y otras con “S”. Se respetan todas las citas aquí presentadas, pero se ha preferido anotarlo como “Liza”.

194 *Ibidem*

195 *Sandra Robles Gil*. Op Cit, pp. 214-215.

El huracán “tocó tierra por Cabo Pulmo y se internó en el golfo de California, hacia el norte de Sinaloa”,¹⁹⁶ dejando precipitaciones del orden de los 153.2 milímetros, es decir, también uno de los que más lluvias causó. En 1989 el ciclón *Kiko* “entró por San José del Cabo (y) cruzó al Pacífico por Todos Santos”,¹⁹⁷ igualmente con graves perjuicios en zonas agrícolas y urbanas, especialmente en el turismo. De éste último se recuerda el calificativo como “*Ciclón del Diablo*”,¹⁹⁸ merced a ciertas coincidencias que los habitantes de comunidades del sur del estado relacionaron con su intensidad y su carácter destructivo. La experiencia fue a tal grado aleccionadora, que muchos vecinos de La Ribera, donde dejó más afectaciones, tomaron desde entonces la costumbre de construir lo que llamaron “cuartos *chubasqueros*”, espacios subterráneos de refugio seguro, a la manera de los habilitados en la zona de tornados en Estados Unidos para encerrarse con la familia a esperar el paso del fenómeno.

De la última década del siglo XX se tienen presentes el *Lester*, que en 1992 afectó al municipio de Mulegé; el *Ismael*, que en 1995 dejó algunos daños en Baja California Sur, pero sobre todo provocó graves perjuicios en Sinaloa, especialmente entre pescadores que no lograron ponerse a salvo por fallas en los sistemas de alerta, y el *Fausto*, que hizo de las suyas en Todos Santos y La Paz en 1996. Todavía están presentes las imágenes del huracán *Linda*, de 1997, uno de los más intensos de todos los tiempos, pues alcanzó la categoría 5 en la escala Saffir-Simpson, aunque

196 Ibid, p. 215.

197 Ibidem

198 *Concepción Sánchez Gutiérrez*, socióloga y periodista que realizó para la televisión mexicana una amplia cobertura del paso de dicho huracán por el sur del estado. Entre los testimonios recabados por la reportera se recuerda la gran cantidad de antenas parabólicas que se podían observar en la comunidad de La Ribera, las cuales fueron levantadas por los vientos intensos y, curiosamente, arrojadas al panteón del lugar, donde quedaron amontonadas y encima de las tumbas. Eso le asignó al meteoro un carácter mítico adicional en la creencia de los habitantes del área.

sin tocar costas de la península.¹⁹⁹ Ese mismo año el *Nora* afectó al municipio de Mulegé, pero principalmente al estado de Baja California, y se recuerda el *Paulina* que en Guerrero y Oaxaca dejó en ridículo los planes del Sistema Nacional de Protección Civil, sobre todo a nivel local, por la falta de previsión que ocasionó decenas de muertes en la zona.

De tal manera que si analizamos los datos sobre la precipitación en La Paz a causa de los ciclones que dejaron promedios de lluvia de por lo menos 50 milímetros, podemos apreciar una ocurrencia cíclica de estos fenómenos en el siguiente orden: 1895, 1907, 1918, 1929, 1939, 1949, 1959, 1966, 1976, 1982 y 1996.²⁰⁰ Se trata de una clasificación que toma en cuenta los niveles mínimos de precipitación ya mencionados y la intensidad del fenómeno, así como los daños ocurridos en las zonas urbanas, a partir de una cierta frecuencia más próxima a los diez años, aunque a veces pudiera ser menor o aun mayor, dependiendo de las condiciones atmosféricas que prevalecieron en la región. Mención aparte merece el ciclón *Juliette* que los días 27, 28 y 29 de septiembre de 2001 presentó precipitaciones en magnitudes que no tienen antecedentes en los registros. En este caso, hay que mencionar que las características de su presencia se aproximan a los parámetros aquí planteados y confirman, en mucho, lo expuesto en el presente trabajo acerca de la ruptura de los ciclos de la Naturaleza, como resultado de la visión moderna del progreso y el desarrollo.

Hay otros elementos por valorar en la presencia de los

199 *Sandra Robles Gil*, Op Cit, pp. 216-217.

200 *Ibid*, p. 207. El ordenamiento se hizo con los datos recabados de entrevistas y archivos y las estadísticas que ofrece el estudio de Robles Gil a partir de 1921. Cabe aclarar que en algunos periodos intermedios entre los años seleccionados hay niveles de lluvias que pueden haber sido menores o mucho mayores que los escogidos, como el huracán de 1943, que registró la más alta precipitación en la historia del estado (321 milímetros) hasta finalizado el Siglo XX. La estimación nuestra toma en cuenta los periodos más largos, cíclicamente, pero de intensidad similar o más alta.

huracanes en el estado, y es que estos se caracterizan por los enormes niveles de precipitación que causan cuando tocan las costas. Ese no sería el problema, si el relieve del estado tuviera las mismas condiciones orográficas que tienen otras zonas con altos registros de lluvias, en los cuales hay elementos, como su vegetación, que amortiguan el efecto de la caída del agua sobre el terreno y propician la recarga de los mantos freáticos. Por poner un ejemplo, mientras en Tabasco llueve un promedio de cuatro mil milímetros al año, en Baja California Sur, sobre todo en La Paz, las estadísticas apenas redondean los 200 milímetros en el mismo período.²⁰¹ Esto quiere decir que los efectos de erosión y arrastre de materiales y sedimentos por las corrientes tienen peores efectos en áreas desérticas, como las de la península, por las enormes estrías que dejan en el suelo las aguas en su carrera hacia el mar, en tramos bastante cortos, frente a regiones *llovedoras* en las cuales los escurrimientos son largos, prolongados, y la flora tupida frena con mayor firmeza la acción erosiva y la fuerza de los caudales. Así que en la península un *chubasco* puede provocar, en apenas unas cuantas horas, el mismo nivel de lluvia que se tendría durante todo un año en condiciones normales, con los obvios resultados desastrosos en flora y fauna, y no se diga en las áreas urbanas que se atraviesen a los ciclones tropicales.

Eso explica porqué en el sur peninsular los embates de un fenómeno de este tipo pueden llegar a tener consecuencias funestas. Por seguir el ejemplo de Tabasco, cuya precipitación media anual es unas veinte veces superior a la que ocurre en Sudcalifornia, tiene su correspondencia con el clima y el relieve que caracterizan a esa entidad. A pesar de eso, cuando ese nivel “normal” se rebasa, aun en mínimas proporciones, causa en la población un daño como el que se pudo observar en años recientes en el sureste del país. Sucede lo mismo en Baja California Sur: cuando el promedio anual

201 *Ulises Irigoyen. Carretera transpeninsular de Baja California*, Editorial Nueva América, 1976.

de 200 milímetros es rebasado, las consecuencias pueden ser trágicas y bastante perjudiciales, por lo menos en cuanto a daños materiales. La diferencia es que esta región tiene una mayor desventaja por sus condiciones orográficas, el tipo de suelo y porque las técnicas de sus construcciones evidentemente no prevén, en general, un excedente de magnitudes tales en relación con los registros normales de lluvia. A ello se agrega la diferencia en costumbres y tradiciones de quienes integran el conglomerado social de Baja California Sur, en particular de La Paz, y la natural diferencia en la forma en que los habitantes con uno y otro origen étnico asumen las medidas preventivas en torno de este tipo de fenómenos. Esa situación propicia, además, que sea difícil asumir un criterio unificado en el manejo de las políticas públicas en materia de Protección Civil, amén de que las autoridades parecen no esforzarse mucho por impulsarlas bajo las características que las mismas circunstancias exigen, a fin de atenuar la vulnerabilidad de los asentamientos humanos, aminorar los riesgos de desastres, mitigar los efectos previsibles y salvaguardar las vidas y los bienes de los ciudadanos.

*Ya ruge la tempestad
con ferocidad de infierno
ya corre el agua impetuosa
tornando en un mar el pueblo
y arrastrando en su corriente
hogares, hombres y huertos.*

Anónimo²⁰²

202 Fragmento del poema *Los dos ángeles*, en Gilberto Ibarra Rivera, Op Cit, p. 142.

III

EL CICLÓN LIZA

La ciudad

Los molinos

Amparo y refugio²⁰³ de migrantes, algunos de los cuales conocían bien la península y tenían intereses comerciales o propiedades en la región y otros solamente estaban en tránsito. La Paz inició el Siglo XX siendo, junto con Santa Rosalía, al norte, un puerto de importante movimiento en la margen occidental del mar Bermejo. Sobrepuesta a las pugnas que caracterizaron la relación de sus fundadores con los rancheros y comerciantes de las regiones de Loreto, San José del Cabo y San Antonio, sus antagonistas del Siglo XIX, la ciudad se había consolidado para la siguiente centuria como centro de población peninsular catalizador de las actividades económicas, pero sobre todo políticas, en el Distrito Sur de la Baja California.

Con apenas cinco mil habitantes en 1900, la capital del Territorio se habría de mantener por lo menos durante cuatro décadas como una confortable localidad en la que “tanto la vida como el tiempo transcurrían lentos y no hay datos que nos hagan pensar que la manera de vivir en el puerto de La Paz no fuese tranquila, sencilla y para algunos, porqué no decirlo, hasta feliz”.²⁰⁴ Un pueblito en el que las familias solían destinar los amplios y frescos solares de sus viviendas como “sitio preferido para la siesta y el chisme, actividad bien desarrollada siempre al compás de una mecedora, y bien acompañada por una rica taza de café tostado y molido en casa, servido con leche y azúcar”.²⁰⁵

203 Lorella Castorena Davis, **Palabras e imágenes de la ciudad y puerto de La Paz, 1900-1959**, Colegio de Bachilleres, 2000, La Paz, BCS. p. 7.

204 Ibid, p, 100.

205 Ibidem

La Paz tenía a principios del Siglo XX una población que se duplicaría hasta cuarenta años después, lo cual permitió a sus autoridades mantener un criterio más o menos homogéneo en el crecimiento urbano. Sus calles estaban trazadas en línea recta de norte a sur y de poniente a oriente, excepto la zona central, de pequeños callejones irregulares, la cual se ubica próxima al malecón sobre el cuarto norte-poniente de la actual mancha urbana. Aquel diseño “con una cuadrícula perfecta” fue obra de los agrimensores Guillermo Denton y Alfredo Savín, en una clara correspondencia con “afanes de gobernantes del Siglo XIX”²⁰⁶ que tuvieron el mismo propósito de orden para la ciudad. Así continuó, en medio de estampas que recrean “un escenario donde conviven el lenguaje, los sueños y las imágenes”.²⁰⁷ Un ambiente bucólico que rememora la esporádica llegada a su muelle de barcos tan envejecidos como los periódicos que traían, con noticias vencidas, y con un montón de cartas que atribuyen a la correspondencia el carácter del más socorrido medio de comunicación de los aislados vecinos peninsulares con sus conocidos y familiares de otras latitudes.

Es un período de tiempo en la vida social de La Paz en que son comunes los recuerdos del solaz familiar en una rústica banca del malecón, a la sombra fresca de enormes laureles de la India, o bien en los confortables y amplios hogares. Pasajes e imágenes que le otorgaron a la villa un paisaje que le mereció reconocerla “como la *ciudad de los molinos*, de esos molinos que se usaban para sacar el agua del pozo necesaria para las casas y el riego de las huertas”,²⁰⁸ debido a que había uno de ellos en prácticamente cada hogar, y en algún momento “había más de 1250 molinos

206 Leonardo Reyes Silva, **Las calles de La Paz, una mezcolanza**, El Sudcaliforniano, 12 de julio de 2001, p. 4, Sección A. Reyes Silva es actualmente el cronista de la ciudad.

207 Lorella Castorena Davis, Op Cit, p. VIII

208 Ibid. p, 6. Las cursivas son nuestras.

de viento y huertas por todos lados”.²⁰⁹ Eran artefactos consistentes en una estructura de acero o madera, sobre la cual estaba instalada una enorme hélice. Sus aspas, movidas por el viento, hacían girar un mecanismo mediante el cual se extraía agua para el uso en el hogar y el riego de diversas plantaciones.

En esta primera etapa del crecimiento de la ciudad durante el Siglo XX jugó un papel importante la comunicación marítima, más y más personas por barco “fueron arribando poco a poco para instalarse en La Paz y ofrecer sus servicios en una ciudad que requería diversificarse. Así llegaron un fotógrafo, inspectores públicos de educación y salud; algunos profesionistas y trabajadores especializados; profesores y estenógrafas; (...) los jefes políticos y miembros de sus gabinetes; jueces, inversionistas, mujeres y hombres que iban y venían para casarse; jóvenes que salían para realizar sus estudios en otras ciudades del país; comerciantes, empresarios y damas acompañadas de sus hijas que viajaban a San Francisco para realizar sus compras o para disfrutar unas vacaciones”.²¹⁰ Un abanico de oficiantes y personalidades que se fueron integrando al conglomerado social y que enfrentaron, juntos, los altibajos económicos producto de la influencia del mercado internacional y de los conflictos bélicos. Era lo que demandaba, en esa época, la capital del Territorio Sur, centro de comercio en la península y sede de operaciones de compañías perleras y, más tarde, corporaciones pesqueras encargadas de abastecer de derivados del tiburón a los contingentes de soldados ávidos de energías en las conflagraciones mundiales.

El mapa y plano oficial de la ciudad al concluir la primera mitad del Siglo XX establecía el límite norte de la zona urbana en la calle Tabasco, unas cuadras más allá del panteón de Los Sanjuanes, en colindancia con un área de tierras nacionales.

209 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, Op Cit

210 *Lorella Castorena Davis*. Op Cit, p. 30.

En el sur las últimas calles eran la Michoacán y la Colima. El amplio sector que iba desde la calle 5 de Febrero hasta esa frontera se denominaba “colonia Plutarco Elías Calles”. Del lado poniente, claro está, el límite era la zona costera, mientras que del lado oriente la última calle era la Yucatán.²¹¹ Por cierto que en esa época destacaba en el croquis como un enorme espacio en blanco, a las orillas de la población, la parte que ocupó el campo de aviación, entre las calles Isabel la Católica, Nicolás Bravo, Sonora y Yucatán, el cual sería sustituido años después por el aeropuerto internacional Manuel Márquez de León, una de las obras más importantes de la vorágine modernizadora. Fue así que el trazo casi rectilíneo de las calles de la capital territorial comenzó a romperse a partir de la década de los 60, pues la entrada del servicio de transbordadores al territorio dio pie al inicio de una enorme y creciente inmigración. En 1955 se había ampliado el fundo legal todavía “respetando los cien metros por manzana y veinte de calles”.²¹² Ese trazo ya representaba, en sí mismo, una ruptura del curso normal de la red de arroyos y brazos que cruzan la ciudad. Pero después fueron borrándose por completo al sustituir las planchas de cemento y asfalto a los arenales, y cuando las paredes, casas, cercos y todo tipo de instalaciones ocuparon el lugar de los paloverdes, mezquites, lombeyes o torotes en la avalancha de la urbanización. En cierta forma, la destrucción de la flora de la región constituyó uno más de los factores hacia la vulnerabilidad de la ciudad, porque anteriormente “el agua se venía con menos fuerza que ahora, porque se detenía entre los árboles del monte”.²¹³ Dos casos ilustran el panorama

211 *Mapa de La Paz*, Archivo Histórico Pablo L. Martínez, PLN-AHPLM-056. Catálogo de Mapas y Planos. El documento, que presenta cierto deterioro, está firmado por el gobernador Agustín Olachea Avilés, el jefe del Departamento de Obras Públicas, Gilberto Herrera, y el ingeniero Sebastián Díaz Encinas, en ese entonces jefe del Departamento de Catastro. Como se ha mencionado, Díaz Encinas fue quien predijo la tragedia relacionada con el ciclón Liza con años de anticipación.

212 *Leonardo Reyes Silva*. Op Cit.

213 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001.

avasallador: la construcción del Palacio de Gobierno y del exclusivo fraccionamiento Perla ambas bloquearon la calle Antonio Rosales. Se trata, en el primer caso, de un conjunto de oficinas que albergan a los poderes Ejecutivo y Legislativo del estado, en un espacio desde la avenida Isabel La Católica, en el poniente, a la México, en el oriente, y de la Ignacio Allende, en el sur, a la Nicolás Bravo, en el norte. Son tres edificios en los cuales se ubican, al centro, las áreas principales de la administración local. A la derecha, visto de poniente a oriente, se ubica el que está destinado exclusivamente a la Secretaría de Finanzas. En el extremo izquierdo está una nave de tres niveles y un domo que aloja los cubículos de los diputados, sus departamentos de apoyo y el salón de sesiones. A este módulo general debe agregarse el hospital del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE), en la esquina de Bravo y México, y una sección pequeña del conjunto por la calle Melitón Albáñez. Esta avenida, por cierto, es cortada en ese tramo, de sur a norte y viceversa, y se convierte en los patios del estacionamiento en la parte trasera del Palacio de Gobierno. La calle Rosales, que se recuerda como uno de los más peligrosos arroyos, está cortada más adelante, hacia el oriente, por otras secciones del fraccionamiento Perla, formado por casas de familias acomodadas, y su trazo no vuelve a tomar continuidad sino pasada la avenida Eusebio Kino, es decir, seis cuerdas más allá de Isabel La Católica, que es donde interrumpe su circulación el centro de Gobierno. Siguiendo con el ejemplo del fraccionamiento Perla, “tuvieron que bloquear las calles (Antonio) Rosales y (Benito) Juárez, impidiendo su libre tránsito hasta el oriente de la ciudad”²¹⁴ La avenida Independencia también fue cortada en un tramo poco recomendable para hacerlo, por ser cauce evidente de un peligroso arroyo, entre las calles Isabel La Católica

214 *Leonardo Reyes Silva*, Op Cit, se refiere al trazo de las avenidas hacia el oriente, partiendo desde el malecón, más que al tránsito o al sentido de la circulación, y mucho menos relacionado con los escurrimientos, que por gravedad son hacia el poniente.

y Melitón Albáñez, donde fue construido el edificio de una escuela secundaria. Otros bloqueos de avenidas para construir instalaciones públicas han ocurrido en la calle Manuel Pineda, donde se ubica la Escuela Normal Urbana, la cual le da nombre a la prolongación de aquella hacia el oriente, y el lugar donde se asienta la Unidad Cultural Jesús Castro Agúndez, que afecta dos cuadras completas de las calles Manuel Encinas y Valentín Gómez Farías, en un área que, por cierto, se recuerda como una preciosa huerta con acequias y árboles frutales. No se diga aquellos cortes para construir unidades habitacionales, como ocurre en las calles Colima y Jalisco. Pero en los años recientes el desorden ha ido más, mucho más allá, en una situación que lleva a expresar que de “vivir Guillermo Denton se moriría de tristeza al ver lo que han hecho con nuestra capital”.²¹⁵ Hay un mapa de la ciudad que si bien no tiene anotadas la firma de sus autores ni la dependencia que lo validó, debe corresponder a la época del despegue de la inmigración, es decir, los años 60, donde ya aparecen las colonias Burocrática y Bellavista, en el sector suroriente. En él aparece una calle de las mismas dimensiones que el actual bulevar Forjadores de Sudcalifornia que partía desde la esquina de Isabel La Católica y Juárez, pasando por Padre Kino y 5 de Febrero, para salir, en paralelo, hasta la carretera a San Juan de los Planes. De haberse concretado, ese trazo habría significado una ruptura de la alineación de decenas de cuadras, algunas de ellas por mitad, lo cual constituye un reflejo del desorden que imperaba.²¹⁶ En ese mapa, las calles en el sector oriente de La Paz ya llegaban hasta la Manuel M. Diéguez, y seis calles más arriba, paralelas, las cuales no tenían nombre.

Los descritos son ejemplos de cómo empezaron a agravarse los riesgos ante los desastres por la presencia de huracanes, pues, por citar un caso, “toda (la avenida)

215 Por supuesto, alude a uno de los responsables del trazo perfectamente ordenado de las avenidas.

216 *Mapa de La Paz*. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, PLN-AHPLM-051. Catálogo de Planos y Mapas.

Rosales siempre fue el arroyo que venía de la sierra, no sé (de) dónde (con) un mundo de agua que se nos venía y que iba a dar a la playa”.²¹⁷ En la actualidad, tristemente, “está enterrado todo lo que es ese arroyo, está enterrado en la calle Rosales. Está construido todo, pero era un arroyo muy grande”.²¹⁸ El hecho es que “constructores de fraccionamientos y unidades habitacionales, con la complicidad de autoridades, iniciaron el desbarajuste tapando calles sin ton ni son”,²¹⁹ en un ritmo incontenible hacia una mayor exposición de la capital sudcaliforniana a las fuertes avenidas que llegan a causar las lluvias del verano por los ciclones tropicales. En los hechos, “la vulnerabilidad de la ciudad de La Paz se debe (...) al rápido desarrollo de la ciudad fuera de todo esquema de planeación”.²²⁰ Ello porque “con el tipo de ocupación del espacio y el crecimiento acelerado de la zona urbana, se han creado superficies impermeables incrementando los escurrimientos de agua y la acumulación de sedimentos en las partes bajas”.²²¹ Hay que ver, en este sentido, que la capital sudcaliforniana “está asentada sobre una planicie (que) forma parte de un extenso abanico aluvial (el cual) es alimentado por la sierra de Las Cruces. Los abanicos aluviales pueden representar un factor de riesgo para los asentamientos humanos por ser geoformas condicionadas para dispersar grandes volúmenes de agua y sedimentos

217 *Francisca Villegas Agramont*, entrevista, junio de 2001.

218 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, entrevista, julio de 2001. La señora Lizárraga es un personaje reconocido en el estado por su trabajo de rescate de costumbres y tradiciones y, sobre todo, de testimonios orales sobre La Paz de antaño. Nació en Siqueros, Sinaloa, pero llegó a los ocho meses de edad, junto con su familia, precisamente en un viaje desde Mazatlán del *Edna Rosa*, uno de los barcos más recordados en la región.

219 *Leonardo Reyes Silva*, Op Cit.

220 *Isabel Cristina Beltrán Castro*, **Evaluación del riesgo asociado a fenómenos en la ciudad de La Paz, BCS, México, utilizando sistemas de información geográfica**. Tesis de Geología, UABCS, 2000. Resumen inicial.

221 *Ibidem*.

producto de las avenidas, sin una trayectoria bien definida”,²²² es decir, que pueden tomar cualquier rumbo, dependiendo de la fuerza del caudal. Todo lo anterior hace evidente que la necesidad de contar con tierra para construir las viviendas que exigía el aumento de la población provocó que La Paz se desarrollara “sin tener en cuenta los elementos físico-naturales que existen en su entorno, creando nuevos peligros o amplificando en intensidad y recurrencia los ya existentes”.²²³ En consecuencia, “la urbanización (pavimentación de calles y construcciones) incrementa la velocidad de los escurrimientos hacia las partes bajas de la ciudad”,²²⁴ y con ello el peligro para los vecinos y sus bienes.

Los nuevos vecinos

Los esfuerzos tan enormes como utópicos de un grupo de sinarquistas por fundar en el Valle de Santo Domingo, unos 200 kilómetros al norte de La Paz, la colonia María Auxiliadora y, con ello, una nación de mujeres y hombres castos inspirada en la pureza de la Virgen María, fueron apenas un atisbo de lo que les esperaba a los paceños en la segunda mitad del Siglo XX. Quienes vieron llegar a los futuros vecindados, liderados por Salvador Abascal, en los tiempos de Francisco J. Múgica, a principios de 1942,²²⁵ seguramente ni siquiera imaginaron la corriente de inmigrantes que sucedería, en los años siguientes, al grupo de mareados y pálidos campiranos guanajuatenses, michoacanos

222 *Ibid*, p. 4.

223 *Ibid*, Resumen inicial.

224 *Ibid*, p. 40.

225 *Celestino Vázquez, Edén de arena. Colonia Sinarquista María Auxiliadora, 1942-1944*. Tesis de licenciatura, UABCS, La Paz, BCS, 1996. El mismo autor ofrece una amplia investigación acerca de este singular esfuerzo de colonización, en el cual se relacionaron asuntos religiosos, políticos, ideológicos, místicos y familiares que constituyen un importante pasaje en la Historia de Baja California Sur.

y jaliscienses que debieron debutar como marinos para acompañar a su líder en una aventura que fracasaría en pocos años. Diversos factores atrofiaron el proyecto de la Unión Nacional Sinarquista, “las infinitas penurias que pasaron y la falta de apoyo federal hicieron imposible que logran vencer los obstáculos de la naturaleza”,²²⁶ entre ellos las inclemencias del tiempo y el clima peninsular.

De todas formas, los intentos de colonización de la península continuaron como parte de estrategias definidas a nivel central para aumentar la presencia de nacionales en las amplias y despobladas extensiones del Territorio Sur. Los esfuerzos por crear nuevos centros de población se enfocaron básicamente hacia el sector agropecuario en el Valle de Santo Domingo, y algunos puntos periféricos, como el desierto de Vizcaíno, en el norte, y San Juan de los Planes y otros sitios cercanos a La Paz, en el sur. Ese fue el principio de una enorme corriente de inmigrantes hacia el estado, particularmente a la capital, la cual daría pie a un marcado proceso de urbanización de la población sudcaliforniana, que traería como consecuencia el incremento del número de habitantes de la sede del Gobierno territorial, hasta prácticamente quintuplicarla en 1960 en relación con la que tenía a principios de siglo.²²⁷ Así, los cinco mil 46 habitantes que había en 1900 en la cabecera territorial eran, para 1940, diez mil 401 personas, es decir, poco más del doble. Pero una década después, en 1950, ya sumaban 13 mil 81, y en 1960 ya había 24 mil 253 habitantes, lo que de la idea de la proporción que tenía, para esos últimos años, el empuje de la creciente inmigración.

226 *José Urciaga García, El desarrollo de la agricultura en Baja California Sur*, UABCS, La Paz, BCS, 1993. p. 65.

227 *Lorella Castorena Davis*, OP Cit, p. 49. Al respecto existen diversas fuentes sobre el comportamiento de la población desde 1900 hasta fin de siglo, todas, generalmente, parten de los censos y estimaciones del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Otros centros de población que atrajeron población interna y externa serían San José del Cabo, Cabo San Lucas, al sur, y Ciudad Constitución, al norte.

Los empresarios del ramo agrícola que iniciaron la explotación intensiva en valles y mantos acuíferos del territorio, como el de Santo Domingo, en Comondú, contrataban gran cantidad de trabajadores procedentes sobre todo del estado de Oaxaca. Sus razones se fundaban en que, por condiciones físicas como su estatura, los chaparritos sureños les facilitaban un óptimo levantamiento de las cosechas de algodón. Los agricultores “los estimaban mucho porque son muy trabajadores, el *oaxaquito* es una hormiguita. (Los pizcadores) venían porque las máquinas, las combinadas, te agarran nada más la parte de la mota de la planta (del algodón) y te van dejando una buena proporción que solamente a mano puedes cosecharla. Esa es la razón, y ganaban muy buen dinero”.²²⁸

Este acelerado proceso de aumento de la población continuó en la misma incontenible proporción hasta finalizar el Siglo XX,²²⁹ debido a que, si bien descendieron algunas actividades, el repunte turístico de Los Cabos atrajo nuevas corrientes de inmigrantes y, además, se presentó un fenómeno de inercia consistente en el nacimiento de hijos de las generaciones producto de las olas migratorias iniciales, sumado al ritmo normal de la natalidad. En la práctica, el crecimiento demográfico de Baja California Sur y en particular de su capital, empezó a dispararse en 1960, década en que muchas corrientes de migrantes empezaron a voltear los ojos hacia esta mítica región del mundo. “En algún momento entre los años de 1960 y 1970, la población (del estado) empieza a crecer más rápido que el conjunto del país, de tal manera que, ya en 1970 en relación con

228 *Félix Agramont Cota*, último gobernador del Territorio Sur, entrevista enero de 2001. Las cursivas son nuestras, y aluden a una categorización común generalizadora hacia los indígenas procedentes de regiones como Oaxaca.

229 *J. Antonio Martínez de la Torre*, **La explotación de los recursos naturales renovables 1940-1993**, UABCS, Sociedad de Historia Natural Niparáj, Fundación Mexicana para la Educación Ambiental, 1998. pp. 105-107.

1960, la población creció un 56.9%, muy superior al 38.1% en que creció la población del país”.²³⁰ Curiosamente, pues se trata de la década en que ocurrió la tragedia relacionada con el ciclón Liza, el más alto incremento poblacional que se registra “entre los años de 1970 y 1980, con un 68.1%”.²³¹ Cualquiera pensaría que si en esa época hubo un desastre que costó la vida a tantas personas como aluden los testimonios, el ritmo de incremento habría disminuido o, por lo menos, sufrido una alteración, pero no fue así, como lo demuestran las cifras. Este aumento iba a la par del proceso de urbanización, con La Paz como principal centro de atracción, a tal grado de que más adelante, en 1990, llegaría a registrar el 43.3% de la población total del estado.²³² De los 317 mil 764 habitantes que tenía para 1990, “la población urbana es abrumadoramente mayoritaria (78.3% del total)”, por lo que “de cada 10 habitantes, aproximadamente 8 viven en localidades urbana y sólo 2 en el medio rural. Este fenómeno ha sido tan intenso, (...) que en términos relativos rebasa al del país, en donde 72.6% de los habitantes eran urbanos”.²³³ Cabe destacar que la mayor parte de la población sudcaliforniana se asienta en localidades de la mitad sur del territorio estatal, esto es, en La Paz, Ciudad Constitución, Cabo San Lucas y San José del Cabo, región que tradicionalmente ha sido la más afectada por los ciclones tropicales. “Estas cuatro ciudades principales concentraban el 64% de la población del estado en 1990”,²³⁴ lo que nos refleja el grado de riesgo que tiene el impacto de un huracán por la vulnerabilidad de los asentamientos humanos.

Los paceños, acostumbrados a las imágenes apacibles y románticas de antaño, el bello y transparente azul turquesa

230 Ibid, p. 106.

231 Ibid, p. 106.

232 Ibid, p. 109.

233 Ibidem

234 Ibidem

del agua de sus mares y la lontananza violeta de sus crepúsculos, y aquellos vecindados que se habían venido incorporando lentamente atraídos por el encanto del mar Bermejo, vieron de pronto invadido su espacio por grupos de habitantes que reclamaban servicios, exigían atención y necesitaban de tierra para fincar sus hogares. La avalancha migratoria era tal que hasta la fauna típica de la región se vio afectada y los *pintillos* y las *cachoras*²³⁵ pagaron algunas de las consecuencias. A los primeros les llegó para mezclarse con ellos un tipo de aves que “no eran de nosotros, llegaron en el Ferry”.²³⁶ A las segundas se les sumó una especie a la que se identifica como “*cachora besucona*”, un pequeño animalejo que suele introducirse a los domicilios y emite un ruido característico que le asigna su nombre singular. “En las cargas (de los transbordadores, desde el interior de la República) llegaban esas cosas. Nosotros teníamos otra clase de *pintillos*, teníamos otra clase de *cachoras*”.²³⁷

El proceso de explosión demográfica de La Paz tuvo, pues, entre sus orígenes, la colonización impulsada por el Gobierno central con fines agropecuarios. Ya mencionamos que miles de jornaleros venían a trabajar en los campos agrícolas, y que un importante porcentaje de ellos se quedaban a residir en La Paz y a agrandar las nacientes colonias populares. Sin embargo, no fue la única causa del fenómeno. Entre otros factores figuran, además, un conjunto de acciones que propiciaron que los paceños se vieran de pronto avasallados por el progreso: la administración federal introdujo en 1964 una línea de transbordadores, con la cual se regularizó la importantísima comunicación marítima con el macizo continental para transporte de carga y pasaje y el consecuente abasto del

235 Los *pintillos* son unas aves pequeñas bastante prolíficas en la región, y las *cachoras* son reptiles comunes igualmente típicos de la península, las *lagartijas* del sur.

236 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001.

237 *Ibidem*

mercado interno. Para 1970 se emprendió la promoción de importantes sitios turísticos, como Los Cabos y Loreto. En 1973 se concluiría la carretera transpeninsular, construida por la Federación como una obra encaminada a darle una estructura de comunicación a la península que enlazara sus distintas regiones, desde el norte hasta el sur. En la práctica, “la carretera se fue pensando como si fuera la columna vertebral (de la península). Es decir, que sirviera como un eje para caminos vecinales que fueran a las costas más o menos cercanas”.²³⁸ Para darnos una idea de su importancia, se le catalogó como una de las obras de mayor dimensión nacional en el sexenio de Luis Echeverría Álvarez, 1970-1976, pues lograba unir a las dos californias mexicanas con una vía de casi dos mil kilómetros de pavimento. Esas medidas significaban una gran inversión de recursos por parte del Gobierno federal y del capital privado y, a su vez, atraían fuerza de trabajo generando actividades alternas en las cuales más personas encontraban empleo. Hubo, además, dos procesos que tuvieron una cuota importantísima en la atracción de corrientes de inmigrantes. El primero es de carácter económico y normativo y su origen se remonta varias décadas atrás, en 1939, cuando el Gobierno federal decretó los perímetros libres y franjas fronterizas, en las cuales tenían lugar una serie de estímulos fiscales para el comercio de artículos de importación, como una forma de apoyar el desarrollo de regiones que se encontraban en una aparente desventaja frente al resto del país, entre ellos Baja California Sur, en particular La Paz. Esta disposición de corte federal tuvo más impulso ya entrada la segunda mitad del siglo, cuando se necesitó de un mejor soporte al despegue económico. De cierta forma, puede decirse que la introducción de los transbordadores, la construcción de la

238 *Luis Echeverría Álvarez*, presidente de la República en el sexenio 1970-1976, entrevista, abril de 2001. En su mandato se construyó la carretera transpeninsular “Benito Juárez” y se concretó la conversión de Baja California Sur de Territorio en Estado de la Federación.

carretera transpeninsular y el impulso al turismo vendrían a complementar esa normatividad inicial, pues en la década de los años 70 habría una modificación con la cual se permitía una mayor apertura al comercio de artículos de importación. Muchos años después, con el ingreso de México a diversos acuerdos internacionales, esa apertura se extendería al resto del país, lo que sacaría de competencia a La Paz y generaría una severa crisis económica cuyas secuelas todavía no terminan de resentirse.

El segundo factor a que nos referimos es de tipo político y tiene que ver con la inercia de un insistente reclamo de grupos civilistas locales por constituirse como un estado federal autónomo, el cual se vio coronado con la publicación del decreto respectivo en octubre de 1974. Para el Gobierno central de la época no sólo era evidente el aislamiento y la incomunicación en que, en general, vivían los ciudadanos de la península, sino también que “la designación (de las autoridades territoriales) se ubicaba en personas de otro nivel (más bajo) en la jerarquía política”.²³⁹ El hecho de que el presidente en funciones “no designaba como gobernador del territorio (a) gente de primera categoría política” había sido el reclamo de los grupos regionalistas y era también “motivo de reflexión y preocupación”²⁴⁰ en la República. Entonces fue que se emprendió un proceso que culminó con la formación del Congreso constituyente que promulgaría la Constitución Política local el 15 de enero de 1975, año en que asumiría como gobernador, mediante sufragio directo, el secretario de Gobierno de la última administración territorial y, en el momento de su elección, diputado ante el Congreso de la Unión: Ángel César Mendoza Arámburo.²⁴¹ El esquema de trabajo del naciente Gobierno estatal inició igual que con las autoridades territoriales que lo habían precedido, basado en una dependencia casi absoluta del

239 Ibidem

240 Ibidem

241 *Ignacio del Río, María Eugenia Altable Fernández, Op Cit, p. 193.*

subsidio de la administración federal. Las funciones de los titulares eran simplemente las de “un seguidor (...), un gestor”²⁴² y la normatividad de orden administrativo, jurídico y social la formaban las leyes del Distrito Federal, aplicables para los demás territorios. Así sucedía, desde luego, con el renglón económico, en el que los recursos “venían etiquetados (desde la Federación,) todo el dinero llegaba directamente a cada delegación”²⁴³ federal y al jefe de Gobierno únicamente se le notificaba la aprobación de alguna partida presupuestal. La cuestión es que, en efecto, uno de los principales inconvenientes para convertir al territorio en entidad federativa era de dónde iba a salir el dinero para sostener el aparato burocrático. “Muchos mostraron preocupación por los gastos que acarrearía la conversión de territorio en estado”.²⁴⁴ En la práctica, era una propuesta “muy contradictoria”²⁴⁵ porque mientras había quienes opinaban en favor, otros se quebraban los dedos preguntándose de dónde saldrían los salarios del gobernador, de los integrantes del Poder Judicial, de los diputados locales, de la Policía y, en general, del organigrama del Gobierno. Los reclamos localistas finalmente fructificaron, aunque fueron evidentes los problemas que debió enfrentar el naciente estado para atender los reclamos de una sociedad cuyas demandas de bienestar y servicios urbanos iban en aumento. El primer presupuesto aprobado por el Congreso local, correspondiente a 1976, fue de 203 millones de pesos, que finalmente quedó en 309 millones, producto de algunas ampliaciones,²⁴⁶ entre las cuales parece que estaba el apoyo federal emergente por los daños que dejó el desastre

242 Félix Agramont Cota, último gobernador territorial, entrevista, enero de 2001.

243 Ibidem

244 Luis Echeverría Álvarez, ex presidente de la República, entrevista, abril de 2001.

245 Ibidem

246 Ángel César Mendoza Arámburo. **Segundo Informe de Gobierno**. Revista *Palestra*. Número 61, 1977. p. 7.

relacionado con el ciclón Liza. Para el año siguiente, 1977, el flamante nuevo Gobierno estatal ejercería 362 millones de pesos, y para 1978, tercer año como entidad federativa, tenía previsto ejercer 391 millones.²⁴⁷ Pese a que la conversión del territorio en estado federal coincidía con una de las grandes devaluaciones del fin de siglo en nuestro país, que obligaron a aplicar normas de austeridad en los gastos del sector público, el estado y en particular La Paz todavía disfrutaban de una época de relativa jauja.

Todos los descritos fueron factores que estimularon una creciente e incontenible inmigración hacia el naciente estado de Baja California Sur. En general, “era un tiempo de bonanza. En (esa época) no había periodicazos, no había nada, puras alabanzas, eran tiempos en que había mucho dinero”.²⁴⁸ Particularmente la ciudad, como principal punto concentrador de la población, necesitó de personas de los más diversos oficios y profesiones que cubrieran las fuentes de empleo generadas por el auge económico que propiciaba el comercio de artículos de importación, la consolidación del proceso de conversión de simple territorio en entidad federativa, la realización de obras públicas con subsidios federales y, en general, la boyante economía local. El rápido aumento de la población en la recién estrenada capital estatal requirió de la apertura de escuelas para los hijos de los residentes y de sus nuevos vecinos, al grado de que llegó a decirse que “en Baja California Sur se está construyendo un aula cada 18 horas”.²⁴⁹ Pero ello significaba también la necesidad de individuos que formaran el comercio de acompañamiento que siempre genera la creación de un

247 Ángel César Mendoza Arámburo, **Tercer Informe de Gobierno**. Revista *Palestra*. Número 64, 1978. p. 4.

248 *Sebastián Díaz Rondero*, entrevista, diciembre de 2000. Díaz Rondero posee el archivo de su padre, el ingeniero civil Sebastián Díaz Encinas, quien previó la tragedia, con lujo de detalles, más de cuatro años antes de que ocurriera el ciclón Liza.

249 Ángel César Mendoza Arámburo. **Segundo Informe de Gobierno**. Revista *Palestra*. Número 61, 1977, p. 9.

plantel. Así que los paisanos que se quedaban sin trabajo en las cosechas o en las construcciones sufrían una metamorfosis y se convertían en paleteros, *raspaderos* y vendedores de elotes y *chucherías*. La prueba de ello es que, pasado el desastre, no sólo disminuyó la cantidad de niños en las aulas, por los muchos que se ahogaron, sino la cantidad de pequeños comerciantes que vendían golosinas alrededor de las cada vez más instituciones educativas.²⁵⁰

Al tiempo que persistía el tránsito de miles de trabajadores contratados en estados como Oaxaca, Veracruz y Guerrero para participar en la pizca de los cultivos agrícolas en los valles peninsulares,²⁵¹ ciudadanos originarios de Baja California Sur que se desempeñaban en oficios y profesiones en otras entidades del país se vieron atrapados por la nostalgia, el apego que se acredita a las tortillas de harina y los platillos basados en machaca, y comenzaron su retorno al terruño al observar una perspectiva de mejores oportunidades de progreso en tierra propia.²⁵² De igual manera, emprendedores comerciantes que acudían a La Paz a comprar productos de importación, para revenderlos en ciudades del centro del país, descubrieron que era más atractivo quedarse aquí mismo atendiendo a otros revendedores que, como antes lo hacían ellos, los

250 *José Alberto Nuño García*, entrevista, en esa época director de la Escuela Primaria Benito Juárez, de la colonia Los Olivos. Diciembre de 2000. Otros muchos testimonios asignan esos oficios a inmigrados.

251 *Félix Agramont Cota*, último gobernador del Territorio, entrevista, enero de 2001. A Agramont Cota se le considera uno de los impulsores de la conversión a estado federal. Según el ex mandatario, el tránsito de inmigrantes era superior al que al finalizar el siglo se registraría hacia Los Cabos, por el auge del turismo. Las empresas agrícolas tenían que contratar hasta diez mil campesinos del sur del país, lo que obligaba a entrar en negociaciones con los gobiernos de los estados de origen y los trabajadores, para asegurarles un trato adecuado y, sobre todo, que regresaran a sus comunidades, lo que no siempre ocurrió.

252 *Ibidem*, según el ex gobernador, muchos sudcalifornianos, sobre todo profesores, habían emigrado hacia entidades como Baja California, y comenzaron el retorno al conocer las obras que se hacían en el naciente estado y el nuevo trato del Gobierno federal hacia la región.

colocaban en otras poblaciones del interior a precios por arriba de los originales. Fue también por ese tiempo que se crearon instituciones académicas y de investigación que más tarde alcanzarían prestigio regional, nacional y aun en el extranjero, como el Centro de Investigaciones Biológicas (CIB), el Centro Interdisciplinario de Ciencias Marinas (Cicimar) y la Universidad Autónoma de Baja California Sur, las cuales tuvieron que recurrir a la contratación de personal procedente de fuera del estado para poder integrar sus plantillas de catedráticos y, así, aportar su cuota a la inmigración.

Esa época estuvo marcada por una bonancible actividad económica de la ciudad de La Paz, quizá la de mayor jauja en toda su historia. Los habitantes de la joven y bella capital estatal, desde “el más pobre, éramos ricos porque teníamos todo para estar a gusto y vivir felices”.²⁵³ Todavía para los primeros años de la década de los 70 las familias podían comprar mariscos y pescado fresco y barato vendido en sus propios domicilios por el pescador ribereño. Incluso la *caguama* o tortuga de mar era un platillo abundante y accesible para todos, y ni siquiera se pensaba que llegaría a estar prohibida y severamente penada su captura. Y si no se quería comprar el producto “teníamos el alimento en la bahía, ahí estaba, nada más el trabajo de sacarlo”.²⁵⁴ En los años previos a la conversión de territorio en estado federal, las familias de La Paz tenían por costumbre levantarse temprano y se dividían el quehacer del hogar. Era común que mientras unos iban al mercado público a comprar lo necesario para la comida del día, otros se quedaban cumpliendo distintas labores, entre ellas barrer el frente de la casa, regando con agua, en un ambiente perfumado por el olor de las *mosquetas* o las flores de *Palo de arco* y *Jacalosúchil*.

El auge del comercio de *fayuca* que le dio a la ciudad

253 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, entrevista, julio de 2001.

254 *Ibidem*

este período de bonanza se puede dividir en dos etapas. En la primera la compraventa de los artículos de importación que permitía el régimen de zona libre se hizo sin mucha malicia. Los intermediarios compraban los productos finos a bajos precios para revenderlos en las rancherías, en las mismas comunidades locales, lo cual les generaba importantes ganancias. Sin embargo, en cierta forma, las utilidades estaban justificadas por el beneficio para los habitantes. Se podían comprar prendas de vestir de buena calidad, introducidas sobre todo de Estados Unidos y Europa, y era el tiempo en que se pusieron de moda la crinolina, el *spray* y las *chanclas de pico de gallo*.²⁵⁵ Ya para entonces se hacían largas filas en las tiendas que batían sus propios récords de ventas, como el *Bebé de Cunninham*, *El Trébol* y *La Palma*, además de *La Perla de La Paz*, la más antigua de todas. Aunque había ocasiones en que se formaban, desde temprano hileras de clientes que reclamaban la apertura de los negocios para iniciar la venta, y que en algún momento llegaron a romper los cristales de alguno de ellos como resultado de la presión, el panorama todavía era tranquilo. Hay la anécdota de un negocio del ramo cuyo propietario lo dejó abierto la noche anterior, por un descuido, y al llegar al día siguiente descubrió que no le habían sustraído ni un centavo y que en sus anaqueles no hacía falta un alfiler. En la zona comercial se recuerdan establecimientos como la tienda de helados *La Flor de La Paz*, la sastrería de don Julián Pérez, la peluquería frente al Teatro Juárez, *La Paceñita*, *La Primavera*, *El Ancla*, la tintorería *La Americana* y, no podía faltar, la cantina de *El Tablita*, todo ello con el Mercado Madero al centro, en un pasaje que todavía cruza de Francisco I. Madero a Belisario Domínguez.

La etapa de lucro abierto, en cambio, empezó luego de que entró en operación el servicio de transbordadores y eso

255 Ibidem

facilitó el acceso de compradores desde el interior del país. Entonces aparecieron grandes tiendas con capitales de fuera, sobre todo de Tijuana, Baja California, aprovechando la llegada de *fayuqueros* que venían para comprar mercancía en grandes cantidades y la llevaban a revender a sus estados de origen. Al panorama comercial se integró *La Sirena*, el *Biutisuplay* (Beauty Supply), el *Tostón y Peso*, el *Mejar's*, que acaparaban las ventas, y mucho más tardíamente el *Dorian's*. “El corazón de La Paz (lo formaban) esos comercios”,²⁵⁶ y en torno de ellos era posible observar diariamente un auténtico enjambre de compradores que aprovechaban el auge del régimen de zona libre vigente en la región. Con ese panorama se encontraron aquellos sudcalifornianos que decidían regresar a la patria chica y los inmigrantes no nativos que habían caído en la trampa de *comer ciruelas del Mogote*²⁵⁷ y se estaban avvicinando.

Pero no sólo los oriundos que andaban fuera regresaron a la tierra de las ciruelas, los dátiles y las pitahayas a tratar de hacer fortuna sumándose a las corrientes de inmigrantes. Hubo líderes y agitadores políticos que en cuanto se restableció la vida municipal y, más tarde, se logró la conversión del territorio en estado federal, vieron a Baja California Sur como piratas a un tesoro. La antigua y mítica California se presentaba con una tierra en la que se podía venir a *hacer la América* sin mayores complicaciones, en un terreno virgen y tranquilo y, por si eso fuera poco, hermoso. El negocio que se pusiera, pegaba, no había falla. Igualmente, hubo personalidades de la localidad que vieron la excelente oportunidad de hacer dinero. “Yo

256 Ibidem

257 *Comer ciruelas del Mogote* es, en el anecdotario regional, una especie de ceremonia de iniciación para obtener la categoría de sudcaliforniano. Según la tradición, quienes han probado ese producto típico local, sobre todo el que se consigue de los árboles que se encuentran en la pequeña península que da forma a la ensenada de Los Aripes, quedan hechizados y jamás abandonarán estas tierras, volverán en alguna ocasión en caso de haberse ido o por lo menos, si están lejos, la llevarán en su corazón por el resto de sus vidas.

siento que a raíz de que hicieron estado aquí fue como se empezó el crecimiento (desordenado) de La Paz (y,) más bien, (eso) fue un botín para políticos, (para) las familias que estaban en el poder en ese tiempo. El idealismo con el que se empezó a buscar fue muy bueno, pero se ha logrado en parte, nada más. (Se) peleaba porque fueran gentes nativas las que lo gobernarán, pero resulta que son las que nos han saqueado”.²⁵⁸ Hubo también, desde luego, quienes vinieron a aportar su esfuerzo y a sumarse de buena fe a crear empresas o iniciar alguna actividad complementaria a los servicios que demandaba un centro urbano cada vez más dinámico y moderno en el que se venía transformando, poco a poco y en forma silenciosa, pero incontenible, la otrora *ciudad de los molinos*.

Los arroyos

El trazo casi exacto de la ciudad en cuadrículas comenzó, en un tiempo muy corto, a verse transformado en calles de líneas desordenadas que se extendían hacia el oriente y sur oriente. Se fueron abriendo nuevas colonias a las que se llegaba por calles que con mucha dificultad se asemejaban a las lineales que formaron el casco principal de la ciudad. Muchos recuerdan que éste llegaba, entre 1950 y 1960, hasta las avenidas Isabel La Católica, en el oriente, y 5 de Febrero,²⁵⁹ en el sur, pero pocos años más tarde hasta las calles Padre Kino y Jalisco, respectivamente, hacia los mismos puntos cardinales. Tales fronteras, sin embargo, pronto fueron rebasadas por la creciente presión de los nuevos vecindados. La creación de más asentamientos se dirigió, primordialmente, hacia el sur oriente de La Paz, rumbo al cerro Atravesado. Así fueron surgiendo

²⁵⁸ *Manuela Lizárraga Alcaraz*, entrevista, julio de 2001.

²⁵⁹ *José Alberto Nuño García*, entrevista, diciembre de 2000, profesor jubilado originario de Tlajomulco de Zúñiga, Jalisco. Llegó a La Paz en 1957.

las colonias Guelatao, Benito Juárez, Lázaro Cárdenas y Adolfo Ruiz Cortines, entre otras. “Unas nacieron en condiciones muy pobres, muy lamentables, pero había que darles los servicios indispensables, cuando menos (...) Donde quiera nos salía un *chipote*, una nueva colonia que había que atenderlas de todos modos, fueran de donde fueran sus pobladores, era la obligación de nosotros”.²⁶⁰ Otras más, como la Infonavit, la Indeco y la Del Periodista habrían de surgir al sur, más allá de las amplias zonas residenciales de la Guerrero y Los Olivos, que junto con la Prepa Morelos marcaban las más recientes mojoneras de la expansiva zona urbana. El problema fue que prácticamente todos los asentamientos nuevos surgidos en La Paz por la explosión demográfica de entonces donde habitaban “de quince a veinte mil personas”,²⁶¹ se fueron estableciendo sobre el cauce natural de arroyos como el Del Palo, sin que nadie pudiera controlarlo poniendo orden. Las autoridades respondían así, de forma improvisada, a una demanda urgente de los nuevos paceños, los líderes sociales atendían las peticiones de sus seguidores y los migrantes, sin imaginar el peligro, veían satisfecha su necesidad de tierra para fincar sus moradas.

Hay que decir, en este sentido, que la ciudad se encuentra asentada sobre lechos naturales de escurrimientos que descienden desde estribaciones de las sierras Las Canoas y La Pintada, las cuales forman parte de un conjunto conocido comúnmente como Las Cruces y de Cacachilas. En las faldas de Las Canoas se forma el arroyo Hondo, al que se le unen gran cantidad de afluentes que más adelante integran El Cajoncito. Circulando de sureste a noroeste, ese cauce va captando el agua de barrancas que se precipitan de elevaciones de hasta 600 metros sobre el nivel medio del mar. Su caudal es regulado actualmente, a una altitud

²⁶⁰ Félix Agramont Cota, último gobernador del Territorio Sur, entrevista, enero de 2001.

²⁶¹ Félix Alberto Ortega Romero, Op Cit, p. 220.

aproximada de 300 metros, por la presa de la Buena Mujer, la cual fue construida después de la tragedia relacionada con el ciclón Liza. Conforme avanza, el flujo va sumando otros como el arroyo de La Vinorama, pero sobre todo el de Cañada La Venada, que desciende de elevaciones de 800 y hasta mil metros, en este caso sin ninguna forma de regulación. Al abandonar las pendientes de la zona serrana, ya con todo su volumen, El Cajoncito atraviesa de oriente a poniente la parte sur del llano de La Laguna y cruzando lo que ahora es la colonia de granjas y hogares Manuel Márquez de León se enfila directamente hacia La Paz. Su corriente natural desemboca en el extremo noreste de la mancha urbana, donde se une con un arroyo más que surge en el llano de La Laguna. Si ambos siguieran su curso normal, unidos, se sumarían a otro que desciende del cerro de San Juan, en una corriente que cruzaría toda la sección de colonias alrededor de la que se conoce como Lomalinda y seguirían su rumbo franco por avenidas céntricas como la 5 de Mayo, pasando por el Cuartel Militar y áreas densamente pobladas. Sin embargo, el caudal principal de El Cajoncito es desviado por un bordo de contención construido entre el cerro de San Juan, al norte, y otro pequeño, conocido como La Vaquilla. Un segundo tramo va de la Vaquilla al cerro Atravesado, al sur, para cubrir así toda la parte este de la mancha urbana y canalizar las aguas hacia el arroyo El Piojillo, más al sur, el cual desfoga hacia la zona que se conoce como Agua Escondida y el vado de la colonia 8 de Octubre. En el tramo entre el cerro de La Vaquilla y el cerro Atravesado fue, precisamente, donde ocurrió la ruptura del muro de contención, la noche del 30 de septiembre de 1976, lo que ocasionó la tragedia que más adelante se detalla. El bordo fue levantado sólo con arena y piedra, sin cimentación y sin vertedor de excedentes, lo que motivó que ante el enorme volumen de agua que dejaron las lluvias del ciclón Liza funcionara como simple represo y, lógicamente, se rompiera aparentemente por su parte más frágil. Además,

el auge que registró la construcción de casas en el área bordo abajo dio pie para que las nuevas familias sustrajeran materiales, roca y arena, para utilizarlos en la edificación de sus propios hogares, en una “operación hormiga (que) noche tras noche”²⁶² lo fue debilitando. Sería después del desastre que las autoridades aprobaron un proyecto en el cual sí se incluyó el desfogue de las aguas acumuladas, con un canal de llamada que lleva la corriente, cruzando entre colonias densamente pobladas, hasta el extremo suroeste de la ciudad, en el área de Fidepaz, donde se une a las aguas de El Piojillo, también canalizadas. Ahí desembocan hacia el mar, después de haber cruzado las tres carreteras que unen a La Paz con el sur y el norte del estado, cuyo tránsito se interrumpe cuando llueve demasiado y crecen los escurrimientos. Es necesario aclarar que lo descrito del arroyo El Cajoncito se refiere a su cauce natural, tal cual se encontraba hasta 1976. También lo referente al muro, pues de éste apenas quedan rastros que hacen difícil precisar siquiera su trazo original. Después del desastre asociado con el ciclón Liza se construyeron dos largos muros que desvían sus corrientes hacia el cauce de El Piojillo, después de que terminan de descender de la parte serrana. Esos nuevos bordos parecen haber aminorado la vulnerabilidad de la principal mancha urbana de la ciudad, sobre todo porque se afirma que el conjunto de obras de protección fue proyectado con un *tiempo de retorno*²⁶³ de diez mil años y un volumen de desfogue de dos mil 300 metros cúbicos por segundo. Con todo, el riesgo sigue latente por las características del asentamiento de la ciudad, y cada que llueve se hace evidente por la gran cantidad de agua que baja por los arroyos y la falta de drenaje pluvial. También

262 Ángel César Mendoza Arámburo, entrevista, mayo de 1995.

263 El tiempo de retorno se refiere a la estimación, en años, del nivel de precipitaciones y escurrimientos, de tal manera que con las cifras disponibles se hacen cálculos sobre los volúmenes previsible y, a partir de ahí, se define la consistencia de las obras. Los datos fueron aportados por la Gerencia estatal de la Comisión Nacional del Agua.

hay que decir que en los años recientes el crecimiento urbano se ha orientado hacia el sur y se han permitido nuevos asentamientos humanos en zonas que las propias autoridades normativas reconocen como de riesgo. Estos casos son igualmente preocupantes porque se desconoce el rumbo que podrían tomar los escurrimientos, no existen obras de canalización y son unidades habitacionales nuevas en las cuales no ha habido experiencias de desbordamientos o inundaciones, porque se han construido en la última década. Además, en estos casos el trecho de desfogue de los arroyos es mucho mayor y proceden de cuencas más extensas, lo que los hace todavía más peligrosos. Ya ni siquiera cabe mencionar que los nuevos módulos de vivienda han terminado por romper totalmente con el orden previsto para La Paz por los agrimensores Denton y Savín, como ha quedado mencionado, y a estas alturas ya tampoco cabe imaginar qué harían si vivieran y observaran los nuevos trazos de la ciudad.

Con tales elevaciones en algunos de sus picos, las montañas que forman la cuenca de El Cajoncito atraen volúmenes de agua inmensos, los cuales escurren menos de 50 kilómetros para llegar al mar, desembocando en varios cauces que se forman en una ciudad que, paradójicamente, carece de drenaje pluvial. Los dos arroyos principales que la cruzan son El Cajoncito y el Del Palo, el primero en la parte central de la zona urbana y el segundo más al sur. De hecho, el segundo se considera un brazo del primero, y por él escurren las *demásías* de aquel. Sin embargo, los dos se convierten, a su vez, en varios ramales que forman una especie de delta en lo que es la parte principal de La Paz. En los hechos, la historia de las relaciones entre La Paz y los escurrimientos que la cruzan tiene antecedentes que se remontan a la fundación misma de la ciudad, mucho tiempo después del abandono de que fue objeto por los jesuitas. La beneficiaria de la cesión de las tierras en que se fundó el puerteo, doña Brígida, viuda del cabo José Espinoza, a

quien se había otorgado el permiso para colonizar el área, cedió una parte del terreno a José Antonio Altamirano, quien muy pronto se convertiría en productor y comerciante, incluso propietario de una pequeña balandra en la que enviaba al macizo continental sus mercancías. Las tierras de la “Tía Brígida” y de Altamirano quedaron asentadas en dos mesas, una al norte y otra al sur, “dejando de por medio el arroyo”²⁶⁴ que las separaba. Ya entrado el Siglo XX, los habitantes de antaño recuerdan cinco canales²⁶⁵ principales: el central, conocido como *Arroyo de la 16*, por estar ubicado en lo que ahora es la avenida 16 de Septiembre y otras calles paralelas que le sirven de lecho cada que llueve, y que en la actualidad sólo lleva el agua que baja de la parte sur del cerro de San Juan. A éste se le considera el más peligroso desde el punto de vista de la cantidad de personas que habitan su área de influencia, y porque su cauce no sólo va de oriente a poniente, sino que, en algunos casos, como, por ejemplo, en Valentín Gómez Farías y Guillermo Prieto, desciende franco en sentido transversal, primero de norte a sur y luego de sur a norte, debido a la trayectoria que ahí le dan las elevaciones del terreno, para volver a tomar su camino al mar. En su último tramo pasa precisamente por la zona comercial céntrica, convertido en un auténtico río, hasta desembocar en la explanada del malecón, donde generalmente colapsa los frágiles conductos del drenaje sanitario de la ciudad. El siguiente ramal, más al sur, es el arroyo de *Don Zacarías*, que escurre más o menos siguiendo la línea de la calle Antonio Rosales,²⁶⁶ pero que también incluye tramos de las avenidas Nicolás Bravo e Ignacio Allende, y que desemboca en la ensenada, en la esquina con el paseo costero Álvaro Obregón. Otro caudal

264 *Eligio Moisés Coronado*, Op Cit, p. 63.

265 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001.

266 *Ibidem*, se le daba ese nombre porque en el área vivía un señor de nombre Zacarías Mendoza, a la altura de Antonio Rosales y Avenida Revolución.

importante se ubica a la altura de la avenida 5 de Febrero, se le conocía como *Arroyo Del Romerillal* e incluía parte del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, donde abundaban los arbustos que le dieron su nombre. “Más *allacito*”,²⁶⁷ por lo que es la zona de confluencia de las avenidas Jalisco y Abasolo, se ubica el *Arroyo Del Palo*, otro de los más peligrosos por la amplitud de su influencia. El más alejado es el *Arroyo de Las Chivas*, cuya creciente causó el desastre de la empresa Inalapa cuando el ciclón de 1959, el cual se localiza en la confluencia de las avenidas Constituyentes de 1975 (carretera al norte) y Luis Donaldo Colosio. Hay otros arroyos menores que se forman entre los mencionados, pero seguramente son brazos de los mismos en la red de escurrimientos que hay en la ciudad. Mención aparte merece otro cauce, el cual pareciera no representar mayores riesgos por no provenir de la cuenca de El Cajoncito, pero que por el asentamiento de más y más viviendas en el área que cruza puede causar una tragedia. Se trata del que se origina en los cerros que rodean las colonias Agustín Olachea y Antonio Navarro Rubio, en la zona que se conoce como Ciudad del Cielo, y que incluye un importante sector del norte del área urbana, incluso el panteón de Los Sanjuanés. Desemboca en el mar al lado del parque El Molinito, y aunque en su parte final le fue construido un canal de desfogue, no deja de representar riesgos para esa porción densamente poblada. Por la salida de La Paz hacia el norte de la península, donde a finales del Siglo XX se ha permitido también el asentamiento de nuevas colonias, están arroyos que tienen fama de ser bastante violentos porque descienden de sierras más grandes y cuencas mayores a las que bañan la parte más poblada de la ciudad. El más visible de los cauces es El Piojillo, que actualmente se encuentra canalizado y se une con el encauzamiento de El Cajoncito a un costado

267 Ibidem

de Fidepaz. Estos dos escurrimientos se unen en un gran vado que los lleva, en su ruta final, al mar, en una zona de esteros y manglares. La carretera que va al aeropuerto internacional y a las poblaciones suburbanas de Chametla y El Centenario, rumbo a Ciudad Constitución, bordeando la ensenada de Los Aripes, es cruzada por una serie de arroyos probablemente más peligrosos por descender de áreas serranas más amplias y desarrollar un recorrido más largo, desde montañas ubicadas rumbo al sur del estado. Antecedentes de la vulnerabilidad de ese sector, hacia el cual, por desgracia, se está permitiendo el asentamiento de hogares, comercios e instalaciones públicas, han sido ya resentidos por los propios habitantes, sin que aparentemente se tengan en cuenta como experiencias de vulnerabilidad para prevenir futuras situaciones de riesgo.

Volviendo al tema de la zona urbana de La Paz, cabe mencionar que, como es lógico, los cauces originales de los antiguos arroyos no siguen las líneas exactas del trazo actual de las calles. Incluso, ya para 1976, pero sobre todo al final del Siglo XX, sus cursos son mucho menos identificables por la pavimentación de las avenidas, aunque no así el riesgo potencial que siguen representando. Un elemento más por aclarar, en ese sentido, es que las trayectorias originales *se pierden* o se confunden, merced al desordenado crecimiento de la ciudad, a la destrucción del entorno por la construcción de nuevas unidades habitacionales e instalaciones y al mismo relieve de la mancha urbana. En general, los arroyos siguen, ya en la ciudad, una trayectoria noreste-suroeste, de tal manera que su desplazamiento puede afectar varias calles al mismo tiempo, por el corte que tienen. Está por demás destacar la peligrosidad que representa para la región en que se asienta La Paz el que cauces de tan corta longitud deban desfogar desde elevaciones como las mencionadas, pues se trata de un relieve de plano extremadamente pronunciado.

La expansión urbana de la ciudad se estaba dando en forma anárquica, debido a la presión que ejercía en la demanda de tierras la creciente inmigración. En pleno auge del sexenio de Luis Echeverría Álvarez, manifiesta su voluntad de erigir a Baja California Sur en el estado benjamín de la República y visto el apoyo que en subsidios otorgaba a la entidad, el todavía Gobierno territorial buscó en la gestión de recursos federales la sustitución de su incapacidad para atender los reclamos de la sociedad para disponer de reservas territoriales, servicios y, al mismo tiempo, seguridad sobre el patrimonio que los nuevos vecinos iban adquiriendo. Así fue que se planteó al Gobierno de la República la necesidad de construir, en el extremo oriente de la ciudad, zona de entrada de los arroyos, un bordo de contención de las aguas broncas de El Cajoncito, como una aparente forma de brindar seguridad a los vecinos. El gobernador Félix Agramont Cota presentó un proyecto ante la Federación y obtuvo una respuesta positiva. El secretario de la Presidencia era Hugo Cervantes del Río, quien, de hecho, le había entregado la estafeta como penúltimo mandamás del territorio y conocía los problemas que afectaban a la región, así que no fue difícil conseguir la aprobación. Se analizaron tres propuestas de costos para construir la obra, tomando en cuenta que para edificarla “había que cubrir (una) distancia de casi tres kilómetros”²⁶⁸ entre los cerros Atravesado y San Juan y el costo sería elevado. Se pensó en invertir “diez o quince millones para una (de las propuestas), veinte o veinticinco para la (segunda) y otra digamos que sería sobre los cuarenta millones”.²⁶⁹ Es obvio deducir por cuál se inclinó el Gobierno federal: la que significara un menor gasto. De tal manera que el pretendido bordo de contención resultó “una cosa muy modesta (en la cual) se utilizó material tal vez dentro de lo que se puede llamar normal, pero de ninguna manera

268 *Félix Agramont Cota*, último gobernador del Territorio, entrevista, enero de 2001.

269 *Ibidem*

con las condiciones de resistencia (contra la) fuerza y todo eso que lleva el aspecto hidráulico”.²⁷⁰ De hecho, el muro “fue muy modesto porque no daba para más el presupuesto (...) Sí tenía cimentación, pero no lo suficiente para resistir (la) enorme carga, esta enorme fuerza de la naturaleza con respecto de la cantidad de agua que venía”²⁷¹ por la lluvia.

De cualquier manera, en tanto se levantaba el dique, bajo el argumento principal de que serviría para la recarga de los mantos acuíferos y protección de los asentamientos ante las avenidas fuertes, arroyo abajo las casas de los inmigrados se siguieron construyendo, ya con la seguridad de que toda la ciudad estaba protegida por la obra. Así convivían con los azorados paceños sus nuevos vecinos y más y más que se seguían incorporando en forma continua, en un proceso que significaba una avalancha de personas con nuevas costumbres y tradiciones, bastante ajenas a las que permitieron a los californios antiguos y a los más recientes relacionarse con su entorno, con su espacio geográfico. Era una comunidad cultural en la que los lugareños se sentían desplazados e invadidos por una rauda de “infelices apretujados en las inmediaciones del arroyo”.²⁷² La situación tenía los ingredientes de una pugna subconsciente y a veces manifiesta en agresiones directas entre los nativos y quienes llegaban a invadir los espacios locales, en las más diversas actividades. De hecho, “por los residentes de aquí siempre ha habido y va a seguir habiendo un dejo despectivo”²⁷³ hacia quienes arribaban en ese entonces y siguieron viniendo después, procedentes de otras entidades del país. Sobre todo, existía cierta envidia cuando se veía que los

270 *Ibidem*

271 *Ibidem*

272 *Félix Alberto Ortega Romero*, Op Cit, p. 222. En su libro, dedica todo un capítulo, el XXXIII, a narrar lo ocurrido, desde las advertencias que se hicieron sobre los riesgos del desastre por la construcción del “bordo de contención”, aunque tiene connotación política. Ortega Romero falleció el 6 de abril de 1989.

273 *Félix Agramont Cota*, último gobernador del Territorio Sur, entrevista, enero de 2001.

fuereños lograban éxito en los negocios, oficios o profesiones disponibles porque había la idea de que “Baja California Sur debería ser para los bajacalifornianos y nada más”.²⁷⁴ Algunos prejuicios establecían que los nativos “somos medio güevones o güevones y medios (porque) no tenemos, nos falta, un poco de iniciativa para emprender nuestros trabajos”.²⁷⁵ O bien que “una gran mayoría son muy reflojos, (...) flojos, atenedos y *pidigüichis*...”²⁷⁶ Pero por encima de las polémicas sustentadas en prejuicios de orígenes, culturas y actitudes, de un lado y de otro, la realidad que prevalece es que los habitantes de Baja California Sur “no somos un pueblo en busca de identidad porque admitimos la diversidad y esto es sólo posible desde la fortaleza que proporciona el conocimiento de las propias raíces. Fruto de minúsculas colonizaciones paulatinas, que han configurado un mestizaje más profundo que el que se dio en el resto de México, la población de la Antigua California incorporó la variedad y riqueza al mortero genético en que se mezclaron novohispanos, españoles, yaquis, árabes, franceses, catalanes filipinos, ingleses, judíos, mayos, estadounidenses, mixtecos, japoneses, vascos, irlandeses y los escasos restos de sangre pericú, guaycura y cochimí originaria”.²⁷⁷

El ciclón

Las señales

Cuando los cangrejos comenzaron a llegar a la casa de don Alfredo Carballo Cota, en el sopor huracanado del mediodía, lo asaltó una premonición. Era raro que esos animales costeros llegaran hasta su zaguán, dos cuadras arriba de la playa. Entonces recordó “las creencias de

274 Ibidem

275 Ibidem

276 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001. El término *pidigüichis* es sinónimo de pedigüenos.

277 *Juan Melgar Sánchez*, **La sudcalifornidad: modo o mito**. Ensayo personal. Sin fecha.

las gentes antiguas”²⁷⁸ que en la superstición popular atribuyen a su presencia, afuera, lejos del mar, pronósticos catastróficos. “Va a suceder algo... Va a haber una cosa meteorológica espantosa”,²⁷⁹ le dijo a los trabajadores del periódico, con quienes descansaba en la acera de la calle Mariano Abasolo, entonces carretera de salida de La Paz hacia Tijuana, Baja California. Tres días después, la noche del 30 de septiembre de 1976, su vaticinio primario le daría la razón.²⁸⁰

Las efemérides registraban, para ese día, la conmemoración de otro aniversario del natalicio del generalísimo José María Morelos y Pavón. En la escuela secundaria que lleva su nombre, una de las de mayor tradición en La Paz, se había organizado un acto cívico en su honor, con discursos y todo. Pero las autoridades del plantel tuvieron que cancelarlo porque los vientos y la lluvia eran cada vez más fuertes. Como sucede cada que se aproxima un *chubasco* a La Paz, en otras instituciones educativas y en algunas oficinas públicas y empresas privadas ocurrió lo mismo: se suspendieron labores y alumnos, maestros, operarios y empleados fueron regresados a sus hogares. En los hechos, siempre ha ocurrido así cuando se acerca un huracán: las familias se refugian en sus casas, pero antes acuden masivamente a las tiendas de la ciudad a comprar artículos propios de esas circunstancias: baterías, lámparas

278 *Alfredo Carballo Cota*, profesor y periodista, director de la Revista *Palestra* y del periódico *Avante*, entrevista, octubre de 2000. Según la tradición, los animales como el cangrejo de mar *presienten* fuertes avenidas y suben tierra adentro para protegerse del riesgo de ser arrastrados y destruidos.

279 *Ibidem*

280 *Félix Ortega Romero*, personaje conocedor de las costumbres, *Op Cit*, p. 196. Respecto de otras *señales que anuncian* la llegada de un temporal, menciona, por ejemplo, la apresurada búsqueda de refugio en tierra firme por parte de las tijeretas, aves que usualmente anidan en las islas. “Indefensas en las tormentas, cuando estas se aproximan se retiran en grandes bandadas rumbo a los crestones de las sierras más altas”, Otros “animalitos” que presienten este género de peligros son las hormigas, que “cambian de domicilio llevándose toditos sus bastimentos”.

de mano, combustible, agua, alimentos enlatados y otros menesteres.

Esta vez sucedía algo parecido. Los habitantes de la capital del recién erigido estado de Baja California Sur acudieron a sus actividades cotidianas con normalidad, si acaso con la consabida preocupación porque se acercaba un temporal y con los contratiempos que causaba una ligera llovizna que empezó a *chispitar* a eso del mediodía.²⁸¹ Pasaba lo que en la práctica es común cuando se sabe de la presencia cercana de una tormenta: muchos de los habitantes suelen expresar que el fenómeno no llegará, porque efectivamente, así ha ocurrido en otras ocasiones en que los ciclones se desvían por el golfo de California hacia el macizo continental o se pasan de largo por el Pacífico, en mar abierto, y a veces ni siquiera dejan lluvias, aun cuando se trate de fenómenos de gran intensidad. Lo que sí es cierto es que el año de 1976 fue particularmente lluvioso y, como consecuencia, la tierra se encontraba saturada y reblandecida. Tan es así que la primera semana de ese mismo mes de septiembre, la tormenta tropical *Kathleen* había afectado las cosas de la entidad y tocó tierra entre Punta Abreojos y Bahía Tortugas,²⁸² en el Pacífico norte. Debido a su influencia, “todo el estado de Baja California Sur, se vio afectado (...) con abundancia de lluvias”,²⁸³ aunque

281 Al respecto existen versiones encontradas. Hay quienes afirman que el día amaneció nublado y lluvioso y que las precipitaciones llevaban varios días. Otros testimonios refieren que el día pintaba para ser soleado. En general, se coincide en que la lluvia comenzó a eso del mediodía y arreció con la entrada de la tarde. También hay coincidencias en el sentido de que el año de 1976 fue muy lluvioso. Hay que recordar, además, que el último de los huracanes importantes azotó la región en 1959, es decir, que llevaba 17 años sin que se registraran precipitaciones fuertes.

282 Reporte del Estado Mayor de la III Zona Militar, número 10578, firmado por el comandante, general Antonio Riviello Bazán, en el que se rinde un informe sobre la aplicación del Plan de Emergencia DNIII-E del Ejército, durante el año de 1976. Archivo de la III Zona Militar.

283 *Ibidem*, según el documento, los perjuicios asociados con esa tormenta incluyeron 150 casas destruidas y 50 afectadas parcialmente, además de daños en el sector pesquero. La carretera transpeninsular tuvo diversas interrupciones, sobre todo en tramos entre Ciudad Constitución e Insurgentes, en el municipio de Comondú, y Santa Rosalía y San Ignacio, en el de Mulegé.

no se reportaron víctimas. Hay quienes recuerdan que “como quince días antes (del ciclón Liza) estuvo lloviendo casi a diario”.²⁸⁴ La campaña sudcaliforniana, tal cual suele verse en situaciones parecidas, estaba reverdecida y seguramente los productores locales esperaban mayores rendimientos de sus actividades. Otra de las causas por las que la población tomó con cierto desdén la presencia del ciclón Liza es que los avisos meteorológicos difundidos por las autoridades, a través de la radio, subrayaban que el ciclón *pegaría* en La Paz durante la madrugada del día uno de octubre,²⁸⁵ es decir, al día siguiente. De tal manera que los profesores habían acudido a impartir sus clases, los funcionarios públicos a cumplir con sus labores y los empleados de los comercios a laborar, con la esperanza de regresar temprano a casa y protegerse con la familia ante la amenaza del *chubasco*.

El fenómeno había comenzado a formarse el 25 de septiembre. El primer registro del Servicio Meteorológico Nacional, como autoridad competente en el ramo, lo detectó a las 17:00 horas de ese día en 12.5° de latitud Norte y 106.0 de longitud Oeste, como una depresión tropical y con una velocidad de desplazamiento de diez kilómetros por hora.²⁸⁶ Un día después, conforme con la misma fuente, el meteoro evolucionó a tormenta, y aunque mantuvo su velocidad de desplazamiento, incrementó la intensidad de sus

284 Luis Barbosa Correa, propietario de una imprenta en la colonia Juárez, entrevista. Una de las colonias más afectadas por la inundación. Originario de Michoacán, residente varios años en Tijuana, Baja California, don Luis sobrevivió a la tragedia apretujado son su familia y vecinos en su taller.

285 Adalberto Castro Domínguez, entrevista, oriundo de La Paz, de 42 años de edad, era estudiante de bachillerato en la fecha del desastre. Según su testimonio y el de otros entrevistados, se anunció que el ciclón *pegaría* durante la madrugada del día 1 de octubre.

286 Secretaría de Programación y Presupuesto, Coordinación General del Sistema Nacional de Información. *Atlas de Huracanes*. Registro correspondiente al ciclón Liza. La hora que se refiere en la primera detección del fenómeno corresponde a la del Meridiano de Greenwich, por lo que deben sumarse siete horas al Tiempo que corresponde a esta parte de la península.

vientos. Siguiendo estos mismos registros, se estima que el momento en que el huracán Liza estuvo más cerca de la península fue a las 17:00 horas del 30 de septiembre (por la resta que se tiene que hacer sobre el horario del Meridiano de Greenwich), próximo a Punta Arena, en 23.8° de latitud Norte y 109.3° de longitud Oeste.²⁸⁷ En el ámbito local los reportes oficiales lo registran el 27 de septiembre. Al mediodía se le ubicó en 16.6° de latitud Norte y 107.9° de longitud Oeste, aproximadamente a unos 485 kilómetros de Isla Socorro, en el océano Pacífico, desplazándose hacia el noreste “a una velocidad de 145 kilómetros por hora”,²⁸⁸ lo que evidentemente refleja una confusión, pues, como se ha visto, es muy distinta la velocidad de desplazamiento de la que tienen los vientos y rachas que forman el *ojo* de la tormenta. Esta ubicación geográfica se localiza bastante al oeste de la región matriz del golfo de Tehuantepec, lo cual coincide con el hecho de que al finalizar la temporada el surgimiento de tormentas se desplaza mar adentro, debido a las condiciones meteorológicas que provoca el calentamiento de una zona más amplia de la superficie del mar. Además, seguramente por las condiciones favorables que encontró en esa área, la depresión evolucionó con cierta rapidez, al grado de que desde los siguientes reportes ya se le atribuye la categoría de tormenta tropical, con vientos y

287 Ibidem. Cabe aclarar que estos registros no van más allá y ni siquiera refieren mayormente a la península, pues, en realidad, el ciclón sólo pasó cerca, sobre el golfo de California, pero su *ojo* nunca tocó costas peninsulares.

288 Reporte 10578 del Estado Mayor de la III Zona Militar sobre la aplicación del Plan DNIII-E. Archivo de la III Zona Militar. Legajo 1. Aquí cabe subrayar la confusión que suele ocurrir y a la cual ya se hizo referencia en páginas anteriores en torno a las velocidades que caracterizan a un ciclón. En este caso, el reporte le asigna un desplazamiento de 145 kilómetros por hora, lo cual no puede ser, pues es difícil, por no decir imposible, que una tormenta alcance un recorrido de tal proporción, sobre todo si tomamos en cuenta que sus vientos y rachas apenas marcaban los 85 kilómetros por hora. El error se repite en el reporte 1640, del 27 de septiembre, citado en la memoria sobre la actuación de las fuerzas armadas enviada con el oficio 10499 de la misma Comandancia militar a la superioridad.

rachas de 85 kilómetros por hora. Para este momento ya se recomendaba tomar “todo tipo de precauciones para la navegación contra fuertes lluvias, marejadas y turbonadas”, sobre todo en la región suroeste de la Isla Socorro.²⁸⁹

Las condiciones imperantes en la zona hicieron que el desenvolvimiento de la tormenta fuera mayor, de tal manera que para las 7:00 horas del nuevo día, el 28, su centro ya se encontraba 350 kilómetros al sureste del mismo punto de referencia, la Isla Socorro, es decir que en 19 horas el meteoro había recorrido más de 130 kilómetros desde su punto inicial. Sin embargo, para las 1:00 horas del día 29, aunque ya se había convertido en huracán y presentaba vientos y rachas de entre 140 y 165 kilómetros por hora, Liza apenas había recorrido unos 50 kilómetros, pues los reportes lo ubicaban a 300 kilómetros al este de Isla Socorro, en 18.9° de latitud Norte y 108.0° de longitud Oeste. A estas alturas ya se tomaba también como punto de referencia a Manzanillo, Colima, puerto del cual el ciclón se encontraba a 400 kilómetros de distancia. Conviene aquí insistir en el comportamiento que puede tener un fenómeno meteorológico, según las condiciones que vaya encontrando a su paso. Si bien Liza tuvo circunstancias favorables para avanzar rápidamente el primer día, para el segundo no recorrió ni la mitad de la distancia del anterior. A pesar de todo, las mismas condiciones meteorológicas le hicieron mantener invariable su trayectoria hacia el norte, apenas con algunas variaciones mínimas.

No ocurrió lo mismo al día siguiente, cuando encontró mejores posibilidades para avanzar con rapidez. De ubicarse frente al estado de Colima el 29, para el día siguiente, el 30, a las 11:00 horas, Liza fue reportado “en latitud 23.3 N. y longitud

289 *III Zona Militar*, archivo, Legajo 1. Si se toma en cuenta el aspecto geográfico, la región Suroeste de la Isla Socorro, que pertenece al estado de Colima, se encuentra bastante retirada de las costas de Baja California Sur. Más adelante veremos cómo la tormenta fue tomando una trayectoria franca al norte, hacia la península.

109.4 W.”²⁹⁰ ya como referencia franca 110 kilómetros al sur de San José del Cabo, con un desplazamiento de 9 kilómetros por hora hacia el norte y con vientos de 187 y rachas hasta de 215 kilómetros por hora, es decir, metido ya en la tercera categoría de la escala de intensidad de ciclones que ya hemos mencionado, lo cual aumentaba su peligrosidad. El fenómeno ya había entrado en una franja de riesgos para los asentamientos humanos de la península, es decir, a menos de 250 kilómetros de distancia respecto de la costa. Uno de los reportes del día 30 ubicó al centro del ciclón “en latitud 22.7 N. y longitud 109.4 N.”²⁹¹ a 50 kilómetros al sureste de San José del Cabo, con vientos y rachas de entre 205 y 245 kilómetros por hora. Esto es, todavía en la tercera categoría de intensidad, pero en los niveles más altos y ya aproximándose a la clasificación 4 de la escala Saffir-Simpson. Entrada la tarde, estaba “cruzando el extremo sur de la Península de Baja California pasando con su centro aproximadamente a 80 kilómetros al Este de la ciudad de La Paz, BCS, siguiendo su camino en dirección al Norte hacia Topolobampo y Altamira”²⁹² en el estado de Sinaloa. Ese mismo rumbo siguió durante la madrugada del día posterior y su nubosidad terminó disipándose en la zona fronteriza con Estados Unidos, en el norte del estado de Chihuahua, debilitada enormemente por las estribaciones de la Sierra Madre Occidental. Uno de los más fuertes huracanes que han afectado Baja California Sur,²⁹³ la trayectoria seguida

290 *Estado Mayor de la III Zona Militar*, reporte 10578, Archivo de la III Zona Militar. Legajo 1.

291 *Ibidem*. Si apreciamos bien los datos, estos muestran confusión con el reporte citado antes. Por ejemplo, el primero atribuye una posición más avanzada del ciclón, al Norte, frente al segundo, lo cual resulta improbable, a menos que haya retrocedido, y no fue así. Y aunque la localización longitudinal es ciertamente similar, debido a que el huracán avanzaba franco al Norte, directo hacia el extremo peninsular, la “N”, de Norte (North) no corresponde al mismo, pues debe ser “W”, es decir, Oeste (West).

292 *III Zona Militar*, reporte, Op Cit.

293 *Sandra Robles Gil*, Op Cit, Anexo 29. pp. 213-216. El Liza es el número 5 entre los ciclones que mayor precipitación dejaron al estado entre 1920 y finalizado el Siglo XX.

por Liza lo llevaría a afectar el extremo sur de la península, a eso del mediodía del 30 de septiembre. A las 20:00 horas, su centro se ubicaba “110 kilómetros al Este de la ciudad de La Paz”.²⁹⁴ La fuerza de sus vientos y la lluvia azotaron las sierras, provocando un volumen “del orden de los 425 milímetros en un día”,²⁹⁵ en la región próxima a la capital. Sus efectos habían dejado las huellas del desastre en una veintena de pequeñas comunidades asentadas hacia la costa del golfo de California, que actualmente pertenecen a los municipios de La Paz y Los Cabos. Para algunos, la relacionada con el ciclón Liza ha sido “quizás la desgracia más grande sufrida en México por un fenómeno meteorológico”,²⁹⁶ comparable con los desastres en Colima y Jalisco, en la década de los 50, y el huracán asociado con Gilberto que en 1988 causó graves daños en el Caribe mexicano.

La lluvia

La Paz siempre fue una zona en la que “era muy lloverdor”.²⁹⁷ Muchos aún recuerdan que la primera lluvia fuerte del verano se presentaba ocasionalmente el 24 de junio, el mero día de San Juan. A veces no era así, pero casi nunca fallaba que cayera un gran aguacero el 15 de julio, día de los Enriques, que a veces se repetía o prolongaba al siguiente, el de las Carmelitas. “Eran aguaceros seguros”,²⁹⁸ tanto, que la gente se preparaba con galletas marineras o gorditas de manteca de res y preparaba café de grano para

294 *Estado Mayor de la III Zona Militar*, reporte del 0700, sobre la aplicación del Plan DN III-E. Archivo “Liza” 1976. La Paz, BCS. Otros reportes varían la ubicación del ojo del huracán y lo localizan a 80 kilómetros de la ciudad, seguramente en la zona límite de la bahía de La Paz con el golfo de California.

295 *Emigdio Z. Flores*. Op Cit, p. 239. Hay que recordar que el promedio anual de precipitación en La Paz es de alrededor de 200 milímetros.

296 *Ibidem*

297 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, entrevista, julio de 2001.

298 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, **La Paz que se perdió**, documento entregado personalmente por la autora.

disfrutarlos en familia mientras todos observaban la lluvia caer. Era común que las abuelas recomendaran descolgar la ropa de los tendederos y meter la leña bajo los pretiles de las hornillas, para que no se mojara. Esas precauciones domésticas tenían que hacerse muy temprano, “para no espantar la lluvia”.²⁹⁹ Otra señal que la anunciaba era el incesante canto de las “chicharras”, unos insectos que *se pegan* a los varejones y se ponen a cantar como desesperados hasta que mueren. Parece que actualmente el régimen de lluvias en La Paz y en el estado ha cambiado: “eran otros tiempos (en los que) llovía tanto, (pues) ahora ya ni las chicharras cantan llamando a la lluvia”.³⁰⁰

Los viejos tenían una enorme capacidad de premonición y sentido para augurar las precipitaciones, lo cual era respetuosamente reconocido por los más jóvenes, de tal forma que en cuanto se veía a don Mariano subirse a los molinos de viento, con su costal de yute a modo de capa,³⁰¹ todos se preparaban para salir a *correr el chubasco*.³⁰² Hay que recordar que antes de la inmigración en La Paz había muchos molinos de viento y huertas. Personajes como don Mariano subían a ellos para retirarles las aspas que movían los mecanismos para extraer el agua, pues con los fuertes vientos era seguro que se romperán, se descompusieran u ocasionaran algún percance. Todos sabían que cuando eso pasaba era señal inequívoca de que la tormenta llegaría y había que prepararse para disfrutarla tal cual: como un hecho fuera de lo cotidiano. A los huracanes, pues, se les miraba “con respeto, pero no con temores (porque) la gente estaba acostumbrada a vivir *chubascos*, a vivir ciclones”.³⁰³

299 Manuela Lizárraga Alcaraz, entrevista, julio de 2001.

300 Ibidem

301 Francisca Villegas Agramont, entrevista, junio de 2001.

302 Ibidem. *Correr el chubasco* es costumbre arraigada en los sudcalifornianos. Consiste en *seguir* el rumbo que lleva la lluvia, incluso meterse a los arroyos, desafiando aun su corriente y los vientos, por el regocijo que causa su llegada a un lugar de escasa precipitación.

303 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, entrevista, julio de 2001.

Cada que se aproximaba la temporada de lluvias del verano, era común ver las casas de tejamanil cruzadas con mecates amarrados, de lado a lado, en gruesos troncos de mezquite, ancladas con todo y paredes para que no se las llevara el viento. “Todo mundo hacía eso aquí. Era una costumbre que se perdió (...) hasta que nos empezamos a invadir de gente de fuera”.³⁰⁴ De hecho, “La Paz ha sufrido muchas tempestades ciclónicas de mayor magnitud a la del 30 de septiembre (de 1976, las cuales) han ocasionado muertes y destrucciones. Muertes por las aguas y destrucciones por los vientos, (pero) muertes mínimas de pobladores inmediatos a los cauces, y destrucciones por los vientos en toda la ciudad sin pérdidas de vidas. (La) razón (de que sus daños hayan sido mucho menores, ha sido el) negarse la habitación dentro de los cauces”³⁰⁵ de los arroyos.

Quizá por eso, aun con la lluvia del ciclón Liza encima, los paceños de antaño y aquellos que más recientemente habían llegado a la región supusieron que la situación no pasaría a mayores, que ocurriría como en otras tantas ocasiones en que los huracanes se pasaban de largo y no llegaban. Que sólo dejarían, si acaso, fuertes lluvias y estas, lejos de perjudicar, harían felices a los rancheros porque habría mucho queso fresco con el cual acompañar los desayunos con machaca, frijoles refritos y café de calceñín. Por lo que se refiere a los recién llegados, a quienes formaban las corrientes de inmigrantes que se iban asentando en las colonias sin servicios e irregulares, para la mayoría no tenía significación la amenaza de un huracán. Venidos en su gran mayoría de regiones en las que muy poco ocurren los embates de un ciclón tropical, los nuevos vecinos sólo optaron por encerrarse adentro de sus casas a esperar que pasaran las lluvias y amainaran los vientos.

Basadas en sus propios reportes, en los cuales se

304 Ibidem

305 *Sebastián Díaz Encinas*, ingeniero, segundo escrito del sobre la tragedia, p. 2.

establecía que el fenómeno “entraría a tierra por Cabo San Lucas y continuaría su movimiento hacia el norte”,³⁰⁶ las fuerzas armadas acantonadas en Baja California Sur habían declarado el estado de alerta desde el mediodía del 30 de septiembre en la ciudad de La Paz, en previsión de la emergencia que se aproximaba. Desde el día anterior ya habían tomado sus precauciones en sitios como Cabo San Lucas, donde los vientos y rachas y la lluvia del meteoro eran intensos. Cuatro cuadrillas de personal militar se hicieron cargo del mismo número de sectores en que se dividió la capital, con las calles de Revillagigedo (ahora Marcelo Rubio) y Escuela Normal como punto de partida para tal sectorización, con funciones bien delimitadas a fin de socorrer a las víctimas y tratar de restablecer lo más pronto posible la normalidad.

En realidad, la situación reinante en la ciudad era de incertidumbre en torno a la información precisa sobre la localización del huracán, su influencia y los riesgos que representaba. Los reportes afirmaban que “el ciclón iba a llegar (...) como a las dos de la mañana del día primero”.³⁰⁷ Otros comunicados del día anterior “habían dicho que iba a haber un día soleado (y) bueno para la playa”,³⁰⁸ lo que debió generar más dudas todavía. De tal manera que no todas las familias tomaron sus precauciones. Es más, hubo quienes jamás dejaron sus casas para ir a los albergues instalados por las autoridades, a pesar de que se encontraban en las zonas de riesgo por inundación. El hecho es que para las “10:15 horas del día 30 de septiembre, el ciclón Liza estaba ya sobre las costas de Baja California Sur, entre San José

306 *14 Batallón de Infantería de la III Zona Militar*, oficio número 3770, expediente 1.07.1, informe sobre las actividades desarrolladas antes, durante y después del ciclón “Liza”.

307 *Alfredo Carballo Cota*, profesor y periodista, entrevista, octubre de 2000.

308 *Lázaro Reynosa Ramírez*, catedrático de la Escuela Preparatoria José María Morelos, entrevista, noviembre de 2000.

del Cabo y Cabo San Lucas”.³⁰⁹ Dos horas después, a las “12:15 horas del mismo (día) estaba azotando ya en toda su intensidad a San José del Cabo”,³¹⁰ es decir, a una distancia de 200 kilómetros de La Paz, por lo que “es indudable que hubo error en la interpretación de los informes del meteoro”.³¹¹

Hasta esa hora, al mediodía, las actividades habían transcurrido tranquilas en la ciudad, con el único inconveniente de los nublados, el viento y la lluvia, que por momentos arreciaban. “Era un día como cualquier otro: que estaba medio nublado, que *chispitiaba*, que se quitaba”.³¹² Tan apacible había amanecido la ciudad que el gobernador Ángel César Mendoza Arámburo, primer jefe del Ejecutivo del naciente estado de Baja California Sur, decidió tomar un avión y atender la invitación de su homólogo de Baja California, Milton Castellanos, para asistir a la lectura de su informe de Gobierno, en Mexicali. Allá se reuniría, además, con el presidente Luis Echeverría Álvarez.³¹³ A cargo del despacho se quedó en funciones el secretario general de Gobierno, Guillermo Mercado Romero.

Pasado el mediodía el tiempo empeoró y, en breve, las calles comenzaron a convertirse en auténticos arroyos, como suele ocurrir siempre que llueve en La Paz. Para la tarde, gran cantidad de casas ya presentaban inundaciones y, en medio de la tormenta, los vecinos trataban, como podían, de sacar el agua acumulada en patios y estancias, a pesar de que “era tan fuerte la lluvia y el viento que la arena (...) nos pegaba en la cara y nos dolía”.³¹⁴ A esas alturas, aun en medio de la lluvia, el personal militar seguía

309 *El Sudcaliforniano*. La Paz, BCS, sábado 23 de octubre de 1976. p. 3B.

310 *Ibidem*

311 *Ibidem*

312 *José Alberto Nuño García*, director de la Escuela Primaria “Benito Juárez” de la colonia Los Olivo, entrevista, diciembre de 2000. s.

313 *Ángel César Mendoza Arámburo*, ex gobernador, entrevista, mayo de 1995.

314 *Lázaro Reynosa Ramírez*, entrevista, octubre de 2000.

tratando de convencer a quienes vivían en las zonas de alto riesgo para que abandonaran sus hogares y se trasladaran a los albergues instalados en las escuelas cercanas. Los camiones recorrían las calles y los soldados explicaban a los residentes sobre la urgencia de trasladarse a sitios seguros.

En la ciudad todo mundo se encerró en su casa, en penumbras, alumbrado apenas con velas o candiles de *tractolina* y petróleo, porque la energía eléctrica se suspendió conforme entró la tarde y aumentaron su fuerza el viento y la lluvia. Temerosos, los papeños cerraron puertas y ventanas y las reforzaron con tablas de madera o con lo que pudieron. A las 17:00 horas “el ciclón estaba ya azotando a toda la porción sur del municipio de La Paz. El público, sin embargo, esperaba que el meteoro llegara a las 4:00 de la madrugada del 1 de octubre. ¿En dónde estuvo la falla? Nadie podrá contestar”.³¹⁵ Uno de los más completos reportes relacionados con el huracán corresponde al Observatorio Meteorológico de Cooperación Internacional de la Secretaría de Agricultura y Ganadería. Tiene fecha 30 de septiembre y avisa que a las 06:00 horas el meteoro fue detectado 300 kilómetros al Suroeste de Mazatlán, Sinaloa, “y a unos 200 kilómetros al Sur-Sureste de San José del Cabo, B. C., en 21.4 Latitud Norte y 108.8 Longitud Oeste”, con vientos máximos sostenidos cerca de su centro de 190 kilómetros por hora y rachas hasta de 215 kilómetros por hora, es decir, en la tercera categoría de intensidad. Para entonces enorme y peligroso huracán se advertía claramente que “de seguir con la misma dirección y velocidad existen probabilidades de que toque tierra en el transcurso de la noche de hoy y el día de mañana sobre el extremo sur de Baja California”.³¹⁶ Al citado documento parece que nadie le hizo caso. De hecho, para las 15:30 La Paz y “todo el sur de la península de Baja California quedó aislada del resto del país al interrumpirse las comunicaciones (y) los principales

315 *El Sudcaliforniano*. La Paz, BCS, sábado 23 de octubre de 1976, p. 3B.

316 El documento presenta una sinopsis del estado del tiempo en las cuatro regiones geográficas del país, incluso las temperaturas.

servicios”.³¹⁷ Los aeropuertos de La Paz y San José del Cabo suspendieron sus operaciones. A Esa hora también, “un último boletín de la comandancia de la Zona Militar (...) alcanzó a difundirse por las dos únicas radiodifusoras locales. El comunicado advirtió a la población de la inminente entrada del ciclón a tierra”,³¹⁸ pero por ese medio ya no se pudo dar ningún aviso porque las estaciones de radio dejaron de transmitir. En realidad, “empezó a llover como a la una. Hacía mucho que no llovía igual”.³¹⁹ Después de eso, la caída del agua y el viento arreciaron. Así continuó durante toda la tarde y hasta entrada la noche, mientras el huracán tomaba camino, dentro del golfo de California, hacia el sur de Sonora y norte de Sinaloa.

El estruendo

Algunos lograron dormir tranquilos: “confieso sinceramente que yo estaba durmiendo tan a gusto, y es algo que se contradice con lo que mucha gente vivió”.³²⁰ A otros el pendiente no los dejó conciliar el sueño. Afuera, la lluvia y el viento siguieron golpeando con fuerza. En un momento que se ubica entre las 8:00 y las 9:00 de la noche, “de repente vino un estallido fuerte, (...) un estruendo”³²¹

317 *José R. Gómez Terán*, corresponsal de Excélsior, fechado el 30 de septiembre.

318 *Ibidem*, una de las principales dificultades para realizar este trabajo no sólo fue la localización de documentos, sino su acreditación o validación, pues se fueron recopilando, entregados por distintas personas, algunos de ellos en calidad de copias simples impresas o recortes.

319 *Arturo González*, Excélsior, enviado especial, 2 de octubre de 1976, se refiere a un testimonio de Antonio Benavides, un sobreviviente de la colonia Guerrero.

320 *José Alberto Nuño García*, profesor, entrevista, diciembre de 2000.

321 *Antonio Burciaga Huerta*, prensista del diario El Sudcaliforniano y fotógrafo del Gobierno del estado, testimonio de periodista, primera persona en sobrevolar en avión la zona de la tragedia, a la mañana siguiente, y tomar imágenes del desastre. Encerrado en su casa, él identificó el sonido como la ruptura de un “tinaco”, depósito de agua en el techo de su casa, por lo cual cerró la llave de paso en la tubería de la red de suministro, para evitar una fuga. La mayoría de los testimonios recabados establece entre las 20:00 y las 21:00 horas el colapso del represo.

cuya significación y efectos, entonces, muy pocos los comprendieron, sobre todo en el centro de la ciudad. La explicación vendría al día siguiente: el bordo construido por el Gobierno del Territorio, años antes, arroyo arriba, se había roto al no resistir el empuje de la gran cantidad de agua acumulada por la lluvia “causando destrozos físicos (...) aún no cuantificados y el número de damnificados no ha sido aún determinado, así como el total de muertos, heridos y desaparecidos”.³²² La fuerte avenida barrió con todo: casas, carros, animales, cercos, hombres, árboles, muebles, mujeres, anuncios, juguetes, basura, niños. Todo lo que encontró a su paso en varias colonias populares asentadas irregularmente en el cauce principal del arroyo Del Palo. El extenso sitio afectado “quedó limpiquito, no había zanjonos que insinuaran el arroyo, estaba planito, así como una mesa de billar”.³²³ La obra de contención había sido construida entre los cerros Atravesado y San Juan, para retener y desviar las aguas del arroyo El Cajoncito hacia la zona de El Piojillo, pues su cauce desembocaba en la red de antiguos caudales que cruzan la mancha urbana. El propósito que le había dado justificación fue, paradójicamente, la protección de la ciudad y sus habitantes.

Uno de quienes se encerraron en el interior de sus casas, seguros de que no les pasaría nada, fue don Alfredo Fernández. Mejor conocido como “*El Zapato*”, mote con el cual participó en uno de los carnavales de La Paz, de oficio fotógrafo y originario del estado de Hidalgo, don Alfredo vivía a unos cuantos metros del arroyo Del Palo. Estaba junto con su familia escuchando cómo la fuerte lluvia caía afuera. Después del estruendo por la ruptura del bordo, vio que el agua comenzó a subir rápidamente de nivel en su vivienda y supuso que ésta se vendría abajo en cualquier

322 *Estado Mayor de la III Zona Militar*, reporte número 0700. Se trata del primer informe enviado luego de la tragedia. Archivo militar sobre el ciclón Liza.

323 Luis Barboza Correa, entrevista, noviembre de 2000.

momento, humedecida. Lo primero que hizo fue empezar a abrir un hoyo en la pared hacia la casa del vecino, un ingeniero que trabajaba en una dependencia federal. Con un marro empezó a horadar el muro hasta que abrió un boquete para pasar a su mujer al refugio de al lado. Luego le empezó a pasar a los niños. Pero como eran tantos, ocho, el tiempo para cambiar a todos de vivienda se agotaba. Hubo un momento en que alguno de los dos dijo: “Ya con estos”.³²⁴ Pero la conciencia de padres pudo más y lograron cruzar a todos, con tan buena suerte que en cuando el último de los Fernández brincó del otro lado la casa se vino abajo por completo. Como ellos, muchas de las familias de la zona lograron salvarse, pero otras tantas murieron en el intento.

En otro lado, Froylán López trataba de imponer tranquilidad en su familia ante la fuerza de la lluvia y del viento. Jamás pensó que el ciclón pudiera desenterrar los cimientos de su casa, que él mismo había construido. Lo que tampoco imaginó nunca es que la construcción se asentaba en el lecho de “un arroyo que (más) tarde que nunca, tomaría su cauce normal”.³²⁵ Jalado nueve años atrás por la corriente de inmigrantes que arribaban al territorio peninsular, originario del estado de Puebla, Froylán “había llegado (a Baja California Sur) en su deambular y buscando siempre mejores condiciones de vida”.³²⁶ Gracias al auge de la industria de la construcción, pronto encontró empleo en una compañía. Su patrón le regaló un “terrenito” para que construyera su casa, merced al empeño que le ponía a su trabajo como albañil. No indagó si el predio se encontraba o no en una zona de riesgo, simplemente se sintió satisfecho por haber conseguido un patrimonio para su familia. Fue por eso que decidió enviarle dinero a Mercedes, su mujer, para que se viniera de Puebla a vivir con él, en la casa que había comenzado a levantar en

324 *Alfredo Fernández*, entrevista, noviembre de 2000.

325 *Adán García Rosales*, **Froy, Froy; los niños, Froy**, crónica publicada en la revista *Palestra*, Número 59, 1976, p. 4.

326 *Ibidem*

sus ratos libres. En poco tiempo formaron una familia con hogar y muebles, algo que no habían soñado en su tierra. A Mercedes y a sus cuatro hijos es a quienes la noche del 30 de septiembre intentaba convencerlos de que tuvieran calma, pronto se alejaría la lluvia y mejoraría el tiempo. Como muchos de los habitantes de la zona de peligro, jamás entendió el significado del estruendo que se escuchó entre las 20:00 y las 21:00 horas. Sólo vio cómo el agua se metía a su casa destruyendo y arrastrando todo. Su reacción fue abrazar a dos de sus hijos. Su mujer, embarazada, tomó a los dos más pequeños e intentaron ponerse a salvo, pero la fuerza de la corriente le arrebató a todos juntos. No supo dónde quedó su familia, y sólo se le quedaron grabadas para siempre las voces cada vez más lejanas de su mujer: “¡Froy, Froy, los niños...! ¡Froy...!”³²⁷

Cuando Víctor Manuel Ferrón Zepeda descubrió, después del estruendo, que el agua se acumulaba en forma peligrosa en la casa del vecino, a donde había ido a refugiarse con su familia, tuvo la idea de bajar y romper la pared para que la corriente pudiera circular arroyo abajo y la construcción de mantuviera en pie. Lo consiguió, pero fue arrastrado varios metros por la violencia del torrente. Como pudo, logró regresar al sitio en el que ya estaban sus siete hijos y su esposa, María Oralia, pero los gritos de más y más personas pidiendo auxilio lo conmovieron y decidió seguir ayudando, a pesar de que sus piernas estaban bastante lastimadas. Arrancó la antena de televisión que tenía cercana y, extendiéndola hacia donde se escuchaban los gritos, pudo salvar a varias personas más. Por fortuna, la azotea aguantó hasta que pasó el temporal y el grupo de sobrevivientes pudieron contarle.

Ferrón Zepeda amaba a La paz y siempre había querido regresar a vivir aquí. Durante algún tiempo residió en Guadalajara, Jalisco, por azares del destino y por su interés en prepararse para poder realizar sus sueños. Obtuvo

327 Ibidem

conocimientos técnicos y su idea era fundar en la región una “fábrica de radio”.³²⁸ Por eso vino para acá. En esas andaba el 30 de septiembre de 1976 cuando supo que un ciclón se aproximaba a la ciudad. Imaginó el peligro y pudo convencer a gran parte de sus vecinos que dejaran sus hogares y se trasladaran a los albergues, a pesar de la renuencia de muchos de ellos. A él y a su familia también los sorprendió el estruendo por la ruptura del bordo y, por eso, cuando vieron que su casa se comenzó a inundar, se refugiaron en la de un vecino, más segura. Ahí fue que ayudó a muchas personas a salvar la vida. Su atrevimiento de luchar contra las aguas del arroyo rescatando gente le provocó heridas severas en sus piernas, que se le infectaron. Pasó seis días hospitalizado en una clínica del Seguro Social, y aunque “en repetidas ocasiones se quejó de la pésima atención (de) que era objeto (en) su lecho de dolor”,³²⁹ quienes lo atendían no hicieron caso a la solicitud de que fuera trasladado a otra instalación médica del país a fin de que recibiera un mejor tratamiento y, finalmente, murió días más tarde como un “héroe olvidado”³³⁰ de la catástrofe.

328 *María Oralia García*, esposa de Ferrón Zepeda, en *Revista Palestra*, Número 62, Año 1977. Pp. 4. Según una entrevista la esposa de Ferrón Zepeda, su esposo “vendió todo” en Guadalajara para venirse a vivir a Baja California Sur. No se precisa de dónde era originario, aunque algunos parientes suyos que aún residen en La Paz dicen que la familia tiene sus raíces en Veracruz. A la fecha de la tragedia tenían siete hijos de entre 5 y 14 años. La familia radica en la actualidad, aparentemente, en Estados Unidos. La Cámara de Comercio de La Paz, por cierto, le tenía prometida una medalla de reconocimiento, pero se desconoce el final del asunto.

329 *Revista Palestra*, Número 62, año 1977. p. 23. Según las versiones, los médicos no habían detectado en forma correcta el problema que tenía, y tampoco permitieron el traslado del paciente a otra clínica, asegurando que “no tendría caso”.

330 *Ibidem*, el Cabildo de La Paz asignó el nombre de Víctor Manuel Ferrón Zepeda a una calle de apenas dos cuadras en la colonia Antonio Navarro Rubio. Hay dos datos paradójicos y curiosos: esa colonia encabeza en la actualidad la lista de zonas de riesgo por inundaciones en la ciudad, y en su entronque con Colegio Militar, la calle Ferrón Zepeda queda frente al panteón de Los Sanjuaneros, precisamente en la parte donde están las cosas comunes con los restos de cientos de personas fallecidas durante el ciclón Liza.

Enriqueta Salazar era una mujer que, como muchos mexicanos procedentes de diversos estaos, había llegado a La Paz ocho años antes del ciclón, desde Guanajuato. “Es gente muy humilde, con trabajos pronuncia algunas palabras, porque no hace mucho aprendió a hablar el español”.³³¹ El día de la tragedia hacía mucho frío por el viento y la lluvia, así que Enriqueta decidió llevar a sus hijos pequeños a la escuela que funcionaba como albergue, y dejó a su madre, ya anciana, al cuidado del mayor de sus vástagos, de 12 años. Después de que ocurrió la ruptura del bordo, cuando había pasado el agua del arroyo, volvió al lugar donde antes estaba su hogar, pero “no encontré ni la casa ni a mi mamá ni a mi hijo (...) No los he vuelto a ver”. Su esposo había viajado días atrás a su entidad natal, a visitar a unos parientes, y ni siquiera sabía lo que había ocurrido.

Y es que lo grave del paso del huracán por La Paz no fue la fuerza de la lluvia y de los vientos, sino la ruptura del bordo de contención. Aun y cuando la Secretaría de Recursos Hidráulicos informó que “el ciclón Liza” produjo en La Paz una cantidad de lluvia equivalente a la precipitación normal de 14 meses 12 días (pues) cayeron 180 milímetros, en tanto que el promedio anual es de 150”,³³² lo cierto es que el problema fue la deficiencia en la construcción del muro. En general, las opiniones coinciden en que “fue (una obra) mal hecha. Hubiera sido mejor que no (la construyeran), que hubiera corrido el agua como en su cauce natural, así,

331 *Arturo González*, reportero de *Excélsior*, enviado a la zona de la tragedia el 3 de octubre de 1976.

332 *José R. Gámez Terán*, reportero de *Excélsior*, 3 de octubre de 1976. Existen confusiones en cuanto a la cantidad de lluvia que se registró. En realidad, como hemos visto, el promedio anual de precipitación en La Paz se aproxima a los 200 milímetros. La presentada por el ciclón Liza también fue mucho mayor a la que se cita en la nota periodística, a pesar de que está atribuida oficialmente a la Secretaría de Recursos Hidráulicos. La información de *Excélsior*, por cierto, ya cita 652 personas muertas, en tanto que la cifra oficial nunca superó las 500 víctimas.

quizás hubiera habido muertos, pero no tantos, no miles”.³³³ En ese sentido, la fría y tajante conclusión a que llegó la revista *Palestra* resultó contundente: “¡No fue tragedia, sino masacre!”³³⁴

El amanecer

Un viejo mezquite en el límite del patio, junto a la calle, y el poste del tendido eléctrico de una de las esquinas en la colonia Benito Juárez, protegieron la casa de don Luis Barbosa Correa y lo libraron a él de morir junto con el centenar de personas que aguantaron hasta el final la lluvia y el torrente. Cerca del arroyo Del Palo, vecinos y familiares se apretujaron con la familia de don Luis hasta que “hubo un momento en que había más de cien gentes (que) estábamos como cigarritos adentro”.³³⁵ El árbol y el poste, enredados con el cableado, con alambres de púas, troncos, rocas, ramas, basura, lodo y cuerpos humanos, formaron una especie de barrera que hacía saltar el flujo de agua por encima de la construcción. El enorme chorro caía sobre el techo de lámina del taller, haciendo un ruido infernal, y terminaba por salir al patio de abajo para seguir su curso mortal. Adentro, entre máquinas de imprenta, latas de tinta y fardos de papel, los conocidos y cercanos se cobijaron y aguantaron, estoicos, las horas de pesadilla, viendo cómo las viguetas que sostenían el toldo se vencían poco a poco, humedecidas.

Pasada la tempestad, todavía de madrugada, don Luis

333 *Sebastián Díaz Rondero*, entrevista, noviembre de 2000.

334 Revista *Palestra*, Número 59, Año 1976. p. 2. Se trata de uno de los medios de comunicación locales que realizó una amplia cobertura de la tragedia, al igual que el diario *El Sudcaliforniano*, sobre todo haciendo referencia a la mala calidad en la construcción del represo, pues no cumplió con el propósito para el cual, irónicamente, se había planeado, que era la contención de las aguas brancas de los arroyos, con el fin de garantizar la seguridad de los vecinos en las nuevas colonias que se abrían en la ciudad, como resultado del auge económico que en ese entonces presentaba.

335 *Luis Barbosa Correa*, entrevista, noviembre de 2000.

dejó a todos adentro de la casa y salió a inspeccionar cómo andaban las cosas afuera. De hecho, el cielo estaba clareando y ya se oía el rumor de algunos movimientos. Cuando llegó a lo que quedaba del cerco de alambre de su casa vio a un grupo de vecinos que habían descubierto a varias personas muertas. Entonces regresó al improvisado refugio y les pidió a todos que se quedaran ahí, que aguardaran hasta que él regresara, y que por nada del mundo dejaran salir a los niños. Lo que observó al salir otra vez no se puede describir. “Una de las cosas que de momento como que no asimilas. Ves cuerpos por todos lados (y) al caminar tenías que buscar no pisar alguno”.³³⁶ En toda la zona devastada, “a cada cinco, máximo diez metros, veías una persona completamente desnuda, ahogada: hombres, niños, mujeres, señoritas, adultos, viejitos, ya con su estómago bastante inflamado, tal vez del agua que hayan tragado, tal vez porque ya estaban en estado (de) descomposición”.³³⁷ Un periódico nacional publicó que “en ciento cincuenta minutos el huracán Liza dio un golpe mortal a esta ciudad, que hoy, 24 horas después del desastre, llora la pérdida de más de 600 habitantes”.³³⁸ Sin embargo, “aún se desconoce la magnitud real porque hay cientos de desaparecidos, escombros sin remover, automóviles enterrados con sus ocupantes y montañas de lodo, por lo que la cifra (de muertos) podría superar el millar”.³³⁹ El saldo era dramático: “la zona más afectada, una franja de dos kilómetros de ancho (había sido) barrida totalmente por vientos de 250 kilómetros por hora y por la corriente del arroyo El Cajoncito y de otro llamado Del Palo”.³⁴⁰ El sitio por donde escurrieron los arroyos “era

336 Ibidem

337 José Alberto Nuño García, entrevista, noviembre de 2000.

338 *Isabel Zamorano*, enviada del periódico Excélsior, 1 de octubre de 1976. p. 1. Nota sobre la visita del presidente Luis Echeverría a la zona de desastre.

339 Ibidem

340 Ibidem

un abanico de muerte”³⁴¹ en el cual se podían encontrar cadáveres enterrados en la arena y el lodo, rebasados adentro de las casas, ahogados adentro de sus carros con la cara pegada a los cristales y con rictus de desesperación, atorados en los árboles o enredados en amasijos de alambres de púas, cables de electricidad, animales, rocas y muebles. Las colonias que estaban localizadas en esa parte fueron borradas.³⁴² La ciudad quedó en estado de shock, sin combustibles, sin agua, sin electricidad, sin teléfonos, sin alimentos.³⁴³

El presidente Luis Echeverría suspendió las actividades que tenía previsto realizar en Mexicali, Baja California, y se hizo presente en la zona del desastre. Junto con el gobernador Ángel César Mendoza Arámburo realizó un recorrido, habló con los afectados y, como se estilaba en la época, “ordenó (de inmediato) la reconstrucción de La Paz dentro de los límites del Plan Regulador de la Zona Urbana, aunque para ello sea necesario adquirir o expropiar terrenos a particulares”.³⁴⁴

En el centro de la ciudad el despertar fue hasta cierto punto normal, con los consabidos problemas que deja el paso de un ciclón. Había encharcamientos, montones de lodo y arena, algunos derrumbes, desgajamientos, árboles caídos, teléfonos descompuestos, casas sin corriente eléctrica y las dificultades habituales del tránsito vehicular tras el paso de las tormentas. Gran parte de quienes vivían en la principal sección urbana ni siquiera se imaginaban lo que había pasado a sus vecinos de al lado. La experiencia de don Luis Barbosa es elocuente: después de que descubrió la

341 *Lázaro Reynosa Ramírez*, entrevista, noviembre de 2000.

342 *Patt Morrison*, enviado especial de Los Angeles Times, 3 de octubre de 1976. p. 1. Archivo Histórico Pablo L. Martínez. Catálogo de donaciones. Ciclón Liza.

343 *Ibidem*

344 *Isabel Zamorano*, enviada especial, *Excélsior*, 2 de octubre de 1976. Primera Sección.

gran cantidad de muertos en su colonia, se dirigió presuroso hacia el centro comercial más cercano, por el rumbo del Palacio de Gobierno, y tranquilamente llenó su carrito de víveres y agua. En cuanto salió del establecimiento, vio que soldados del Ejército Mexicano llegaron a tomar posesión del lugar para evitar actos de rapiña y controlar el abasto de alimentos. Eso significa que en el centro de la ciudad todavía desconocían el saldo desastroso del paso del ciclón Liza. A don Luis aquello le valió allegarse de alimentos que le permitieron mantenerse con su familia en medio de la escasez de productos que se registró durante los días siguientes a la tragedia. Fue ya entrada la mañana que la gente de la parte céntrica comenzó a ver, azorada y sin comprender todavía lo que pasaba, el tránsito presuroso de vehículos *pick up*, camiones, *dompes* y todo tipo de unidades habilitadas para llevar decenas de cadáveres a los depósitos y al panteón, los cuales eran transportados como auténticos costales de papas, amontonados. Allí iban, en las cajas para la carga, hombres y mujeres desnudos, con partes de sus cuerpos descarnadas, ancianos y jovencitas, niños y niñas, pequeñines todavía en brazos de sus padres que, tiesos, inermes y abotagados de tanta muerte se resistían a soltarlos y dejarlos desamparados.

El primer problema por resolver fue la falta de cajones para las personas fallecidas, cuando todavía se pensaba que la situación no era tan grave. Las funerarias de la localidad apenas disponían de 70 ataúdes, entre todas, de tal manera que sus reservas se agotaron de inmediato³⁴⁵ y se tuvo que recurrir a talleres, como los de las escuelas industriales, para armar cajas tan rápidamente como fuera posible. Conforme avanzaba el día, con el calor y la humedad circundantes y con la enorme cantidad de muertos levantados de todas partes, las autoridades decidieron abrir cinco enormes fosas comunes en el panteón de Los Sanjuanés. Con maquinaria pesada hicieron grandes zanjas en las cuales sencillamente

345 Ángel César Mendoza Arámburo, entrevista, mayo de 1995.

fueron aventando los despojos panzudos que llegaron en el transcurso del 1 de octubre. Previamente habían sido depositados en la cancha Manuel Gómez Jiménez, el templo del Sagrado Corazón de Jesús, el Hospital Juan María de Salvatierra y el Gimnasio de Usos Múltiples, durante un tiempo perentorio, para ver si algunos de los cuerpos eran reclamados por familiares. Así sucedió en ciertos casos. Pero cuando se consideró que la situación sanitaria podría tornarse incontrolable, salirse de control, los funcionarios ordenaron cargar con ellos y llevarlos al cementerio sin más trámites. Los primeros fueron, al menos, envueltos en sábanas, pero después los empezaron a arrojar tal cual, sin contemplaciones, y solamente rociados con cal para reducir los riesgos de contaminación. “Seis toneladas de cal se utilizaron para proteger los cuerpos y evitar el hedor”.³⁴⁶ La necesidad de terminar de una vez por todas con el riesgo de una epidemia impidió que personas procedentes de otras partes del país, quienes viajaban a La Paz para saber el paradero de familiares suyos que vivían aquí, pudieran cumplir su objetivo de encontrarlos, aunque fuera muertos. Algunos de ellos confirmaron en el viaje el deceso de sus seres queridos, en las escalas de los vuelos o en las terminales, donde pudieron conseguir un periódico con la lista de los fallecidos.³⁴⁷ Las mismas esposas del presidente Echeverría, María Esther Zuno, y del gobernador Mendoza, Luz Davis, acudieron a uno de los sepelios de las víctimas. Durante los días posteriores al desastre se siguieron recuperando cadáveres de la zona afectada e igualmente se continuaron depositando en las rumbas generales, hasta que las autoridades decidieron suspender el levantamiento. Sólo integraron brigadas de soldados apoyados por jóvenes estudiantes que buscaban los restos de algún cuerpo olvidado, descubierto o

346 *José R. Gámez Terán*, *corresponsal*. *Excélsior*, 3 de octubre de 1976.

347 *Arturo González*, enviado a la zona de la tragedia, *Excélsior*, 2 de octubre de 1976.

semienterrado y lo quemaban con gasolina para evitar riesgos de infecciones.

La imagen de La Paz luego del paso del ciclón Liza era la de una ciudad bombardeada. Enormes zanjones podían observarse a lo largo de varias calles. Desde el aire podía apreciarse una ancha franja blanca, de arena, que partía desde las colonias Guelatao y Benito Juárez hasta donde desembocan en el mar los cajones del arroyo Del Palo, en una amplia zona desde El Conchalito hasta la calle Nayarit. En toda esa parte se localizaron restos humanos. Otros más fueron arrastrados por las corrientes hasta el mar, donde fueron pasto de tiburones. Muchos de los cuerpos fueron levantados de los patios, enrejados, recámaras, salas y estancias de la planta baja de casas en las cuales los vecinos se guarecieron en azoteas o segundos pisos. En contraste, hubo niños que nacieron ese día, en tiempo normal o adelantados, porque sus parturientas madres alcanzaron a ser hospitalizadas. También se presentó el caso de un ataúd que fue rescatado calles adelante, con el cuerpo del difunto adentro, luego de haber sido arrastrado por la corriente del arroyo, que, irreverente, se había metido al área en la cual se llevaba a cabo el sepelio la noche de la tormenta.

El panorama era desolador: casas anegadas, cubiertas de lodo y arena hasta sus azoteas, restos de muebles llenos de lodo por todos lados, árboles caídos, postes ladeados y una extraña y patética red de cables de electricidad y de telefonía por todos lados. Durante los días siguientes era comunes las filas de automóviles en las estaciones de combustible, en los albergues para conseguir comida y dormir y en los camiones que repartían agua para consumo humano traída en barcos desde otras partes del país. Como el último huracán fuerte había ocurrido en la región en 1959, es decir, diecisiete años atrás, muchos paceños vivían por primera vez la experiencia de no disponer de agua corriente y hacer que una botella de agua mineral

fuera suficiente para bañarse, además de soportar el vivir sin energía eléctrica, con las incomodidades que eso conlleva. La tragedia “puso de manifiesto la vulnerabilidad de la población (de La Paz) ante situaciones de emergencia causadas por fenómenos hidrometeorológicos”,³⁴⁸ en una dolorosa llamada de atención sobre los riesgos que impone una urbanización desordenada.

348 *Isabel Cristina Beltrán Castro*, Op Cit, p. 1

Es bello el crujir del árbol
inclinándose hacia el suelo;
bello el caer de las chozas
al rudo empuje del viento;
pero nada tan sublime
como esos tristes lamentos;
como esas lágrimas hondas
que están las madres vertiendo;
como esos gritos del alma
que se escuchan a lo lejos.
Piden consuelo y socorro.
Hay heridos, hay hambrientos.
¡Que mueran todos, que mueran!

Anónimo³⁴⁹

349 Fragmento del poema **Los dos ángeles**, citado por Gilberto Ibarra Rivera, Op Cit, pp. 142-143.

IV

LA EMERGENCIA

Los muertos ajenos

Los becarios de la Casa del Estudiante Sudcaliforniano en el Distrito Federal se habían reunido para ver por televisión las escenas dantescas que los noticieros transmitían de la tragedia en la capital de su estado. En las primeras horas que siguieron al desastre que arrasó con cientos de hogares, los jóvenes no sabían con certeza de qué se trataba. Sólo estaban enterados de que La Paz había sido afectada por una avenida a causa de la lluvia y que muchas personas habían perdido la vida. Se imaginaron todo, cualquier cosa, lo peor. Pero llegado el momento descubrieron que la parte destruida por la creciente era el sur-sureste de la ciudad. Eran las colonias nuevas, habitadas mayoritariamente por ciudadanos no nativos. Hubo una sensación de alivio general. Repuestos del susto y la tensión, los estudiantes sudcalifornianos fuera del terruño se miraron unos a otros. Los familiares estaban a salvo: el área principal de la ciudad sólo tenía los daños normales que deja el paso de un ciclón. Algunos lo tomaron con naturalidad, otros manifestaron pesar por las imágenes que llegaban sobre la cantidad de muertos y heridos y por las escenas de dolor. Pero hubo algunos que expresaron un sentir llano, franco, sincero: ¡Qué bueno que fueron los *tahualilas*!³⁵⁰ Fue gran parte de ellos, no obstante, la que hizo la gestión ante instituciones

350 *Filiberto Beltrán Peralta*, entrevista, octubre de 2000. En el tiempo de la tragedia estudiaba en la Ciudad de México, junto con otros jóvenes originarios del estado. Como *tahualilas* se identifica a “los campesinos procedentes del interior” del país. El término se popularizó a mediados del Siglo XX para designar a los colonos que llegaron al Valle de Santo Domingo, según Gilberto Ibarra Rivera, en su libro **El habla popular en Baja California Sur**. El vocablo tiene su origen en la denominación de un grupo indígena del estado de Tamaulipas en la época colonial.

como el Ejército y la Marina para que se les enviara a La Paz, en calidad de voluntarios, a fin de participar en las labores de rescate.

La llegada de importantes corrientes de inmigrantes durante los más o menos 15 años anteriores al desastre del ciclón Liza fue acrecentando un cierto sentimiento de rechazo de la población local hacia los fueños. Al paso del tiempo se fueron perdiendo costumbres arraigadas como aquellas pláticas de sobremesa, de convivencia familiar, en las que los ancianos narraban historias lo mismo de santos que de piratas, de peces, de tesoros, de espantos, de las raíces familiares, de la forma de arribo a la península y, desde luego, de tormentas y huracanes. “Todo eso lo íbamos aprendiendo (porque) los padres se preocupaban (por unir) la acción a la enseñanza”.³⁵¹ La inmigración tuvo algunas de sus peores consecuencias en la pérdida de la tranquilidad en que vivían los paceños, porque “la gente de aquí tenía su *modus vivendi* de un modo que la gente que vino de fuera se lo cambiamos, sin querer cambiárselo”.³⁵² En efecto, “yo pienso que éramos más felices cuando era territorio”,³⁵³ antes de la llegada de los inmigrantes. Fue por esos tiempos que tomó auge el término *arribista* para calificar a aquellos que venían de otras entidades y diferenciarlos de los ciudadanos *nativos*. Aunque el adjetivo “de ninguna manera es ofensivo —por más que algunos insistan en considerarlo así— sino simplemente mal interpretado a veces, (define a) *los* que han decidido adoptar esta tierra permanentemente para llamarla hogar. Son *los* que han llegado a la península llenos de ilusiones y decidido quedarse y aceptar sus costumbres, abrazar sus mismas causas, hundir en la arena húmeda sus raíces y elevar al aire sus ramas cargadas de nuevos retoños”.³⁵⁴ La palabra tenía,

351 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, entrevista, julio de 2001.

352 *Luis Barbosa Correa*, entrevista, noviembre de 2000.

353 *Manuela Lizárraga Alcaraz*, entrevista, julio de 2001.

354 *Francisco Arámbaro Salas*, *Siluetas de Sudcalifornia*. Editorial Siluetas, La Paz, BCS. pp. 370-371.

desde luego, sus variantes de acepción, pues lo mismo se refería a personas de buena voluntad que llegaban a sumarse al trabajo fecundo de los locales, que a aquellos que obligaban a expresar reflexiones como esa que decía: “debemos de frenar la inmigración de gente inútil, que no produce nada ni aporta nada a la comunidad, excepto problemas, mortificaciones y gastos. Urge detener ese río, esa invasión ni tan pacífica que amenaza con ahogarnos; hay que parar ese desfile de gentes sin oficio ni beneficio, parias de la vida que vienen a aventurar y deambular por las calles de lo que consideran una “tierra de promisión”, pero en la cual lo único que consiguen es causar lástima, compasión... y graves problemas”.³⁵⁵ El llamado tenía su fundamento en una sentencia clara: “una cosa es que aquí haya oportunidades para gentes buenas y trabajadoras, responsables, deseosas de mejorar, conscientes del respeto hacia los derechos de los demás, y otra es que nos veamos obligados a sostener, alimentar y regalar el producto de nuestros esfuerzos a *los que llegan*, nomás porque sí”.³⁵⁶

Muchos de quienes efectivamente habían venido al territorio sur peninsular en busca de fortuna y no para echar raíces en arenas humedecidos empezaron a irse del estado tan pronto pasó la tragedia del ciclón Liza. En los meses siguientes inició un “éxodo inevitable” de familias que no resistieron el temor a otro ciclón y a la inestabilidad que se avecinaba con la devaluación del dólar al final del sexenio de Luis Echeverría, pues esa moneda sostenía de manera importante la economía local por el comercio de importaciones. Así empezó a presentarse un fenómeno que, a la inversa de la inmigración, “era de esperarse (porque) quienes vinieron como las golondrinas en primavera, buscando tierras propicias de abundantes granos, y convivieron con *nosotros* durante algunos años de bonanza, preparan ya sus equipajes y emigran a latitudes más fértiles,

355 Ibid, p. 363.

356 Ibid, p. 362.

lejos del infortunio”.³⁵⁷ El sentimiento de los lugareños que observaban la salida de los vecinos aventureros se esmeraba por alcanzar el tono de reproche, y agregaba: “no es sorprendente para los sudcalifornianos, aquellos que hemos vivido aquí por varias generaciones, que venga otra época de vacas flacas”.³⁵⁸ Se despedía a los fuereños que emprendían la retirada con un acre deseo de exterminio: “la naturaleza, que no sabe de justicia ni injusticias, permite sólo la *supervivencia del más apto*, y elimina al resto por ley natural. Es como un estómago sensitivo que vomita lo que no puede digerir bien”.³⁵⁹ Las expresiones estaban cargadas de un sentimiento ambivalente, que lo mismo se asemejaba a una valiente expulsión de los indeseables que a un lamento para que no dejaran la península abandonando a su suerte a los lugareños: “déjennos a nosotros con los problemas de la devaluación, el desempleo, la falta de turismo, de la carestía, de los damnificados, del peligro (...) de la contaminación y las epidemias, y del fantasma siempre al acecho de la suspensión de la zona libre”.³⁶⁰ Como quiera, el éxodo no alcanzó la dimensión trágica que se percibe en las citas anteriores, pues siguió incontenible el ritmo de crecimiento de la población del estado, y sobre todo de La Paz, con la variante del auge turístico de Los Cabos como nuevo y mayor polo de atracción de las corrientes de inmigrantes hacia el estado en los últimos años del Siglo XX. De seguro que eso fue lo que hizo que no se presentaran altibajos notables a causa de la tragedia del ciclón Liza ni por las subsecuentes devaluaciones de cada fin de sexenio. Al concluir el Siglo, y con ello el milenio, la capital sudcaliforniana alcanzaría los 196 mil 708 habitantes,³⁶¹

357 Francisco Arámburo Salas, “Éxodo y supervivencia”, artículo publicado en *El Sudcaliforniano* el 21 de octubre de 1977, Op Cit, pp. 229-230.

358 Ibid, p. 230.

359 Ibid, p. 231. Los resaltados en cursivas son nuestros.

360 Ibid, p. 234.

361 Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. **XII Censo General de Población y Vivienda 2000**. Resultados preliminares. Cabe aclarar que la cifra se refiere a todo el municipio de La Paz, aunque es sabido que la mayor cantidad de personas habitan en la ciudad.

un ritmo estratosférico en las últimas tres décadas, si tomamos en cuenta los cinco mil 46 habitantes de 1900, los 13 mil 81 de 1950 y los 24 mil 253 de 1960.³⁶² Parece que mientras unos arribistas arrepentidos se iban, otros tantos llegaban en busca de los mismos varios objetivos con que sus antecesores habían venido al mítico sur peninsular. Las manifestaciones en alusión al retorno concluían, una vez más, con la advertencia en el sentido de que quienes quisieran podían sumarse a los nativos, y aquellos que prefirieran lo contrario tenían el camino libre para echarse a volar, porque “aquí seguirá habiendo siempre huracanes, privaciones y desequilibrios económicos, y estaremos constantemente a merced de los vientos y del flujo y reflujo de las corrientes marinas y políticas que nos vienen allende el mar. Pero aquí seguiremos siempre, navegando como los buenos marinos frente a la borrasca: con las manos firmes sobre el timón, la cara al viento y la mirada fija en el horizonte, esperando que salga el sol”.³⁶³ A lo mejor era parte de ese sentimiento por el que “los viejos de aquí todavía casi celebran (...) que hubiera venido el Liza, porque se llevó a toda esa gente”.³⁶⁴

Como quiera que sea, hubo y persiste algo inexplicable en el sentimiento de la sociedad sudcaliforniana, particularmente de las autoridades, hacia quienes murieron a causa de la tragedia. Todo parece indicar que la percepción de olvido en que rápidamente cayó el desastre, sobre todo para el medio oficial, se fundó en el prejuicio de que quienes fallecieron eran mayoritariamente forasteros. Un hecho es evidente: en su segundo informe de Gobierno, en abril de 1977, todavía reciente la tragedia, invirtiéndose en la ciudad 200 millones de pesos autorizados por la Federación como fondo para reconstruirla, el gobernador Ángel César Mendoza Arámburo dedicó una amplia parte de su largo y tedioso discurso a rememorar la catástrofe y a subrayar la fortaleza de los

362 *Lorella Castorena Davis*, *Op Cit*, p. 94.

363 *Francisco Arámburo Salas*, *Op Cit*, p. 234.

364 *Luis Barbosa Correa*, entrevista, noviembre de 2000.

habitantes para reponerse del colapso. Se refirió con amplitud a la reciedumbre de quienes se erigieron en vencedores del desierto y que “cuando más estimulados nos encontrábamos por situaciones y optimismos que se antojaban aiosos, propios de aquella avidez de superación, recibimos los embates de la naturaleza en *el percance más grave de nuestra historia*”.³⁶⁵ Subrayaba la “templanza y entereza” de los sudcalifornianos que, como pueblo “asediado constantemente por perturbaciones ciclónicas, supo sobreponerse con heroicidad y sacrificio (en los) días de luto y tragedia”.³⁶⁶ Daba cuenta, emotivamente, del apoyo del Gobierno federal, que dispuso de un fondo emergente para ayudar a superar los daños, y mencionaba la casi conclusión de las primeras casas en las cuales se fundaría la colonia *8 de Octubre*, con la cual, de paso, se recordaría, eso sí, la fecha en que se decretó la conversión de territorio en entidad federativa. No tuvo empacho para destacar la figura de Luis Echeverría Álvarez, quien había dejado el cargo apenas en diciembre anterior a José López Portillo en medio de una grave crisis. Del expresidente de la República, quien estuvo en La Paz el mismo día de la tragedia, consideró que “fue baluarte extraordinario en los más difíciles momentos”,³⁶⁷ a pesar de que su visita desquició el de por sí saturado aeropuerto de la ciudad durante varias horas que debieron esperar los pasajeros para abordar sus vuelos de salida hacia otros puntos del país.³⁶⁸ Tuvo como representante presidencial en la ceremonia de su primer informe al secretario de Turismo,

365 Ángel César Mendoza Arámburo, **Segundo informe de Gobierno**. Revista *Palestra*, Número 61, 1977. pp. 1-24. El resaltado con cursivas es nuestro.

366 Ibidem

367 Ibidem

368 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001. Ella tenía programado viajar a Ensenada, Baja California, para asistir al sepelio de un familiar. Según su testimonio, los guardias presidenciales no sólo “tomaron” el aeropuerto, en pleno caos por las inundaciones, sino que además cargaron con al menos 40 maletas llenas de mercancía de importación comprada en las tiendas de *fayuca* de La Paz.

Guillermo Rosell de la Lama, ante quien destacó la participación valiosa del Ejército y la Armada para auxiliar a las familias que sufrieron daños y en la recuperación de las actividades en La Paz y en las comunidades vecinas afectadas. Párrafos y más párrafos de su discurso fueron dedicados a lamentar la desgracia, informar lo que se hacía para restablecer la normalidad, agradecer los apoyos que se recibieron de todas partes y enaltecer el espíritu y fortaleza de los paceños para restaurar su vida cotidiana.

Cuando llegó el primer aniversario de las inundaciones hubo también actos conmemorativos y muestras de dolor. Pero ya para su segundo informe, en 1978, el jefe del Ejecutivo local parece haber comenzado a olvidar la muerte de cientos de sus representados, víctimas del desastre asociado con el huracán. Aunque en su mensaje de un año antes había advertido que “si conservamos este ejemplo *para la memoria de los siglos*, tendremos las armas en la mano, para salir como siempre, con las banderas muy airosas, en busca de la renovación y el progreso”, en el texto de su tercer informe ya no dedicó un solo párrafo completo a recordar el hecho. Habló de programas, de cifras, de estimaciones, del porvenir del estado y de todo lo que se habla en los informes de mitad de sexenio, pero no volvió a referirse a los muertos a causa de la catástrofe relacionada con el ciclón Liza. Las que sí aparecen con relativa frecuencia son las referencias a obras encaminadas a restablecer los servicios y construir viviendas para los presuntos damnificados. Los datos más completos se encuentran en un cuadro incluido en su informe, en el cual menciona el ejercicio de 200 millones de pesos del Programa Extraordinario para Obras de Rehabilitación de la Ciudad de La Paz dispuesto por el Gobierno federal. Para entonces ya se había reconstruido el malecón, después de varios meses de lógicas molestias para los residentes y comerciantes del área, se habían asfaltado calles, mejorado colonias y entregado obras de drenaje y

alumbrado público.³⁶⁹ Esta vez en presencia del secretario de Comunicaciones y Transportes, Emilio Mújica Montoya, quien asistió en calidad de representante del presidente José López Portillo, el gobernador dedicó gran parte de su intervención a subrayar los logros alcanzados en la primera mitad de su mandato. Sin embargo, para las víctimas de la tragedia asociada con el Liza ya no hubo más alusiones. Atrás habían quedado los enjundiosos enunciados anteriores del gobernador recordando a quienes perdieron la vida en el desastre.

No se puede afirmar que la comunidad sea cómplice del olvido, porque en lo particular hay familias que recuerdan a sus seres queridos, hay quienes llevan flores a las tumbas comunes y particulares y prácticamente todos los paceños que vivían en la ciudad hace 25 años tienen presente lo ocurrido, pero lo que sí es cierto es que en el calendario oficial de conmemoraciones del Gobierno del estado no existe ninguna ceremonia dedicada a recordar a las víctimas de las inundaciones relacionadas con el ciclón Liza.³⁷⁰ “Yo creo que es como cuando hay un accidente en carretera: se dice: ‘Ahí hay uno que se mató’. Pero, pues, ¿y (yo) qué puedo hacer?”³⁷¹ Probablemente también se deba a que “las cosas, como dice el dicho, pronto se olvidan. Tenemos eso los humanos (...): *No hay una memoria colectiva*”.³⁷² Entre los más de sesenta actos previstos a lo largo del año por la Dirección de Acción Cívica y Social sólo aparece, el 30 de septiembre, uno con el cual se rememora el natalicio del general José María Morelos,

369 Ángel César Mendoza Arámburo, **Tercer Informe de Gobierno**, Revista *Palestra*, Número 64, 1978. Página 4.

370 Gobierno del estado de Baja California Sur, Dirección de Acción Cívica y Social, **Calendario Cívico 2001**. De entre los actos cívicos para recordar hechos históricos o próceres locales y nacionales, el 30 de septiembre sólo figura el aniversario del natalicio del general José María Morelos, ocurrido en 1765, el cual se rememora con la bandera a toda asta.

371 Luis Barbosa Correa, entrevista, noviembre de 2000.

372 Alfredo Carballo Cota, entrevista, noviembre de 2000. El resaltado en cursivas es nuestro.

el segundo padre de la Patria, pero nada hay para quienes ocupan las fosas comunes del panteón de Los Sanjuanés. De hecho, el desentendimiento está justificado por el propio ex gobernador, Ángel César Mendoza Arámburo, en el sentido de que “La Paz no lloró a sus muertos (...) *nativos*. La Paz lloró a sus muertos, pero que habían venido de otras partes de la República”.³⁷³ Confundidos entre las corrientes de inmigrantes que aumentaban la población de la ciudad en esa época, de muchos de los fallecidos no se sabe “quiénes serían ni cuántos serían ni de dónde vendrían”.³⁷⁴ Un cuarto de siglo después, para unos la tragedia fue producto de “devastaciones tan terribles causadas por un fenómeno meteorológico de grandes magnitudes (...), que por sí mismos son impredecibles”,³⁷⁵ pero para otros fue una de las “grandes matanzas masivas” en contra del pueblo sudcaliforniano. En general, podría decirse que “los culpables, y lo saben muy bien, en su conciencia (siempre) llevarán el terrible peso de la masacre”.³⁷⁶ Sin embargo, hay quienes prefieren el olvido porque “es una forma de allanar esos sucesos que nos lastiman mucho, (así que) si se va extinguiendo ese dolor no festejándolo, no promocionando más cosas negativas en contra de alguien, es mejor, porque cada uno tenemos expuesto el pellejo”.³⁷⁷

La ayuda

La tragedia relacionada con el paso del ciclón Liza ha sido, entre los desastres locales, no sólo la del mayor saldo trágico, sino la que más difusión ha recibido en los medios de comunicación. La cobertura incluyó los diarios

373 Ángel César Mendoza Arámburo, ex gobernador, entrevista, mayo de 1995. Las cursivas son nuestras.

374 Consuelo Bátiz Ríos, entrevista, junio de 2001.

375 Luis Echeverría Álvarez, ex presidente, entrevista, abril de 2001.

376 Revista *Palestra*, Número 59, p. 3. Editorial titulado “*Nuestra reprobación a los buitres*”.

377 Félix Agramont Cota, ex gobernador, entrevista enero de 2001.

de circulación nacional de México, los periódicos más importantes de Estados Unidos y, desde luego, la radio y la televisión de ambos países. Como ha ocurrido en todos los momentos trágicos que ha vivido la región asociados con la presencia de tormentas tropicales, huracanes, en este caso también se hicieron presentes muestras de solidaridad de todos lados. Los bajacalifornianos del estado norte, como casi siempre, fueron los primeros en organizar el envío de ayuda emergente. Por medio de la asociación civil Leandro Valle hicieron llegar a sus vecinos 38 toneladas de víveres que arribaron en nueve aviones.³⁷⁸ La Secretaría de la Defensa Nacional estableció de inmediato un “puente aéreo”, el cual permitió el transporte de personal médico y de auxilio y toneladas de productos, alimentos y medicinas, principalmente desde las ciudades de México y Tijuana. Igual llegó apoyo de otras entidades del país, entre ellas Chihuahua, Sonora, Sinaloa y Veracruz.³⁷⁹ La Cruz Roja Internacional y los gobiernos de otras naciones, sobre todo de Estados Unidos, también hicieron llegar importantes cantidades de ayuda. Las muestras de solidaridad fueron tales que de dondequiera llegaban materiales de construcción, casas de campaña, medicamentos, víveres, alimentos y toda clase de artículos propios para mitigar contingencias y contribuir a que la comunidad afectada retornara a sus actividades cotidianas con normalidad. Sólo de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo) se enviaron más de 800 toneladas de alimentos desde sus tiendas de dentro y fuera del estado. Barcos de la Armada de México como el *Tehuantepec*, el *Manzanillo*

378 *Fuerza Aérea Mexicana*, informe 377 de la fechado el 11 de octubre de 1976, con detalles sobre las operaciones del Puente Aéreo establecido a raíz de la emergencia. Los datos también vienen en la Memoria de operaciones enviada al mes siguiente a la Secretaría de la Defensa Nacional. Archivo de la III Zona Militar.

379 *Antonio Riviello Bazán*, comandante de zona, *III Zona Militar*, memoria de operaciones, oficio 10499 a la Secretaría de la Defensa Nacional, fechado el 6 de noviembre de 1976. Archivo Militar, expediente Liza 1976.

y el *Usumacinta* transportaron 684 toneladas y media de productos y materiales.³⁸⁰ El personal del Sector Salud aplicó 123 mil 302 vacunas diversas, especialmente antitetánicas, como medida de prevención por el riesgo de epidemias o enfermedades. Como en otras ocasiones, igualmente dolorosas, el Partido Revolucionario Institucional, todavía en sus épocas de aplanadora electoral, igualmente apoyó con 15 toneladas de ropa que envió por barco para los afectados.

Sin embargo, en esta ocasión se incorporó en la fase de ayuda un elemento más que no estaba incluido en el tratamiento de los desastres relacionados con los huracanes: las relaciones con el extranjero. El Gobierno federal postulaba, entonces, una política de tendencia *populista* y ocupaba una posición protagónica en el que se llamó el grupo de Los No Alineados (NOAL), formado básicamente por naciones de escaso progreso que pugnaban por un nuevo esquema en la distribución de la riqueza y en la orientación del desarrollo en el mundo. De tal manera que el presidente Luis Echeverría prohibió que el Gobierno de Baja California Sur recibiera ayuda internacional, sobre todo de los Estados Unidos, país con el que había un aparente distanciamiento como resultado de la nueva línea que las relaciones exteriores de México habían adoptado en esa época. Así lo reconoce el ex gobernador Ángel César Mendoza: “Efectivamente, me dijo el presidente Echeverría, en aquel entonces, que rechazáramos toda ayuda internacional que pudiera llegar”.³⁸¹ El incidente no pasó a mayores y lo único que propició fue un incipiente acto de desobediencia del mandatario estatal en torno de las instrucciones del presidente. El ofrecimiento de Echeverría había sido en el sentido de que su Gobierno asumiría totalmente el costo de la emergencia. Afirmaba que la Federación tenía recursos suficientes para hacer frente a la situación: “No reciba ninguna clase de ayuda

380 Ibidem

381 Ángel César Mendoza Arámburo, ex gobernador, entrevista, mayo de 1995.

porque mi Gobierno le va a mandar todo lo que necesite”,³⁸² le había dicho a Mendoza durante su estancia en la zona de la tragedia. “Sin embargo, me estuvieron llegando muchos aviones de la Cruz Roja Internacional, de California, de Texas, de otros estados fronterizos (y), desobedeciendo las instrucciones del presidente, no pudimos rechazar esa ayuda, totalmente humanitaria, que era de amor al prójimo, a quien (lo) necesitara”.³⁸³ En la práctica, la orden del presidente ni siquiera llevaba con precisión el intento de rechazar el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos, sino a cualquier ayuda internacional, pero en vista de la emergencia “yo cumplí a medias ese ofrecimiento”,³⁸⁴ pues se estuvieron recibiendo donaciones de todos lados. Al respecto, Echeverría sólo respondió que “México se ha cimentado siempre por sus valores, por su autosuficiencia, pero, sobre todo, por su solidaridad. El pueblo, en tales circunstancias, requirió de todo el capital humano y técnico, para sanar los daños que el ciclón Liza produjo por las costas mexicanas. La ayuda vino de los mexicanos por los mexicanos”.³⁸⁵ Seguramente la Presidencia de la República habría aceptado finalmente que ingresaran aviones con ayuda internacional, sin hacerlo público ni comunicarlo a la autoridad local, pues en los días siguientes a la tragedia el propio secretario de la Defensa Nacional, Hermenegildo Cuenca Díaz, aprobó que aterrizaran aeronaves procedentes de Estados Unidos en el aeropuerto de La Paz con la sola limitación de esos menesteres: sin armamentos, sin cámaras fotográficas “ni cualquier aparato (de) percepción o detección remota”.³⁸⁶ La tragedia no sólo parece haber servido para que Echeverría se luciera ante el

382 *Ibidem*

383 *Ibidem*

384 *Ibidem*

385 *Luis Echeverría Álvarez*, ex presidente, entrevista, abril de 2001.

386 Telegramas dirigidos por el secretario de la Defensa Nacional a las autoridades militares locales. Archivo de la III Zona Militar, expediente ciclón Liza 1976. Documento 9290. Por ejemplo, el mensaje DN-UNO S-3, número 42020, del 3 de octubre, autoriza el aterrizaje del “avión militar tipo C-130 matrícula 62-1826 y alerno 62-1842 perteneciente a la Fuerza Aérea EUA” con “ayuda médica y abastecimientos”.

mundo, sino que el propio presidente de Estados Unidos, Gerald Ford, igual la habría utilizado como escaparate en favor de su estrategia reeleccionista. El mandatario norteamericano envió al vicegobernador de California, Mervin Dimally, con un paquete de ayuda trasladado en “un avión especial de la Fuerza Aérea norteamericana con medicamentos, catres y camillas para los damnificados, que fueron entregados personalmente”³⁸⁷ por el funcionario. Su presencia en la zona de la tragedia fue claramente en calidad de representante del presidente Ford, en un evidente “gesto político, dentro de la campaña que realiza para su reelección, porque quiere el voto de los mexicano-norteamericanos”.³⁸⁸ El presidente estadounidense, de hecho, había ordenado al Departamento de Estado, a la Agencia para el Desarrollo Internacional y a la Embajada en México para que a la brevedad buscaran la forma de brindar ayuda a las zonas afectadas.³⁸⁹

Lo que sí recibió una crítica mayor por parte de vecinos fue el manejo de la solidaridad enviada desde diversas partes. La señora María Teresa Rivera Cota sostiene que “todo mundo se aprovechó, menos los que estábamos afectados. De que se mandaron muchas cosas, se mandaron. De todos los países mandaron, y a nadie le dieron nada. Los judiciales y todos esos fueron los que se aprovecharon. A nosotros no, y a muchas familias, no solamente a nosotros. No nos dieron absolutamente ni la tierra donde están (sepultados) mis hijos, ni el cajón donde están, porque lo pagamos. Esa es la verdad”.³⁹⁰ De hecho, la opinión general es que “sí hubo personajes (de la vida política)

387 *Arturo González*, enviado a la zona de desastre, Excélsior, 3 de octubre de 1976.

388 *Ibidem*

389 *The News*, México, DF, 3 de octubre de 1976, Volumen XXVII. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Caja 2, Catálogo de Donaciones. Las instrucciones incluían al embajador John Jova, para que enviara ayuda cuanto antes.

390 *María Teresa Rivera Cota*, entrevista, mayo de 2001.

que hicieron su agosto”³⁹¹ a costa de la tragedia. Y es que, como siempre ocurre en condiciones caóticas, no faltan los “buitres (que) se aprovechan de la carroña”.³⁹² Hay quienes afirman que “(entre) el 50% (y) 60% (de la ayuda) se la *jodieron* los funcionarios públicos de entonces”.³⁹³ El propio ex gobernador, Ángel César Mendoza, reconoce que “aquello era el caos (y pasó) lo que sucede en estos casos: a río revuelto, ganancia de pescadores”.³⁹⁴ Se dice que abarrotos que llegaron como parte de la ayuda fueron a parar a tiendas que familiares de funcionarios tenían en la ciudad, para su venta al público. Hubo casos en que personas realmente afectadas estaban en listas levantadas para asignar el apoyo, pero éste nunca llegó. Tal fue el caso de la señora Rivera Cota: “A mí el Gobierno no me dio ni un vaso de agua”.³⁹⁵ Sin embargo, Mendoza Arámburo niega que él se haya enterado directamente de algún acto de deshonestidad de sus colaboradores, conocidos o familiares en relación con la ayuda enviada de todas partes. “Yo te juro que no, hasta donde yo sé. No lo dudo que haya habido por ahí *abusados* que pidieron materiales de construcción varias veces, y sin mayor control se les dio. Pero no, de que conscientemente los elementos de ayuda para ellos se hayan lucrado por otros lados, mienten, absolutamente. Te lo digo porque estuve yo presente y pendiente de eso”.³⁹⁶ Con todo, reconoce que hubo irregularidades que el Gobierno del estado tuvo que avalar, como fue la alteración de un acuerdo inicial con los beneficiarios de las casas que se construyeron en la colonia *8 de Octubre* para las familias afectadas. Por lo pronto, siempre persistió la duda de que quienes recibieron las viviendas realmente las necesitaban, si eran damnificados o no. Pero, además, ya que las tenían

391 Adalberto Castro Domínguez, entrevista, noviembre de 2000.

392 Alfredo Carballo Cota, entrevista, noviembre de 2000.

393 Sebastián Díaz Rondero, entrevista, noviembre de 2000.

394 Ángel César Mendoza Arámburo, entrevista, mayo de 1995.

395 María Teresa Rivera Cota, entrevista, mayo de 2001.

396 Ángel César Mendoza Arámburo, entrevista, mayo de 1995.

exigieron que se les liberaran las posesiones de inmediato, lo cual era contrario al acuerdo establecido en un principio para que esos bienes no pudieran desincorporarse, en virtud de que se trataba de un fin noble de solidaridad con las familias que supuestamente habían perdido sus hogares. A la vuelta de unos meses, “esas casas estaban en manos ya totalmente ajenas”.³⁹⁷ El Gobierno permitió la entrega de las escrituras y, con ello, la posibilidad de la venta de las moradas, pues “tal como suponíamos, vino una presión muy fuerte de los propios damnificados, que querían que se cambiara el régimen de propiedad privada. Tuvimos que acceder porque fue una petición casi unánime de todos los damnificados”.³⁹⁸ La verdad es que hubo quienes se dijeron perjudicados, sin serlo, y ya que recibieron las viviendas “la mayoría las vendieron, (al grado de que) muy pocos hay ahí (en esa colonia, de quienes) de veras (fueron) damnificados”.³⁹⁹ El ex presidente Echeverría, por su lado, prefirió no referirse a ninguno de los actos de corrupción señalados en los testimonios, y simplemente afirmó que “el Gobierno federal, como se ha ido reiterando, siempre actuó con ética y responsabilidad”.⁴⁰⁰ Igual que en tragedias de otros tiempos, el Gobierno federal envió un fondo, esta vez por 200 millones de pesos, para reconstruir la ciudad de La Paz. El 1 de abril de 1977, en su segundo informe, el gobernador Ángel César Mendoza dio cuenta del ejercicio de los primeros 50 millones, a los cuales se sumaron dos millones 450 mil pesos “por concepto de aportaciones privadas”.⁴⁰¹ En su tercer informe, un año después, ya mencionaba el ejercicio total de la cantidad terminada de asignar por el Gobierno del ya para entonces presidente José López Portillo.

397 Ibidem

398 Ibidem

399 *Luis Barbosa Correa*, entrevista, noviembre de 2000.

400 *Luis Echeverría Álvarez*, ex presidente, entrevista abril de 2001.

401 *Ángel César Mendoza Arámburo*. **Segundo Informe de Gobierno**. Revista *Palestra*, Número 61, 1977.

El monto de la ayuda asignada por el Gobierno federal para reconstruir La Paz, 200 millones de pesos, ofrece una idea de la magnitud de los daños causados por las inundaciones, sobre todo si tomamos en cuenta que el presupuesto total del Gobierno del estado para 1976, año en que ocurrió el desastre, era de apenas 203 millones de pesos,⁴⁰² es decir, casi la misma cantidad reconocida oficialmente en afectaciones. Por algunas ampliaciones imprevistas inicialmente, parece ser que producto de la misma tragedia, el ejercicio presupuestal de ese año cerró finalmente en 209 millones. La administración del naciente estado de Baja California Sur ejerció para 1977, su segundo año como entidad federativa, un presupuesto de 362 millones de pesos, y para 1978 se tenía previsto un gasto de 391 millones.⁴⁰³

Dos hechos son evidentes respecto de la ayuda con motivo del ciclón Liza: el primero es que siempre quedarán dudas de su manejo por parte de los funcionarios públicos, y el segundo es que en realidad muchos vivos se aprovecharon de los muertos para obtener importantes beneficios en su nombre, puesto que “las familias se fueron completas. (Así que) quién iba a pedir por esa gente (que murió), quién iba a pedir justicia. Nadie (porque) como le digo: papá, mamá, abuelos, hijos, nietos, todos se fueron juntos”.⁴⁰⁴ Hubo posiciones de abierta fraternidad que, ante el envío de socorro desde distintos estados del país y de los municipios de la entidad, ofrecieron un “agradecimiento profundo y sincero de *quienes vivimos aquí, nativos o no, y que formamos una familia común: mexicanos*”.⁴⁰⁵ Pero los casos de deshonestidad que se conocieron en la época y que habrían sido denunciados por la comunidad debieron

402 Ibid, Número 62, 1977.

403 Ángel César Mendoza Arámburo, **Tercer Informe de Gobierno**. Revista *Palestra*, Número 64, 1977.

404 Sebastián Díaz Rondero, entrevista, noviembre de 2000.

405 Revista *Palestra*, **Nuestra reprobación a los buitres**, Editorial, Número 59, p. 3.

ser lo suficientemente graves como para que hubiera manifestaciones que expresaran una “enérgica repulsa para los buitres, zánganos asquerosos, que han aprovechado la situación para quitar el pan a quien lo necesita, que no han tenido ni tienen misericordia de los que sufren y les arrebatan ropa, materiales de construcción y hasta medicina a los auténticos damnificados, víctimas directas de la tragedia”.⁴⁰⁶

406 Ibidem

...y el arroyo del 30 de septiembre nos arroja a la cara
lo inútil de la historia...

Raúl Antonio Cota Geraldo

Alertas

El día del ciclón Liza, ya entrada la tarde, sin luz y con el ruido de la lluvia y el viento zumbando afuera, doña Tere Rivera se encerró con su familia en su casa *de material*. Vivía entonces en el callejón Clemente Guillén, entre Normal y Juárez, en pleno cauce del arroyo, aunque nadie en su familia sabía eso. Sus tres hijos, dos niños y una niña, regresaron temprano de la escuela primaria y del kínder. Sus profesores los habían dejado salir antes de que comenzara a arreciar la tormenta. Su esposo, don Fabián Espinosa, de oficio albañil, también había retornado de la obra al empeorar el tiempo. Ese día estaban de visita dos hermanos de la señora, Francisco y Manuel, y la esposa de uno de ellos, Rosario. Todos decidieron, igual que muchas familias de la zona, cerrar puertas y ventanas y quedarse guarecidos dentro de su hogar. Nunca percibieron el peligro porque siempre estuvieron seguros de que la vivienda, construida con materiales resistentes (cemento, bloques, varillas de acero, arena, grava), aguantaría el embate de la lluvia y los vientos. Así que no hicieron caso cuando algún vecino acomedido les propuso irse a los albergues que el Ejército había abierto ya en las escuelas del área y en la Zona Militar. No había razones para desconfiar porque ninguna autoridad les advirtió específicamente sobre el riesgo que corrían⁴⁰⁷ en los lugares en los cuales estaban asentados.

Uno de los hermanos de doña Tere intuyó el grave peligro en que se encontraban, a eso de las 8:00 de la noche, cuando el agua empezó a introducirse por puertas y ventanas. Fue una precaución inútil. Todos intentaron salir a la calle, pero ya era un auténtico río que pasaba por encima de los toldos de los automóviles, enterrándolos. Pensaron en salir, pero

⁴⁰⁷ *María Teresa Rivera Cota*, entrevista, mayo de 2001. Según su testimonio, los avisos que hubo especificaban que sólo podían irse a los albergues aquellas familias que tuvieran viviendas endebles, de madera y láminas.

calcularon que sería imposible con todo y los niños. Dos de los familiares sí se aventuraron y lograron salvarse. Los demás decidieron resistir encaramados en el techo de la vivienda. Poco a poco, el agua lo fue inundando todo y de pronto la azotea cedió, descuajeringada, como si la casa estuviera hecha de cartón.⁴⁰⁸ Junto con ella fue arrastrada la familia en una avalancha que arrasaba todo a su paso. Doña Tere llevaba en brazos a uno de los niños, e igual su esposo y su hermano habían abrazado a los otros dos pequeños. Cuando la mujer reaccionó ya era de madrugada y estaba recostada en la pared de una escuela primaria, a unas diez cuerdas de su hogar, cauce abajo. Conmocionada, lesionada, con golpes y rasguños en todo el cuerpo, doña Teresa vio que otras personas estaban adentro de los salones y se metió con ellos. Recuerda que unos militares la vieron lastimada, la ayudaron y la subieron a una ambulancia donde la curaron. Uno de los chicos, el que iba en brazos de su tío, se salvó porque ambos quedaron encaramados en las ramas de un árbol y ahí resistieron hasta que el torrente terminó de pasar.

Muchas cosas habían sucedido en el caos posterior a la tragedia. Pero lo primero que doña Tere recuerda con dolor es haber vuelto a encontrar a sus dos hijos perdidos, sólo que esta vez estaban tendidos en el piso de una de las áreas del Hospital Juan María de Salvatierra, entre decenas de cadáveres recuperados de la zona del desastre, acomodados bajo dos criterios elementales: por aproximación de edades y por sexo. Un compadre suyo y otros familiares que trabajaban en el nosocomio recogieron los cuerpos de los niños, sin más trámite y justificación que su palabra,

⁴⁰⁸ *Ibidem*, de acuerdo son su versión, en el área había casas modestas, incluso de materiales endeble como cartón y madera, pero también grandes y “bonitas”, lujosas, lo que da una idea de que las familias que vivían en la zona del desastre no sólo eran todas pobres. Había también ciudadanos de un nivel social más acomodado o que habían empezado a hacer fortuna, merced a la prosperidad que se registraba en la época en la ciudad de La Paz.

los arreglaron y ante la falta de ataúdes en la ciudad acomodaron con ternura los dos cuerpos de los pequeños en un mismo cajón para adulto. Ahí los velaron la noche siguiente y los sepultaron en una tumba del panteón de Los Sanjuanés. Sus restos morales estuvieron entre los de otras aproximadamente 500 personas que, en medio del desorden, pudieron ser identificados plenamente por sus familiares. Muchísimos más⁴⁰⁹ tuvieron que ser depositados en fosas comunes, sin mayores protocolos, en prevención de una epidemia. De esa forma, el ciclón Liza impuso “un altísimo costo al crecimiento irregular”⁴¹⁰ y desordenado de la ciudad, con aproximadamente cinco mil víctimas.

El caso de la familia Espinosa Rivera destaca por dos razones fundamentales: se trata de descendientes de rancheros sudcalifornianos que, como muchos en ese tiempo, emigraban hacia las poblaciones mayores del todavía Territorio Sur, en este caso a La Paz, en busca de mejores condiciones de vida, pero sobre todo de oportunidades de formación académica para sus hijos. Ellos tienen su origen en Agua de en medio, una pequeña localidad cercana a San Antonio, en la antigua región minera del sur. Igual que muchas otras familias de rancho que se fueron asentando en las nuevas colonias de la ciudad, la de doña Teresa experimentó una de las paradojas en las costumbres de quienes han vivido por generaciones en las comunidades rurales. Bien es sabido que un rancho jamás construye su casa cerca de un arroyo, y menos en su lecho, como ocurrió con ellos, por los efectos lógicos que puede tener. Sin embargo, esa medida precautoria no sucede cuando

409 Los testimonios son realmente muy ambiguos respecto de la cantidad de personas que fallecieron a causa de la tragedia, y nadie proporciona datos exactos, pero las referencias son por lo común de proporciones grandes. Las cifras van desde los dos mil hasta los treinta mil muertos. La más alta aportada hasta ahora en un trabajo formal, serio, la dan los historiadores reconocidos Ignacio del Río y María Eugenia Altable, al establecer en cinco mil la cantidad de víctimas. Op Cit, p. 197.

410 Ignacio del Río, *María Eugenia Altable Fernández*, Op Cit, p. 197.

hay un desconocimiento total del nuevo medio en que se desenvuelve. “Teníamos como dos años (de vivir) ahí, (y) nosotros estábamos ignorados (de) que era un arroyo. No sabíamos, para nada”.⁴¹¹ Los nuevos rancheros urbanos no sólo estaban perdiendo la tradición añeja de saber cómo sortear con relativo éxito los vendavales y conocer cuándo un hogar se asienta en un sitio de riesgo, sino, además, algo propio de sus antepasados: identificar las señales del peligro, “ventear”⁴¹² la amenaza de un ciclón intenso, como todo buen sudcaliforniano, sobre todo si se es descendiente de campesinos, de las áreas rurales.

Pero cómo desconfiar cuando se vive al lado de tantas familias, incluso otras también descendientes de rancheros peninsulares que tampoco abandonaron sus moradas al aproximarse la tragedia. En la misma zona murieron Irma y María de Jesús González, y la madre de ambas, originarias del Valle Perdido, en la zona de El Rosario, también por la región de San Antonio. Otro conocido que murió fue Ramón Adargas, de Todos Santos, quien trabajaba como policía municipal. Falleció con parte de su familia, arrastrados por la corriente. La muerte del oficial es para doña Teresa una prueba de que el Gobierno no hizo mucho por evitar el desastre y de que, en realidad, no existió un sistema de alerta efectivo. Ella vio cuando al uniformado lo llevaron a su casa en una de las patrullas oficiales, sus propios compañeros de trabajo, al término de su turno laboral. Eso le inspiró todavía más confianza y en parte fue por lo que decidió quedarse con su familia encerrados en la casa. “Digo yo: si ellos (el Gobierno) pensaban que estaba (latente, el peligro)

411 *María Teresa Rivera Cota*, entrevista, mayo de 2001. Ella perdió a sus dos hijos menores en la tragedia. Lo último que recuerda es que tomó a su hijo en brazos cuando el techo de su casa se derrumbó.

412 *Anselmo Romero Lucero*, entrevista, junio de 2001. La idea que prevalece es que un sudcaliforniano está más acostumbrado a la presencia de los huracanes y a los riesgos que conlleva, frente a los vecindados que proceden de otras regiones del país, puesto que están en lo que se llamaría terreno propio.

por qué no se salió (el agente de la Policía, trabajador de una instancia oficial) con su familia. Se ahogó él y sus tres niñas”.⁴¹³ El hecho de que “muchacha pacaña”⁴¹⁴ o procedente de otras regiones del estado haya perecido a causa de la emergencia relacionada con el ciclón Liza contradice, además, el prejuicio de que quienes murieron eran, mayoritariamente, originarios de otras entidades. Lo cierto es que La Paz registraba un aumento de su población como consecuencia de la ola de inmigrantes no sólo desde otros estados de la República, sino del interior del mismo territorio, en un evidente proceso de urbanización de la sociedad peninsular del sur. Además, los habitantes que se fueron asentando en las nuevas colonias no sólo eran de estados como Oaxaca, Guerrero y el Distrito Federal, como se cree. También había de Jalisco, Durango, Michoacán, Sinaloa, Sonora, Estado de México y Puebla, entre otras entidades.

Es importante hacer notar el mosaico cultural que constituyen los residentes de Baja California Sur y de La Paz, en particular, y la identidad que ello les asigna. Todos los sudcalifornianos son inmigrantes, unos directa y otros indirectamente. Y los nacidos en esta tierra son descendientes, todos, de inmigrantes e inmigrados. Aunque hayan nacido aquí hace muchos años, entre los californianos del sur no queda ningún apellido que ligue a las tribus antiguas con los actuales ciudadanos, por más que algunos lleven en su sangre los rasgos de algún mestizaje tardío. Eso es lo que identifica a los seres de esta tierra que, de esa forma, integran un conglomerado social diferente al del resto de los estados del país. Aquí hay ciudadanos procedentes de las distintas regiones de México, aunque no necesariamente de todas las etnias. Eso sin contar la gran variedad en el origen o ascendencia de los venidos de distintos puntos del extranjero.

413 *María Teresa Rivera Cota*, entrevista, mayo de 2001.

414 *Ibidem*

Con una identidad propia o sin ella, los habitantes de Baja California Sur no contaban para 1976 con un sistema de alerta eficiente que permitiera enfrentar, como sociedad en su conjunto, los peligros que implica la presencia de un fenómeno a tal grado amenazante y destructivo. De hecho, a esas alturas ni siquiera existía una normatividad en materia de Protección Civil, lo cual, ciertamente, pudiera ser entendible porque el estado llevaba apenas un año de constituido. Sin embargo, a pesar de la alta incidencia en la presencia de huracanes, las autoridades territoriales no tenían planes para atender emergencias, prevenir riesgos y mitigar daños, aunque en realidad se trataba de un problema que afectaba entonces a todas las entidades del país. Todavía en fechas más recientes, en realidad, persisten fallas en el Sistema Nacional de Protección Civil (Sinaproc) integrado por el Gobierno en sus niveles federal, estatal y municipal para prevenir la magnitud de calamidades como las inundaciones a causa de ciclones y tormentas tropicales. Un ejemplo claro ocurrió en Acapulco, Guerrero, en 1997, veintiún años después de la tragedia asociada con Liza en La Paz. En ese puerto fallecieron 217 personas, según las cifras oficiales, debido a la presencia del huracán *Paulina*, en hechos que prácticamente repitieron los errores del 30 de septiembre de 1976. Entre “el conjunto de evidencias dejadas por el desastre de *Paulina* está la confirmación del Sinaproc como un aparato ineficiente, peligrosamente ineficiente”.⁴¹⁵ Sin ir más lejos, en Baja California Sur ha habido también, después del desastre de 1976, huracanes y trombas que han evidenciado la inoperancia de los programas para proteger a las familias y sus bienes, y también la tendencia de la autoridad a justificar esas fallas según sea la magnitud del meteoro y las consecuencias catastróficas de su embate. Es

⁴¹⁵ *Jesús Manuel Macías y Aurelio Fernández Fuentes, Los enseñanzas del huracán Paulina*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Número 1, mayo de 1999. p. 1.

por eso que se recomienda que “no podemos ni debemos dejar nada al azar. Para enfrentar (cada) temporada de huracanes debemos minimizar los riesgos a través de (una cultura de) la prevención”.⁴¹⁶

Cabe mencionar que es hasta el año 2001, es decir, veinticinco años después de ocurrida la tragedia del ciclón Liza en que comienza a plantearse, desde el nivel federal, una estrategia que persigue “posicionar a la Protección Civil en la agenda política nacional”.⁴¹⁷ Se trata de seis líneas generales para la operación de este sistema: la “homologación de normas, procedimientos, estructuras; el impulso a la investigación aplicada; la modernización tecnológica; la socialización de la información; la cooperación internacional, y la *municipalización* de la Protección Civil”. La determinación de las autoridades centrales se funda en que 738 de los más de dos mil 400 municipios del país fueron catalogados como “vulnerables” ante la presencia de ciclones, lluvias e inundaciones. Esos municipios representan, para darnos una idea sobre la magnitud del problema, un área afectable de “815 mil 353 kilómetros”, es decir, el “41% del territorio nacional”.⁴¹⁸ Es también en el año 2001 que el Gobierno federal decidió, por primera vez en la Historia del país, la apertura de cinco centros regionales especializados en la atención de desastres relacionados con tormentas tropicales, con equipo, personal y herramientas. El hecho de que el primero de ellos se haya instalado en La Paz y que su funcionamiento estuviera previsto para iniciar durante la temporada de huracanes de este año refleja el nivel de vulnerabilidad en que, ahora, se tiene clasificado a Baja California Sur por parte de las autoridades federales del ramo.

416 *José Isidoro Peredo Jaime, ¿Una tormenta más o el año de la tormenta?*, Revista Alternativa, La Paz, BCS, Número 10, Junio de 2001. p. 29.

417 *Reforma*, periódico, p. 15, Sección General, 4 de junio de 2001.

418 *Ibidem*

Advertencias

Justo cuatro años, tres meses y diecisiete días antes de que ocurrieran las devastaciones relacionadas con la presencia del ciclón Liza, el ingeniero Sebastián Díaz Encinas predijo la desgracia con precisión quirúrgica. El lunes 13 de junio de 1972, quien treinta años antes fuera jefe del Departamento de Comunicaciones y Obras Públicas en el Gobierno territorial de Francisco J. Múgica alertaba sobre los riesgos de que ocurriera una tragedia de gran magnitud. En un memorando urgente “a la atención del C. gobernador del Territorio”,⁴¹⁹ escrito seguramente con bastante paciencia por la pulcritud de sus descripciones técnicas, Díaz Encinas advirtió, desde su primer párrafo: “La Ciudad de La Paz, se encuentra en un inminente peligro de ser atacada por las aguas broncas torrenciales del tipo de los ciclones que periódicamente han venido sembrando luto y destrucción en la población porteña”.⁴²⁰ Del ingeniero Díaz Encinas se recuerdan sus críticas a la construcción de un puente sobre la carretera a la playa del *Coromuel* y la primera carretera al norte, las cuales dejaron ver fallas graves tras las lluvias que provocó el ciclón de 1943, cuando él era funcionario del Gobierno territorial. En esta ocasión, el profesionista daba detalles acerca de la deficiente edificación del represo en el arroyo El Cajoncito y la actitud pasiva de diversas autoridades, encabezadas por el gobernador Félix Agramont Cota, ante la continua

419 *Sebastián Díaz Encinas*, ingeniero, documento firmado en sus tres hojas, fue proporcionado por su hijo, Sebastián Díaz Rondero, junto con otro texto que se cita en este trabajo. El prestigiado político y periodista Alfredo González González ubica a Díaz Encinas en una lista de tres “grandes” personajes de Baja California Sur, defensores de la libertad y del derecho. Nacido en 1904 y fallecido en junio de 1990, se le persiguió políticamente durante el régimen presidencial de Álvaro Obregón, y en algún momento tuvo que trabajar como periodista con un amparo de la justicia federal. Artículo publicado en el periódico *El Forjador*, 30 de mayo de 2001, Primera Sección.

420 *Ibidem*

construcción de casas en los lechos de los cauces en que originalmente desembocaba. Criticaba la apatía de dependencias como Salubridad y Asistencia, Recursos Hidráulicos, la Junta Federal de Mejoras Materiales y la Presidencia Municipal de La Paz, en calidad de primera instancia, respecto de las claras advertencias de una catástrofe. El tiempo le dio la razón, y el 24 de octubre de 1976, pasado el momento del rompimiento del muro y las inundaciones que causó en una amplia zona de la ciudad, el ingeniero reprochaba, implacable: “el lamentable desastre se registró, exactamente de la misma manera (en) que se les estuvo señalando desde siempre (a pesar de lo cual) nunca contestaron a ninguna instancia al respecto”.⁴²¹

En su primer documento, Díaz Encinas insistía en que el problema del control de las aguas broncas que bajan de la sierra del Este y afectan a la ciudad ha sido, desde hace mucho tiempo, un “grave problema contra la vida y los moradores del puerto”.⁴²² Mencionaba la buena intención que tuvieron gobernantes anteriores, entre ellos Agustín Sanginés y Hugo Cervantes del Río, para resolverlo. Elogiaba el trabajo que se hizo a iniciativa de Sanginés, por ejemplo, para canalizar los escurrimientos de la avenida 16 de Septiembre hacia otras calles, como una forma de aminorar los efectos perjudiciales de su descenso. Parece que esa fue la primera obra de protección de la ciudad, con cierto rigor técnico, en prevención de inundaciones. Asimismo, subrayaba la voluntad de Cervantes del Río al iniciar las más recientes obras protectoras, aun y cuando las dejó inconclusas y sin mantenimiento al terminar su gestión en el Gobierno territorial. El asunto del bordo de contención y la desviación de las aguas broncas era el punto central de las críticas de Díaz Encinas, quien, por cierto, fue colaborador en varias administraciones territoriales en las áreas de Caminos Rurales y Obras

421 Ibid, p. 3.

422 *Sebastián Díaz Encinas*, ingeniero, primer escrito p. 1.

Públicas. Según sus argumentaciones, de los 3 millones de pesos que se consiguieron inicialmente ante la Presidencia de la República, incluso por insistencia de él mismo, en reclamos hechos por escrito al presidente Echeverría, sólo una parte se destinó al levantamiento del muro, y el resto “se empleó adicionalmente en la construcción del nuevo Palacio de Gobierno, en donde faltó presupuesto”,⁴²³ con la intención de reponer después los recursos con dinero de otras partidas.

Díaz Encinas convirtió al desastre del ciclón Liza en una “hecatombe (...) objetivamente pronosticada”.⁴²⁴ Fue describiendo, paso a paso, lo que sucedería si las cosas se seguían presentando como hasta entonces. Había una serie de intereses en torno de actos irregulares sobre los cuales llamó la atención, sin que le hicieran caso. Advirtió que por la forma en que estaban asentadas las obras, la extracción de arena de bancos que en lugar de propiciar el desfogue formarían un rebalse mayor, la construcción de instalaciones con diversos materiales y hasta el depósito irresponsable de basura en la zona. Estos eran, en la práctica, “armas mortíferas contra el inerme habitante de la ciudad y sus alrededores”.⁴²⁵ Insistió en que “obstruyendo el paso de las aguas broncas y, precisamente en la parte más peligrosa del arroyo Del Palo (las) construcciones en los fondos de los cauces de las corrientes broncas pluviales (se convertirían en) peligrosos muros, armas mortales contra la vida humana como destructoras de los intereses públicos y privados de la población”.⁴²⁶ En su escrito posterior a la tragedia, Díaz Encinas restregaba a las autoridades el que hubieran menospreciado sus advertencias, y pedía la aplicación de un castigo ejemplar para los responsables de la catástrofe. Para el claridoso profesionalista la tragedia relacionada con

423 Ibidem

424 *Félix Ortega Romero*. Op Cit, p. 221.

425 *Sebastián Díaz Encinas*, Op Cit, p. 2.

426 Ibid, p. 3.

el ciclón Liza no fue eso, sino una masacre comparable a los asesinatos que propiciaron en contra de los naturales de la región los españoles que, en 1683, con Isidro de Atondo y Antillón a la cabeza,⁴²⁷ llegaron a la bahía que muchos años antes se había bautizado como de la Santa Cruz, reunieron a un grupo de nativos y los mataron a traición. “La Paz, ha sufrido dos grandes matanzas masivas: la primera la recibió el pueblo Guaycura de mano asesina de extraños en el Virreinato español. La segunda el 30 de septiembre de 1976”.⁴²⁸ Y explicaba porqué el objetivo de sus críticas era, sobre todo, la autorización del Gobierno para que se establecieran hogares en pleno lecho de los arroyos: “los cuerpos que se encontraron, fallecieron generalmente por golpes de piedras y arrastres en giro de socavación: De ahí, que la mayor parte, apareciera sin sus prendas de vestir la mayoría de adultos; los niños con sus ropas completas, ya que éstos no presentaron resistencia al embate de giro, sino que flotaron por el escaso peso y, además, presentaron menos blanco en el arrastre pesado”.⁴²⁹

El ingeniero reconocía que no hubo una intención deliberada de matar a los habitantes del área, sino la ignorancia, la falta de ética, los intereses personales en la burocracia y “la incapacidad técnica y política sumada a contemplaciones tontas, quizá a enjuagues económicos”.⁴³⁰ Además, reprochaba la poca aplicación de los conocimientos técnicos por parte de quienes permitieron la realización del bordo y aquellos que autorizaron el asentamiento de viviendas en la zona de peligro. Los responsables, establecía, no valoraron “que existe una población al pie de la montaña”.⁴³¹

427 *Francisco Xavier Clavijero*, Op Cit, p. 81. Hay cierta duda sobre los incidentes a que se refiere Díaz Encinas, pero todo parece indicar que se trata de esta relación, por la violencia que se atribuye a aquellos hechos históricos.

428 *Sebastián Díaz Encinas*, ingeniero, escrito posterior a la tragedia, p. 3.

429 *Ibidem*.

430 *Ibid*, p. 1.

431 *Ibid*, p. 3.

El emplazamiento y construcción del represo reflejaba, en los hechos, la deficiencia con que el Gobierno local planeaba los asentamientos humanos. Siempre limitadas de dinero, dependientes casi totalmente del Gobierno federal, las autoridades estatales y municipales del territorio y, luego, de la naciente entidad federativa, estaban imposibilitadas para responder por sí mismas a la demanda de espacio y servicios generada por la brutal explosión demográfica. De tal manera que se les hizo fácil construir un bordo y, con ello, tener elementos para desarrollar las zonas arroyo abajo, confiados en que el muro sería suficiente para derivar hacia el Piojillo las aguas que se acumularan por las lluvias. La excesiva dependencia del Gobierno central y la falta de planeación, se acentuaba en Baja California Sur por tratarse de la administración de un territorio que no figuraba en los registros del Producto Interno Bruto del país, ni siquiera en la densidad de población. A nivel nacional se percibía, además, una “difícil situación de migración anárquica de la población (motivada) muchas veces (por) la necesidad de subsistencia, ya sea por factores laborales y climáticos (y que) rebasa el marco jurídico”.⁴³² Tal como se ha descrito, fue ese el principal problema que se presentó en el desarrollo de La Paz y del territorio en la época en que se gestaba el proceso de conversión a estado federal. Según el ex presidente Echeverría, en el caso de La Paz se supo que las autoridades locales estaban permitiendo el asentamiento de familias inmigrantes en el arroyo El Cajoncito. En virtud del problema, “el Gobierno federal dictó disposiciones en el sentido de que se fueran tomando aquellas medidas que indicaba el plan a desarrollar y que (consistían) en que no se construyera, como ya se estaba haciendo, en el lecho del Río”.⁴³³ La intención era poner control, aun y cuando se reconocía que el problema tenía

⁴³² *Luis Echeverría Álvarez*, ex presidente de la República, entrevista, abril de 2001.

⁴³³ *Ibidem*

su origen en “las necesidades que se presentaron en la población, (y que llevaron al) crecimiento sin un orden, anárquico, (de La Paz, el cual) se presentó en los últimos años, sobre todo a raíz de la terminación de la carretera transpeninsular”.⁴³⁴ Pero esa anarquía no sólo era en la autorización para establecer unidades habitacionales en zonas de alto riesgo. En el fondo, la posibilidad de participar en el manejo de los recursos públicos en un territorio alejado del centro de control económico y político del país llevaba a la aparición de élites que buscaban el ejercicio del poder en el naciente estado. Comenzaban así a observarse hechos que evidenciaban el surgimiento de grupos interesados en apropiarse de los asuntos de interés colectivo, sin preocuparse por la conservación del entorno ni la seguridad de la sociedad. Muy pronto habría de apoyar y perdurar al frente de la administración sudcaliforniana, durante el primer cuarto de siglo el nuevo estado, una clase política que hizo su aparición desde entonces, con los últimos jefes de Gobierno territoriales como descubridores y forjadores de las nuevas figuras locales. En tal sentido, para la entidad, se veía “un preocupante incremento o continuación en el uso irracional, y a veces hasta ilegal, de recursos importantes tales como el agua, el suelo, (...) pesqueros y forestales”,⁴³⁵ dando preferencia al provecho personal, en lugar del interés de todos los ciudadanos.

434 Ibidem

435 José Antonio Martínez de la Torre, Op Cit, p. 64.

*Piensa en las personas amadas y en los seres
desconocidos
que se fueron el 30 de septiembre
y que se resignan a descansar en una fosa anónima,
ante la presencia insultante de un monumento*

Raúl Antonio Cota Geraldo

Desastres

Los azares del destino y los manejos convenencieros de la política y del sufragio popular llevaron a Guillermo Mercado Romero a ocupar, casi de panzazo, el cargo de gobernador de Baja California Sur en el período de 1993 a 1999.⁴³⁶ Quien fuera secretario general de Gobierno en el tiempo en que ocurrió la tragedia asociada con el ciclón Liza habría de promulgar, 21 años y tres meses después del desastre, el Primer Atlas Estatal de Riesgos para Baja California Sur. A pesar de “la permanente preocupación por la protección de la integridad física de la población, sus bienes y su entorno ecológico”,⁴³⁷ y la posterior obligación en la Ley de Protección Civil del Estado, los sucesivos gobiernos locales esperaron todo ese tiempo a fin de tener un documento normativo para la actuación de sus instancias responsables de atender emergencias y calamidades. En el mensaje con que presenta el documento, Mercado Romero, quien durante la tragedia del ciclón Liza estaba encargado del despacho de gobernador ante la ausencia de Ángel César Mendoza Arámburo, porque éste se encontraba en Baja California, manifiesta su interés de dar a conocer a la población, “de manera amplia y explícita, los distintos factores de riesgo derivados del desarrollo de sus actividades, su ubicación geográfica, la conformación topográfica de su territorio y, en general, la distribución de sus asentamientos humanos”.⁴³⁸ Con la información contenida en el citado documento, decía el mandatario, “podremos tomar

436 El proceso electoral de febrero de 1993 fue el primer en el cual el Partido Revolucionario Institucional estuvo a punto de perder la Gubernatura del estado ante Acción Nacional, luego de haber mantenido el control total de los cargos de elección popular en el estado desde su conversión a entidad federativa.

437 *Atlas Estatal de Riesgos*, Gobierno de Baja California Sur, Secretaría de Gobernación. 1997. Página 1.

438 *Ley Estatal de Protección Civil*, Gobierno de Baja California Sur. Este documento también fue promovido durante la administración de Mercado Romero, y fue promulgada por la Legislatura local con el decreto número 1086, el 15 de mayo de 1996, casi veinte años después del desastre.

las medidas preventivas para estar en condiciones de mitigar los impactos producidos por eventos de origen geológico, hidrometeorológico, químico, sanitario y socioorganizativo, así como proporcionar un soporte técnico para la elaboración de los Atlas de Riesgos y planes de Protección Civil en los municipios del estado”.⁴³⁹ El texto editado por el Gobierno ubica más de 50 sitios de riesgo y susceptibles de inundación y daños por las lluvias, sobre todo con origen en ciclones tropicales. De ese total, 27 corresponden a la ciudad de La Paz, y aunque se incluyen algunas de las colonias que ahora se asientan en la amplia zona afectada por la fuerte avenida del 30 de septiembre de 1976, no aparecen otras como Guelatao, Benito Juárez o Ruiz Cortines,⁴⁴⁰ que figuraron entre las que resintieron los peores efectos por la ruptura del bordo de contención. Igual que sucedió con el muro en aquel momento, las autoridades dan por hecho que las actuales obras de encauzamiento sí garantizan la protección de las colonias que se asientan a los lados, sobre todo el actual canal de llamada. El Gobierno del estado tiene a disposición de la comunidad, en el año 2001, un total de 102 albergues temporales con capacidad para alojar a 20 mil 892 personas que deban desalojar sus hogares por el peligro de sufrir inundaciones. De ese total de refugios, 28 corresponden a La Paz, con 416 aulas disponibles en las que puede alojarse a siete mil 525 personas,⁴⁴¹ pues generalmente se trata de edificios que en circunstancias normales son escuelas públicas.

Cabe mencionar aquí que la Ley de Protección Civil, como instrumento normativo de la acción institucional y social para prevenir y mitigar los desastres en el estado, no se ha cumplido en sus términos más elementales. Una de las evidencias más claras es el Artículo 4, en el cual se establece la obligación de integrar unidades internas de Protección Civil

439 *Atlas Estatal de Riesgos*, Op Cit. p.1

440 *Ibidem*

441 En la lista de sitios de riesgo para 2001 ya suman 23 los asentamientos “susceptibles” de riesgo en La Paz, pero curiosamente tampoco vuelven a aparecer las tres colonias que se mencionan.

en “establecimientos públicos y privados en los que haya afluencia masiva de personas, (los cuales) deberán crearse en un plazo no mayor de 180 días siguientes a la vigencia”⁴⁴² del ordenamiento. Han pasado cinco años de esa disposición legal y apenas se ha cumplido parcialmente, porque las autoridades del ramo carecen de personal y sólo han atendido los centros de reunión pública más importantes, lo que evidencia un atraso enorme y preocupante. No todo termina ahí: el Artículo 5 Transitorio establece la obligación de que 90 días después de publicada la misma Ley de Protección Civil deberá también darse a conocer, por parte del Ejecutivo estatal, el respectivo Reglamento para aplicarla.⁴⁴³ La administración estatal anterior terminó su mandato en abril de 1999, sin haber cumplido con esa obligación, y en los años que lleva la actual tampoco lo ha hecho. Parece que la emisión de la Ley y la creación del aparato de Protección Civil en el estado, a mediados de los 90, fue resultado de la moda emprendida desde el Gobierno federal a raíz de los sismos de 1985, porque, según los hechos descritos, su avance en el impulso de una verdadera cultura en esta materia se ha quedado congelado y restringido a la voluntad de las autoridades del ramo en turno. Así que la actuación, desordenada, de los organismos de auxilio a la comunidad en casos de emergencia tiene su impulso, realmente, en la disposición loable de los directivos de las fuerzas armadas, la buena fe de los clubes e instituciones de servicio y socorro, el temor de los habitantes a los efectos de las tormentas y, en general, a la inercia veraniega por la llegada de huracanes en cada temporada.

A pesar de la buena voluntad manifestada por Mercado Romero en el Atlas Estatal de Riesgos y en la Ley de Protección Civil, la estrategia para atender las emergencias con motivo de

442 *Ley Estatal de Protección Civil*, Op Cit, en el caso de las unidades internas de Protección Civil en los establecimientos públicos su integración se ha retrasado por aparente desconocimiento de la Ley, pero tampoco las autoridades responsables han hecho gran cosa porque se conozca. En el caso del Reglamento ni siquiera se ha presentado como propuesta.

443 *Ibidem*

la presencia de huracanes no varió mucho frente a la seguida por gobiernos anteriores: instalación de albergues con la ayuda del Ejército para alojar a quienes vivieran en zonas de peligro, pero sobre todo recurrir a la socorrida petición de ayuda al Gobierno federal. A la administración de Mercado Romero le correspondió atender las emergencias relacionadas con los huracanes *Fausto* y *Nora*, que durante 1996 y 1997 causaron perjuicios en el estado, casualmente en la zona sur, la más castigada por estos fenómenos a lo largo de la historia. Tan sólo *Fausto* dejó daños por 23 millones 439 mil pesos⁴⁴⁴ en instalaciones públicas y de servicios en los municipios de La Paz y Los Cabos.

La referencia a estos casos más recientes tiene que ver con el hecho de que la forma de atender las emergencias asociadas con los ciclones tropicales ha cambiado, en realidad, muy poco, y no existe un sistema efectivo de atención a los desastres. A pesar de que en los últimos años se han incorporado avances tecnológicos impresionantes en materia de seguimiento de este tipo de fenómenos, pueden ocurrir errores graves como aquellos que resultaron en la tragedia relacionada con el huracán *Paulina*, que en 1997 dejó daños cuantiosos en Guerrero y Oaxaca, como ya vimos. Si bien se han equipado y dotado de herramientas, uniformes, equipos y materiales a las unidades estatal y municipales de Protección Civil, y se han limpiado cauces de arroyos, también es cierto que continúan estableciéndose colonias en zonas de riesgo.⁴⁴⁵

El caso del huracán *Paulina* es, en la práctica, análogo a la tragedia ocurrida el 30 de septiembre de 1976 en La

444 *Atlas Estatal de Riesgos*, Op Cit, p. 41.

445 Los gobiernos federal y estatal entregaron unidades, herramientas y equipo de cómputo para el seguimiento de huracanes a las unidades de Protección Civil de los cinco ayuntamientos. Los cauces de los arroyos, sobre todo los que cruzan zonas urbanas, han sido limpiados y los árboles que pudieran afectar la circulación del agua fueron derrumbados para evitar complicaciones ante una tormenta. Pero, en contraparte, se han autorizado nuevos fraccionamientos en zonas evidentemente proclives a sufrir inundaciones.

Paz. Los reportes iniciales sobre la presencia del ciclón Liza, su desenvolvimiento, su magnitud y la trayectoria que seguía, como ya hemos visto, fueron no sólo confusos sino bastante lentos y mal interpretados. “Entonces no se tenían los adelantos en aparatos, en instalaciones, con la precisión que podemos tener hoy con respecto a la presencia de un meteoro de ese tipo. Eran datos aislados que teníamos (por los cuales) sabíamos que el meteoro Liza se había convertido, para el 30 de septiembre de 1976, en un huracán muy fuerte (pero) todos nos daban posiciones, hablo de los distintos observatorios, localizaciones distintas”.⁴⁴⁶ Los datos que se daban a conocer públicamente provenían, según el ex gobernador Mendoza Arámburo, de los observatorios de Tacubaya y Mazatlán, de San Diego, California, y de “unas pequeñas instalaciones que teníamos aquí en La Paz”.⁴⁴⁷ Algunos de los testimonios revelan que los habitantes de la ciudad fueron tomados por sorpresa por el fuerte viento y la lluvia, pues se había anunciado que el fenómeno llegaría en la madrugada del día siguiente, pero sus efectos se presentaron anticipadamente la tarde noche del 30 de septiembre.⁴⁴⁸ En realidad, el propio gobernador de aquel entonces reconoce que el huracán, literalmente, “nos agarró dormidos”.⁴⁴⁹ Ello refleja la ineficiencia de la estrategia que entonces estaba vigente para atender este tipo de calamidades. Pero si se hace un recuento de la presencia de huracanes desde el Siglo XIX en nuestro estado, la historia es la misma, y sólo varía en la incorporación de nuevas tecnologías para la detección de las tormentas, la disposición oportuna de información sobre su desenvolvimiento y el papel activo del Ejército en épocas más recientes. Pero el tratamiento de las emergencias en sus etapas preventiva, durante y

446 Ángel César Mendoza Arámburo, entrevista, mayo de 1995.

447 *Ibidem*

448 En las dos estaciones de radio que existían entonces en La Paz no quedan datos acerca de los mensajes transmitidos a los vecinos en prevención de la llegada del huracán.

449 Ángel César Mendoza Arámburo, entrevista, mayo de 1995.

posterior sigue siendo idénticamente desorganizada. En la fase para devolver las actividades a su cotidianidad, sobre todo, el Gobierno ha tenido que recurrir siempre a solicitar el apoyo de la Federación o la solidaridad de gobiernos y vecinos de otros estados, con la consiguiente lentitud que ello significa para que los afectados dispongan del auxilio y restablezcan sus condiciones de vida común.

Un aspecto importantísimo en la relación de los californianos del sur con los ciclones tropicales tiene que ver con el breve relato con que iniciamos el presente trabajo. La selección de la narrativa de Miguel del Barco sobre la tragedia en la Misión de Guadalupe en 1744 fue a propósito para hacer ver, a lo largo del texto, la influencia que desde entonces tenía la creencia en un ser divino y superior para proteger a los habitantes ante la presencia de un fenómeno de la naturaleza, de orden meteorológico y de efectos impredecibles, la alusión a un milagro de la Virgen María que salvó de morir, en los hechos referidos, a la mujer que después asignaría a su hijo el nombre de Mariano de la Luz en pago por el supuesto favor providencial, es análogo a una serie de hechos que se presentaron antes y después en Baja California Sur en relación con los ciclones tropicales.

La referencia a la ayuda de Dios, de la Virgen María o de algunas de las figuras mítico religiosas ha sido frecuente en los casos de las tormentas y otros fenómenos de este género. Se ha mencionado, por ejemplo, la intervención milagrosa que se atribuyó a la Virgen María durante la etapa misional, cuando prodigaba generalmente buen tiempo a las naves que transportaban víveres desde Sonora y Sinaloa para que el padre Juan María de Salvatierra mantuviera el proyecto misional. Entre otros, hay un dato curioso más reciente que tiene que ver con el mal tiempo y la intervención divina en el alejamiento del peligro. Sucedió en 1941 que tres enormes culebras de agua surgieron en la bahía de La Paz causando el alboroto de los lugareños acostumbrados todavía a los días apacibles previos a la avalancha colonizadora. Los

fenómenos se alzaron como tres gigantescos hongos sobre el mar y con un zumbido estruendoso succionaban el agua de la superficie para hacerla ascender y causar un nublado que amenazaba con desaparecer la ciudad en medio de la tempestad. El relato tiene ciertas referencias vagas y otras concretas que, incluso, algunos recuerdan con claridad, y aluden a un panorama a tal grado espantoso que el cura del lugar tuvo que hacer sonar las campanas para llamar al pueblo y enfrentar el inminente desastre. Los habitantes decidieron hacer frente a la emergencia sacando en procesión a la Virgen, en su estandarte, dirigiéndola para que alejara el mal. El desenlace fue igual de exitoso al que se adjudica en trances similares de tiempos pasados. Las tres enormes culebras que con figuras de tornado se acercaban amenazadoramente a la ciudad se fueron alejando poco a poco hasta disiparse.⁴⁵⁰ Otro fenómeno parecido ocurrió muchos años atrás, en 1918, poco antes de que llegara un ciclón de consecuencias devastadoras. Ya se ha citado en la anterior relación de los ciclones de la época, pero cabe mencionarlo para insistir en la influencia de las creencias divinas como una forma de encomendarse y clamar auxilio ante un peligro inminente, con origen en un fenómeno natural, pues también se vio relacionado el párroco en turno, en condiciones parecidas, como guía espiritual de la Protección Civil.

El mismísimo ingeniero Sebastián Díaz Encinas, que tan acertadamente predijo la tragedia del ciclón Liza, pedía no sólo la intervención urgente del gobernador de entonces para poner solución al evidente peligro en que estaba la ciudad, sino que también manifestaba su confianza en que un ser celestial protegiera a los vecinos ante el inminente desastre: “Las familias, que Dios no permita, lleguen a estar en tan enorme apuro por la incapacidad de funcionarios mediocres que no han sabido medir las consecuencias ni

450 *Félix Ortega Romero*, Op Cit, p. 120.

guardar la postura de hombres, defendiendo la vida del pueblo”.⁴⁵¹ Es obvio que en este caso las plegarias no fueron atendidas ni por Dios ni por el gobernador. Cabe mencionar que en gran parte de las referencias a los ciclones en el estado se citan los ruegos a las divinidades para librar la evidente situación desastrosa, probablemente como la última forma de intentar salvarse ante la ineficacia de los sistemas de tratamiento de emergencias. A Él, a Dios, se le encomienda todavía en la actualidad que proteja a la ciudad de una tormenta de la magnitud del ciclón Liza, pues se observa que se siguen asentando unidades habitacionales en los lechos de los antiguos arroyos: “Dios guarde... Dios guarde una avenida de agua, quién sabe cómo les vaya”⁴⁵² a los habitantes de las zonas de riesgo.

Menos creyentes en las divinidades que la casi generalidad de las víctimas, los gobernantes prefieren atribuir a los fenómenos naturales y a los desastres características extraordinarias, como una forma de eludir las responsabilidades. Es interesante citar lo que sucedió con el huracán *Paulina* que en 1997 azotó Acapulco y su presencia derivó en la muerte de 217 personas, además de los daños inmensos. Resulta una evidencia del camino oficial hacia la justificación que siguen las autoridades, porque permitió “de nueva cuenta observar la alineación del discurso político gubernamental reactivo con la explicación “técnica” del fenómeno, utilizada ésta como “disolvente” de posibles responsabilidades”.⁴⁵³ Si en la tragedia del ciclón Liza se argumentó, por las autoridades de entonces, que ningún bordo habría podido contener un volumen de agua como el que se presentó, el caso del huracán *Paulina* sería análogo en justificaciones. Con la diferencia de que éste ocurrió 21 años después del Liza, ya cuando las

451 *Sebastián Díaz Encinas*, documento de advertencia al gobernador Félix Agramont Cota.

452 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001.

453 *Jesús Manuel Macías y Aurelio Fernández Fuentes*, Op Cit, p. 4.

instituciones contaban con notables avances tecnológicos en materia de detección de este tipo de fenómenos y con planes oficiales de actuación para prevenir y proteger a los ciudadanos.

Parece entendible, en este aspecto, que las autoridades del recién constituido estado de Baja California Sur no disponían de elementos para actuar en casos de emergencia. Con un año de ejercicio como entidad federal autónoma, en 1976 la administración local carecía de elementos normativos y financieros que le permitieran disponer de un aparato encaminado a ordenar el crecimiento urbano, ofrecer tierras seguras y servicios a los nuevos vecinos y, al mismo tiempo, prevenir los desastres por la influencia de los huracanes, sobre todo si se sabe que cada año tiene lugar su presencia amenazadora. Sin embargo, sí había la obligación moral de velar por el interés de todos los sudcalifornianos, más allá del origen étnico que tuvieran. “El Gobierno es la autoridad, es el poder institucionalizado, es (...) una junta de agentes societarios que administran los haberes y las políticas públicas, entre otras cosas. En este sentido, frente a los desastres tiene responsabilidades otorgadas de manera inherente al poder que representa”.⁴⁵⁴ A este respecto, estudios recientes evidencian una tendencia a tratar de diluir la responsabilidad de los funcionarios públicos atribuyendo los resultados catastróficos al carácter fuera de lo común de los fenómenos a los cuales se asocian. “El camino de la argumentación “oficial” típica (...) suele arrojar el desastre al dominio de lo “científico técnico” para evadir otras consideraciones sustantivas relacionadas con la dimensión social, política, económica y jurídica”.⁴⁵⁵ Así, en el caso del *Paulina* “la ocurrencia del huracán (y el desastre) se llevó a un cierto nivel de trivialización mediante un

454 Jesús Manuel Macías, *Eventualidad: el reventar de las cloacas*, Georgina Calderón Aragón y Jesús Manuel Macías, coordinadores. Desastre en Guadalajara: notas preliminares y testimonios. CIESAS, 1994. p. 41.

455 Jesús Manuel Macías-Aurelio Fernández Fuentes, Op Cit, p. 2.

recurso de argumentación que lo coloca como un hecho “sin precedentes”, “extraordinario”, que justificaría por sí mismo toda suerte de destrozos y la pérdida de vidas humanas”.⁴⁵⁶

En el Atlas Estatal de Riesgos, se establece que entre 1976, año del desastre, y 1977 se presentó uno de los períodos de “mayor anomalía de la temperatura superficial del mar”,⁴⁵⁷ la cual, como se ha visto, es condición indispensable para el surgimiento de los huracanes. Otras épocas de ascensos en la temperatura, relacionados con las alteraciones que se conocen como *El Niño*, ocurrieron, según el mismo Atlas Estatal de Riesgos, en 1982-1983, 1986, 1987, 1991-1992 y 1993-1994. Por su parte, el último gobernador territorial, Félix Agramont Cota, justificó la catástrofe aludiendo a las “condiciones meteorológicas (que hicieron que) en una zona determinada (las sierras de donde surgen los arroyos que desembocan en La Paz) se descargara una gran cantidad de agua que iba siendo movida por los vientos del propio ciclón”.⁴⁵⁸ En algún momento, pasada la tragedia, al ex gobernador se le acusó de haber comerciado con terrenos, arroyo abajo, que habían sido propiedad de la familia del ilustre profesor Domingo Carballo Félix. Según los señalamientos, Agramont Cota había obtenido ganancias millonarias por vender al Instituto Nacional del Fondo para la Vivienda de los Trabajadores (Infonavit) la “huerta” de Carballo Félix,⁴⁵⁹ a fin de construir 306 casas para empleados, a pesar de que el inmueble había sido donado al Gobierno territorial. Pero el gobernador de la transición sostiene que eso es una falacia, que en realidad el Gobierno federal compró las tierras a la familia de Carballo,

456 Ibidem. El trabajo aquí citado analiza lo ocurrido en 1997 en Oaxaca y Guerrero, por el embate del huracán *Paulina*, y lo hemos referido por sus semejanzas con lo sucedido con Liza en 1976 en La Paz.

457 *Atlas Estatal de Riesgos*, Gobierno de Baja California Sur, Secretaría de Gobernación, p. 56.

458 Félix Agramont Cota, entrevista, enero de 2001.

459 Isabel Zamorano, enviada al lugar de la tragedia, Excélsior, 3 de octubre de 1976.

a petición del mismo profesor, y el Gobierno estatal sólo sirvió de intermediario en la transacción. Para Agramont no hay, en el recuento de los hechos, “absolutamente nada. Nada, nada, nada”⁴⁶⁰ de lo cual tenga él que arrepentirse respecto de la construcción del bordo y alguna posible cuota de responsabilidad en la tragedia. El presidente Luis Echeverría, a su vez, consideró que “los efectos naturales (de un) ciclón nunca se podrán mitigar por ser incontrolable sus fuerzas, (pues) contra los actos de la naturaleza, cuyo desenvolvimiento es circunstancial, no hay medio capaz, seguro y cien por ciento eficiente que pueda prevenir a cabalidad los efectos negativos que pueda producir”.⁴⁶¹ Por lo que se refiere al gobernador que estaba en funciones, Ángel César Mendoza Arámburo, su argumento principal se funda en que “fue una ocasión sin precedente en cuando a la magnitud del meteoro (de tal manera que el bordo de contención) soportó unas cuantas horas, nada más, y se rompió por la noche”.⁴⁶² Tampoco Mendoza Arámburo encuentra elementos para culpar a alguien de la tragedia: “Yo nunca acusaría a nadie. Fue la naturaleza la que segó, mandó sus garras a la ciudad de La Paz y *se le pasó la mano*. No fue una simple lluvia: fueron 260 milímetros, que es una cantidad tremenda, (de ahí que) las calles se convirtieron en verdaderos arroyos”.⁴⁶³ A su vez, siempre claridoso y punzante, el ingeniero Sebastián Díaz Encinas insistió en sus reproches sobre la tragedia a la entonces Secretaría de Recursos Hidráulicos. En una nota aparecida el martes 26 de octubre de ese mismo año en un modesto periódico de San José del Cabo, expresaba: “ahora quieren dar la excusa de que llovió lo que nunca. Sin embargo, no mencionan que la obra era de tierra con rocas encima, que estaba construida en un lugar inadecuado, que su elevación

460 Félix Agramont Cota, entrevista, enero de 2001.

461 Luis Echeverría Álvarez, entrevista abril de 2001.

462 Ángel César Mendoza Arámburo, entrevista mayo de 1995.

463 Ibidem. El resaltado en cursivas es nuestro.

era insuficiente (y) con poca cimentación, por lo que las aguas pasaron también por debajo del bordo”.⁴⁶⁴ Para el profesionalista, “todos los antecedentes demuestran que hubo negligencia, error, desconocimiento, falta de precaución, indiferencia y poca visión. (Así que) los muertos, los que hayan sido, son el resultado de todas esas causas”.⁴⁶⁵ El *yo acuso* del ex funcionario de varios gobiernos territoriales era implacable: “Recursos Hidráulicos tuvo la culpa porque no hizo estudios, porque realizó una obra endeble en un lugar equivocado y porque no tuvo personal que pudiera conjurar el peligro. Hubo negligencia de parte de las autoridades de La Paz, porque no se procedió a un desalojo integral. Hubo falsedad en los informes meteorológicos de Recursos Hidráulicos y de la Secretaría de Agricultura. Hubo descuido porque nadie previó una catástrofe (...) Los muertos son el testimonio de una grave equivocación, de una imperdonable falla humana”.⁴⁶⁶

Uno de los aspectos que más ha estado presente en el consciente colectivo de los paceños de la época es el rumor, ya mencionado, en el sentido de que el Ejército habría provocado una explosión en el bordo, para que éste se rompiera por la parte de la zona urbana en la que los daños tuvieran una menor repercusión económica y social. Visto objetivamente, el represo pudo romperse en cualquiera de sus partes y los muertos y los daños a ocurrir en uno u otro sector de la ciudad: la de antaño o las colonias nuevas e irregulares. “De acuerdo (con) un estudio técnico, hubo un momento en que la avenida tuvo cinco mil metros cúbicos por segundo y naturalmente eso provocó el rompimiento”.⁴⁶⁷ Según las versiones

464 *La Extra*, Número 1-65. Martes 26 de octubre de 1976. San José del Cabo, BCS, Epoca II. Como se ha visto, Díaz Encinas advirtió sobre los riesgos de la tragedia con más de cuatro años de anticipación.

465 *Ibidem*

466 *Ibidem*

467 *Salvador González Pérez*, reportero, *Excélsior*, ejemplar de la época, archivo personal.

que circularon tras el desastre, las autoridades, incluso el gobernador Ángel César Mendoza, habrían decidido romper deliberadamente el muro en su sector sur. Era preferible que las aguas acumuladas por la lluvia escurrieran por el arroyo Del Palo, donde se asentaban los nuevos vecinos, a que lo hicieran por los cauces del centro, sobre todo el de la 16 de Septiembre, donde se localiza la parte tradicional de La Paz. De haber sido así, la ciudad prácticamente habría desaparecido y es casi seguro que los sobrevivientes serían, paradójicamente, quienes hoy están sepultados, en el panteón o en el lugar del desastre. El comentario generalizado es que decidida la ruptura del dique se comisionó a un pelotón de soldados que acudieron a cumplir con la encomienda. En este sentido, nada hay documentado sobre lo que se dijo por parte de la gente. De hecho, no habría manera de hacerlo porque, de haberse tomado una decisión así, hubiera tenido el carácter secreto que se asigna a tales asuntos. Lo único que existe en los archivos es un mensaje en el cual se informa del deceso del cabo Lorenzo Castro Castañeda, perteneciente al décimo cuarto Batallón de Infantería, quien el día del embate del ciclón “falleció ahogado en actos de servicio (...) habiendo sido localizado e identificado”⁴⁶⁸ al día siguiente. El documento no precisa las circunstancias en que murió el soldado, y mucho menos si tuvo alguna relación con la pretendida explosión intencional del muro. Al respecto, queda entre los comentarios sobre el desastre la versión de que varios soldados murieron en el sitio y el momento del estallido, y que sus familias emigraron del estado sin que hayan quedado rastros de ellas. En general, respecto de la supuesta decisión de dinamitar el represo existen testimonios en favor y en contra. Hay quienes

468 *Radiorama*, número 9338 del 3 de octubre de 1976, dirigido por el comandante de la III Zona Militar, Antonio Riviello Bazán, al secretario de la Defensa Nacional, Hermenegildo Cuenca Díaz. Archivo del ciclón Liza, Legajo 1, 1976.

piensan que sí pudo ocurrir y otros que descartan que haya habido un acuerdo para romperlo. El ex gobernador Mendoza Arámburo sostiene que ni siquiera se hubiera podido acudir al sitio donde, se supone, sería la explosión: “no se podía llegar a esa zona. Era imposibilidad material estar ahí, y menos todavía ponerle dinamita para que explotara, (y aunque) esa versión se estuvo escuchando (pasada la tragedia) le aseguro que no fue así. Nunca lo ordenó mi comandante de la Zona Militar ni tampoco las autoridades civiles. El bordo se rompió por tal cantidad de agua que se había acumulado”.⁴⁶⁹ Lo cierto es que de parte del Ejército “no ha habido una explicación (en torno de ese caso en específico, porque a) las fuerzas armadas (...) es difícil preguntarles, y por su hermetismo que tienen ellos para decir las cosas al momento (...) no se puede decir nada, (...) y menos en aquellos tiempos”.⁴⁷⁰ Oficialmente, las versiones de los ciudadanos nunca fueron confirmadas, pero tampoco desmentidas.

De cualquier manera, tiene que destacarse la labor de las fuerzas armadas, porque el Ejército fue la única institución que para la fecha de la tragedia del Liza tenía un plan específico encaminado a atender un desastre: el DN III-E, vigente desde diez años antes en todo el país, y que en este caso se empezó a aplicar desde el momento en que se confirmó el avance del ciclón hacia la ciudad. Así lo hizo ver el entonces gobernador en funciones en un texto dirigido al secretario de la Defensa Nacional, Hermenegildo Cuenca Díaz, el cual fue retransmitido luego a todo el personal militar destacado en la entidad. Aunque el plan no tuvo el éxito que le da origen, como lo confirma el elevado número de víctimas, el gobernador Mendoza expresaba las “muestras cabales de nuestra gratitud, a nombre del pueblo y el Gobierno sudcalifornianos, por la invaluable ayuda

469 Ángel César Agramont Cota, entrevista, mayo de 1995.

470 Alfredo Carballo Cota, entrevista, octubre de 2000.

recibida (...) desde el momento de la tragedia”.⁴⁷¹ El primer gobernador de elección directa en el estado enaltecía el “glorioso pasado” y el “singular presente” del Ejército, y exhortaba a su personal a “continuar actuando con la misma solidaridad, patriotismo y sacrificio en beneficio de la población afectada por diversos desastres”.⁴⁷²

El saldo de la catástrofe, en lo económico, fue expuesto ampliamente por las autoridades: “las pérdidas ocasionadas por el meteoro ascienden a unos 300 millones de pesos y tardaremos muchos meses para volver a ver en pie a esta capital de 80,000 habitantes”.⁴⁷³ Conforme pasaba el tiempo y se asumía la magnitud del desastre, hubo voces que pedían una investigación y castigo ejemplar para quienes autorizaron la obra, los que la construyeron, aquellas autoridades que permitieron los asentamientos humanos en los cauces de los arroyos y quienes emitieron avisos confusos sobre el ciclón y no desalojaron a la gente de las zonas de riesgo. El diputado local Gilberto Márquez Fisher figuró como uno de los líderes locales que más insistió para que se castigara a los culpables.⁴⁷⁴ El procurador general de la República, Pedro Ojeda Paullada, recibió la orden de emprender una indagatoria exhaustiva. Los señalados como principales responsables de la tragedia fueron el último gobernador territorial, Félix Agramont Cota; el contratista que hizo la obra, Luis Jaime Salgado,⁴⁷⁵ y los funcionarios de la Secretaría de Recursos Hidráulicos que

471 *III Zona Militar*, oficio 47295, en el cual se hace extensivo el oficio enviado por el gobernador al secretario de la Defensa Nacional. Archivo del ciclón Liza, Legajo 1, III Zona Militar, La Paz, BCS.

472 *Ibidem*

473 *José R. Gámez Terán*, corresponsal en el estado, *Excélsior*, 3 de octubre de 1976, las estimaciones son del jefe de la Policía Municipal, Rubén Moreno Zendejas.

474 *S. F. Sunday & Examiner Chronicle*, *Mexican criminal investigation start in Liza's Wake*. p. 8.

475 Entre las acusaciones al ex gobernador Félix Agramont Cota se llegó a mencionar una relación de parentesco con el contratista, pero el ex mandatario negó que haya existido.

la recibieron: Hilario Valenzuela Corrales, gerente general, y sus subalternos: Carlos Herrera y José Gamboa, jefes de Obras y de Servicios Administrativos de la institución. Igualmente, se designó una comisión de técnicos y especialistas que elaborarían un dictamen sobre el represo, en apoyo de la misma averiguación. En el Congreso de la Unión hubo diversas expresiones. El diputado por el Partido Revolucionario Institucional, Heladio Ramírez López, adjudicó la tragedia a “la irresponsabilidad de fraccionadores y especuladores de las tierras rurales y urbanas”,⁴⁷⁶ mientras que el legislador Juan Torres Ciprés, de Acción Nacional, “pidió que se investigue si hubo irresponsabilidad de técnicos de la Secretaría de Recursos Hidráulicos en la construcción de las obras de defensa contra inundaciones para que se les imponga un castigo”.⁴⁷⁷ De las quejas a nivel local nunca se conocieron resultados. Tampoco de las investigaciones que realizaron o debieron llevar a cabo las autoridades federales. El contratista que tuvo a su cargo la obra “sospechosamente se volvió *ojo de hormiga*”⁴⁷⁸ y no pudo ser localizado en su oficina ni en su domicilio para exponer su versión de los hechos.⁴⁷⁹ Los funcionarios dieron las explicaciones ya descritas sobre el enorme caudal provocado por las lluvias y la imposibilidad de prever una avenida de esa magnitud.

En cuanto a las responsabilidades, es evidente que, como ha sucedido siempre, “el costo total de (un) desastre es pagado por la sociedad mexicana y no por los negligentes funcionarios y gobernantes que incurrieron en actos de omisión y faltas a sus deberes y obligaciones”.⁴⁸⁰

476 Recortes periodísticos de la época. Archivo personal.

477 Ibidem

478 Ibidem, nota de José Luis González Gallo. Las cursivas son nuestras.

479 S *Larry D. Hatfield*, reportero, **F Sunday & Examiner Chronicle**. Op Cit, p, 8, Sección A, 10 de octubre de 1976, escribió: “the dom was constructed by prominent La Paz contractor Luis Jaime Salgado. He could not be reached for comment”.

480 *Jesús Manuel Macías*, Op Cit, p.11.

En cuestión de desastres en México hay un refrán que reza: *Ahogado el niño, se tapa el pozo*. Así ocurrió pasada la tragedia del ciclón Liza. El nuevo responsable de la Secretaría de Recursos Hidráulicos en el estado, Eduardo Ruiz Castro, anunciaba que “definitivamente el represo (del arroyo) El Cajoncito será reconstruido nuevamente, pero ahora planificado técnicamente con una serie de estructuras que en conjunto se les denominará Obras de Resguardo, Control y Encauzamiento de Avenidas Pluviales”.⁴⁸¹ Esta vez con extrema prontitud, fue “destacada una brigada de geología para (realizar) los estudios *geotérmicos* en dos sitios conocidos como “Buena Mujer” y “Palmarito”, ambos paralelos al cauce del arroyo”.⁴⁸² Ese anuncio se hizo dos semanas después de la tragedia, y la intención era construir una presa que ayudara a retener los escurrimientos y aminorar su fuerza destructiva. En los siguientes meses se llevaron a cabo obra de canalización en los arroyos y se hicieron bordos para desviar hacia el Piojillo los escurrimientos principales de El Cajoncito que bajan de la sierra, reduciendo su volumen y evitando su tránsito directo hacia la principal zona urbana. Once años más tarde, en 1987, los gobiernos federal y estatal pusieron en funcionamiento, arroyo arriba, la presa de la “Buena Mujer”, destinada al “control de avenidas para evitar inundaciones y recargar el acuífero”.⁴⁸³ Sus 49 metros de altura de la cortina y los 247 metros de longitud de la corona le permiten una capacidad de almacenamiento de 14 millones de metros cúbicos de agua en sólo una de las dos principales zonas alimentadoras de la cuenca. Sin embargo, “a pesar de que se han creado (esas) obras de ingeniería para el encauzamiento de (las) corrientes

481 *Leoncio Aguilar*, nota en *El Tiempo de La Paz*, sábado 16 de octubre de 1976, p. 1, Volumen 4.

482 *Ibidem*. La cita es textual, pero el subrayado en cursivas es nuestro.

483 Placa descubierta en el sitio de la presa en el momento de su inauguración por el presidente Miguel de la Madrid y el gobernador Alberto Andrés Alvarado Arámburo.

fluviales, estas no han eliminado el peligro a futuras inundaciones en la ciudad”.⁴⁸⁴

Veinticinco años después de la tragedia asociada con el ciclón Liza, la ciudad de La Paz sigue siendo amparo y refugio de inmigrantes de diversos estados de la República. Gran parte de los sitios que afectó el arroyo Del Palo están de nuevo ocupados por asentamientos humanos, protegidos por un canal de llamada que desfoga las aguas de la zona del antiguo represo hacia el mar. Se han incorporado una enorme cantidad de colonias nuevas, esta vez más hacia el Este y hacia el Sur. Las instituciones académicas y de investigación que surgieron en aquella época han alcanzado su madurez, aunque ninguna tiene carreras formadoras de especialistas en el estudio de los ciclones tropicales ni de sus efectos. Los ciudadanos conviven en una plausible pluralidad democrática. La economía sustentada en el comercio de importaciones ha ido dejando su lugar a los servicios, especialmente al turismo. La capital del sur peninsular ha seguido creciendo a pasos agigantados y ahora la población del municipio del que es cabecera se aproxima a los 200 mil habitantes. Gran cantidad de ellos forman parte de las “nuevas generaciones que no han visto verdaderas tragedias sucedidas anteriormente”.⁴⁸⁵ Los antiguos cauces naturales de los arroyos de su cuenca siguen perdiéndose en el avance de la mancha urbana. Muchas cosas han cambiado desde el desastre del 30 de septiembre de 1976, pero hay algo que los observadores advierten que sigue igual: “ya sea por sus condiciones topográficas o por la nula planeación urbana con la cual se ha desarrollado, (la ciudad) no está preparada para afrontar

484 *Isabel Cristina Beltrán Cota*. Op Cit, p. 1.

485 *Isidro Jordán Carlón*, VII regidor del Cabildo de La Paz. Escrito enviado a la sección “*Buzón del lector*”, del diario *El Sudcaliforniano*, publicado el 2 de agosto de 2001, p. 6-A. Testigo de la tragedia del 30 de septiembre de 1976, Jordán escribió el texto para pedir “paciencia” a los paceños de la actualidad, ante las quejas por los destrozos que causó una lluvia más o menos fuertes el 27 de julio de 2001.

la lluvia, mucho menos un huracán”.⁴⁸⁶ No sólo eso. Las nuevas advertencias sostienen que “las autoridades (en general) han demostrado una mínima capacidad técnica para afrontar un estado de emergencia ocasionado por una gran avenida pluvial”.⁴⁸⁷ A pesar de esa situación desventajosa, “las autoridades municipales han (permitido) la creación de nuevos asentamientos humanos, algunos de ellos en zonas consideradas de alto riesgo”.⁴⁸⁸ Como si se tratara de insistir en la lección del desastre, los señalamientos recuerdan que “el último fenómeno que afectó a La paz de manera directa fue (el ciclón Liza) en el año de 1976, y desde entonces a la fecha, la gente sigue construyendo en arroyos (y) los nuevos desarrollos habitacionales carecen de drenaje pluvial”.⁴⁸⁹ La cuestión es que, a pesar de este panorama, de nueva cuenta surge el “eterno discurso oficial, mezcla de resignación, impotencia y engaño, (sobre) la indefensión de la ciudad ante las lluvias”.⁴⁹⁰ En la falta de planeación y previsión parecieran influir, a estas alturas de la Historia del estado, actitudes de corte político. Casualmente, la ciudad de La Paz ha tenido administraciones surgidas de los tres principales partidos vigentes en el país a finales del Siglo XX: Revolucionario Institucional, Acción Nacional y de la Revolución Democrática, éste último coaligado con el Partido del Trabajo. Lo que pareciera ser algo positivo, por tratarse del reflejo de una sana convivencia electoral y la emisión de un voto reflexivo por parte de los ciudadanos, en materia de Protección Civil ha resultado con un saldo francamente adverso. Las diferencias partidistas han

486 *El Sudcaliforniano*, “Diálogos de Política”. Primera sección, 31 de julio de 2001.

487 *Ibidem*

488 *Ibidem*

489 *Ibidem*, fue, en su momento, uno de los medios que mayor cobertura otorgó en sus páginas a la tragedia relacionada con el ciclón Liza. En ese entonces hacía, también, prácticamente las mismas reflexiones.

490 *Alejandro Álvarez Arellano, La ciudad y las lluvias, El Sudcaliforniano*, 3 de agosto de 2001, p. 4, Primera Sección. El texto tiene su origen en los daños que causó la tormenta del 27 de julio de 2001.

impedido asumir una solución con vista de largo plazo para proteger a los habitantes. “Para escabullir el bulto y amainar las críticas, las autoridades siempre acuden al argumento de haber enfrentado “las peores lluvias en décadas”. De tal forma que año con año tenemos el mismo pretexto. La realidad es que no se ha querido enfrentar con decisión la necesidad de instrumentar un programa a futuro que seguramente involucraría varias administraciones municipales”.⁴⁹¹ Los gobiernos entrantes casi siempre acostumbran desentenderse de los planes de sus antecesores y no se preocupan por poner solución a un asunto que requiere un trato prioritario y colectivo para la seguridad de todos. “La administración pública exige que los gobernantes adquieran una visión de largo plazo, pero ocupados como están en sus inacabables campañas para garantizar la continuidad de su carrera política, el futuro en este sentido no parece muy optimista”.⁴⁹² Ante el nuevo panorama y la continuidad de factores de riesgo y vulnerabilidad semejantes y, para unos, incluso peores a los que existían cuando ocurrió el desastre del Liza, persisten expresiones de esperanza que tampoco han cambiado, y que acompañan a los sudcalifornianos y paceños desde hace muchos años: frente a los fenómenos meteorológicos, para proteger a la ciudad y a sus habitantes, queda a todos confiar en que “Dios guarde una avenida de agua”.⁴⁹³

491 *Ibidem*

492 *Ibidem*

493 *Consuelo Bátiz Ríos*, entrevista, junio de 2001.

*En la inmensidad del mar
se interna, tierra atrevida,
la tierra peninsular
donde es un soplo la vida.*

*Es la tierra del sol
que queremos con cariño,
que algunos llaman amor
como de madre a su niño.*

*Sus pueblos hospitalarios
nos acogen sin recelos
y sus templos centenarios
reciben nuestros anhelos.*

California del sur
Julio E. Valencia Ibarra⁴⁹⁴

494 Fragmento del poema **California del sur**, aludido por Gilberto Ibarra Rivera, Op Cit, pp. 175-177.

A manera de conclusiones

Los recuerdos

Hay que empezar por decir que la tragedia del 30 de septiembre de 1976, acontecimiento catalizador de la presencia de huracanes en el estado de Baja California Sur, no ha merecido una reflexión como parte de un asunto que forma parte de un proceso de integración de la sociedad sudcaliforniana actual. Que se ha estado dejando al tiempo el papel triste de encubridor del olvido. A caso 40 años de aquel desastre sigue sin hacerse justicia a los cientos de víctimas, muchos de ellos niños y mujeres, que formaron parte de la elevadísima cuota pagada por la ciudad de La Paz ante la Naturaleza por su crecimiento desordenado, anárquico. Resulta extraño y paradójico que mientras en nuestro país algunos sectores, sobre todo intelectuales, reclaman la integración de comisiones de la verdad y reabrir expedientes de sucesos como el reprimido movimiento estudiantil de 1968, la mal llamada *Guerra Sucia* de los años sesenta, setenta y parte de los ochenta, los sismos de 1985 y los *magnicidios* de finales del Siglo XX, a los centenares de muertos por las inundaciones relacionadas con el ciclón Liza ni siquiera se les recuerde oficialmente. El pasado es también el presente de los pueblos, su reconocimiento ayuda a corregir errores, a enmendar omisiones y a forjar una identidad hacia el futuro. Sin embargo, en este caso pareciera que un parche oscuro y consciente cubre la enorme cicatriz que para la sociedad californiana del sur representan las fosas comunes del panteón de Los Sanjuanés.

Eso da pie para referirnos a un fenómeno que llama la atención: si bien los ciclones tropicales y sus riesgos están en la mente de todos, no es así en la cuestión de las medidas preventivas a nivel de grupo social y tampoco en las acciones de tratamiento de un desastre, aunque sí en las muestras de solidaridad que en el momento de una emergencia se manifiestan para la recuperación de las actividades cotidianas.

Es cierto que gran parte de las familias acuden a lo que se llama *compras de pánico*, cuando masivamente van a las estaciones de combustible y a los expendios de víveres, medicinas y bebidas, incluso alcohólicas, para hacerse de reservas. Pero en general cada quien se encierra en su hogar, o en el de algún pariente que se considera más seguro, con la rara percepción de que vivir en una ciudad, en este caso La Paz, es sinónimo de garantía de protección. Por lo común se piensa que cada cual estará seguro en su casa y que los arroyos que cruzan la zona urbana, cuyos cauces ahora se desconoce a ciencia cierta qué rumbo llevan, no afectarán la vivienda que se ocupa. De tal manera que muy pocos, frente al total de la población, aceptan trasladarse a los albergues que instalan las autoridades al aproximarse las tormentas. Esto ocurrió con más claridad durante la presencia del ciclón Liza, por las circunstancias y factores que ya se han expuesto. En los hechos, esa tragedia fue un amargo llamado de atención por el desorden urbano y la falta de planes de Protección Civil eficientes y efectivos. En este sentido, el problema es que las nuevas generaciones, tanto de nativos como de avecindados, evidentemente no tienen en claro los peligros a que la ciudad está expuesta, con todo y las actuales obras de encauzamiento de las avenidas pluviales.

Quizá quepa aquí hacer una aclaración, la cual tiene que ver con nuestro afán por hacer más entretenida la narración, pero también con las conclusiones a que llegamos: porqué incluimos al principio y por separado el relato del padre Miguel del Barco sobre los hechos ocurridos en la Misión de Guadalupe, en la sierra de Mulegé, en el año de 1744. Se trata de una relación en la que están presentes gran parte de los ingredientes de nuestro texto, como totalidad. Es decir que, en esa primera descripción de una tragedia relacionada con fuertes lluvias, están presentes varios puntos que pretendíamos explicar. Por ejemplo: esa catástrofe no habría alcanzado la magnitud que tuvo si se hubieran tomado las precauciones para proteger a los feligreses en el principal sitio de reunión pública. Tampoco si en la construcción del edificio se hubiese aplicado una técnica que tomara en cuenta

los riesgos que causa la lluvia y antecedentes de los niveles que había alcanzado en ocasiones anteriores. El relato también nos enseña el aumento del grado de vulnerabilidad de una sociedad conforme se ha vuelto sedentaria y por lo tanto más compleja. Hay que recordar que los californios de la época no llevaban, para ese entonces, ni siquiera medio siglo en su nuevo modelo de organización social, y que de hecho aún no abandonaban su condición de cazadores recolectores. De esta manera se colige que no había registros de experiencias pasadas sobre volúmenes de precipitaciones y técnicas de construcción que valoraran el contexto. El hecho igualmente arroja luz acerca de la creencia fatal de que Dios, una divinidad, es la única opción para salvar a quienes están en peligro de morir a causa de una catástrofe, cuando todas las previsiones humanas han fallado, algo que se mantiene presente en la conciencia de gran parte de la colectividad hasta nuestros días.

También es claro que en cada afectación relacionada con una tormenta se han incorporado nuevas formas de tratamiento de las emergencias, debido a la influencia que ejercieron las circunstancias. Como es natural, conforme ha transcurrido el tiempo pueden observarse avances tecnológicos, lo que se va sumando a la experiencia de los lugareños para enfrentar los embates de los ciclones tropicales y sus riesgos.

En el caso de la primera línea de trabajo, la de la prevención, hay que aclarar que por razones evidentes ni los antiguos californios ni los misioneros ni los rancheros dispusieron de los adelantos que, a partir de mediados del Siglo XX, incluso antes, comenzaron a incorporarse para registrar el nacimiento y posterior desarrollo de un fenómeno hidrometeorológico. Mucho menos, desde luego, de la tecnología en imágenes satelitales, la red de instalaciones para el monitoreo atmosférico y hasta los aviones *cazahuracanes* con que ahora se cuenta. De tal manera que la cuestión preventiva es reciente. De hecho, el Sistema Nacional de Protección Civil establecido por el Gobierno federal para coordinar la labor de las autoridades, en todos sus niveles, y la acción de organismos públicos y

privados para la atención de emergencias, inició su operación después de mediados de los años ochenta, luego de los sismos de 1985 en la Ciudad de México. Más adelante fue creada la Dirección General de Protección Civil en la Secretaría de Gobernación y, enseguida, el Centro Nacional de Prevención de Desastres (Cenapred) como órgano técnico científico. En el plano estatal, el marco normativo es la Ley Estatal de Protección Civil aprobada por el Congreso en mayo de 1996, es decir, veinte años después de la tragedia asociada con el ciclón Liza. Sólo por mencionar un dato elocuente sobre el rezago en este ámbito, hay entidades del país que a estas alturas no cuentan con su propia legislación, y la de carácter federal también data de hace poco tiempo. Así que en el caso de las tormentas más antiguas las advertencias eran apenas el sentido de orientación de los marinos, las “venteadas” de las personas mayores, la acumulación de experiencias de los rancheros y los períodos de bochorno y la cantidad de nubes que se generaba previo a las precipitaciones. Pero no se crea que los habitantes urbanos de las épocas más cercanas han sabido aprovechar los avances tecnológicos disponibles para prever un desastre en relación con la presencia de un temporal. El problema de la falta de prevención siguió siendo el *talón de Aquiles* de la Protección Civil en nuestro país hasta finales de la centuria pasada, y para citar un ejemplo baste con referir los efectos impactantes de 1997 en el puerto de Acapulco asociados con el huracán *Paulina*.

En cuanto a la atención durante la emergencia, en 1976 las autoridades estaban en una situación de indefensión análoga a la de los habitantes de la entidad. Es evidente que hasta antes de la presencia del ciclón Liza no existían los planes de seguridad para la comunidad en el momento del embate de un meteoro. Sólo en el Ejército había, desde diez años antes, una coordinación y personal dedicado a tareas de salvamento y ayuda, pero las medidas aplicadas no resultaron lo efectivas que se esperaban, como lo confirma el elevado número de víctimas. Lo más triste es que en el consciente colectivo de los paceños de la época de

las inundaciones quedó fijo, casi como un hecho, el supuesto que se esparciera tras la emergencia en el sentido de que un comando de soldados tuvo a su cargo la ruptura intencional del bordo de contención por la parte menos perjudicial para el conjunto de la ciudad. Dinamitar el muro habría sido, según el fuerte rumor, una decisión de las autoridades civiles y militares. Al reventar el dique, el torrente de agua circularía por la sección “nueva”, donde estaban los asentamientos irregulares, habitados por los inmigrantes, pero quedaría a salvo la parte central, esto es, la zona comercial, las áreas de Gobierno, el malecón, los edificios de antaño y, por cierto, la propia sede del destacamento miliar en la avenida 5 de Mayo. El ciclón Liza y la catástrofe con la que se asocia podrían ser, así, la lamentable conclusión de la permanente falta de planes para la atención de emergencias. El hecho es que los habitantes se han rascado con sus propias uñas durante los embates de los huracanes, y la ausencia de programas específicos se han tenido que sustituir con las experiencias de antaño, con incipientes artes y técnicas para tratar de evitar inundaciones o salvar vidas ante el peligro y, lo más trágico, con la impotente encomienda de la vida al designio de las divinidades frente a la fuerza devastadora de la madre Naturaleza.

Por lo que hace a la tercera vertiente, la del tratamiento de la fase posterior a la tragedia, es decir, la consabida vuelta a la “normalidad” en las actividades humanas, tampoco ha habido una gran evolución, aunque puede decirse que sí es el factor que presenta mayores cambios. A pesar de eso, es la parte que más dudas genera, sobre todo por el manejo de la ayuda a los afectados. Como se expuso a lo largo del texto, básicamente en los desastres de finales del Siglo XIX y ya en los del Siglo XX, el auxilio para la recuperación ha tomado las más diversas connotaciones. Lo mismo ha habido una franca liberalidad de los gobiernos centrales para enviar dinero a las autoridades locales, que la exigencia de revisar con pulcritud la asignación de los apoyos, o bien la suspicacia por los manejos poco claros de los criterios para evaluar los daños y compensar las pérdidas. Poco

a poco se fueron incorporando modalidades que iban desde la inclusión de élites en la administración de la solidaridad, hasta el tratamiento político electoral de las donaciones y las evidentes sospechas de corrupción en el otorgamiento de las indemnizaciones. Hay que dejar en claro, en este sentido, que la estrategia local para paliar una tragedia relacionada con el embate de huracanes siempre ha sido la misma: implorar la ayuda del Gobierno federal para que reconozca el estado de desastre, y así hacerse de recursos, socorrer a los damnificados, recuperar los servicios y volver las actividades cotidianas a la llamada normalidad.

Lo que tampoco deja lugar a dudas es que mientras una sociedad es más grande y compleja, mayor es su grado de vulnerabilidad ante las catástrofes y que por mucho que hayan sido los esfuerzos de las generaciones que han ido conformando la población para ordenar los asentamientos, hay diversos factores que influyen, alteran y sobrepasan, rompen cualquier normatividad. Es decir, que cuando las causas de la explosión demográfica presionan más que las reglas de control y llevan al olvido los elementos del riesgo, el incipiente equilibrio se quiebra y entonces sobreviene un peligro mayor ante las emergencias. No obstante, hay que reconocer que en una sociedad así puede ocurrir que una tragedia genere movimientos de solidaridad que superen, incluso, el papel de la propia autoridad, como ocurrió en el caso del ciclón Liza, y como lo veríamos, casi una década después, en los sismos de 1985 en la Ciudad de México.

Respecto de la capacidad de las autoridades para enfrentar un cataclismo, desde la prevención hasta el restablecimiento de las actividades cotidianas, la conclusión se presenta indubitable. En el caso del ciclón Liza está clara esta visión, que tiene, básicamente, tres variantes: una es la carencia de recursos económicos por parte del Gobierno local para hacer frente, por sí mismo, a una emergencia de la magnitud de las que han afectado a la entidad. En el desastre de 1976 fue más notorio porque el territorio había alcanzado la categoría de estado

federal, a pesar de lo cual, no tuvo margen de maniobra ni para preverlo ni para atender a los afectados. La segunda variante tiene que ver con la planeación de obras civiles destinadas, de forma paradójica, a la protección de la comunidad, como fue el caso del bordo de contención cuyo colapso provocó la muerte de los vecinos de las colonias de asentamiento reciente. Resultó claro que la represa estuvo mal proyectada y peor construida y que las autoridades optaron por la inversión menos costosa, además de persistir por lo menos la sospecha de manejos irregulares en los fondos públicos para su edificación. Aquí cabe subrayar una lamentable realidad fatal: los funcionarios desdijeron las advertencias que con precisión y claridad se hicieron con suficiente anticipación ante los riesgos evidentes. Una tercera variante es la dificultad que implica crear una conciencia colectiva uniforme en materia de Protección Civil, tomando en cuenta la pluralidad étnica que compone la sociedad del sur peninsular, en particular la de la capital. Son diferentes las formas de asumir el significado de la presencia de un ciclón tropical, aun y cuando en términos generales se reconozca la peligrosidad de un fenómeno de esta naturaleza. En este caso habría que sumar, igualmente, la indolencia que suele presentarse en ciertos niveles de autoridad para tomar conciencia al respecto y contar con órganos eficientes en la materia.

Una hipótesis más, que no se había planteado claramente en el principio, se refiere al cambio en los patrones culturales de quienes llegan a vivir a una zona urbana procedentes de comunidades rurales. Confundidos con residentes que tenían su origen en diversas entidades y, por lo tanto, poseían sus propias variantes en las costumbres, las familias de rancheros sudcalifornianos que por esa época llegaron a vivir en los nuevos asentamientos de La Paz olvidaron, curiosamente, las virtudes aprendidas de sus antepasados, los rancheros, bastante acostumbrados a “ventear” a los huracanes y sus peligros. Ese nuevo conglomerado social plural que formaba la sociedad de 1976 no supo qué hacer frente al caos generado por el embate

del ciclón Liza y el hecho de vivir en una serie de lechos de arroyos por los cuales circularía el agua acumulada en el represo a punto de reventar. Las familias asumieron como propia la supuesta seguridad que les brindaba vivir cerca de un vecino que, a su vez, compartía el mismo sentimiento prejuicioso de considerarse protegido por el simple hecho de vivir en una ciudad urbanizada y moderna.

A pesar de la diversidad cultural de su origen, la sociedad sudcaliforniana está a tiempo de tomar un rumbo que la convierta en una entidad con un modelo ejemplar de visión y con identidad propias, surgidas, precisamente, de esa multiculturalidad étnica. Siendo un estado con baja densidad de población, con ecosistemas todavía relativamente limpios y con gran parte de su territorio protegido por alguno de los formatos de reservas naturales, ofrece la posibilidad de seguir un desarrollo normado, controlado, respetuoso del entorno natural. Puede tomar el sendero de naciones modernas y pujantes que se han sustentado en los múltiples orígenes étnicos de sus moradores, incluso en sus malandanzas comunes, entre ellas la tragedia del 30 de septiembre de 1976, y convertirse en un esquema a seguir en materia de organización colectiva para el país. Debería intentarlo. Lo puede conseguir.

Finalmente, es de esperarse haber cumplido con el propósito que animó este trabajo desde el principio: que el documento tuviera una narrativa amena, ligera y fácil de leer, disfrutar y asumir y comprender. Se hizo el mejor esfuerzo, con el deseo franco de abordar con soltura, pero también con la rigurosidad del caso, un tema propio de la conciencia colectiva de los sudcalifornianos.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES:

- Amao Manríquez, Jorge Luis (1997). **Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California**. INAH, Plaza y Valdés Editores, México.
- Arámburo Salas, Francisco (SF). **Siluetas de Sudcalifornia**. Editorial Siluetas, La Paz, BCS, México.
- Beltrán Castro, Isabel Cristina (2000). **Evaluación del riesgo asociado a fenómenos hidrometeorológicos en la ciudad de La Paz, BCS, México, utilizando sistemas de información geográfica**. Tesis de Geología, UABCS, La Paz, BCS.
- Cariño Olvera, Martha Micheline (1996). **Historia de las relaciones hombre naturaleza en Baja California Sur 1500-1940**. UABCS-SEP-FOMES.
- Castorena Davis, Lorella (2000). **Palabras e imágenes de la ciudad y puerto de La Paz, 1900-1959**. Colegio de Bachilleres, La Paz, BCS.
- Clavijero, Francisco Xavier (1990). **Historia de la Antigua o Baja California**. Editorial Porrúa, México.
- Crosby, Harry (1992). **Los últimos californios**. Gobierno del estado, La Paz, BCS.
- Del Barco, Miguel (1988). **Historia Natural y Crónica de la Antigua California**. Editorial Porrúa, México.
- Del Río, Ignacio (1985). **A la diestra mano de las indias**. Gobierno del estado, La Paz, BCS.
- Del Río, Ignacio, Altamirano Fernández, María Eugenia (2000). **Breve historia de Baja California Sur**. Fideicomiso Historia de las Américas, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México.
- Desastres y Sociedad**. Revista semestral de la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina. Enero-Julio de 1994.
- Esteva, José María (1984). **La campana de la misión**. Jalapa Enríquez, México.
- García Acosta, Virginia, coordinadora (1996). **Historia y desastres en América Latina**. La Red, CIESAS, México.
- García Acosta, Virginia, Escobar Ohmstede, Antonio (2000). **Estudios históricos sobre desastres naturales en México**. CIESAS, México.
- González, Luis (1988). **El oficio de historiar**. El Colegio de Michoacán, México.
- Hernández Vincent, Miguel Ángel (1998). **Desarrollo, planificación y medio ambiente en Baja California Sur**. UABCS.
- Ibarra Rivera, Gilberto (1998). **Escritos y escritores de temas sudcalifornianos**. Gobierno del estado, La Paz, BCS.

- Ibarra Rivera, Gilberto (2001). **El hablar popular en Baja California Sur**. Gobierno del estado, SEP, Instituto Sudcaliforniano de Cultura, La Paz, BCS.
- Irigoyen, Ulises (1976). **Carretera transpeninsular de Baja California**. Editorial Nueva América.
- Jordán, Fernando (1989). **El otro México, biografía de Baja California**. Patronato del Estudiante Sudcaliforniano, Gobierno del estado, La Paz, BCS.
- León Portilla, Miguel (1994). **Loreto, capital de las californias**. Fonatur-UABC-CNCA.
- Macías, Jesús Manuel, Fernández Fuentes, Aurelio (1999). **Las enseñanzas del huracán Paulina**. CIESAS-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Número 1, mes de mayo.
- Martínez de la Torre, José Antonio (1998). **La explotación de los recursos naturales renovables 1940-1993**. UABCS, Sociedad de Historia Natural Niparáj, Fundación Mexicana para la Educación Ambiental, La Paz, BCS.
- Martínez, José Luis (1995). **Hernán Cortés**. Fondo de Cultura Económica, México.
- Martínez, Pablo L. (1991). **Guía familiar de Baja California 1700-1900**. Editorial Baja California, México.
- Martínez, Pablo L. (1991). **Historia de Baja California**. Patronato del Estudiante Sudcaliforniano, Gobierno del estado, La Paz, BCS.
- Mathes, Miguel, coordinador (1988). **Baja California, textos de su historia**. Tomo II, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, SEP, Programa Cultural de las Fronteras, Gobierno del estado de Baja California.
- Melgar Sánchez, Juan (SF). **La sudcalifornidad, modo o mito**. Ensayo personal.
- Mendoza Salgado, Rosa María (2001). **Huellas ancestrales**. UABCS, La Paz, BCS.
- Olachea Arriola, Rogelio (1990). **La Paz de antaño**. La Paz, BCS.
- Ortega Romero, Félix (1990). **Pervivencias**. Gobierno del estado, La Paz, BCS.
- Pérez-Mallaína Bueno, Pablo Emilio (1997). **El hombre frente al mar: naufragios en la carrera de Indias durante los siglos XVI y XVIII**. Universidad de Sevilla, España.
- Robles Gil Mestre, Sandra (1998). **El clima en la ciudad de La Paz, BCS**. Tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Trejo Barajas, Dení (1999). **Historia y economía en la península de California 1785-1860**. UABCS, La Paz, BCS.
- Urciaga García, José (1993). **El desarrollo de la agricultura en Baja California Sur**. UABCS, La Paz, BCS.

- Varios autores (1991). **Sociedad y Gobierno en el sur de Baja California. Cinco aproximaciones históricas.** UABCS, La Paz, BCS.
- Varios autores (2000). *Ciencias sociales y humanidades. Revista de investigación.* UABCS, La Paz, BCS.
- Vázquez, Carlos (1996). **Edén de arena, historia de la colonia sinarquista María Auxiliadora.** Tesis de licenciatura en Historia, UABCS, La Paz, BCS.
- Z. Flores, Emigdio (1998). **Geosudcalifornia, geografía, agua y ciclones.** UABCS, La Paz, BCS.

Documentos:

- Gobierno de Baja California Sur-Secretaría de Gobernación. *Atlas Estatal de Riesgos, 1997.*
- Gobierno del estado. *Calendario Cívico 2001.*
- Gobierno del estado. Datos básicos, 1986.
- Gobierno del estado. *Informes de Gobierno.*
- Gobierno del estado. *Ley Estatal de Protección Civil, 1996.*
- INEGI. *Cartas topográficas varias.*
- INEGI. *XII Censo General de Población y Vivienda 2000.*
- National Geographic Society. *Grandes desastres: la fuerza máxima de la naturaleza, Washington, DC, 1998.*
- Secretaría de Gobernación, Centro Nacional de Prevención de Desastres. *Prontuario 2000.*
- Secretaría de Gobernación, Sistema Nacional de Protección Civil. *La prevención de desastres en México, Número 1, Serie Fascículos, 1995.*
- Secretaría de Gobernación, Sistema Nacional de Protección Civil. *CENAPRED No. 5 Huracanes, México, 1995.*
- Secretaría de Programación y Presupuesto, Coordinación General del Sistema Nacional de Información, *Atlas de huracanes, México, DF, 1979.*

Medios informativos:

- Alternativa*, La Paz, BCS, varios ejemplares.
- El Sudcaliforniano*, La Paz, BCS, varios ejemplares.
- El Tiempo de La Paz*, La Paz, BCS, varios ejemplares.
- Excelsior*, Ciudad de México, diversos ejemplares.
- La Extra*, San José del Cabo, varios ejemplares.
- Los Angeles Times*, Los Angeles, California, Estados Unidos, diversos ejemplares.
- Revista Palestra*, La Paz, BCS, diversos ejemplares.

- Reforma*, Ciudad de México, varios ejemplares.
- S. F. Sunday & Examiner Chronicle*, San Francisco, California, Estados Unidos. Varios ejemplares de la época.
- The News*, Ciudad de México, varios ejemplares.

Archivos:

- Archivo de la III Zona Militar, La Paz, BCS.
- Archivo del Gobierno del estado de Baja California Sur.
- Archivo Histórico Pablo L. Martínez, La Paz, BCS.
- Biblioteca del Honorable Congreso del Estado.
- Diario de los Debates del Congreso de la Unión.
- Páginas digitales del Sistema Nacional de Protección Civil, el Centro Nacional de Huracanes de Miami, Secretaría de la Defensa Nacional, Honorable Cámara de Diputados y Secretaría de Gobernación.

Testimonios:

- Adalberto Castro Domínguez, periodista, ciudadano de La Paz.
- Alfredo Carballo Cota, periodista y profesor, oriundo de La Paz.
- Alfredo Fernández Fernández, originario del estado de Hidalgo, llegó a La Paz en la década de los 70.
- Ángel César Mendoza Arámburo, primer gobernador del estado de Baja California Sur por elección directa para el período 1975-1981.
- Anselmo Romero Lucero, profesor, ciudadano de La Paz.
- Antonio Burciaga Huerta, fotógrafo de prensa, originario del estado de Durango, vive en La Paz desde 1956.
- Baltzar Romero Morales y Teodora Bastidas de Romero, originarios de Sinaloa, llegaron a La Paz antes de 1970.
- Carlos Reyes Martínez, de oficio fotógrafo, originario del estado de Jalisco, vive en La Paz desde 1969.
- Consuelo Bátiz Ríos, profesora, ciudadana de La Paz.
- Félix Agramont Cota, último gobernador del Territorio Sur, en el período 1970-1975.
- Filiberto Beltrán Peralta, profesionista, ciudadano de La Paz, nacido en San Ignacio, BCS.
- Francisca Villegas Agramont, ciudadana de La Paz, su familia es originaria de Todos Santos, BCS.
- José Alberto Nuño García, profesor, originario del estado de Hidalgo, realizó su labor magisterial en el estado y vive en La Paz desde 1957.
- José Montaña Ojeda, periodista, oriundo de La Paz.

- Lázaro Reynosa Ramírez, originario del estado de Sinaloa, vive en La Paz desde 1976.
- Leonardo Reyes Silva, profesor, historiador y cronista de la ciudad de La Paz.
- Luis Barboza Correa, originario de Tijuana, Baja California, llegó a La Paz en 1968.
- Luis Echeverría Álvarez, ex presidente de la República en el período 1970-1976.
- Manuela Lizárraga Alcaraz, originaria del estado de Sinaloa, llegó a La Paz a escasos meses de nacida, en la década de los años 40.
- María Teresa Rivera Cota, ciudadana de La Paz.
- Maricela Chávez Gámez, originaria del estado de Sinaloa, vive en la ciudad de La Paz desde su niñez, en 1959.
- Ramón Nava Rojas, profesor, originario del estado de Nayarit, vive en La Paz desde 1971.
- Rogelio Félix Félix, periodista y escritor oriundo de La Paz.
- Sebastián Díaz Rondero, periodista, originario de La Paz, hijo del ingeniero Sebastián Díaz Encinas, quien advirtió con tiempo suficiente sobre los riesgos del desastre que se acercaba, debido a la mala calidad de las obras de protección de la ciudad.
- Víctor Becerra Rodríguez, originario de la Ciudad de México, vive en La Paz desde 1973.



Primera coedición El ciclón Liza Tres siglos en la historia de un pueblo marcado por tormentas y desastres, se terminó de imprimir y encuadernar en la Dirección de Editorial y Publicaciones de la Universidad Autónoma de Guerrero, Nicolás Catalán. 11-A Col. Centro, C. P. 39000. Chilpancingo de los Bravo, Guerrero, México, en noviembre 2025, con un tiraje de 500 ejemplares más sobrantes para reposición.

Del mismo autor



Cada año, los ciclones tropicales que se originan en el océano Pacífico nos recuerdan nuestra relación intrínseca con la Naturaleza. Son fenómenos tan peligrosos como prodigiosamente esperados, pues brindan las lluvias que renuevan el ciclo de la vida y la sobrevivencia de nuestras poblaciones. Ante ellos, los guerrerenses y sudcalifornianos, por nuestra ubicación geográfica, nos vemos obligados a tomar previsiones para estar preparados ante su presencia amenazante. En esta oportunidad, la Universidad Autónoma de Guerrero, con las Universidades Autónoma de Baja California Sur e Internacional de La Paz, unen esfuerzos para publicar "El ciclón Liza. Tres siglos en la historia de un pueblo marcado por tormentas y desastres", de Elinó Villanueva González, en homenaje a las víctimas de la tragedia del 30 de septiembre de 1976, con la convicción de que una sociedad que olvida su pasado se condena al riesgo de repetir sus errores.

ISBN: 978-607-8755-93-6

